



LXII  
Legislatura

CÁMARA DE DIPUTADOS  
H. CONGRESO DE LA UNIÓN

CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE

# MORELOS

PRÓLOGO DE  
SILVANO AUREOLES CONEJO



COLECCIÓN  
CONGRESO DE CHILPANCINGO (1813)  
CONSTITUCIÓN DE APATZINGÁN (1814)

VOLUMEN 2

CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE

# Morelos

PRÓLOGO DE  
SILVANO AUREOLES CONEJO

Colección  
Congreso de Chilpancingo (1813)  
Constitución de Apatzingán (1814)

Volumen 2



LXII  
LEGISLATURA

CÁMARA DE DIPUTADOS  
H. CONGRESO DE LA UNIÓN

PRESIDENTE DE LA JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA  
DIPUTADO SILVANO AUREOLES CONEJO

COLECCIÓN  
CONGRESO DE CHILPANCINGO (1813)  
CONSTITUCIÓN DE APATZINGÁN (1814)

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN  
RUBÉN JIMÉNEZ RICARDEZ

DR © 2014, Cámara de Diputados

ISBN: 978-607-96478-1-0 (Obra completa)

ISBN: 978-607-96478-3-4 (Volumen 2)

Imagen de portada: Anónimo, ca. 1812.

Libro realizado por SECOM

(Servicios de Comunicación Empresarial del Centro, S.A. de C.V.)

Orión 30, Col. Jardines de Cuernavaca,

Cuernavaca, Morelos, C.P. 62360

<http://www.comunicacion-empresarial.com/>



DIPUTADO SILVANO AUREOLES CONEJO  
PRESIDENTE DE LA JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA  
LXII LEGISLATURA DE LA  
H. CÁMARA DE DIPUTADOS DEL CONGRESO DE LA UNIÓN

MENSAJE  
**DIPUTADO SILVANO AUREOLES CONEJO**  
PRESIDENTE DE LA JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA  
LXII LEGISLATURA  
H. CÁMARA DE DIPUTADOS DEL CONGRESO DE LA UNIÓN

Es en Zitácuaro, Michoacán, cuna de la Suprema Junta Nacional Americana, donde tuvo lugar el primer esfuerzo para organizar un gobierno insurgente. Es aquí donde se dibujan los primeros elementos constitucionales para la organización política de una nación que ansía terminar con el abuso del poder y cuestionar los privilegios. Para mí, como representante michoacano en la Cámara de Diputados de la LXII Legislatura, es motivo de gran orgullo festejar el bicentenario de la promulgación del *Decreto Constitucional* de Apatzingán, la primera Constitución mexicana, promulgada en esa localidad de Tierra Caliente.

Las mejores constituciones son las que se asientan sobre el conjunto de poderes que las sustentan. La Constitución de Apatzingán es el resultado ideológico de las diferentes etapas que hasta entonces había tenido la lucha de independencia. Sus contenidos sobre la separación de poderes y sobre la titularidad del pueblo sobre el poder se convirtieron en cimiento de nuestra independencia. En ella se contienen algunos de los más caros derechos humanos cuya protección se proclama para la felicidad del pueblo y de cada uno de los ciudadanos.

Su construcción se llevó a cabo en el llamado Congreso de Anáhuac o Congreso de Chilpancingo, que se reunió en esa localidad e inició sus trabajos el 14 de septiembre de 1813, como lo muestra el Acta de la sesión de apertura que publicamos en el Volumen 1 de esta Colección. Colección que hemos denominado **Congreso de Chilpancingo (1813). Constitución de Apatzingán (1814)** y que publicamos, a través de cinco volúmenes, con el fin de conmemorar de manera conjunta ambos bicentenarios.

La organización del Congreso fue posible gracias al genio político, la tenacidad y el gran prestigio de José María Morelos, que en ese

momento se encontraba en la cúspide de una serie ininterrumpida de victorias frente al poder colonial español. Lo que generó las condiciones políticas y militares que posibilitaron la instalación del Congreso.

Pero esas condiciones cambiaron pronto. Las sucesivas derrotas de Valladolid, el 23 de diciembre de 1813, y de Puruarán, el 5 de enero siguiente, destrozaron el poderío militar de Morelos y produjeron, como consecuencia, el debilitamiento de la revolución.

No obstante, bajo severas condiciones de persecución y acoso militar, e incluso sufriendo privaciones físicas y de alimentos, los primeros legisladores de la nación, los “padres de su libertad”, como los llamó un historiador, alcanzaron la culminación de sus esfuerzos al sancionar en Apatzingán, el 22 de octubre de 1814, el *Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana*, reproducido en el Volumen 5 de la presente Colección.

A las derrotas siguieron las desavenencias, la dispersión y, finalmente, la disolución del Congreso, ordenada por el general Manuel Mier y Terán el 15 de diciembre de 1815 en Tehuacán, poco después de la captura de Morelos por los realistas el 5 de noviembre de ese mismo año.

Todo ese largo y accidentado camino, pleno de esfuerzos, sacrificios y heroísmos, que abrieron la posibilidad -e incluso la inevitabilidad- de conquistar la independencia, es el que se contiene en las cinco obras que forman la presente Colección.

No hay historia que no deje enseñanzas, ni puede quedar en el silencio y en el olvido, por ello, mi deseo de que las nuevas generaciones, los jóvenes mexicanos, y los ciudadanos en general, puedan acceder al conocimiento de aquellos héroes militares y civiles que fueron los primeros en reivindicar la soberanía nacional y, aún más, forjar la primera Constitución del país y, con ella, establecer los principios de una república independiente, democrática y representativa. Es decir, los principios de un Estado de derecho. No gratuitamente, por tanto, esos principios y muchas de las fórmulas de esa primera Constitución fueron retomados en las posteriores constituciones mexicanas de 1824, 1857 y 1917.

Los materiales que aquí se presentan serán una oportunidad excepcional para conocer la forma de pensar de los fundadores de la patria, quienes pugnaban por una nueva forma de organización en el país, que estaban lejos de considerar al poder como el único motivo y quienes consideraban que los acontecimientos que habían costado la vida de nuestros hermanos, deberían servir para darle seguridad, propiedad y libertad a los habitantes originarios.

También constituyen una gran oportunidad para revisar nuestro presente y, con sentido crítico y propositivo, reflexionar sobre nuestro futuro como nación.

En este sentido, dejamos testimonio de los planteamientos históricos, que seguramente serán de interés, y enfatizamos que el futuro de la nación está por diseñarse y que en ello se requiere del compromiso y la participación de todas y todos los mexicanos.

Ciudad de México, mayo de 2014.



PRÓLOGO  
DIPUTADO SILVANO AUREOLES CONEJO  
PRESIDENTE  
JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA  
H. CÁMARA DE DIPUTADOS  
LXII LEGISLATURA DEL CONGRESO DE LA UNIÓN

**E**l *Morelos* de Carlos María de Bustamante es una semblanza, y no propiamente una biografía, del gran héroe michoacano nacido en Valladolid (hoy Morelia) el 30 de septiembre de 1765. Sus páginas forman parte del segundo tomo del *Cuadro Histórico de la Revolución mexicana, comenzada el 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de los Dolores en el obispado de Michoacán*, Imprenta de J. Mariano Lara, segunda edición corregida y muy aumentada, México, 1844. El volumen que aquí publicamos abarca de la primera a la sexta cartas (equivalentes a capítulos), en las que Bustamante relata desde los motivos que indujeron a Morelos a presentarse ante el cura Hidalgo y recibir el encargo de insurreccionar el Sur -lo que lo llevó a incorporarse de lleno a la lucha por la independencia-, hasta la expedición de Morelos sobre Oaxaca y su toma de esta ciudad, pasando por el relato pormenorizado de la impresionante hazaña militar que fue el rompimiento del sitio de Cuautla.

De esta manera ponemos al alcance de los lectores actuales parte de una obra imprescindible, pues se trata de un testimonio de primera mano sobre los sucesos que recrea, y que Bustamante, además, corroboró investigando en documentos oficiales tanto de la insurgencia como en los provenientes de los archivos del virreinato. El *Cuadro histórico*, por tanto, es una de las obras más valiosas para el estudio de la guerra de independencia. De ella se sirvieron, aprovechándola, tanto el historiador conservador Lucas Alamán como el liberal Lorenzo de Zavala. Quienes, no obstante, fueron también de los primeros en formular mala crítica e incluso denigrar a Bustamante, cuya obra, sin embargo, ha sobrevivido airosa a esas y a otras muchas

objeciones, las cuales, a falta de mejores argumentos, en los últimos tiempos ya casi únicamente se limitan a señalar lo desaliñado de un estilo que, es de notarse, transmite un relato sustancialmente verídico y en el que se percibe la emoción de lo vivido, además de una mirada crítica que no se arredra ni ante la grandeza de Morelos para señalar acciones u omisiones que considera erróneas.

Carlos María de Bustamante, partidario temprano de la independencia de México, participó al lado de Morelos en muchos de los acontecimientos que narra en este libro. Nació en Oaxaca el 4 de noviembre de 1774, y después de cursar en esta bella ciudad colonial sus primeros estudios, se trasladó a la Ciudad de México a estudiar jurisprudencia y se recibió de abogado en la Audiencia de Guadalajara en 1801. En 1805, de vuelta en la capital, fundó el *Diario de México*, primer periódico no oficial que existió en el país, sujeto a la censura virreinal. Después, ya bajo las condiciones políticas creadas por el Grito de Dolores, y aprovechando la libertad de expresión ordenada por la Constitución de Cádiz de 1812, publicó el periódico *El Junquillo*, pero al poco tiempo tuvo que huir hacia Zacatlán, territorio insurgente, para escapar a la persecución realista que se cernía sobre él. Se incorporó así de lleno a las tropas de Morelos, recibiendo de éste el nombramiento de brigadier e inspector de la caballería del Sur. En Oaxaca dirigió por un corto periodo el *Correo Americano del Sur*, periódico insurgente. En 1813, llamado por el Generalísimo, participó como diputado por la provincia de México en el Congreso de Chilpancingo, en donde intervino en la redacción del mensaje inicial que leyó Morelos, y tuvo el honor de escribir el *Acta de Independencia* de México del 6 de noviembre de 1813.

Ante los reveses sufridos por los independentistas, que llevaron a la detención, juicio y ejecución de Don José María Morelos y Pavón, a que se agravara la discordia en las filas insurgentes y, finalmente, a la disolución del Congreso de Chilpancingo, Bustamante se vio sometido a duras pruebas. Cuenta en sus memorias: “estaba yo en el centro de tres divisiones enemigas [...] No tenía un real, mi esposa

enferma, las caballerías estaban destruidas [...] tal era mi difícil posición en 8 de marzo de 1817 en que emprendí a entregarme al gobierno español [...]”. Lo recluyeron en la prisión de San Juan de Ulúa, en donde pasó 13 meses en absoluta incomunicación. Tenía por cárcel la ciudad de Veracruz cuando, en 1821, se enteró de la proclamación del Plan de Iguala, a cuya realización había contribuido instando por carta al general Vicente Guerrero a que uniera sus fuerzas con las de Agustín de Iturbide. Contrario a los afanes imperiales de este último, publicó *La Abispa de Chilpancingo* (con esa b la tituló Bustamante), y por sus críticas fue recluido en prisión, de donde salió al ser elegido diputado constituyente por Oaxaca, para meses después ser nuevamente arrojado a la cárcel, acusado de conspirar contra Iturbide. A la caída del Imperio fue reelegido diputado para el Congreso que redactó la Constitución de 1824.

Fue legislador, en total, en seis periodos a partir del Congreso de Chilpancingo.

Las conmemoraciones históricas sin duda son indispensables para rescatar los valores del nacionalismo y son una gran oportunidad para revisar nuestro presente y reflexionar sobre nuestro futuro, por ello en el marco del bicentenario del Congreso de Chilpancingo y de la Constitución de Apatzingán, la colección, de la que forma parte este segundo volumen, constituye un valioso testimonio de la historia nacional. Su lectura permitirá reconocer el valor de la primera constitución mexicana y descubrir en ella los orígenes de principios fundamentales que han guiado la vida republicana de México desde el primer Congreso constituyente. Principios fundamentales que siguen vivos en nuestro presente, forman parte medular de nuestra Constitución de hoy en día y son parte integrante del ideario de principios que guía nuestro trabajo político y legislativo.

Ciudad de México, mayo de 2014.

**L**a Colección **Congreso de (Chilpancingo (1813). Constitución de Apatzingán (1814)**, la integran 5 volúmenes:

1. *El Congreso de Anáhuac. Antología documental.*
2. *Morelos.*
3. *El Congreso de Chilpancingo. Testimonio de un participante.*
4. *La Constitución de Apatzingán. Testimonio de un legislador.*
5. *Decreto Constitucional para la libertad de la América Mexicana sancionado en Apatzingán a 22 de octubre de 1814. Hasta la disolución del Congreso.*

El 1 y el 5 son compilaciones de documentos de mi autoría, mientras que los tres intermedios son fragmentos escogidos de una de las obras de Carlos María de Bustamante: *Cuadro Histórico de la Revolución mexicana, comenzada el 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de los Dolores en el obispado de Michoacán*, Imprenta de J. Mariano Lara, segunda edición corregida y muy aumentada, México, 1844.

En el Volumen 1 compilamos los documentos que tienen que ver directamente con la etapa preparatoria, la instalación o apertura y el desarrollo de las deliberaciones del Congreso. Incluso, gracias a Don Andrés Quintana Roo, quien escribió minutas de algunas de las primeras sesiones, contamos con algunas “actas” de los debates en el pleno, que reproducimos en el lugar correspondiente. Incluimos, también, documentos relativos a la salida de Morelos con rumbo a Valladolid y lo penoso de esa marcha; el ahondamiento de las diferencias; las sucesivas derrotas del caudillo en Valladolid y Puruarán; las disposiciones del Congreso una vez debilitado Morelos, y cerramos este volumen en vísperas de la promulgación del *Decreto Constitucional*.

Los tres libros de Carlos María de Bustamante los elegimos para formar parte de esta Colección, porque son testimonios fiables,

ya que el autor no sólo se basó en su participación y observación directa de los acontecimientos y circunstancias que relata, y en los testimonios de otras personas cuando él no estuvo presente, sino que investigó en los archivos del virreinato y en los documentos insurgentes para corroborar la validez de su historia. Así que se puede estar en desacuerdo con sus opiniones, pero hay que considerar como sustancialmente ciertos los hechos que forman el andamiaje de su *Cuadro histórico*... Para nosotros no hay duda que el de Bustamante es uno de los testimonios mejor calificados sobre José María Morelos y su actividad militar, sobre el Congreso de Anáhuac y sobre la Constitución de Apatzingán.

No hay que olvidar que Bustamante, abogado, periodista e historiador, huyó de la persecución virreinal y, al incorporarse al ejército insurgente, fue nombrado Brigadier e Inspector de Caballería por Morelos. Originario de Oaxaca, estuvo con el caudillo en la toma y organización del gobierno insurgente en esta ciudad colonial de tanta importancia y, después, se incorporó como diputado al Congreso de Chilpancingo, apoyado por el propio cura de Carácuaro, que encontró en él un aliado intelectual y legislativo, aunque éste no compartía plenamente las ideas republicanas y democráticas del Generalísimo. Actor y testigo, el relato de Bustamante proporciona un vívido contexto que permitirá entender y apreciar a mayor profundidad los documentos contenidos en los volúmenes 1 y 5 de la presente Colección.

El Volumen 5, finalmente, se integra con una nueva edición del *Decreto Constitucional para la libertad de la América Mexicana, sancionado en Apatzingán a 22 de octubre de 1814*, cuidadosamente cotejado con el original, cuya portada aparece reproducida al inicio de este mismo volumen. El cual incluye, además, los decretos del Supremo Congreso Mexicano, promulgados por el Supremo Gobierno Mexicano que, junto con el Supremo Tribunal de Justicia, formaban las tres “supremas autoridades” ordenadas por el Decreto Constitucional. Incluimos el parte militar de Manuel de la Concha sobre la derrota y aprehensión de Morelos en Temalaca y el testimonio de un soldado

insurgente sobre lo mismo. Y cerramos este volumen con un texto de Carlos María de Bustamante, no incluido en los libros de él ya antes mencionados, sobre la trágica disolución del Congreso ordenada por el general Manuel Mier y Terán.

Para facilitar la lectura, modernizamos la ortografía y, a veces, ligeramente, la puntuación de todos y cada uno de los documentos que forman parte de la presente Colección, incluidos los tres volúmenes intermedios, pero sin alterar la expresión original, por lo que respetamos la sintaxis de los autores. Por lo demás, los documentos están fielmente transcritos.

El objetivo de las compilaciones que presentamos en los volúmenes 1 y 5, consiste en poner al alcance del público actual los documentos del Congreso y los de la Constitución de Apatzingán, grandes acontecimientos de la historia de México. Con ese fin, revisamos compilaciones documentales publicadas antes, algunas de las cuales hemos utilizado como fuentes. Pero en nuestras dos obras documentales hemos procurado ser exhaustivos, reuniendo todos los documentos disponibles y organizándolos cronológicamente.

A continuación, en orden alfabético por autor, proporciono las fichas bibliográficas de las fuentes utilizadas para formar la presente Colección **Congreso de Chilpancingo (1813). Constitución de Apatzingán (1814):**

- Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de los Dolores, en el obispado de Michoacán*, Imprenta de J. Mariano Lara, segunda edición corregida y muy aumentada, México, 1843-1846, 5 tomos.
- *El Congreso de Anáhuac 1813*, Cámara de senadores, México, 1963.
- Tarsicio García Díaz (coord.), Seminario de Independencia Nacional, *Independencia Nacional. Tomo I. Antecedentes. Hidalgo*, 2ª ed. corregida y aumentada, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005.

- Tarsicio García Díaz (coord.), Seminario de Independencia Nacional, *Independencia Nacional. Tomo II. Morelos. Consumación*, 2º ed. corregida y aumentada, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005.
- Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México*, Imprenta de José María Sandoval, México, 1877-1882, 6 volúmenes.
- Ernesto Lemoine Villicaña, *Morelos: su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época*, primera edición, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1965.
- Pablo de Mendíbil, *Resumen histórico de la revolución de los Estados Unidos Mejicanos*, R. Ackerman, Londres, 1828.
- Isidro Antonio Montiel y Duarte, *Derecho público mexicano*, Impr. del Gobierno, en Palacio, dirigida por J. M. Sandoval, México, 1871-1882, 4 tomos.
- Felipe Tena Ramírez, *Leyes fundamentales de México 1808-1987*, editorial Porrúa, México, 1987.
- 500 años de México en documentos, en:  
<http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/index.shtml>

México, D. F., mayo de 2014.

Morelos



## CARTA PRIMERA

*A la gloria de Morelos*

**M**uy señor mío y amigo: Mucho me alegro de que hayan merecido aprecio de usted y de otras personas las anteriores cartas que forman la primera época de la revolución de la América mexicana. Con la exactitud que hablé a usted en aquéllas procuraré hablar en ésta; y para verificarlo y seguir el hilo de la historia lo tomaré gustoso saliendo en demanda de un hombre extraordinario que llenó de asombro a la América mexicana, y que aunque tuvo una suerte que no merecía, contribuyó con sus padecimientos a darle la libertad e independencia que ahora disfrutamos, y a que se dirigieron sus conatos; tal fue D. José María Morelos y Pavón. Muy distante se hallaba de poder figurar en el mundo cuando a la edad de treinta años comenzó a estudiar los primeros principios de latinidad, sin más objeto, como me lo aseguró francamente, que ocuparse en el ministerio eclesiástico. Parecía que sus votos estaban cumplidos cuando en el año de 1809 se dejó ver en Valladolid de Michoacán con el fin de saludar a su hermana, objeto precioso de su corazón, y en cuyo obsequio había mandado fabricar una casa en aquella ciudad paulatinamente, y según adquiriría con escasez algún dinerillo, regentando el mismo Morelos la obra, cuando una noche, asistiendo a un coloquio, o sea fiesta del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y donde por lo común se reúnen muchas familias, oyó hablar de las ocurrencias del año de 1808, es decir, del arresto ejecutado en la persona del virrey Iturrigaray, y de otros sujetos dignos de memoria y gratitud, tan sólo porque habían procurado nuestra independencia y libertad; Morelos volvió en sí como de un letargo, y en aquel momento sintió abrasarse su corazón del fuego hermoso del amor patrio; resolvió vengar tamaños ultrajes, y juró hacer la guerra a los ene-

migos de América, no de otro modo que los griegos juraban en la Dieta de los Anficiones, es decir, “hacer la guerra a los que robaran las ofrendas del templo de Apolo, empleando los pies, los brazos, la voz y las fuerzas todas contra ellos y sus cómplices”. También el alma siente afectos terribles en las conversiones políticas, lo mismo que en las religiosas. Por aquellos mismos días se hallaba Valladolid altamente conmovido con los arrestos hechos con el mayor aparato la mañana del 21 de diciembre, de orden del teniente letrado asesor ordinario Terán. El cura Concha, del Sagrario de aquella iglesia, le había delatado la conspiración que se meditaba, y por lo que fueron arrestados el P. Fr. Vicente de Santa María; el Lic. Michelena, su hermano D. Mariano, el capitán García Obeso, y después lo fueron el Lic. Soto Saldaña y otros. Habíanse tenido juntas secretas para ella en varios lugares, y como al comisionado de Zitácuaro se le hubiese hecho entender que era necesario morir en la demanda, porque el que entraba en estas empresas difícilmente lograba el fruto de ellas, parece que no se encontró con vocación de mártir, y pasó a ser con otros delator. Decidido Morelos a obrar de cualquier modo hostilmente contra los españoles, se propuso fortificar en su curato de Carácuaro, y de hecho construyó, aunque imperfectamente, una especie de baluarte, colocando el foso entre dos paredones, por en medio de los cuales pasaba el río del pueblo. Tales eran sus medidas cuando supo del grito de Dolores y marcha del ejército sobre Valladolid; entonces voló a presentarse al cura Hidalgo, que a la sazón había salido para México con su ejército. En vano procuró disuadirlo de la empresa el conde de Sierra Gorda, que era gobernador de la mitra (como me lo dijo dicho conde cuando estuvo en esta capital el año de 1811). Morelos alcanzó a los generales en Charo: recibiólo afable el cura Hidalgo al tiempo que estaba comiendo con Allende y el doctor Gastañeta, dispensándole el honor de su mesa; le expuso su resolución y lo citó para el siguiente día temprano. Presentóse a la cita Morelos, y entonces le expidió un nombramiento de

coronel del departamento del Sur, que firmaron Allende e Hidalgo, y autorizó el secretario Chico. Encargósele con particularidad que tomase Acapulco: en el acto de despedirse de aquellos jefes, todos ellos lo abrazaron, y aplaudieron su heroica resolución, quedando muy prendados de Morelos. ¡Ah! Si mi pluma fuera guiada por el entusiasmo, yo diría que en aquel momento transmitieron al corazón de Morelos el espíritu de patriotismo que los devoraba, y que amalgamándose con el de este hombre, atizaron aquella hoguera que bastaba para incendiar a todo el Anáhuac. Yo creo ver en este momento a Bonaparte y Rochefort que, terminando una sesión, le dice el primero: “¿Adónde vas, Rochefort?” Y éste responde: “A hacer el daño que pueda a los enemigos de Francia.” Así parte Morelos a hostilizar por todos los medios imaginables a los enemigos de la libertad de su adorada patria. Ve con Dios, hijo mimado de la victoria: el ángel tutelar de la América te guíe; la sombra de Moctezuma te requiera sin cesar en el silencio de la noche por la venganza de sus manes, y de aquellas inocentes víctimas que inmoló Alvarado en el templo de Huitzilopochtli: que ni dé golpe tu espada sin herida, ni herida que necesite de segundo golpe; que te acompañan las bendiciones de los buenos, y ellos elevan sus manos al Cielo implorando sus auxilios sobre ti y tus valientes compañeros. Al salir de Charo el Sr. Morelos condujo al Dr. Castañeta a ver la imagen de Jesucristo Crucificado que se venera allí; Castañeta le dio dos pesos para que aplicase una misa por su intención, y ambos se despidieron para no volver a verse jamás.<sup>1</sup> Morelos partió sin demora con sus criados de servicio a su curato, donde muy luego mandó hacer veinticinco lanzas que después recibió.

Por fortuna he logrado hallar la historia de su derrotero, y juzgo necesario transcribirlo.

<sup>1</sup> Éste es uno de los más beneméritos eclesiásticos de la primera revolución, mi compañero en las prisiones de Ulúa, y persona muy apreciable por sus talentos y constancia. Remitido a España preso, se le confirió una Canonjía de ciudad real de Chiapa que no ha querido recibir.

Salió —dice— de Carácuaro; vino por el pueblo de Churumuco, y pasó el Río Grande en la hacienda de la Balsa con dos criados, una escopeta de dos cañones y un par de trabucos. De allí pasó al pueblo de Cuahuayutla, donde se le reunió D. Rafael Valdovinos con unos cuantos hombres; después, al pueblo de Petatlán: allí encontró cincuenta fusiles mohosos y casi inútiles y otras tantas lanzas pertenecientes a las compañías milicianas del pueblo; su capitán, comandante D. Gregorio Valdeolíbar, se hallaba ausente en México; pero uno de sus sargentos (Bautista Cortés, que ahora es capitán allí, y vive en la indigencia) le hizo entrega de este armamento. Pasó de allí a la hacienda de San Luis Petatlán de los Soveranes, donde se le reunieron algunos hombres que estaban temerosos del comandante de Tecpam, D. Juan Antonio Fuentes, el cual tenía reunida una compañía y aguardaba a Morelos en el paso del río de dicho pueblo de Tecpam; mas se abstuvo de atacarlo porque receló de los Galeanas (don Juan José y D. Antonio), oficiales de aquella comarca, y de aquel punto marchó a Teipam, pueblo de los más grandes de la costa, donde se le reunieron los Galeanas, personas tan honradas como valientes, y que en lo sucesivo, así como los Bravos, merecieron su aprecio y confianza, y también D. Ignacio Ayala. Dátase esta época fausta para aquella revolución en 7 de noviembre (1810), día de la batalla de Aculco. El 8 marchó a la hacienda del Zanjón, donde por orden de D. Antonio Galeana entregó D. Fermín una compañía de las del mando de Fuentes con cincuenta fusiles útiles e igual número de lanzas. Presentósele en este mismo lugar D. Juan José Galeana con setecientos hombres mal armados, pues sólo tenían veinte armas de fuego propias de los arrendatarios de su hacienda. El 9 salieron reunidos sobre las fronteras de Acapulco, pasando ya de mil hombres la fuerza. Morelos tomó el punto del Veladero, y el 12, al encumbrar el cerro de este nombre, le atacó la compañía veterana de Acapulco con otros cuerpos milicianos a las diez de la noche. Como la fuerza americana no podía llamarse por entonces ejército, no tenía disposición para resistir a un ataque

serio; sin embargo, se defendió con brío, y aunque el campo quedó por Morelos, se retiró éste, lo mismo que el comandante español, para Acapulco (llamábase D. Luis Calatayud); el ejército americano apenas tuvo un hombre herido, y avanzó hasta el punto del Ahuacatillo, donde se atrincheró con unos tercios de algodón y se hizo firme. Ocupó también el de la Sabana, distante menos de media legua, y confió el mando de este campo a D. Miguel de Ávila. Extendíanse las avanzadas de Morelos por los puntos de las Cruces y Marqués, destacándose otras partidas al Pie de la Cuesta y Veladero. En estos lugares hubo pequeños reencuentros con el enemigo, de los que no sacó cosa de provecho. Dióse el mando del punto del Pie de la Cuesta a D. Juan José Galeana, donde lo atacaron infructuosamente dos veces dos lanchas cañoneras. No será inoportuno digamos aquí que en el ejército americano era desconocida la artillería, y tanto, que el primer cañón que tuvo fue uno pequeño llamado *El Niño*. Habíalo comprado D. Juan Galeana a unos náufragos de la costa, destinándolo a las salvas de la fiesta del San José de la hacienda de aquella familia. Súpose en esta sazón que D. Francisco París, comandante de la división del Sur, venía a atacar a Morelos con mil quinientos hombres, por lo que éste se retiró al punto del Veladero. Efectivamente, como el nombre del ejército americano se había hecho respetable, el virrey Venegas había reunido toda la fuerza posible para estorbar el levantamiento de la costa; entonces fue cuando se hicieron salir de la de Oaxaca los oficiales llamados de la costa, o como si dijésemos unos hombres que jamás habían visto a sus soldados, ni sabían qué lugar ocupaban en el mapa geográfico, el de la residencia de sus cuerpos; marcharon, pues, entre ellos los Magros, sujetos de los más acaudalados de Oaxaca. Para resistir Morelos vigorosamente el ataque que esperaba con calma, encomendó el mando a D. Juan José Galeana, y he aquí en batería el cañón *Niño* cuya defensa se confió a un negrito de extraordinario valor, llamado Clara, hombre infeliz que vaga por las calles de esta

capital, insultado, pidiendo limosna, y amputada una mano.<sup>2</sup> Paris se dejó ver a las ocho de la mañana del día 8 de diciembre de 1810 con dos culebrinas por San Marcos y Las Cruces; comenzó el fuego; pero a poco uno de sus cañones, con la fuerza del embique o retroceso, se desmontó e inutilizó; no corrió esta suerte el pedrero *Niño*, pues atado a un palo de cuahutecomate menudeaba tiros de metralla como llovidos, pero tan certeros que mató catorce hombres. La acción duró todo el día hasta entrada la noche; y durante aquélla, Paris atacó de frente, en columna, y de cuantas maneras pudo; pero constantemente fue rechazado, sosteniéndose los americanos en los bosques inmediatos sobre que apoyaron su infantería, y principalmente noventa hombres tiradores que organizó D. Julián de Ávila. Igual suerte corrió la columna de Acapulco que simultáneamente atacó por el punto de Las Cruces. Los españoles dejaron en su campo cuarenta muertos que se encontraron insepultos; ¡quién sabe a cuántos ocultarían en los zanjones, cuyos vestigios se notaron! Morelos tuvo seis muertos y catorce heridos. Cuéntanse entre los primeros un artillero volado con el repuesto de pólvora que tenía muy inmediato, y que por imprecación incendió él mismo. Los parapetos de que usó Morelos en este día fueron de cuero, madera y algunos ladrillos, pues ignoraba hasta los elementos de fortificación práctica; en lo sucesivo ya se condujo con mayor precaución; quería que antes de corresponder al fuego de sus enemigos se les hablase a éstos y persuadiese por la razón, pues le era muy sensible derramar la sangre de sus hermanos. Paris, puesto en retirada, campó en el punto de Tonaltepec a las márgenes del río de la Sabana, y como se dispusiese para repetir el ataque, hizo traer cuatro culebrinas de Acapulco y un obús; fabricó trincheras portátiles de cuero, y también puso a punto de defensa sus destacamentos de Tres Palos y Cuaulotes: en el primero tenía doscientos hombres, y quinientos en el segundo; su cuartel estaba, como he dicho, en Tonaltepec.

2 ¡Qué mengua que ésta sea la suerte del primer artillero del ejército nacional del Sur!

## SORPRESA DE D. FRANCISCO PARÍS EN SU CAMPO

La situación de Morelos era bastante crítica en estos días; es verdad que él tenía el honor del triunfo, pero carecía de lo muy preciso para su subsistencia; escaseábale el parque, y no era para esperada una acción de la duración de la pasada. El menor revés de la fortuna bastaba para desanimar y dispersar su gente, y las fatigas de una campaña apenas pueden sufrirse por largo tiempo. Recurrió, pues, en tal conflicto, y le surtió buen efecto, a su destreza y maña. Había en el campo de París un capitán llamado D. Mariano Tavares, el cual había desaprobado altamente la prisión del virrey Iturrigaray; esto, que entonces era un crimen, fue bastante para que se le arrestase en Acapulco y agriase sobremanera. Resolvió, por tanto, vengarse de sus enemigos entregando a los americanos el campo. Había asimismo cuatro angloamericanos, a saber: David, Collé, Pedro Elías Bean y Guillermo Alendín, a los cuales tenía presos en Acapulco el Gobierno español por haberseles encontrado mapeando el territorio, y por cuyo motivo los trataron como a reos de Estado. No obstante esto, como el gobernador de Acapulco encontró en ellos los principios militares de que él y sus jefes carecían, los agregó al ejército y procuró ganarles la voluntad para servirse de sus conocimientos. Mal avenidos con esta suerte precaria, fácilmente se convinieron con Tavares, y entraron en sus planes de prodición. Morelos destacó ochocientos hombres por el bosque, dando orden de que avanzasen con el mayor sigilo por retaguardia del campo. Don Julián Dávila, con sesenta hombres escogidos, tuvo orden de lanzarse sobre la artillería; la seña era responder al quién vive de las centinelas enemigas *silencio*... Llegado al puesto primero, y dada la voz por la guardia avanzada, se le respondió con la contraseña; Tavares estaba pronto, y D. Marcos Landín su compañero: éste tomó a Dávila de la mano, le mostró la artillería; respondió sin turbarse al centinela, y se arrojaron impetuosamente sobre la batería. Entonces los americanos empezaron a hacer fuego al aire con los fusiles, y he aquí introducida la confusión en el campo de París.

Éste conoció su situación peligrosa, y salió disfrazado con una manta envuelto gritando: ¿Dónde está Morelos? Ardid con que engañó a los americanos, que lo creyeron suyo, y por lo que pudo salvar. Sin embargo, algunos soldados de su mando, o por menos sobrecogidos, o por más valientes, o porque tuvieron algunos momentos para aprestarse, hicieron fuego sobre los nuestros y mataron a cuatro. Paris tuvo tres muertos. Entonces la tropa emboscada avanzó sobre el campo sorprendido y consumó la obra, haciendo como ochocientos prisioneros; tomáronse setecientos fusiles, sin contar los muchos que ocultaron los negros, cinco cañones, nueve cargas de parque de fusil y los correspondientes a la dotación de la artillería, muchos víveres y no poco dinero que se distribuyó por su mano la tropa, pues sólo setecientos pesos tomó Morelos; ocupáronse además los equipajes de los oficiales, que no eran poco valiosos. Aunque Morelos trazó el plan de la sorpresa, no se halló en ella, y tuvo la noticia plausible de haberse realizado, confirmándose con ver volver a sus manos el eslabón de lumbre con que chispaba, luego que se le entregó por el oficial a quien previno le diese aviso con esta contraseña. Todos los prisioneros fueron conducidos, tanto soldados como oficiales, al pueblo de Tecpam, a disposición de don Ignacio Ayala, que los trató con dureza, metiéndolos en la cárcel. Municionado ya de este modo inesperado el general Morelos, trató de fortificarse en el paso de la Sabana, y esperar allí los resultados de esta acción, que debiera abrir la marcha para emprender cosas más arduas y dignas de la inmortalidad. Esta acción data la fecha de 15 de enero.

En la *Gaceta de México* núm. 9, de 18 de dicho mes, se refiere este importante suceso que dio tanta importancia a la revolución, diciendo: “Que los americanos, con infame cobardía, rodearon tumultuariamente el campo de Paris, después de que sorprendieron a los centinelas, apoderándose de la artillería y caballos.” Venegas, para poner estas líneas, fundió hasta tres veces el parte a su modo, e hizo desbaratar otras tantas la planta de la imprenta que él mismo corrigió (yo testigo); concluye diciendo: que en la acción resultó herido D.



Juan Machain, ayudante de Acapulco que guardaba los cañones, y D. Francisco Rionda, que estaba de prevención. Una confesión de esta naturaleza hizo concebir grandes esperanzas del mérito y pericia de Morelos, no menos que de su fortuna, pues acción de igual naturaleza y trascendencia no se había dado hasta entonces por ninguna división americana.

Por estos días se comprometió un artillero gallego llamado Pepe Gago a entregar a Morelos la fortaleza de San Diego, de Acapulco, y recibió en parte de premio de su prodición trescientos pesos. Aceptósele la propuesta y Morelos distribuyó su tropa por varios puntos, temeroso de que fuese una traición (como algunos de sus buenos oficiales se lo dijeron) y en el caso de una pérdida o derrota ésta no fuese general. Convínose en que la seña de entrada sería un farol en el punto de los Hornos, que debería levantarse, manteniéndose entre tanto el ejército oculto, y en expectativa en los puntos de Campo Santo y El Chorrillo. Así se verificó a las cuatro de la mañana (en febrero de 1811). La tropa americana llegó hasta la puerta del castillo, y de adentro dijeron estas precisas palabras: “¿Vienen ahí el señor cura Morelos y el comandante Tavares?” Respondiósele que no... “¡Fuego!”, dijo el castellano Carreño, y comenzó al instante una descarga general de artillería, fusilería y lanchas cañoneras preparadas de antemano; pudiera haberse buscado con tanta luz una aguja del suelo, según iluminaba el fulgor de tantas armas disparadas simultáneamente; la calle del Hospital se llenó de tanta metralla que al siguiente día se recogía como arena. Sin embargo, no fue proporcionado el estrago a tanto aparato, pues sólo murieron catorce hombres, y hubo algunos heridos, quedando metidos dentro del foso, a quienes fusilaron al día siguiente. La tropa echó a correr, y para contenerla Morelos tomó la delantera y se valió del ardid de tirarse en el suelo en el punto del Ojo de Agua, que era de preciso tránsito; de modo que al llegar a él los negros se contenían por su respeto temerosos de hollarlo; tal consideración le tenían. “¿Por qué huyen ustedes? —les preguntó blandamente—. ¿No estamos fuera del peligro?” De este

modo los reunió y calmó. A pesar de la vigilancia de los de Acapulco, la ciudad padeció un poco, pues reunida una buena parte de sus vecinos en la fortaleza, casi abandonaron sus casas, y la tropa americana saqueó algunas. Irritado Morelos con este chasco, mandó venir más gente, y que la artillería tomada en Tonaltepec se situase en el cerro de las Iguanas y Casamata para hostilizar la ciudad y que el hambre la aquejase. Entonces intentó hacer una salida sobre la plaza (el 14 de febrero), para lo que llevó un cañón y un obús; la tropa se entró fácilmente en la ciudad, se embriagó y comenzó a saquear algunas casas, en cuya sazón una partida de grumetes de Guayaquil, vestidos en la mayor parte de mujeres, salieron a la deshilada, y fácilmente tomaron el cañón y el obús. Esta pieza pertenecía a la goleta *Guadalupe*, y así es que se llevó en triunfo al mismo buque de donde se había sacado. Entiéndase así el pomposo parte que se lee en la *Gaceta* núm. 28, de 25 de febrero de 1811. Por semejante ocurrencia se retiró Morelos por el Pie de la Cuesta a su antiguo punto de la Sabana, de donde se había separado, donde se reunió de nuevo toda la gente de la costa, manteniéndose pasivo y a la defensiva, porque supo que marchaban tropas de México a atacarlo, al mando de D. Nicolás Cosío, a quien debería reunírsele don Francisco Paris con milicias de Tehuantepec, Xamiltepec y Oaxaca.

#### ES NOMBRADO JEFE D. HERMENEGILDO GALEANA

Efectivamente, según aparece de las gacetas, salió Cosío del campo de los Coyotes en 29 de marzo; la tropa de Morelos se retiró haciéndole una llamada para el paso de la Sabana, donde estaba la fuerza principal, y donde se empeñó la acción. La gente de Morelos en aquel punto se hallaba al mando de un D. Francisco Hernández, que desamparó el puesto por cobardía; lo mismo hizo D. Miguel Ramírez (alias *el Florero*), que le sucedió; entonces, por elección de los soldados hecha en el conflicto, se confirió el mando a D. Hermene-

gildo Galeana, que se encontraba allí enfermo y estaba encargado de la administración de justicia. Debe notarse que cuando Morelos se hallaba en El Aguacatillo mandó una partida de doscientos hombres mal armados sobre el pueblo de Chilpancingo; y Galeana, estrechado por D. Joaquín Guevara y otros jefes realistas, mandó la acción y derrotó a los americanos, con quienes se reunió luego que pudo, pues siempre amó de corazón la independencia. Era por lo mismo conocido el valor de Galeana, y, por tanto, se desempeñó cumplidamente en esta vez. No lo hizo con menos bizarría D. Nicolás Cosío, pues atacó a la bayoneta, y entró por el punto de Cacaluta, o sea Campo Santo, a pesar de un cañón colocado allí; mas se vio forzado a retirarse; hicieronle varios prisioneros, y los americanos siguieron el alcance. Desde este día formalizó el sitio de este campo, que duró por espacio de tres meses. Hallábase en esta época enfermo el general Morelos en Tecpam, por cuya causa no se halló en el referido ataque; pero habiéndose curado, regresó a este punto del Veladero, que se vio acometido nuevamente y con doble furor por Cosío, atacándole por los Cajones, Caravalí y Concepción, pero éste fue rechazado y perdió un cañón, distinguiéndose en esta vez de los americanos el padre Talavera y D. Julián Dávila. Atacado Morelos, no tanto por esta fuerza cuanto por el hambre, pues los víveres que se le habían remitido de varios puntos escasamente cayeron en manos de los enemigos, se decidió a romper el sitio, empresa que encomendó a Galeana; portóse este caudillo con tanto acierto, que sacó todo cuanto había en el campo, quedándose él con parte de su tropa a retaguardia. Sostuvo con ella una acción muy reñida en el arroyo que llaman de Zoyolapa; allí se le acabó totalmente el parque, su gente se dispersó, y Cosío solo marchó a tomar el campo de la Sabana, que se le había abandonado. Debemos hacer justicia al mérito de este digno oficial; él acompasó todas sus operaciones por la prudencia, obrando siempre con circunspección y calma; no se sabe que hubiese hecho ninguna ejecución militar, ni atropellado los fueros de persona alguna, amiga o enemiga; estas virtudes eran otros tantos capítulos de acusación para sus enemigos, que calificaron su lentitud

de flojedad, su modestia de estupidez y su precaución de cobardía; era un americano, y esto constituía un delito imperdonable, por lo que se le trató de desairar por el gobierno de Venegas, a quien siempre habló verdad, y procuró desengañar como no lo hicieron los demás jefes. Cosío procuró llamar a Morelos con el indulto, y éste se le opuso con la energía que lo caracterizaba; he tenido en mis manos originales las contestaciones habidas en este asunto, y confieso que me admiraron las respuestas sencillas dadas desde el paso a la eternidad... Así llamaba Morelos al cuartel general donde residía, diciendo con donaire que lo llamaba así porque el que lo atacase pasaría de allí a la eternidad. Este hombre jamás perdía su buen humor aunque se hallase en los mayores conflictos.

No creo parecerá ajeno de esta relación añadir a lo dicho que, en principios de esta guerra, Morelos mandó una expedición sobre la costa de Xamiltepec, al mando de D. Rafael Valdovinos, con el objeto de que contuviese en la hacienda de San Marcos a D. Francisco Paris; pero éste, con mejor armamento y mejor disciplina, lo derrotó en Piedras Blancas, hecho que lo envaneció demasiado e inspiró una confianza que le fue funesta en la sorpresa de su campo. Débese también notar un hecho de atrocidad ocurrido en aquel lugar de Piedras Blancas con el mismo Paris, que le hará poco honor en la posteridad. Morelos había mostrado repugnancia a derramar la sangre americana; así es que, imitando su conducta Valdovinos, luego que divisó a Paris hizo alto con su tropa, dijo que quería parlamentar con él, y al efecto se ofreció a hacerlo un mozo llamado Victoria Murga, hombre de valor denodado. Presentóse al enemigo, oyó su razonamiento Paris y le mandó amarrar en vez de contestarle; en esta actitud le asesinó el español José Campio indignamente. Después fue tomado prisionero en la sorpresa de Tonaltepec, se le hizo cargo por Morelos de este crimen, y lo confesó con orgullo; así es que fue pasado por las armas en represalia de los que no quiso canjear el gobernador de Acapulco, Carreño. Este oficial pagó con la vida sus demasías, pues murió en acción saliendo a sorprender en el punto del Bejuco el destacamento

del americano D. Juan Álvarez. Escrito está: “Nada quedará impune delante de Dios.”

El Gobierno español, para dar valía a su causa, procuró hacer tomar parte en ella a las primeras personas de los pueblos, y que éstas tuviesen mayor ascendiente sobre ellos; al efecto puso en movimiento los grandes resortes del temor y premio que tenía en su mano. Era bien notorio el influjo de los Bravos y Galeanas en el Sur, y así no es extraño que tenazmente procurara atraérselos, tanto más cuanto que obtenían empleos militares en aquellos partidos, y sus cuerpos fueron puestos sobre las armas. Don Víctor y D. Miguel Bravo se resistieron con varios pretextos a las solicitudes de los comandantes de Tixtla y Chilapa para que capitaneasen cuerpos militares contra la causa de la independencia; pero ellos se fugaron y hundieron en la cueva llamada de Michapa, situada en una cañada de su hacienda de Chichihualco, donde se conservaron por espacio de siete meses; qué clase de padecimientos y privaciones sufrirían allí, no es fácil concebir. Allí recibieron un papelito del general Morelos en que les decía que su gente perecía de hambre, pues no comía más que raíces y frutas silvestres, y que él no conocía la tierra, por lo que les suplicaba lo auxiliasen con víveres. Así se hizo, proporcionándosele cuanto se le pudo franquear. Estos recursos los recibió en breve don Hermenegildo Galeana, el cual llegó a Chichihualco con su división. Había venido atravesando por la sierra para no ser visto por los realistas, y de su tropa se habían muerto dos infelices soldados envenenados con la comida de plantas mortíferas que ellos no conocieron. A los cuatro días de estar en la hacienda, y a la sazón en que sus soldados limpiaban unos las armas, y otros se bañaban en el río inmediato, he aquí encima al enemigo en no pequeño número: comandaba esta división, compuesta del hijo de México, o por otro nombre los colorados, patriotas de Chilapa, Tixtla, Zumpango, Tlapa, fijo y lanceros de Veracruz, don N. Garrote. Apenas tuvieron tiempo los americanos para tomar las armas, y no pocos negros pelearon en cueros que parecían demonios. El que comandaba a los realistas no sabía que allí hubiese esta casta de alimañas con quie-

nes tenía que batirse, pues solamente iba en demanda de los Bravos para prenderlos y campar allí con su tropa; avanzó hasta el punto que llaman de la Tierra Vieja, donde los americanos le presentaron acción, tomando el frente D. Leonardo Bravo y Galeana con dos cañones de a cuatro: el costado derecho, D. Nicolás Bravo con un cañoncito pequeño; don Víctor tomó el izquierdo con la caballería que en lo pronto pudo reunir. Empeñóse el ataque cogiendo al enemigo a tres fuegos; volteó caras procurando sostenerse, pero resistido con el vigor que no se prometía, se le puso en fuga y dio alcance hasta el rancho de Atlixnac, es decir, tres leguas cuyo espacio quedó sembrado de cadáveres. Pasaron de ciento los que se hicieron prisioneros, de los que algunos tomaron partido en la causa de la independencia, y otros se destinaron a Zacatula. Esta victoria dio a los americanos cerca de trescientos fusiles, y algún parque que les vino muy bien. Morelos no se halló en esta acción, porque roto el sitio del paso de la Sabana marchó a la hacienda de la Brea, donde ordenó a Galeana la marcha secreta que debía llevar para Chichihualco, ínterin él acababa de fortificar el campo del Veladero, punto único de apoyo para la gente de la costa, y que por lo mismo confió al valor y acreditada prudencia de D. Julián Dávila. A los seis días después llegó Morelos a Chichihualco, y luego emprendió su marcha a Chilpancingo para pasar después a atacar al pueblo de Tixtla, donde se hallaban los comandantes Cosío y Guevara. Efectivamente, a principios de junio se acometió esta empresa: Morelos traía como setecientos hombres, número que, reunido a los de Galeana y como seiscientos que presentaron los Bravos, formaban una fuerza respetable; no necesitaba menos el pueblo de Tixtla, fortificado con buenas trincheras en la plaza y Calvario, y lo que es más, entusiasmados sus habitantes por el cura Mayol, no de otro modo que los de Chilapa por su párroco Rodríguez Bello. Comenzó la acción a las cinco de la mañana, y no terminó sino hasta las cinco de la tarde. Por poco es perdida, pues los realistas se defendieron con el mayor vigor, alentados por las mujeres del pueblo, que no tomaron poca parte en el combate. Los americanos debieron la victoria a una

contingencia favorable: habiéndoseles acabado el parque, un joven, arrastrándose por el suelo para no ser visto de los artilleros que defendían una batería, logró matar de un fusilazo al que daba fuego; sus compañeros se llenaron de pavor y echaron a huir; entonces el americano se apoderó del cañón y de un gran saco de pólvora que encontró inmediato, y con ella continuaron batiendo. Los realistas, abandonando sus puntos, se refugiaron a la parroquia luego que vieron arder las principales casas del pueblo; el cura se situó en la puerta de la iglesia con el Santísimo Sacramento en las manos; Morelos le mandó que se retirase para sacar de allí los prisioneros y armas; aquéllos fueron destinados a Zacatula, y éstas aplicadas al ejército vencedor. Morelos trató de reponer las fortificaciones del pueblo, pues tal vez previó que allí sería atacado algún día, como se verificó.

Los repetidos descalabros que habían tenido hasta entonces los generales españoles en el Sur, y gran nombradía que había tomado Morelos con sus triunfos, no permitían nombrar a un comandante general que les sucediese; el más apreciable (Cosío) se había retirado y caído de la gracia del virrey; por tanto, acordó la junta de oficiales nombrar a Fuentes, militar viejo, y tanto, que algunos creyeron ser de la expedición de O'Reilly en Argel, y se prometían muchas medras de su experiencia. Situóse éste en Chilapa, donde puso su cuartel general; contaba entre sus primeros oficiales al oidor Recacho, de Guadalajara, y éste se pavoneaba con su uniforme para agradar a una señorita que estaba en el campo, a quien tenía dedicadas todas las buenas presas que hiciese con sus propias manos, no de otro modo que los antiguos caballeros del siglo de las Cruzadas. Era grande el ocio y diversión en el cuartel de Fuentes; jugábanse allí las enormes sumas de dinero que se habían remitido para el pago de la tropa, y la caja militar habría mostrado un escandaloso descubierto si hubiera llegado el día en que sus jefes dieran cuentas; pero de esto los libró la derrota que después padecieron en el mismo pueblo de Tixtla, de que ya hablaré. Morelos dejó ciento cuatro hombres de guarnición en este pueblo y se pasó al de Chilpancingo, donde se preparaban grandes fiestas de toros y

de iglesia con motivo de la titular, que es la Asunción de Nuestra Señora; el alboroto fue tal, que una buena parte de la guarnición se escapó por asistir a ellas. En esta infeliz y aniñada gente, un cohete, un toro o un tamborcillo producen iguales efectos de júbilo que en los atenienses las fiestas dionisiacas. Súpolo todo Fuentes por dos desertores de Tixtla que se le presentaron, informándole asimismo que no había parque en la plaza; y como sólo distaba cuatro leguas de allí, fácilmente movió su campo y se presentó a atacar con el vigor posible, llevando sobre mil quinientos soldados de línea. Enseñoreóse de la mayor parte del pueblo y comenzó el ataque de las trincheras con la mayor obstinación y confianza; mas halló en ellas la resistencia que no esperaba, pues en aquel día quemó tres mil quinientos cartuchos. Los americanos se vieron sin parque y perdidos, ocurrieron a Morelos y tampoco lo tenía, pues aunque en Chilpancingo había planteado una fábrica de pólvora, era poca, ésta estaba húmeda e inservible. Con grandes apuros se pudo secar una corta cantidad al calor de la lumbre en comales<sup>3</sup> exponiéndose a incendiar el angloamericano Elías Bean y se dio por muy satisfecho enviando el gran socorro de quince paradas de cartuchos; mandóles decir a Galeana y Bravo que a la mañana siguiente lo aguardasen por la parte de Cuauhtlapa con el objeto de flanquear al enemigo y que entonces hiciese una salida al machete la guarnición. Salió, pues, de Chilpancingo con setecientos hombres y el cañoncito *Niño*; la mayor parte eran indios desarmados, previniéndoles avanzasen, y en caso apurado, retrocediesen luego, pues aquella gente era para abultar. Apenas supo Galeana de la aproximación del socorro cuando comenzó a repicar las campanas de la parroquia, de lo que los españoles se rieron y a gritos preguntaban si estaban locos. Pero no tardaron en desengañarse cuando por la espalda oyeron el primer estallido del cañón que asestó y disparó el mismo Morelos con buen éxito desde una posición elevada, pues puso en desorden a la banda de músicos y tambores de Fuentes, que tocaban alegremente,

3 Torteras de barro.



sin saber por dónde podría venirles un desentono como aquél. Muy luego procuró el general enemigo concentrarse y formar cuadro; pero Galeana no le dio lugar, pues saltando de las trincheras sable en mano, introdujo el desorden. Fuentes procuró ponerse en cobro, dióle una pataleta de susto; pusieronlo en una camilla, y dos compañías de infantería lo escoltaron para sacarlo del peligro. El oidor Recacho nada hizo sino poner pies en polvorosa, y he aquí el campo sin jefes. En este mismo momento ocurrió una lluvia que acabó de inutilizar el armamento, que en parte lo estaba por igual causa por el agua copiosa de la noche anterior; entonces los lanceros de Morelos cargaron sobre los fugitivos por el llano que llaman de Amula y obraron como lobos sobre un aprisco de ovejas, en términos de que el arroyito llamado de Xoxtecoapam se tiñó con sangre; sólo allí pasaron de doscientos los muertos: llegaron hasta cerca de Chilapa los lanceros, e hicieron cerca de ochocientos prisioneros, escapando sólo la caballería; algunos dragones de Querétaro se presentaron muy en breve al virrey Venegas, a quien hicieron relación verbal de esta desgracia, y los hizo arrestar. Pasaron de trescientos los heridos que se quedaron en el hospital de Tixtla; tomáronse cuatro cañones, y no mucho parque por el consumido el día anterior. Destináronse indios para recoger fusiles ocultos en los zacatales, por cuya causa y robos que hicieron no se tomaron todos los que debían y correspondían a toda la infantería enemiga. Sabida la noticia en Chilapa, comenzaron luego a emigrar muchas de sus principales familias, a quienes hicieron retroceder con sus equipajes Galeana y D. Nicolás Bravo; éste avanzó hasta delante de Tlapa. Habíase distinguido entre los enemigos por su valor un guerrillero llamado D. Juan Chiquito, el cual al llegar a Chilapa murió de un balazo recibido en la acción de Tixtla. Encontró Morelos allí a los traidores Pepe Gago, el artillero de Acapulco, y a D. José Toribio Navarro, que habían recibido 200 pesos de habilitación en la costa para reclutar gentes a los americanos; ambos fueron fusilados como traidores; recogido no poco cargamento y bienes de europeos, se aplicaron a la caja militar del ejército, y sirvieron para alimentarlo el tiempo de su residencia en la villa de Chilapa.

La tropa americana estaba casi desnuda, y no era posible vestirla tan prontamente como se deseaba: Morelos mandó habilitar los muchos telares que allí había, pues era lugar de industria, y esta medida le produjo el efecto deseado en la mayor parte. También se ocupó en engrosar el ejército con reclutas traídos de la costa y en la recomposición de armamento. Parece que éste era el lugar que la Providencia le preparaba para que descansase de las mayores fatigas y privaciones tenidas en el espacio de nueve meses; pero ocurrieron entonces desazones peores de las pasadas, y que llenaron su corazón de amargura; tal fue una horrorosa conspiración contra el sistema de nuestra independencia que debía estallar, comenzando con su muerte; suceso que merece referirse detenidamente por ser importante, y de que apenas se tiene una idea muy confusa entre pocos, y tal vez muy alterada.

#### CONTRARREVOLUCIÓN FRAGUADA

POR D. MARIANO TAVARES, DAVID FARO Y F. MAYO

Verificada la sorpresa de Paris, Morelos creyó que no debía demorar el aviso circunstanciado de tan fausto acontecimiento a los generales Hidalgo y Allende, a quienes creía en lo interior, y que continuasen gloriosamente su empresa; ignoraba su desgraciada prisión en las Norias de Baján, y se certificó de ella cuando interceptó un correo, cuyas cartas, aunque muchas en número, leyó por sí mismo en una noche, tarea que le acarreó (como él mismo me dijo) una gran fluición de ojos; a nadie dijo palabra de lo que sabía, e hizo quemar toda la correspondencia; y si alguno decía sobre esto algo funesto procuraba desmentirlo con vigor; si no hubiera usado de esta prudente precaución, su ejército en El Veladero se le habría desertado al instante. Comisionó, pues, para dar parte verbal de su situación, a Tavares y David Faro, los cuales llegaron al pueblo de La Piedad,

donde encontraron al Lic. Rayón, que, como dijimos en otra carta de la primera época, les informó de todo lo ocurrido hasta su desgracia en el rancho del Maguey. No sabemos por qué eligió Morelos para esta comisión a dichos sujetos, habiéndole sido tan útiles, y presumimos fuese por alejarlos de su lado, pues ya se le habían hecho sospechosos; lo cierto es que, cuando regresaron, Tavares se presentó con el grado de brigadier, y David con el de coronel, conferidos por Rayón. Dejéronse ver en Chilapa con esta investidura, que debió de desagradar a Morelos; pero sea por ella o por motivos secretos, no les dio mando en su ejército; mostráronse resentidos, y le pidieron licencia para pasar a Chilpancingo con achaque de ir a recoger unos intereses. Apenas llegaron a aquel pueblo cuando marcharon para la costa con el criminal objeto de revolucionarla. Encontraron en sus habitantes la mejor disposición, porque en la mayor parte estaban hastiados del intendente Ayala, que les había recogido unos baúles tomados en la sorpresa de Paris, y que tenían ocultos. Del pueblo de Coyuca se pasaron a Tecpam en demanda de aquel jefe; encontráronlo en la playa que llaman del Real, y lo prendieron, llevándose con él a Tecpam, de donde logró fugarse. Luego que supo estas ocurrencias Morelos marchó a Tecpam para sofocarlas, siéndole muy sensible que a los revoltosos se hubiese agregado un F. Mayo, capitán del punto de Carabalí, que era cantón del Veladero, el cual arrestó al comandante que D. Julián Dávila había dejado en el Fuerte, y a otros oficiales; no contento con este procedimiento, se avanzó a hacer lo mismo con D. Julián Dávila para impedirle que desarmase a Tavares y David, que ya lo estaban por Dávila en Tecpam. Encontróse éste con Mayo al salir del monte del Manglar, y allí chocaron en términos de que tomándole Dávila dos artilleros retrocedió a la casa de la hacienda del Zanjón, donde se atrincheró temeroso de que Mayo le atacase, pues había reunido sobre quinientos hombres, cuando Dávila sólo era escoltado por treinta. Mayo pidió los artilleros y armas de Tavares, pero sólo le entregaron aquéllos, y pasó a acamparse al pueblo de

Atoyac, distante dos leguas de la hacienda. Dávila pasó por orden de Ayala a Tecpam, y en esta sazón llegó Morelos de Chilapa, escoltado por cien hombres, y transó la diferencia trayéndose en su compañía a David y Tavares. Dio posesión del Veladero a Dávila y le mandó que decapitase a Mayo y a todos los conspiradores, regresándose luego a Chilapa. Esta conspiración estaba muy ramificada con el ejército que residía en esta villa, y de ella tenía noticias circunstanciadas Galeana: dirigiase a exterminar a todo hombre blanco o decente, comenzando por el mismo Morelos. Acabóse de descubrir el pormenor del plan por las denuncias que le hicieron otros dos angloamericanos, Alendín y Pedro Elías Bean, pues se les había seducido para entregar a los sediciosos la artillería, fábrica de pólvora y maestranza, de que estaban encargados. Entonces Morelos, no teniéndose por seguro en su mismo campo, comisionó a D. Leonardo Bravo para que ejecutase a David y Tavares, como se verificó en una noche en Chilapa con David, y en la hacienda de Tlapehualapa con Tavares, por el capitán D. Máximo Sandoval. David, antes de morir, pidió el bautismo, y se lo ministró el padre D. Pedro Vázquez, capellán del ejército. Igualmente corrió Mayo la misma suerte en El Veladero, auxiliándole en los últimos momentos el cura Patiño, que hoy es diputado del actual soberano Congreso. Sólo Mayo fue fusilado, y los otros degollados para evitar un escándalo de funesta trascendencia por los amigos y parciales que había en el ejército. Así terminó esta sedición, que por poco contraría la marcha de la revolución.

Los poco afectos a Morelos le han echado en cara este proceder: yo estoy seguro de que, puestos en iguales circunstancias, habrían obrado del mismo modo. ¿Qué había de hacerse en el torbellino y centro de unos hombres ferocísimos dispuestos a ejecutar todo género de maldades por su rusticidad e ignorancia, y cuando obraban por el impulso dado al gran deseo que en todos tiempos han tenido de acabar con todo hombre, fuérase amigo o enemigo, solamente porque era blanco? ¿Adónde ocurrir en tan críticas circunstancias a

las solemnidades y formas del derecho, cuando el mal era grandísimo y urgía de instante en instante el castigarlo?

#### SALIDA DEL EJÉRCITO DE CHILAPA PARA CHAUTLA DE LA SAL

Tomado algún descanso y aumentado el ejército en Chilapa, salió Morelos de aquel punto a mediados de noviembre sobre Chautla. A su tránsito por Tlapa se le incorporó el padre Tapia, que era vicario de aquel pueblo; Morelos le permitió que levantase un regimiento del que lo hizo coronel. No tenía este eclesiástico disposiciones para manejar la espada; le habría estado mejor quedarse con su estola en su parroquia, pues aunque murió de bala de cañón en la batalla de Ojo de Agua, dada en noviembre del siguiente año (1812), es menester confesar que jamás hizo una cosa a derechas en la milicia; desconocía la subordinación militar, y así es que causó por ella la derrota de D. Miguel Bravo en Asoyú, como después diremos. No fue así Victoriano Maldonado, indio que se presentó en dicho pueblo de Tlapa y mereció la confianza de Morelos, dándole el mismo grado de coronel, pues fue un modelo de virtudes militares y de valor. Morelos dividió su fuerza en dos trozos; confirió a Galeana y los Bravos uno de más de quinientos hombres de todas armas y tres cañones con dirección a Cuautla Amilpas, orden que después revocó mandándole retrocediese sobre Huizuco y Tepecuacuilco. El comandante realista de este segundo pueblo, D. Pedro Quijano, después de tomado Huizuco, tan sólo se batió la descubierta de Galeana mandada por D. Vicente Guerrero y D. Manuel Sandoval, ambos capitanes entonces; en esta acción se hicieron prisioneros a dos eclesiásticos, D. Felipe Clavijo y D. Agustín Telles, cura de Xochitepec. Quijano salió al encuentro a Galeana al día siguiente, situado sobre la loma de un cerro inmediato a Tepecuacuilco: también Galeana destacó una partida de caballería

sobre él y esto bastó para ponerlo en fuga. Hicieronse varios prisioneros, y entre ellos un D. Manuel Vélez, europeo, que fue fusilado al tercer día, y se tomaron algunas armas, sin que fuese necesario mover la infantería, que se mantuvo tranquila al mando de don Leonardo y D. Víctor Bravo. En este punto se separaron de Galeana los Bravos; éstos tomaron para Izúcar a socorrer a Morelos, y Galeana para Taxco. Los Bravos llegaron el mismo día por la tarde.<sup>4</sup>

Morelos siguió su camino para Chautla de la Sal, donde se había situado D. Mateo Musitu, europeo muy rico y gran personaje en tierra caliente, que a sus expensas por sí había levantado una fuerte división. Ocupó el convento que fue de agustinos en los días de la conquista, y su iglesia, y con esto se dijo que ocupó una verdadera fortaleza disfrazada con este nombre; tales las mandaron construir los reyes españoles reservadamente para tener en cada pueblo un punto de apoyo con que subyugarlos. El odio a Morelos era tal, que había fundido un cañón de artillería, al que puso por nombre *El Mata-Morelos*. Ignoraba que lo tenía muy cerca para matarlo a él, cuando oyó el cañonazo del alba y diana, que fue la señal de ataque; con tanta precaución y sigilo habían marchado los americanos. Musitu hizo una salida sobre ellos; pero fue destrozado por el capitán D. Perfecto García. Comenzó un fuego infernal por azoteas, ventanas y parapetos: habíase fortificado además Musitu en el interior del convento, es decir, en la escalera de él; allí fue donde se le hizo prisionero con otros europeos, luego que Morelos forzó los atrincheramientos y pudo penetrar. Encontróse detrás de unos colaterales y lleno de telas de araña al capellán de Musitu, Lic. D. José Manuel de Herrera, cura del valle de Huamustitlán, el cual luego que vio a Morelos fue atacado de un soponcio creyendo que era llegada su última hora; Morelos le hizo dar un poco de vino, con que lo recobró: le perdonó generosamente, lo hizo vicario castrense de su ejército y le dispensó cuanto favor pudo, hasta conseguir que

4 He visto una relación de la salida del ejército de Chilapa, y dice: “Salimos por Tlacotepec, el tercero día llegamos a Tlapa, donde nos mantuvimos ocho; de allí salimos para Xolalpa, donde se dividió el ejército.”

marchase de enviado a los Estados Unidos en 1815. Éste es el mismo ministro de Relaciones de D. Agustín de Iturbide, hombre de todos partidos y muy comparable con un caballo que obra contra el moro si lo monta el cristiano, y al revés. Guárdome de continuar la descripción de este sátrapa, porque la América que gimió bajo del cetro de su amo le conoce en análisis. Desde Chautla comenzó Morelos a llevar contestaciones con el obispo de Puebla, Campillo, sobre la justicia de la insurrección, de las cuales hablaremos cuando ex profeso tratemos de las negociaciones que hubo por medio del cura Palafox de Huamantla, enviado a la junta de Zitácuaro y sobre las que corre un impreso con varios manifiestos que serán en todo tiempo eterno oprobio de sus autores. Tomó Morelos en Chautla todo el armamento de Musitu, y no poco parque que tenía allí enviado de Puebla, juntamente con el cañón *Mata-Morelos*. Luego que en aquella ciudad se supo de esa derrota, salió el coronel Saavedra, de nombre obscuro en la milicia, con trescientos hombres, el cual retrocedió con ellos sin osar a mirar ni aun de lejos al ejército americano. El bajo pueblo creyó que obraría maravillas, porque antes de salir, el obispo Campillo los bendijo, dio un peso a cada soldado, y los exhortó como si fuesen a una cruzada de moros. ¡Lástima de rentas eclesiásticas empleadas en tan ruin empresa!

De Chautla mandó Morelos a D. Miguel Bravo con casi toda su fuerza, que serían seiscientos hombres, para el rumbo de Xamiltepec a que obrase contra Paris, previniendo a D. Julián Dávila lo auxiliase desde El Veladero, y lo mismo mandó al padre Tapia, que se había levantado en Tlapa. De hecho, se reunió viniendo por Tecuapa, y la reunión se hizo muy numerosa, y tal vez por eso inútil. Los jefes no se pudieron convenir en cuanto al mando; todos afectaban ceder de su derecho, pero cada uno procuraba la superioridad sobre el otro. Paris estaba situado a las márgenes del río de Quetzala, y los dos campos se veían mutuamente; la tarde víspera de la acción, el padre D. José Antonio Talavera, eclesiástico de buenos sentimientos patrióticos, por lo que siempre lo consideró Morelos, tan amable y medido cuando

estaba cuerdo como insufrible y arrojado cuando se cargaba de vino, quiso penetrar hasta el campo enemigo y fue hecho prisionero con una partida; llevósele preso a Oaxaca, de donde salió cuando entró Morelos en aquella ciudad. Don Miguel Bravo, en vez de acometer a Paris con toda la fuerza de su mando, sólo destacó sobre él las compañías de García y de Leiva, que fueron completamente derrotadas, y García muerto y acribillado de balas defendiéndose como un gladiador romano. Por semejante desgracia el ejército americano se dispersó, y Bravo se retiró hasta Tlapa. Paris avanzó en su alcance, y pasara a más si en el punto de Azoyú no lo hubiera contenido por medio de una vigorosa resistencia la escolta de D. Julián Dávila, que le forzó a retirarse. A consecuencia de esto Bravo permaneció en Chilpancingo y Dávila regresó al Veladero.

Morelos, confiado en su buena fortuna, se quedó sólo con la compañía de su escolta, y con ella entró en Izúcar el 10 de diciembre de 1811, y el 12 predicó de Nuestra Señora de Guadalupe en la parroquia; el pueblo lo recibió como a vencedor, es decir, entre perfumes, rosas, cohetes y repiques de campanas; un desertor de su comitiva pasó a Puebla y avisó de la poca fuerza que traía. Destinóse a D. Miguel Soto Maceda, de quien otras veces hemos hablado, con seiscientos hombres escogidos, dos cañones y un obús, y a su segundo D. Pedro Micheo para que lo atacasen. Morelos se atrincheró prontamente en la plaza, poniendo parapetos de vigas en las bocacalles, y situando en sus inmediaciones por las azoteas a muchos indios del lugar e inmediaciones, armados de hondas. Formáronse dos columnas de ataque por los españoles. Soto se situó en El Calvario, que es punto dominante al lugar, y Micheo atacó por otras calles; no pudo penetrar al primer ímpetu; lanzó muchas granadas sobre la población, y echó abajo uno de los parapetos que fácilmente se repuso, aunque lastimando a dos buenos oficiales, Vázquez y Santillán. Duró la acción todo el día hasta las oraciones, en que herido Soto en la cabeza y vientre se retiró; Morelos siguió el alcance hasta la hacienda de la



Galarza, donde se batió cuerpo a cuerpo, y estuvo a punto de quedar prisionero. Una partida de dragones, luego que oyó decir que allí venía Morelos, se llenó de pavor y se puso en fuga. Allí quitó Morelos un excelente cañón y el obús. Portóse con extraordinaria bizarría y seriedad, tanto que habiendo muerto cerca de él un oficial de artillería español, se llegó a él y lo absolvió para morir. El ataque de la hacienda de la Galarza no fue poco reñido, pues había allí una especie de fortincito que atacó este general en persona. Al quitar el cañón le mataron al capitán D. Juan Alvarez, excelente oficial, cuya pérdida lamentó entre varios muertos españoles que hubo: uno de ellos fue el tránsito que dio aviso a Puebla de la poca fuerza de Morelos. Con esta victoria aumentó sus armas y su gloria, tanto más cuanto que Soto Maceda murió a los dos días en el convento de franciscanos de Huaquichula a lo perro, pues poco antes de expirar, un fraile le exhortó a que se confesase y lo echó a un tal... Sin embargo, se le enterró en la catedral de Puebla con asistencia del obispo. Pusiéronlo en el féretro con botas, y notando con su lente el canónigo Olmedo desde el coro que tenía herraduras, dijo donosamente: “He aquí la primera bestia herrada que se entierra en este santo templo.” Tal fue la terminación de la batalla de Izúcar, y tanta la imprudencia del general Morelos en recibirla con un puñado de sus fieles costeños; poco después de dada llegaron los Bravos a la plaza con su división.

Los prisioneros de Izúcar corrieron la suerte de los anteriormente hechos, es decir, fueron a poblar la provincia de Zacatula; esta medida fue tomada con el doble objeto de economizar la sangre americana, y de tener en seguridad a unos hombres perniciosos, haciéndolos por otra parte útiles a la agricultura en aquella nueva colonia. Ocho días permaneció Morelos en Izúcar después de la acción, en cuyo tiempo arregló sus cosas lo mejor que pudo, y dejó una guarnición regular en la villa, que confió a los capitanes Sánchez, de artillería; D. Vicente Guerrero, de la tercera del regimiento de Guadalupe al mando de Galeana, y D. Manuel Sandoval, de la cuarta del mismo

cuerpo. Izúcar era el lugar más a propósito para organizar excelentes divisiones; su gente es robusta, fiel y siempre decidida por la insurrección; las grandes poblaciones de que está rodeada proporcionan víveres en abundancia: la inmediación a Puebla le atraía armamento y desertores en crecido número; de todas estas ventajas se supo aprovechar después D. Mariano Matamoros, y así es que de mayo a agosto levantó y disciplinó más de dos mil hombres, con que organizó los regimientos de San Luis y San Ignacio, de caballería, dos batallones de infantería llamados del Carmen, y un regular cuerpo de artillería, tropas a que debió no pocos triunfos, como después veremos.

Marchó, pues, Morelos para Taxco; mas este asiento de minas lo tomó por armas Galeana el día 24 del mismo mes de diciembre (1811) después de haber hecho otro tanto con Tepecoacuilco. El 22 llegó al pueblo de Tecapulco, donde tuvo noticia de que D. Ignacio Martínez, nombrado visitador por la Junta Nacional de Zitácuaro, intentaba hacer igual conquista atacando por el punto de la Cantera, así como el padre Benavente por el de los Cedros, dejándole a Galeana la entrada del camino real de Cruz Blanca, que era la más difícil. Martínez se anticipó a la combinación acordada, creyéndose tal vez sobrado para la empresa, o deseoso de adquirir lauro; pero fue derrotado, y tuvo que retirarse hasta el punto de Mogotes, distante ocho leguas. No por esto se detuvo Galeana, no obstante los obstáculos que se le presentaban: tenía a la vista varias baterías de cañones ventajosamente situadas y bien distribuidas que debían obrar sobre él, a saber: la de los Cedros, con dos cañones; la de la Tache, con tres; la de la Galera, con dos, y otros tantos en la Cantera que obraban poco efecto. A la una de la tarde avanzó Galeana bajo la batería de los Cedros llevando tres cañones a lomo, y alguna fusilería por delante, con lo que logró ocupar la Cantera, y esto le dio el triunfo, a que no contribuyó poco haber reventado un cañón enemigo, causando la muerte a siete artilleros. El fuego de los americanos se rompió a las ocho de la mañana, y terminó a las tres; precedió a la suspensión de él el parlamento de tres clérigos que se presentaron con cruz, ciriales y unas banderitas blancas, que

otorgó gustoso, reservando la aprobación de lo que provisionalmente se otorgara al Sr. Morelos, que dentro de pocos días llegaría al campo. Mandóse una escolta a la plaza, que luego fue necesario arrestar, porque cometió el exceso de saquear una casa, a cuyos dueños se les devolvió todo lo robado. Al día siguiente entró toda la división en el lugar. Defendiólo el capitán García Ríos, el cual, viéndose herido de un brazo, fue cogido en una casa con catorce europeos, todos los cuales pagaron con la vida, con más, cuatro desertores de Tixtla, americanos, que fueron aprehendidos con las armas; ejecuciones que no se practicaron hasta la llegada de Morelos, pues Galeana jamás tuvo valor para quitar la vida a nadie, si no es en campaña, en que mostraba la ferocidad de un tigre. García Ríos, hombre pequeño, pero de unas entrañas diabólicas, había sido hasta entonces el temido Micocolembo de aquella comarca; había recibido muchos aplausos del virrey Venegas en las gacetas, y prefiriendo esta vana gloria a la de ser útil a su nación, era uno de sus más despiadados enemigos. Pagó justamente con su sangre la mucha que había derramado desde que se presentó la revolución por aquel partido. La victoria de Taxco proporcionó a Morelos más de trescientos fusiles; contabanse allí más de seiscientos con escopetas; pero sus vecinos cuidaron de ocultarlas en las minas; no gustaban de la libertad de su patria, e hicieron grandes sacrificios por estrechar las cadenas de la esclavitud, volviendo gustosos a ella por una sublevación vergonzosa ejecutada cuando Morelos se hallaba sitiado en Cuautla y no podía castigarlos. El día 1o de enero entró Morelos en Taxco, día en que estaba Calleja con su ejército sobre la villa de Zitácuaro, en cuyo socorro caminaba, pero que no pudo llegar a tiempo, porque se le presentaban grandes obstáculos que vencer, y que no debía dejar a las espaldas, pues se habría visto envuelto con fuerzas numerosas; ya veremos los apuros en que a pesar de estos triunfos se vio, teniendo que hacer con la brillante división de Porlier en Tecualoya y Tenancingo.

Don Ignacio Martínez, aunque derrotado, aspiraba a que se le entregasen las armas tomadas en Taxco; tal vez lo hacía creyendo que esto entraba en el número de los privilegios de que debería gozar un

visitador. Disputábase entonces un fusil con más empeño que una talega de pesos, porque era más necesario. Morelos entró la mano en esta diferencia, se pronunció por Galeana, cuyo derecho era inconcuso, pero siempre respetó a la Junta Nacional en la persona de su comisionado.

En el espacio de ocho días que Morelos ocupó a Taxco, nombró autoridades que gobernasen aquel asiento; dejó por administrador de la justicia a un don N. Piedras, y de las minas a don M. Sobral, después que ordenó se hiciese de ellas un reconocimiento e inventario formal. En 17 de enero, parte de la división de Porlier tomó el cerro de Tenango, derrotando en él la división del mando de D. José María Oviedo, el cual con sus restos se retiró cerca de Tecualoya. Galeana le mandó que uniese su fuerza en este punto, lo que no ejecutó porque se lo impidió Porlier, y sólo aguardó en Tonatico con cuatrocientos hombres. En la tarde de este día atacó Galeana una partida enemiga con su escolta que ocupaba a Tecualoya; Porlier avanzó luego hasta Tenancingo; componíase su fuerza de setecientos hombres; mas como no halló resistencia en el pueblo, volvió a su campo de Tecualoya. Galeana salió con dos compañías a la barranca de este nombre: trabóse allí una acción muy cruda en la que murió Oviedo, y en ella fueron dispersos los soldados de aquél, dos compañías de Galeana y perdidos dos cañones de éste; pérdida que le fue muy bochornosa y que se cacareó en la *Gaceta* núm. 171, de 19 de enero de 1812. Entonces Porlier avanzó hasta la plaza del pueblo de Tecualoya; pero la encontró atrincherada, como no lo esperaba; hizo esta operación momentáneamente D. Pablo Galeana. Morelos usó de la astucia de mandar repicar las campanas del pueblo, haciendo correr la voz entre sus soldados de que ya venía en su auxilio el comandante Rabadán. El repique reunió afortunadamente la tropa que estaba dispersa por el lugar, en cuya sazón atacó Porlier. Así es que desmontados oficiales y soldados, y estrechados a defenderse, lo hicieron de una manera tan denodada que forzaron al enemigo a retirarse. No podía sufrir

Galeana la pérdida de sus cañones, la muerte de veintisiete hombres, y sobre todo, que tal estrago se lo hubieran causado sus mismas piezas volteadas contra él: así es que inconsulto Morelos tomó dos compañías, salió en demanda de sus cañones, y logró recobrarlos en el momento mismo de pasar la barranca, con más de cincuenta fusiles de otros tantos soldados que mató; regresó al campo, y ya sólo se trataba de marchar en busca de Porlier, que estaba en Tenancingo. A su división numerosa se habían reunido otras partidas, y entre ellas la negra de las haciendas de Yermo; todo exigía mucha precaución para acometer la empresa de desalojarlo de aquel pueblo. La tropa tomó un día de descanso; revisáronse las armas, y los soldados se habilitaron de municiones y víveres. A las nueve de la mañana del siguiente día se presentó Galeana sobre Tenancingo, que estaba inmediato, quedándose Morelos en el pueblo de Tecualoya, pues de resultas de una enorme caída que dio en Izúcar el día del ataque, se le hicieron unos tumores. Iban en el ejército americano los Sres. Bravo y Matamoros, que ya se había presentado en Izúcar, y a quien Morelos tuvo gran cariño, que acaso no igualó el de éste; también los coroneles Marín y Hernández, a quienes se encomendó la infantería del difunto Oviedo. Entrar y comenzar la acción por la calle real, fue todo uno. El esforzado Michelena hizo una salida vigorosa, y quitó a Galeana por segunda vez los mismos cañones recobrados dos días antes por los esfuerzos indicados; entonces este general, con tres compañías de infantería, atacó a los españoles, y los hizo replegar, a pesar de que repitieron sus salidas y escaramuzas, que al fin produjeron alguna dispersión en los americanos; pero reunidos por Galeana, volvió a ocupar los puntos de la capilla de Dolores, calle Real y Tenería, donde desde el principio se había situado.

Al siguiente día, 24 de enero de 1812, vino el general Morelos, con cuya presencia se aumentó el vigor y confianza de su ejército, así como la rabia y despecho de Michelena, pues hizo una salida con la mayor parte de la fuerza enemiga a efecto de desalojar a Galeana y

Bravo de sus puntos; peleóse con mutuo encarnizamiento. Hallábanse situados y atrincherados en la puerta de una casa cuatro soldados de Galeana y entre ellos un negrito costeño llamado Faustino Castañeda, criado de la hacienda del Zanjón, que dirigiendo la puntería de su fusil contra Michelena, le entró la bala por un costado y dio con él en tierra; iba tan borracho, que puede decirse le salía el tufo del aguardiente por las heridas; desnudáronlo luego, y notaron con admiración en su cadáver que en el brazo derecho tenía pintada una muñeca de azul y encarnado, y en la espalda un mico; no de otro modo que los que se pintan los léperos carceleros en estos países, por un efecto de holgazanería y ruindad de principios: circunstancia que dio mucho que reflexionar a los americanos, e infirieron quién sería en su origen este orgulloso español. Poco duró el gusto del triunfo al matador de Michelena, pues por quitarle a su general Galeana un tiro que le asataba un soldado realista, se interpuso entre uno y otro, y lo recibió en una sien, quedando allí muerto; acción heroica de lealtad, y que muy bien muestra la que tenían estos soldados a sus jefes. Siguió el fuego después de la muerte de Michelena como una hora, y en este espacio de tiempo mataron los españoles en la calle siete americanos, e hirieron al capitán Lara, persona recomendable en el ejército. Morelos, por sus dolencias, no pudiendo mandar a caballo, daba sus órdenes sentado en una caja de guerra; sobre ella comió y repartió con mucho gusto una gran porción de tamales con que le obsequiaron sus buenos y sinceros amigos los indios; y a vista de tanta calma y seguridad nadie dudó que el enemigo, o quedase derrotado en aquel día, o tomase algún partido que fuese ventajoso a Morelos. Continuó, sin embargo, Porlier el fuego hasta cerca de las once de la noche que lo prendió a las principales casas del pueblo, y cuyas llamas, cebándose en materiales combustibles, se elevaban al cielo, dando horrendos crujidos las vigas en el acto de desprenderse de sus trabazones. Aprovechóse del pavor que causaba el incendio, y emprendió su retirada para Toluca (dijose falsamente que vestido de india, y no sería mucho, pues el mie-

do convierte a muchos en Proteos y Maricas); influyó harto en esta retirada un tamborcito de Morelos, que habiendo sido hecho prisionero en Tecualoya, preguntándole por la fuerza americana, les dijo... que aquélla era no más que la vanguardia, y que detrás venía doble gente. Luego que se sintió la ausencia de los enemigos de Tenancingo, salió Bravo a seguir su alcance, pero anduvo poco, porque ni su caballería estaba para darlo destroncada con dos días de cansancio y sin comer, ni lo permitía la dispersión en que marcharon metiéndose por unos barbechos; no obstante, se les hicieron prisioneros dos marinos renegados e infernales, que fueron heridos en el acto de cogerlos, dos dragones y un tambor. Tomáronse a Porlier dos cañones grandes, un pedrero y una culebrina de la fábrica de Manila de las que trajo Emparan de Guadalajara cuando vino a atacar a Rayón a Zitácuaro. Morelos permaneció en Tenancingo tres días, mandó purificar la iglesia, y que se rociase con vinagre; hizo que se sepultasen más de cuarenta cadáveres, y pasó a Cuernavaca, lugar de delicias donde tuvo dos días de desahogo. Notóse que perecieron algunos negros de las haciendas de Yermo, y que éstos mostraron grande encarnizamiento contra los americanos, mayor que el común de las tropas realistas. Las máquinas siempre se mueven a proporción del impulso que reciben.

Fue grande la consternación en que se hallaban en esos días los españoles en México; la fuerza de Morelos había aparecido por Venta de Chalco al mando de don Víctor Bravo y Larios, como dijimos en una de las cartas de la primera época,<sup>5</sup> y las avanzadas americanas llegaron a San Agustín de las Cuevas para evitar una sorpresa. El sentimiento de la pérdida de Zitácuaro se había aminorado en mucha parte con la noticia de estos triunfos: noticia tenida, no por las fabulosas gacetas, sino por los particulares, pues el Gobierno, a pesar de la impudencia escandalosa con que mentía, no se atrevió a hablar palabra sobre estos acaecimientos. Es muy digno de notar que esta

5 De la primera edición.

derrota de Porlier fue una medida de corrección para su crueldad; desde entonces se le advirtió más humano, y mostró resistencia a derramar la sangre americana en ejecuciones militares de que antes había sido tan pródigo. A veces la sangre se restaña con la sangre, y el llanto se enjuga con llanto.

OCURRENCIAS IMPORTANTES POR EL SUR  
ANTERIORES AL SITIO DE CUAUTLA AMILPAS

*Historia del capitán poeta D. Ramón de la Roca*

Por octubre de 1811 nombró el virrey Venegas a D. Ramón de la Roca comandante de la provincia de Chalco. Era éste un joven que acababa de llegar con grandes recomendaciones de España por su talento y grande aplicación a las letras humanas; mostró muy luego su aptitud en ellas, pues compuso varias poesías, y unas octavas en que canta la ruina de Zitácuaro que consagró a Calleja como pudiera Lucano dedicar a Nerón un poema del incendio de Roma, a que aplicó la tea, se gozó con sus estragos y los celebró con su flauta. Calleja le correspondió su obsequio durante la época de su virreinato: hízolo de su confianza, y entonces pudo desarrollar todo el odio que abrigaba en su corazón contra los americanos, y que comenzó a mostrar desde los primeros números de su periódico intitulado *El Amigo de la Patria*, de que se hizo editor, y para cuya formación se reunieron los enemigos de ella, o sea algunos pícaros que debieran remar en galeras. En breve se puso en ridículo Roca, pues salió a luz un papel intitulado *El Donado Hablador*, publicado en los pocos instantes que tuvo libertad la imprenta en el año de 1812, y en que se manifiesta la cobardía de este sujeto.

Hallábase en este tiempo el pueblo de Ameca en agitaciones que Venegas creyó aquietase Roca, y se mostraba allí enemigo implacable de la libertad de la América un F. Páez, indio, y dueño que se



decía de los “volcanes de nieve”. El primer paso que dio el nombrado comandante fue convocar una junta para Chalco, e hizo que asistiesen a ella los curas para imponer una contribución forzosa, y que ellos graduasen el cupo de cada vecino; así lo hicieron, y el dinero se exigió de una manera militar.

A fines de octubre fue despojado de la comandancia de Ame-ca D. Joaquín Garcilaso: se le agregó a Roca, y así es que dispuso poner un cantón que resistiese a Morelos si volvía sobre Cuautla, como presumía. Obligó a los vecinos de ambas jurisdicciones a que se presentasen con sus armas, y de ellos escogió quinientos, con los que marchó a Cuautla. Reconocido el valle, eligió para su cuartel un campo llamado de las Carreras, inmediato a la hacienda de Casasano, y allí permaneció hasta el 26 de diciembre, en que dio una vergonzosa carrera hasta Juchi, confirmando con este hecho el concepto de cobardía con que ya se le había marcado.

La conducta de Roca y de otros comandantes ofendió altamente al cura interino de Jantetelco D. Mariano Matamoros, de quien ya hemos hablado, y ella, no menos que la persecución que ya se le hacía, teniéndolo por sospechoso, y queriéndolo prender en su mismo curato, le obligaron a presentarse a Morelos en Izúcar en 16 de diciembre; insuflóle cuanto pudo para que se situase en Cuautla y acabaron de decidirlo las insinuaciones de alguno de los Bravos, tal vez bien hallado con su residencia en aquella villa.

Asimismo se le presentó, como Matamoros, D. Francisco Ayala, teniente de capitán de acordada; mas este hombre, digno de figurar en el bello siglo de la Grecia, o de la virtuosa Roma, merece que nos detengamos en referir su historia.

### *Historia de D. Francisco Ayala*

Como jefe de acordada tenía unos cuantos hombres a sus órdenes, con los que había purgado de ladrones el valle de Cuautla; vivía con su familia en la hacienda de Mapaxtlán, y era amado generalmen-

te, pues con nadie se metía, y hacía el bien que cabía en su esfera y posibilidad. Quísolos obligar D. Joaquín Garcilaso, comandante del departamento, a que siguiera la milicia con todos sus dependientes; mas Ayala se excusó con palabras y pretextos honrosos; pero sus excusas lo hicieron sospechoso, y así es que le juraron un odio implacable. Acaso en aquellos días el comandante Moreno atacó a un F. Toledano en la hacienda de Jalmolonga, y registrando su cadáver (porque le dio muerte) encontró en sus vestidos ciertas cartas de D. Ignacio Ayala, que Morelos había puesto de comandante en el Veladero y de quien ya hemos hablado; pero sin atender Moreno a que eran de otro diverso nombre, por hallarse el Ayala de Cuautla en Mapaxtlán, ni curarse de identificar su persona, tan sólo por el odio que le profesaba, dispuso inmediatamente ir sobre él para prenderlo trayéndolo vivo o muerto; reunió como trescientos hombres, y marchó para Mapaxtlán, pero al pasar Moreno por cerca de Cuautla avisó al comandante Garcilaso de la expedición que llevaba suplicándole le auxiliase con la más tropa que pudiera. Garcilaso, ignorante de lo que había pasado en Jalmolonga, y que no podía impartir el auxilio tan pronto como se lo pedía porque su remonta estaba en el campo, se demoró demasiado; así es que Moreno, temiendo que Ayala se le fugase, pasó a Mapaxtlán, y llegó allí el 16 de mayo a las dos de la tarde. Dirigióse en derechura a la casa de Ayala, que era de zacate, y habiéndolo hallado comiendo dos españoles, a quienes mandó que se informaran si estaba allí, quedándose con toda la gente a corta distancia esperando la contraseña que les dio, el inocente Ayala desde su asiento les ofreció de comer, y les instaba con eficacia a que se apeasen, pero ellos lejos de hacerlo sólo dieron la contraseña convenida. Luego que Moreno la entendió, cargó toda su gente sobre la casa, y mandó que hicieran fuego. Las balas entraban fácilmente en la casa pajiza, de suerte que una clareó por el vacío a la esposa de Ayala: viéndose éste perdido por una parte, y por la otra rabioso de vengar la sangre de su consorte, tomó dos pistolas, y con ellas en la mano se fue sobre los que ocupaban la puerta; allí con el mayor desembarazo las disparó diciéndoles: “Vaya para polvos,

cabras"; uno de los tiros alcanzó a un español llamado Piñaga, que cayó muerto a los pies de sus compañeros, que luego se acobardaron y desampararon el punto, dieron lugar a que Ayala tomara su caballo y se pusiese en salvo. Moreno volvió a poco rato, y no encontrando allí a Ayala, no tuvo más venganza que mandar quemar su casa sin atender a que allí estaba su infeliz mujer mortalmente herida, bien que tal vez sería su ánimo que se redujera a cenizas. Concluida esta operación inhumana, se retiró a la hacienda del Hospital, donde durmió con su tropa, y desde allí volvió a impartir auxilio a Cuautla.

Ayala se ocupó aquella noche en adquirir noticias de su esposa y suerte que había corrido su familia. Informáronle que un mozo suyo había sacado a su señora para libertarla del fuego, y que la había ido a ocultar a una barranca temiendo volvieran los españoles a matarla. Agitado con estas noticias y deseoso de saber la suerte que corría en tal situación, Ayala no se quiso retirar mucho de Mapaxtlán, y eligió el pueblo de Nenecuilco para ocultarse; mas no lo pudo conseguir como deseaba, pues habiéndosele reunido doce hombres de los suyos y dos de sus hijos, ya se hizo público que estaba en Nenecuilco. Sabedor de esto Moreno, dispuso marchar para allá, llevando consigo a Garcilaso con más de cien hombres que había podido juntar, lo que sabido por Ayala, y que en demanda suya se ocupaban ya cuatrocientos, se metió con sus catorce compañeros en la iglesia del pueblo referido, dejando sus caballos amarrados a los árboles del cementerio. Desde la bóveda se pusieron a observar los caminos, hasta que por el de Mapaxtlán vieron venir a Moreno con su gente, de lo que avisado Ayala no se acobardó; por el contrario, deseaba impaciente el momento de batirse. Llegó Moreno, cercó la capilla, y comenzó el fuego con el mayor empeño para forzar a Ayala a que se rindiese; mas éste le correspondía a sus tiros pausadamente cuando lo hallaba conveniente, pues siendo poco su parque, temía gastarlo con imprudencia y sin provecho. Sólo cuando se le acercaban, o intentaban llevarse los caballos del cementerio, les hacía sus descargas matando a algunos de los más atrevidos; mientras no, sólo les asomaba

las carabinas por las ventanas de la vivienda contigua a la iglesia, lo que bastaba para hacerles perder terreno. Así se mantuvo hasta cerca de las oraciones de la noche, en que el hambre los hizo salir. Resolvióse a morir varonilmente, o a salir triunfante. Tomada esta resolución, se asomó a una ventana, y con voz arrogante dijo a los sitiadores estas precisas palabras: “Prevénganse, cabras, que ya voy a salir.” Fue tal la impresión que produjeron estas expresiones, que con el mayor desorden echaron a huir, e iban tan ciegos que en un apantle de agua (o sea acequia que había allí inmediata) cayeron muchos de ellos caminando a rienda suelta hasta Cuautla, sin considerarse seguros en parte alguna. Ayala, que observó todo esto con serenidad, después de reconocido el campo de sus enemigos se halló con una gran cena que tenían allí preparada, y se refaccionó a su costa espléndidamente. Concluida ésta, montaron todos en sus caballos y tomaron el camino de Huichila, en las inmediaciones de Tenextepango. No quiso pasar de aquí, pues deseaba saber de su esposa. Pasáronsele muchos días hasta que supo que había muerto en Cuautla al tercero día de haber llegado allí conducida por el mismo que la libertó del fuego; que su hijo de pecho estaba encomendado a una persona de satisfacción, y que aunque estaba melancólico porque extrañaba a su madre, no obstante estaba bueno. Entonces ya no quiso detenerse más en Huichila, y marchó con sus compañeros a Chilapa, donde estaba Morelos, a quien consternó la relación de un hecho tan atroz. Mandóle que reclutara gente, y le dio nombramiento de coronel. En tal concepto, acompañó a su general en varios ataques, y aunque en todos obró con un valor brusco y muy ajeno de la disciplina de un verdadero militar, empero acreditó ser tan valiente como honrado.

No será ésta la última vez que hablemos de este hombre raro que nos acerca con sus hechos a los días heroicos de la antigüedad, o a los quijotescos del barón de Trenck; hechos que se contaron de boca en boca, y que pasarán de gente a gentes para aumentar en las naciones la idea de la ferocidad de los españoles y despotismo con que nos dominaron. Quisiera Dios que un procedimiento tan inicuo sólo se hubiera ejecutado en la villa de Cuautla; pero, por desgracia,

muchos de esta naturaleza se repitieron en cuantos puntos dominaron con vara de hierro. ¡Dichoso Morelos, a quien fue dado tener en sus huestes hombres del valor y sentimientos de D. Francisco Ayala!

Cuéntase que los enemigos de éste celebraron una junta en Cuautla para prenderlo, y que después de recios debates, suponiéndolo invulnerable, acordaron presentar un grupo de hombres armados, pero cubiertos con colchones. ¡Valiente resolución, y muy digna de un cabildo de guajolotes!

El 24 de diciembre de 1811, Morelos, antes de llegar a Cuautla, mandó al capitán Larios con cien hombres de descubierta, a fin de que observase el campo del poeta Roca. El 26 llegó a Ayacapistla; encontróse con una guerrilla de éste y la batió, dejando muerto a un europeo apellidado Lastra, que apenas vieron cadáver los realistas cuando echaron a huir hasta el campo de las Carreras, donde estaba su comandante. Afectóse éste de un terror pánico, y sin más demora que el preciso tiempo para echar por tierra los jacales que él llamaba tiendas de campaña, puso pies en polvorosa, y no paró hasta Juchi, a donde llegó con la mitad de la gente, porque la demás se le desertó con armas hasta Cuautla.

El 11 de enero salió Larios a continuar sus correrías. En Totolapan supo que Roca se hallaba en Juchi con poco más de cien hombres, y, por tanto, caminó toda la noche para darle un albaro; pero él tenía una musa de las desconocidas en el coro de las nueve de Apolo llamada Cobardía, que era su favorita, la que le inspiró en sueños de pesadilla que se fugara para Ameca, como lo hizo, dejando mal de su grado oculto un cañón que cayó en manos de sus perseguidores.

El cura del lugar salió a recibir a Larios bajo palio, y le hizo muchas cucamonas: cantósele el tedéum, que para él fue lo mismo que cantar en griego, o las coplas de la zarabanda, porque era un rústico; mas he aquí que Roca aparece haciendo el ja sobre las alturas del pueblo; pero su enemigo apenas lo entiende cuando forma su batalla, toma una partida de caballería y le sale a cortar la retirada. No necesitó más que entender este movimiento el hijo querido de las musas

cuando sin aguardar el tiro de un fusil voló a escape hasta Chalco: ni aun allí se creyó seguro: tomó segunda vez su trotero, cuyos ijares fatigó sobremanera, y a pesar de que parecía una aguililla de Buenos Aires, él creía que se movía tan suavemente como Don Quijote creyó de *Clavileño*, bestia del mejor paso del mundo, según lo reposado que andaba. Basta por ahora. Adiós.

## CARTA SEGUNDA

**M**uy señor mío: Supongo a usted impaciente por ver llegar al poeta Roca al puerto de salvación: fue lo para él la botica de D. Vicente Cervantes, donde tomó un vaso de alipús, abrazó a sus amigos, estrechó más ahincadamente a su querido Beristáin, a quien mostró la pena que le afligía sobre toda ponderación, y era el temor de que lo capasen los insurgentes, pues ya corrían malas nuevas de que lo sabían hacer a maravilla; bien que por entonces no había mostrado su rara habilidad en esta ciencia José Vicente Gómez, como después lo acreditó, dejando a un pobre boticario de Puebla más lucio y gordo que un gato de refectorio, de lo que todos se alegraron, menos su esposa. Roca conoció que no había nacido con las disposiciones de Garcilaso, ni de Ercilla, que tan bien tocaban la lira de Apolo, como vibraban la espada de Mavorte, sino con las de Horacio Flaco, que espantado con el ruido de las espadas de los legionarios de Roma en la batalla de Filips, se estremeció, regresó a la capital del mundo antiguo y se dedicó a cantar las virtudes de Augusto, aunque adulándolo bajamente; de este mismo modo obró nuestro hombre, y acreditó con el canto de las ruinas de Zitácuaro que tenía numen, belleza y fuego para pagar la gracia de Calleja, que desde entonces lo hizo su consultor y dispensó todo favor para obrar contra los americanos.

### LLEGA MORELOS A CUAUTLA Y ESPERA AL EJÉRCITO ESPAÑOL

Encontró Morelos en Cuautla a D. Víctor Bravo con alguna tropa, después de la acción de Venta de Chalco, y pensaba pasar a Izúcar a aguardar allí al ejército español, confiado en las ventajas del local, en la abundancia de sus contornos y en el amor a la indepen-

dencia de sus habitantes, amor que jamás desmintieron; pero los Bravo influyeron en que permaneciese allí. Eran pasados tres días de descanso, y dada la orden a Galeana para que marchase con su división al pueblo de Ameca, a cuyo efecto tenía enfardados los útiles de la tropa, cuando se avisó por el capitán Larios, que llegó la mañana del 17, de que Calleja estaba en camino para Cuautla.

Hasta aquí le habíamos dejado en el esterquilinio de San Lázaro tomando olfatorios de no muy grata esencia, de aquella materia que, “según yo pienso, para los dioses no es muy buen incienso”. Sigámoslo ya en su marcha espaciosa; mas antes observemos que, dada contraorden a Galeana para que suspendiera su marcha, se le mandó parapetar en la villa. Encargóse de la fortificación de la plaza de San Diego; confiósele la de Santo Domingo a D. Leonardo Bravo, y la de Buenavista a D. Víctor Bravo y coronel Matamoros; trabajóse sin interrupción día y noche; el incansable Galeana salió con su escolta a reconocer la fuerza enemiga, con la que se batió su descubierta, regresando a avisar de lo que había observado. Quiso Morelos ir en persona, pero Galeana se le opuso; persistió en ello, y hallando mayor resistencia en un hombre que le cuidaba como a su padre, Morelos recurrió a la astucia y lo engañó diciéndole: “Déjeme usted, Galeana, sólo voy al Calvario a reconocer con mi antejo al enemigo.” Efectivamente, marchó con su escolta, y Galeana, temiendo mucho por el arrojado de Morelos, puso vigilancias en las torres para que le observasen, y él se aprestó para seguirlo en su socorro; no se engañó en su cálculo. Calleja había emboscado en los corrales de los costados del camino gruesas partidas con un cañón, las que luego que divisaron a Morelos salieron a batirlo y envolverlo: empeñóse una cruda lid; Morelos se vio desamparado de su escolta, puesta en dispersión, teniendo en derredor de sí apenas unos cuantos; no por eso perdió el ánimo: hizo fuego con sus pistolas: vio muerto cerca de sí a un andaluz llamado el tío Curro, a quien amaba mucho por sus dichos y sincero corazón, y mandó que recogiesen su fusil. “para que no se pierda todo” (fueron sus palabras). Retiróse como un león



bizarro guardando un continente majestuoso... “Muchachos —decía con flema—, no corran, que las balas no se ven por la espalda... Más honroso me es morir matando que entrar en Cuautla corriendo; el que quiera, que me siga.” Observado esto por los vigías de las torres, gritaban sin cesar: “¡Que nos cogen al general!” Entonces voló a su socorro Galeana, alborotándose todo el campo, que quería hacer lo mismo; llegó a buen tiempo; empeñóse una acción fuertemente, y en ella hubo muertos por ambas partes; dos tuvo Morelos, un soldado y el Curro, que pereció por mal jinete y porque se empeñó en acompañarlo; moribundo ya, fue pasado por las armas; los costeños se cegaron tanto en defensa de Morelos que muchos arrojaron su fusil y se fueron al enemigo al machete o, como ellos decían, “al jierro”. El gusto del recobro de Morelos fue proporcionado a la pesadumbre que tuvo su ejército mirándolo en peligro; Galeana lo abrazó, y uno y otro se enternecieron haciéndose reconvenções cariñosas; la patria se interesaba en la conservación de entrambos, y debieran economizar sus vidas. ¡Ojalá que aún gozaran de ellas en el seno de una nación que nunca debe echar en olvido hechos tan hazañosos! Calleja campó aquella tarde en el Guamuchilar. A la mañana siguiente se notó que Calleja levantaba el campo y se aprestaba para dar ataque general. Morelos mandó que nadie se moviese, sino que cada uno ocupase los puntos a que estaba destinado, y dispuso que D. Francisco Ayala campase con la caballería de su mando en la loma de Zacatepec, con orden de que cuando viera más empeñada la acción cargase sobre el enemigo por la retaguardia; providencia que no tuvo efecto, pues como aquella tropa estaba mal armada, y era gente sin disciplina, cuando quiso obrar fue fácilmente dispersada por una partida de dragones del rey, y puesta en fuga.

Serían las siete y media de la mañana (miércoles 19 de febrero de 1812) cuando Calleja avanzó en cuatro columnas: traía la artillería en el centro, y su caballería cubría los costados; sus cañones graneaban el fuego lo mismo que sus fusiles, y se notaba una especie de furor nada común en aquellos soldados. Calleja se había quedado a

retaguardia en su coche, y parece que tenía por tan seguro el triunfo, que no creía que necesitase montar a caballo. Las arpías de su ejército, es decir, aquellas vilísimas ramera que lo acompañaron en sus expediciones de tierra adentro, ocupadas en desnudar los cadáveres, cual aves de rapiña o halcones que se lanzan sobre la presa, fueron las primeras en presentarse al ataque con una animosidad desconocida en su sexo; mas en breve encontraron la muerte; aguardóse aquel enjambre de asesinos con serenidad; los americanos respondían a sus fuegos pausadamente, y todos se propusieron emplear bien sus tiros certeros lanzados desde los parapetos. Dirigiéronse por la calle Real, en derechura a la trinchera de la plaza de San Diego, donde desengancharon las mulas de la artillería y formaron con ella batería; así como la tropa en batalla colocándose a medio tiro. Entonces se separó de las filas un coronel a batirse con Galeana, que estaba enfrente; este salió del parapeto a encontrarlo... “¡Ah, pícaro —le dijo el orgulloso español—, a ti te buscaba!” Disparóle luego una pistola, y Galeana su carabina, con que lo clareó, le quitó las armas, le tomó por un pie, lo metió arrastrando dentro de trinchera y mandó que un confesor lo auxiliase. Díjose que era Zagarra, oficial de artillería. La tropa enemiga, testigo presencial de este suceso, enmudeció como atónita y avergonzada; tanto la impuso este brío, digno de los siglos de Roma. Apareció un coronel muy luego dando sus órdenes y llevando un tambor al lado. Galeana mandó a cinco hombres que le hiciesen fuego; cayó del hermoso alazán que montaba; abrazáronlo los suyos y se lo llevaron todavía vivo; díjose allí que era el coronel Rul, hombre digno de mejor suerte.<sup>6</sup> Entonces comenzó a avanzar la tropa española haciendo fuego con todas armas hasta agarrarse mutuamente los fusiles. Viendo tanta energía en los americanos, se retiraron a medio

6 Le vi pasar para el ejército el 12 de febrero, a las once y media de la mañana, acabado de salir de oír una misa que se cantó en la iglesia de Capuchinas por su salud; lo vi, repito, y con cierto dolor porque le amaba, yo presentí su desgracia; era bueno, y éstos mueren.

tiro, y volvieron a la carga con doble furor: los indios honderos, colocados detrás de la tapia de San Diego, descargaron un nublado de pedrea que no les daba punto de reposo; ya entonces perdieron la primera formación que traían y se subdividieron en trozos por todas las casas del pueblo, que barrenaron, ejecutando en las personas inermes, mujeres y niños que encontraron en ellas, las mayores crueldades, como lo indicaron sus cadáveres hallados después de la acción; por tanto, Galeana y sus soldados quedaron reducidos a sólo las trincheras, y además lo flanquearon penetrando por una tienda inmediata a la contratrinchera de la calle Real. En este conflicto destacó a su sobrino D. Pablo Galeana para que los contuviese, como lo hizo, arrojándoles granadas de mano y disparando el cañoncito *Niño*, que Morelos mandó poner en la azotea de la casa por donde habían penetrado. Este general se hallaba situado en una casa en la plaza de Santo Domingo, que mira al Occidente, plaza que, como ya se ha dicho, estaba a cargo de D. Leonardo Bravo.

A pesar de todas estas ventajas, no faltó un malvado que en el cementerio de San Diego esparciera la voz de que se había perdido la plaza de Galeana, por lo que salió agolpada la gente en el mayor desorden con dirección al centro. Creyóla Larios, que estaba con su compañía y un cañón sosteniendo el fuego en el callejón de San Diego a un costado de Galeana; y así es que retiró el cañón de la batería, y él caminaba con rapidez a buscar un asilo. Súpolo Galeana, y montando a caballo, espada en mano, hizo a sablazos que ocuparan sus puestos los que los habían abandonado; no volvió él al suyo hasta que no vio a toda su gente en batería. Esta voz falsa de alarma produjo también funestos efectos en otros puntos, pues afectados de pavor sus defensores abandonaron la artillería, y la plazuela de San Diego casi quedó escueta; sólo se vio en ella un muchacho de doce años llamado Narciso: vínose sobre éste un dragón que le tiró un sablazo y le hirió un brazo; no tuvo este niño más refugio que afianzarse con una mano de un palo de la misma batería y con la otra tomar la mecha que estaba clavada en el suelo; dio casi maquinalmente fuego al cañón, que dispa-

rado en el momento más oportuno mató al dragón que le acababa de herir y contuvo al enemigo que avanzaba rápidamente. Con tan fausto e inesperado suceso, volvió a su puesto Galeana, y quedó restablecido el orden. Después de la acción Morelos hizo que le llevasen a aquel jovencito, a quien asignó una pensión de cuatro reales diarios, que percibió hasta que se evacuó la plaza. En el día está en la hacienda de Santa Inés sirviendo a D. Antonio Zubieta; la patria debe dar sobre él una mirada de aprecio; así lo pido.

Continuó el fuego sin intermisión hasta las tres de la tarde, hora en que avisaron a Calleja que el parque se estaba acabando; mandó, pues, que se retirara el ejército; pero hizo la última tentativa, pues dispuso que se abandonara la artillería, separándose a una regular distancia de ella su tropa, a fin de que saliendo de baterías los americanos, los realistas cargasen sobre ellos. Morelos mandó que nadie se moviese, entendiendo el artificio, por lo que ambos campos se mantuvieron como una hora sin ofenderse, hasta que pausadamente recogieron sus cañones los realistas, y fueron a campar al pueblecito de Cuauhtlixco, distante como una legua de Cuautla. Calleja se encerró con quinientos hombres en la hacienda de Santa Inés. Galeana, que veía a la tropa del rey haciendo remolino, creyó que era ésta la más bella ocasión de atacarla; pero Morelos se lo impidió, y sólo permitió reconocer el campo, donde se encontraron más de cuatrocientos cadáveres, treinta y dos artilleros que mandó sepultar en la parroquia, y fuera de los reductos. Halláronse vestigios de sepulturas hechas por el enemigo, y muchos rastros de sangre con que se tiñó aquel campo. Tomóse mucho armamento y otras prendas que no vinieron mal a los americanos. Estos tuvieron dos muertos, un artillero a quien hizo pedazos la cabeza una bala de cañón en el callejón de San Diego, y el capitán Salas, que murió al tercero día de las heridas. Los quince a veinte muertos que se recogieron en la villa fueron de los vecinos inermes, sobre quienes cebó su saña el enemigo, o de los que perecieron en la calle Real cuando se agolpó la gente huyendo, en el concepto de ser cierta la voz falsa dada, de que hemos hablado. Hubo además algunas

mujeres heridas y muertas por una granada que reventó en la iglesia de San Diego, de las que conocí una bastante agraciada, mujer de un tal Cardoso, a quien tuve de fabricante de pólvora en Zacatlán, y de ánimo tan decidido por la causa de la independencia, que parece se lo había aumentado aquella desgracia. Al siguiente día de la acción salió el capitán Larios con su división por el camino de Ozumba a explorar, e interceptó un correo que llevaba el duplicado de Calleja al virrey. Leyéronse las contestaciones, y por ellas se vio la considerable pérdida que había sufrido. Al virrey le disminuía el número de muertos que había tenido; pero al mariscal de artillería D. Judas Tadeo Tornos le decía que pasaban de cuatrocientos. Pedíale que a la mayor brevedad se le socorriera de parque que necesitaba, pues temía ser atacado, y no tenía con qué defenderse. Entonces se discutió entre Morelos y sus oficiales si convendría atacar a Calleja; la disputa fue reñida; el fogoso Galeana estaba por la afirmativa; pero Morelos no quiso, pues temió fuera astucia de Calleja. Este es el mayor sacrificio que puede hacer a la patria, postergando su gloria un general victorioso a la conservación de un ejército que era su apoyo.

RECIBE VENEGAS LA PRIMERA NOTICIA  
DE LA DERROTA DE CALLEJA

Cuando llegó al virrey el primer parte se hallaba de visita en la casa del Apartado, oficina que hasta entonces no había visto; y como el bien o el mal siempre salen a la cara, todo el mundo, que pendía de los gestos de Venegas, conoció que estaba su ánimo abatido e infirió la desgracia. Hizo llamar sin demora al comandante de artillería; preguntó sobre el estado del parque, y como se prometiera tener un acopio inmenso, se llenó de sorpresa cuando entendió que era poco el que existía en los almacenes; entonces votó y juró como el más renegado carromatero (según tenía de costumbre y era su lenguaje), mandó a D. Martín Michaus, conductor de cargas reales, que acopiase

mulas, y que sin demora se llevase a Cuautla todo el que había. Llevóse al patio de Palacio todo el carguío, y fue ciertamente bastante el que vimos extraer dentro de tercero día. ¡Cuánto hubiera dado Morelos porque tanto hubiese sido el suyo! Él hacia la guerra con lo mismo que quitaba a sus enemigos, y esto realzará en todo tiempo su mérito, no de otro modo que lo fue el de Moisés equipado con los despojos de Faraón, aunque por favor extraordinario del Cielo, que quiso salvar al pueblo hebreo.

Hecha la interceptación del correo referida, tornó a salir Larios de Cuautla a segunda expedición, y con el mismo objeto, y de hecho, el día 22 interceptó otro correo de México, dirigido a Calleja, en cuyo registro se leyó la orden que el virrey había dado a D. Ciríaco Llano para que a la mayor brevedad se reuniese al ejército del centro, y que permaneciese a sus órdenes por todo el tiempo en que se iba a poner sitio a Cuautla. Entonces conoció Morelos lo peligroso de su situación, no por sí, que en un principio se rió de que se sitiase un lugar tan abierto como aquél, sino por Galeana, que escarmentado con el pasado sitio del Veladero, no gustaba de verse metido en caponera. Ofrecióse a salir con su división a situarse en la barranca de Tlayacaque, lugar de preciso tránsito, pero muy ventajoso para impedir la reunión; plan que no desagradó a Morelos sino en cuanto que se separaba de su lado un jefe de quien tenía tan alta confianza. Pero antes de hablar de esta ocurrencia es preciso referir lo acaecido en Izúcar.

#### ATAQUE DE IZÚCAR POR LLANO

Dijimos ya que en este punto ventajoso para la insurrección había dejado Morelos al tiempo de su partida para Taxco una corta fuerza, al mando de los capitanes Guerrero, Sánchez y Sandoval; no podía ser indiferente a Llano este lugar de asilo, y vehículo de armas y desertores de Puebla; y así se resolvió a atacar a aquella plaza sin querer escarmentar en la persona de su compañero Soto Maceda. Salíó con más de dos mil hombres de buena tropa, incluso los batallo-

nes expedicionarios de Lobera, Asturias y mixto; cuatro cañones de a cuatro, dos de ocho, y dos obuses. Con este aparato se presentó en Izúcar la mañana del 23 de febrero (1812), ocupó el Calvario, lugar dominante a la población, donde colocó la artillería, y comenzó con un vivísimo fuego sobre la villa. No se contentó con esto, sino que en la tarde de ese día formó dos columnas de los batallones expedicionarios, y cada una con un cañón y un escuadrón de caballería al mando de D. José Antonio Andrade, atacó la villa por diversos puntos, incendiando sus barrios. Nada pudo conseguir merced a estos esfuerzos, ni aun continuando el fuego toda la noche desde el punto del Calvario, a donde se había retirado al concluir la tarde anterior. Repitió el ataque al siguiente día con doble ferocidad, pues las dos columnas dichas las redujo a una sola para darle mayor fuerza a su masa y hacerla irresistible, sosteniendo el fuego de ella el de artillería, situada ventajosamente; todo lo propulsaron los americanos, situados únicamente en la plaza, donde se parapetaron de la manera que Morelos lo había hecho tres meses antes, auxiliándolos con sus hondas los indios situados muy felizmente en las azoteas. Llano incendió los barrios de Santiago y el Calvario; repitió el fuego con la misma actividad que la noche anterior; sus guerrillas hicieron cuanto daño les sugirió su malignidad; pero no pudieron obtener la menor ventaja sobre ciento y cincuenta americanos del ejército de Morelos, que opusieron la resistencia que jamás presumió le hiciesen; matáronle no poca gente, y cuando se retiró por las órdenes que tuvo de marciar a engrosar la fuerza de Calleja en Cuautla, fue perseguido por los sitiados, pues saliéndole por diferentes puntos, y atacándole a retaguardia, picándosela sin intermisión por largo trecho, le quitaron un cañón muy hermoso de a ocho, el mismo con que fue atacado en 25 de noviembre de aquel año el fortín de la Soledad de Oaxaca, y por cuya ocupación se facilitó la entrada del ejército de Morelos en la ciudad. El Sr. Morelos dio la comisión que pretendía Galeana a D. Manuel de Ordiera, fiándose en los conocimientos prácticos que tenía de la barranca de Tlayacaque, lugar ventajosísimo para batir a Llano; pero de nada le sirvió esta ciencia contra la perfidia de un cura que dio parte a Calleja de lo que

iba a ejecutarse en aquel punto, el cual destacó al capitán D. Anastasio Bustamante con una gruesa partida, y éste desalojó de aquella localidad a Ordiera con sus trescientos americanos, los que tuvieron a dicha salvarse dentro de la misma barranca; por tanto, Llano encontró el paso franco, y entró en el campo de Calleja el domingo 1° de marzo, a las dos de la tarde, sin mayor novedad. Llano, a su tránsito por Tecpazinco, encontró a sus vecinos enfiestados con la rica feria de comercio que allí se celebra anualmente, y aun todos estaban pacíficos sin meterse en nada, y no debían ser tratados hostilmente; su inmoral tropa se echó sobre el mercado, lo robó y cometió mil excesos. Esto entraba en el plan de la pacificación española. *Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant...* Así es que sus soldados, cuando entraron en México el 16 de mayo siguiente, se dieron en espectáculo; ya por las onzas que gastaban, ya por la brutalidad con que a guisa de bestias ferocísimas se comían las coles crudas y los nabos, como si fuesen buitres, cosa no vista aquí. He oído de la boca de D. Vicente Guerrero una anécdota que creo digna de la historia, y la refiero librando su certeza en la veracidad y sencillez de este sujeto.

Después de más de dos días de continuo trabajo y fatiga en resistir a Llano —son sus palabras— me acosté en mi catre en mi posada: rodeábanme muchas personas, principalmente mujeres, que no se creían seguras de los fuegos enemigos sino a mi lado, cuando he aquí que una granada se desprende sobre el techo de mi habitación, troncha unas vigas, y rodando se mete precipitadamente bajo mi catre; yo oía el chillar de la espoleta, y creía verme en un momento en la eternidad hecho mil pedazos; efectivamente, la granada revienta, con sus tiestos lastima a algunas pobres mujeres, pero yo no sufro la menor lesión. Cuando me acuerdo de esto me confirmo en el concepto de que nuestros días los tiene Dios contados, y nadie excederá un momento de los que nos ha marcado la Providencia. Mi existencia es prodigiosa; mi cuerpo está lleno de cicatrices de profundas y mortales heridas: no sé ciertamente cómo vivo.



Tal fue el razonamiento de este caudillo hecho a presencia de varios sujetos. Cuando no lo hubiera yo oído de su boca, sé los graves riesgos en que se ha visto, y que su existencia actual es un fenómeno prodigioso. Izúcar debió entonces su libertad a su valor y al de sus dignos compañeros Sánchez y Sandoval: ambos son dignos de la gratitud americana y de la pluma de la Historia.

El 4 de marzo, víspera de que Calleja comenzase a formalizar el sitio, salió de la plaza el capitán D. Marcelo González con una partida de treinta hombres a escaramuzar a Llano, que comenzaba a fortificarse en Zacatepec; empeñada la acción, salió Galeana con dos compañías, y D. Felipe González con otra de la escolta de Morelos, y ambos hicieron algunos muertos al enemigo. González se expuso mucho, salió herido en la cabeza, y murió dentro de tercero día; asimismo tuvimos tres soldados muertos. La fuerza de Calleja cargó en la mayor parte, por lo que los americanos se replegaron a la plaza. El 10 de marzo se presentaron los enemigos en sus parapetos, y comenzó el fuego de bombas, granadas, bala rasa de artillería y fusilería; rompió Llano, y se generalizó por todo el campo. Débese notar que cuando entendió Morelos que iba a ser sitiado, procuró surtirse de toda clase de víveres; pero la premura del tiempo apenas le permitió los muy precisos para la tropa de la plaza. Es menester confesar que en esto se condujo con negligencia, debida a que tuvo por locura de Calleja emprender el sitio; a no estar en este errado concepto, sus providencias de precaución habrían sido más acertadas. Admiróse él mismo del afán con que hacían los soldados los aprestos; parecían hormigas acarreadoras; así es que muy en breve se fortificaron en Amelcingo, Zacatepec, Cuahuixtla y Buenavista; colocaron las baterías a menos de tiro de fusil; sólo el campo de Calleja se puso a distancia de un cuarto de legua; este caballero jamás la echó de guapo, sino de astuto y mañero, y dio mucho tono a su importante persona. Todas las obras las concluyeron en un día y una noche. A las siete de la mañana se rompió el fuego por elevación con una bomba dirigida a la casa de Morelos, que no cayó, como ninguna de las muchas que

le dirigieron durante el sitio. Grande fue la impresión que causaron las primeras que se arrojaron a la plaza; sus vecinos procuraban ver dónde se guarecían, y apenas se veían despavoridas a algunas gentes en las calles; mas a las veinticuatro horas que ya la experiencia les había enseñado el poco daño que causaban, y lo fácil que era el eludir las tendiéndose en tierra, todos se burlaban de ellas, repicaban a vuelta de esquila a cada una que arrojaban, y chuleaban a los que las dirigían. Distinguíanse principalmente los muchachos, con quienes se divertía el general Morelos desde su corredor, dándoles dinero por las que le presentaban; conducta que le produjo mucha utilidad, pues como pagaba a peso cada bomba, granadas a cuatro reales, bala de fusil a medio la docena, esto los empeñaba en buscarlas, y los americanos se aprovechaban de la pólvora; por tal industria sostuvieron la guerra con el mismo parque enemigo.

Para hacer que éste quitase el mortero situado en Zacatepec y no acertara alguna bomba a la casa de Morelos colocada enfrente, mandó éste que Ordiera subiese a la bóveda de Santo Domingo un cañón de a tres para que el enemigo mudase la batería; no se logró quitar ésta, pero sí que mudaran el mortero a la batería de Cuahuixtla, punto que aunque dominaba la calle Real no podía dañar la casa de Morelos. Para evitar el perjuicio que podían hacer los fuegos de Zacatepec por lo ventajoso de aquel sitio que dominaba a la plaza, dispuso poner un baluarte enfrente dirigiéndolo en persona, y se le llamó San Fernando. Conteníase con él en gran parte al enemigo, y ya no molestaba como al principio. Las demás baterías hacían un fuego infernal día y noche, aumentándolo o aminorándolo según la provisión de parque que tenían, pues si era mucho, tiraban cada cuarto de hora una bomba, tres o cuatro granadas, doce o quince balas de cañón, mas el fuego de fusil no cesaba.

De esta suerte continuó el sitio, y presintiendo sus resultados, Morelos mandó a Larios que saliese con su división a combinar con Bravo las medidas de socorro que debían tomarse para alivio de la plaza. Supo Larios que venía un convoy de víveres y municiones para Calleja; púsose de acuerdo con Bravo para sorprenderlo en el punto

llamado de los Cedritos, a cuyo efecto ambos jefes emboscaron su gente; pero ésta no guardó el silencio conveniente para estas empresas; así es que Armijo, conductor de dicho convoy, no sólo impidió el que lo tomasen, sino que cargando reciamente sobre los americanos, los derrotó completamente, y a los que tomó prisioneros los hizo fusilar con la mayor inhumanidad, porque este oficial, formado en la escuela de Calleja, siempre hizo a la nación una guerra a muerte. Esta acción se refiere circunstanciadamente en la *Gaceta* núm. 206, del 2 de abril de 1812. Calleja, que da el parte, dice:

Que despachó a Armijo con su escuadrón de lanceros, al que se le reunieron ciento diez de Yermo, al mando de D. José Acha, veintiocho de Cuernavaca y treinta y tres dragones, al mando de D. Martín de Andrade. Que además D. Pedro Meneso reforzó a Armijo con noventa hombres. Que en el punto del Mal País, en un lugar donde se estrechan los cerros, se le presentaron como dos mil hombres y lanzándose sobre ellos, mató más de cuatrocientos, y entre ellos a Larrios; hizo sesenta y siete prisioneros, les tomó un cañón y doscientos y cincuenta fusiles. Que concluida la acción se presentó a auxiliarlo el batallón de Asturias con doscientos veinte caballos y dos cañones.

En todo esto hay mucho de mentira y ponderación, pues Larrios no murió; mas el resultado fue que los americanos fueron derrotados y frustrada su empresa por defecto de disciplina.

Mientras ocurría esta desgracia fuera de la plaza de Cuautla, dentro de ella se aumentaban sus desdichas, pues Calleja se valía de cuantos medios hostiles estaban en su mano. Viendo que sus bombas ya no hacían impresión, sino que eran motivo de rechifla y burlas que escuchaba indignado, dispuso cortar el agua que entraba a la villa, dándole corriente por diferente rumbo. Morelos no se penetró luego de los daños que le causaría esta medida, pues creyó que la de los pozos bastaría para abastecer la población y a sus tropas; mas prontamente conoció su error; mandó a Galeana desalojarse al enemigo del

surgidero de agua, y lo consiguió, pero tomó Calleja a cortarla, y así es que hubo de salir Galeana por segunda vez con D. Víctor Bravo y el coronel Tapia con un destacamento de tropa, y empeñada la acción, este último oficial fue herido de bala de fusil y a pocas horas murió. Esta desgracia obligó a Galeana a que propusiese a Morelos que se plantase un fortín en el punto preciso a mantener el agua corriente, pues le era muy sensible empeñar acciones en que muriesen los oficiales más beneméritos para quedarse después en la misma necesidad. Ofrecióse a ejecutar por sí mismo la empresa, y el general se la encomendó gustoso.

Dio, pues, principio a ella acopiando los materiales precisos. El 25 de marzo salió con setenta soldados y cada uno de éstos con un costal de arena, un cajón de parque y porción de indios zapadores con madera; formó un medio círculo con los costales, y agazapada toda la gente comenzó su camino cubierto, procurando llevar la tropa tan unida y protegida con los sacos que no pudiera perjudicarla el fuego que vorazmente se le arrojaba. De esta suerte trabajó desde la siete de la mañana hasta las cinco de la tarde en que el capitán D. Mariano Ramírez entró a avisar a Morelos que Galeana se hallaba ya dueño del ojo de agua, y formada la batería para su defensa. Riéronse muchos, y admiráronse mucho más cuando supieron que tan atrevida operación sólo le había costado la pérdida de un saco despanzurrado con una bala de cañón que le alcanzó de las muchas que le dispararon desde el Calvario. Coronóse este fortín con tres cañones; dotáronle con sesenta soldados que los custodiasen, y se confió aquel punto al coronel D. Esteban Pérez.

En la noche inmediata hizo Calleja una tentativa para volver a quitar aquel punto, atacándolo con más de quinientos hombres, pero con tanto atrevimiento que sus soldados llegaron a tocar con las manos el atrincheramiento. Habíase situado Galeana a retaguardia de él, y acudió a su socorro; comenzó la acción a las once de la noche, y duró dos horas lo más recio de ella, generalizándose por todos los campos: el brío de los enemigos fue del tamaño de la resistencia que

encontraron; retiráronse, por fin, harto escarmentados, dejando dieciocho cadáveres que no pudieron llevarse y cuarenta fusiles; tiñóse el campo de sangre, y hasta el padre capellán de aquella tropa le dejó a Galeana por prendas su estola. En esta acción este jefe mostró la cordura y sangre fría con que obraba en los mayores peligros, pues no permitió que se disparase sobre el enemigo hasta no tenerlo a boca de jarro. Quedóse en aquel punto sin separarse de día ni de noche: dormía bajo un árbol, y Cuautla le debió el beneficio del agua de que habría carecido, a no ser por su valor y constancia. Cuando le enviaban que comer algunos vecinos en los días en que escaseaban los víveres, partía con sus soldados, y casi nada tomaba, ni quería dormir en catre, pues sus costeños dormían en el suelo. Morelos procuraba sacar toda la ventaja posible del orgullo de sus soldados: celebraba sus acciones heroicas y procuraba distraerlos y alegrarlos formando todas las tardes jamaicas con flores y músicas en los puntos militares, a vista, ciencia y paciencia del enemigo, que se desesperaba al ver tanto desprecio de sus fuegos. Hubo tarde en que se hizo necesario meter al general Morelos dentro de la misma trinchera del ojo de agua, casi con violencia por sus mismos soldados, porque era tanta la lluvia de balas que se dirigía sobre él, que era conocidísimo, lo mismo que Galeana, que a no ser por esta medida, habría perecido sin remedio. Su genio colegial y pandorguista fomentaba también las locuras de sus oficiales y soldados, que se solazaban con sus enemigos, como muchachos en carnaval, costando alguna sangre sus travesuras; tal fue la que les pegó el capitán Anzures en la batería de Santa Bárbara en una noche muy oscura. Queriendo aprovecharse el enemigo de su misma lobreguez, avanzó por entre los plátanos y matorrales que había allí hasta acercarse demasiado a la plaza. Dio la casualidad que todas las gentes habían entrado a proveerse de lo que necesitaban, y sólo se hallaban en la trinchera Anzures y el centinela. Luego que aquél advirtió que el enemigo se acercaba y el inminente riesgo que corría la plaza si llegaba a entender que aquel punto estaba sin gente, tomó un tambor y previno al centinela que no hiciera fuego sin su orden.

Cuando se vio cerca del enemigo, comenzó a tocar a degüello con el mayor empeño; por tanto, logró que no avanzase por aquel puesto, y que hicieran un fuego desesperado. Calló un rato, y con silencio pasó al punto opuesto, donde hizo lo mismo, ardid con que consiguió que las partidas enemigas, desconociéndose entre sí, se atacasen e hiciesen el destrozo que apareció al día siguiente en el campo teñido de sangre.

#### HAZAÑA DE UNOS MUCHACHOS

Morelos había mandado que nadie saliera fuera de las trincheras, orden que se desobedeció por su sobrino, niño de nueve años, poco más; éste tenía el título de capitán de una compañía de jóvenes emulantes en la división: estaba provista de todas plazas, y armada de carabinas chicas. Impidióseles la salida a la parte de afuera; pero se empeñaron en llevar adelante su capricho; pusiéronse a jugar, cuando he aquí que de repente sale un dragón a caballo perfectamente armado, y avanza sobre ellos al apantle donde jugaban; entonces se armaron con las hondas que traían atadas a los sombreros por toquillas, y le hicieron tal descarga cerrada de piedras que dieron con él en el suelo, acertándole una en la cabeza. Luego cargaron sobre él, le amarraron, se repartieron sus armas y lo metieron en triunfo en la plaza, con el caballo. Guardaron la formalidad de dar cuenta a la plaza, y usaron de las ceremonias militares de estilo. Rióse mucho Morelos, divirtióse un rato con el prisionero, mandólo a la prevención preso, y sin hacerle otro daño, y mandó celebrar la hazaña con repique de campanas. Esta compañía fue utilísima, y tal vez libró a Morelos en un ataque que dio creyendo que sólo había ochenta enemigos, y después se supo que eran trescientos que puso en fuga dicha compañía, atacándolos por retaguardia: su falta de previsión les hacía cometer tales empresas. Liniers confesaba lo mucho que debió a los niños de Buenos Aires en el ataque que dio a aquella plaza el 12 de agosto de 1806, lanzando de ella al general Beresford, que la había tomado dos

meses antes. Otro tamborcito hubo en Cuautla en la división de D. Víctor Bravo que cuando cesaba el fuego le decía: “Señor, el enemigo se ha dormido y es fuerza despertarlo.” “Ve, y hazlo”, le respondía; tomaba su caja y entonaba un toque a degüello; comenzaba el fuego, y él no cesaba de tocar hasta que lo cansaba.

En la hacienda de Buenavista era frecuente la diversión que causaban los sustos que repetían a las baterías de enfrente. Los insurgentes ataron a unos caballos flacos unos cueros secos, y los echaron al campo enemigo por varios puntos. La ruidera que armaron hizo creer al enemigo que tal vez serían cañones que rodaban en cureñas; pusiéronse en alarma los campos, y se gastó mucha pólvora; lo mismo pasó otra noche en que los americanos montaron en caballos flacos unos muñecos de trapo, mandándolos por distintos rumbos, y cuando consideraron que ya habían penetrado bastante terreno, comenzaron a tocar a degüello por diversos rumbos, y he aquí la zambra. Estas burlas electrizaban a las máquinas de Calleja, al paso que engañaban y divertían a los negros costeños, que siempre gustan de escarceos y monadas, aunque por hacerlos no coman en muchos días, y servían para hacerles tolerables las privaciones que cada día se les aumentaban. No era de poca monta la falta de pastura para los caballos de la plaza; por tanto, cada veinticuatro horas en que salía de ella un destacamento para cortarlo de las inmediaciones, al mando de Galeana, se empeñaba una acción en que morían algunos indios, pues mientras éstos segaban con hoces, los soldados se batían con denuedo; esta operación comenzaba desde las cinco de la mañana hasta las ocho.

Calleja tenía amigos en la plaza y sabía cuanto pasaba en ella. Su vecindario, como he dicho, repugnó siempre la causa de la libertad, pues ha vivido y vive enseñoreado por los ricos españoles que tienen grandes posesiones en toda su comarca; veamos ya cómo se descubrió la traición de un capitán (F. Manso) vecino de aquella villa que estaba al servicio de Morelos.

Este general había mandado que cada trinchera tuviese una bandera que fijase el punto de su localidad. Notóse por D. José Anto-

nio Galeana que en la batería de Manso había una banderita amarilla, color exótico entre los americanos, pero muy principal en el pabellón español. Dedicóse a observar el motivo de aquella rara distinción, y cerca de las diez de la mañana notaron los centinelas que venía un niño del campo de Llano con dirección a esta batería. Como estaban reencargados de observar cuanto pasaba por ella, le echaron el guante al muchacho, que, amenazado con azotes, confesó que acababa de entregar una carta a Manso. Diósele cuenta a Morelos, quien dudó creer el hecho; sin embargo, Galeana, inconsulto su general, arrestó a las siete de la noche a Manso, relevó la tropa que cuidaba el callejón inmediato y la llevó a otros puntos. Emboscó algunos piquetes de soldados en las casas inmediatas y colocó sobre las azoteas porción de indios honderos; Manso se mantuvo negativo de la traición; pero lo acusaron un sargento, un cabo y dos soldados diciendo que sabían que aquel punto sería atacado en la noche, que la seña sería hacer una hoguera fuera de la trinchera y que Manso debería salir fuera de la misma con un piquete a esperar al enemigo. Tomados estos datos por Galeana, he aquí que a las doce de la noche él mismo figurando ser Manso introdujo al enemigo hasta la misma trinchera en número como de trescientos hombres, y los recibió con fuego infernal, matándoles como cien soldados y tomándoles veintisiete fusiles. El ataque falso se dió por Calleja en varios puntos para llamar la atención de los sitiados. ¿Quién creerá que, a pesar de esta traición comprobada, Manso no murió como debiera, y que Morelos sólo se limitó a mantenerlo arrestado en la prevención? No era ciertamente este jefe el hombre sanguinario que con tan horribles coloridos nos han pintado los españoles.

Hasta aquí, amigo mío, no he hecho otra cosa que referir unos sucesos de que usted y yo estamos ciertos; pero no lo están otros que suponen en mí menos un historiador que un panegirista de Morelos. Voy, pues, a hacer alto en mi relación y a ocuparme de presentar a usted y a los que me acusen de parcialidad constancias irrefragables que no podrán contradecir; tales son las contestaciones tenidas entre



Calleja y Venegas sobre el sitio de Cuautla, que tengo a la vista en el legajo número 19 del archivo de la secretaría del virreinato, y que se me han franqueado de orden del Supremo Poder Ejecutivo, a quien interpele y condescendió gustoso, extendiendo su providencia a todos los archivos de la nación que necesité registrar.

Pero antes de todo debe usted suponer como un hecho incontestable que faltan de este legajo muchos partes circunstanciados interesantísimos que llenaban de ignominia a Calleja, como el asalto del 19 de febrero, de que ya hemos hablado. A lo que entiendo, para librarse de ella, los extrajo de la secretaría cuando fue virrey, por mano de su protegido Roca, a quien se le mandó escribiese la historia de la revolución por la corte de Madrid en compañía del canónigo Beristáin, y Bataller o sus agentes. ¿Qué habría resultado de esto si se hubiera verificado? Usted lo decidirá. Habríamos visto una cosa semejante al Apocalipsis de San Juan, comentado por Newton. Sabemos que esta historia debía constar de tres partes; la militar, a cargo de Roca; la política, al de Beristáin, y la judicial, al de Bataller, como gran cadí que fue contra los americanos.

Cuento hoy —dice Calleja el 13 de marzo de 1812, a las seis de la tarde— cuatro días de fuego que sufre el enemigo, como pudieran una guarnición de las tropas más bizarras sin dar ningún indicio de abandonar la defensa. Todas las mañanas amanecen reparadas las pequeñas brechas que es capaz de abrir mi artillería de batalla: la escasez de agua la ha suplido con pozos; la de víveres, con maíz, que tiene en abundancia, y la de todas las privaciones, con un fanatismo difícil de comprender, y que haría necesariamente costoso un segundo asalto que sólo debe emprenderse en una oportunidad que no perderé si se presenta... Si V. E. es de mi opinión, deberemos sacar de Perote artillería gruesa, y todo cuanto pueda necesitarse sin perder instante, prefiriendo ésta a las demás atenciones, a las que vencida Cuautla podremos ocurrir, y si no estuviésemos de acuerdo en las ideas, espero que V. E. se sirva prevenirme terminantemente lo que deba ejecutar

en circunstancias que, por cualquier aspecto que se miren, ofrecen muchas dificultades para el acierto.

En 20 de marzo dice:

En este estado, y con el conocimiento que me asiste de nuestras tropas, no conviene asaltar a un enemigo que lo desea, ni hay otro partido que tomar que el de un sitio... Debió emprenderse con todos los medios oportunos para asegurar el éxito; pero las circunstancias, las distancias, las noticias equivocadas y el concepto que se tenía del enemigo, etc., lo impidieron.

En 24 de abril escribe lo siguiente:

Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una justa causa, merecía algún día un lugar distinguido en la Historia.

Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara, bailes y borrachera el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias o de rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma que promete la resurrección temporal, y después el Paraíso con el goce de todas las pasiones a sus felices musulmanes.<sup>7</sup>

Él fatiga con salidas y continuo escopeteo a este ejército cargado de tantas atenciones exteriores, cuando el solo sitio y bloqueo de Cuautla le ofrece sobrado objeto de qué ocuparse. Confía en los

7 No hay nada de esto: Morelos jamás fue inmoral ni impío; fue buen patriota y valiente; fue padre de la libertad e independencia mexicana, éste es su gran delito...*Credebant hoc grande crimen, et morte piandum.*

cuerpos que nos rodean, y que para no ser sorprendidos, como ya lo habrían sido, se han fortificado en Ocuituco y Tlayacaque; nos atacarán combinadamente, obligándonos a un repliegue que abandone los puntos de la línea distantes entre sí, y confía más que todo en la irresistible estación de aguas que tenemos ya encima; no sé yo si los cuerpos de afuera se atreverán a acercarse, lo que es muy difícil; pero siempre me obliga a tomar muchas precauciones, a estar con mucha vigilancia, a tener pronta alguna fuerza disponible, y a fatigar el ejército, que, disminuido de más de ochocientos enfermos, entre los que envié a esa capital, los que existen en este hospital y los que permanecen en sus compañías y en sus tiendas, me han reducido a la necesidad de no poder relevar los puestos, y a la imposibilidad absoluta de despachar cuerpos por los convoyes, sin abandonarlos, cuyo abandono aprovechará este enemigo vigilante; por lo que es indispensable que V. E. haga un esfuerzo para remitirme el convoy de víveres, caudales y municiones, que ya necesito con urgencia, la artillería gruesa si hubiese de venir, y la terminante orden de lo que en estas circunstancias deba ejecutar. Si esta esperanza —añade— se le frustra por la cobardía de los cuerpos exteriores, no puede faltarle la de la estación si halla medios de sostenerse los pocos días que faltan para que se establezca, lo que aunque difícil, no es imposible.

La adjunta relación de hospital, cotejada con la que incluí a V. E. en el correo anterior, es más que indicio de lo que podemos esperar, y que en mi concepto nos obliga a tener resuelto el partido que debemos tomar, para en el caso que no alcance el asedio, y a este fin despacho este pliego con cincuenta caballos al cargo de D. Eusebio Moreno, que hará de noche el tránsito peligroso, y me prometo que llegará con seguridad, y por el mismo medio puedo recibir pronta contestación de V. E.

Concluye pidiendo Calleja cinco mil camisas y otros tantos pares de zapatos para su tropa. ¡Qué diferencia entre la abundancia en

que éste nadaba a la miseria en que se hallaba Morelos! Igual a la que se notaba entre el valor y la justicia de uno y otro ejército: acaso Morelos no tenía más muda de ropa que la que vestía entonces su cuerpo enfermo, y tirado en un catre, como en aquella sazón estaba. Sabemos que en el Veladero vendió su manto de clérigo para dar pan a sus hambrientos soldados.

En 2 de abril dijo al virrey con respecto a los ataques sangrientos sobre la toma de agua:

Las tomas de agua son el objeto de una acción continuada, y esta mañana, a favor de la proximidad del pueblo y de un bosque que le cubre, rompió el enemigo la de Xuchitengo que cubre el Sr. Llano; se proveyó abundantemente de agua; corrió mucha sobrante, y fue menester una acción empeñada para hacerle abandonar la toma... Morelos emplea todos los medios que se propone y son capaces de producir efecto, escopeteando todo el día a los diferentes puestos que cubren la entrada de las cuatro tomas de agua, y no hay alguno que no haga sobre ellos algún ataque vigoroso hasta llegar a las bayonetas.

En seguida de este elogio continúa contradiciéndose groseramente en estos términos: “El cobardón del cura Morelos no sale de su casa sino al amanecer de los días de fiesta para exhortar a la canalla con el Divinísimo en sus sacrílegas manos, si por sus incomprensibles juicios baja a ellas”.<sup>8</sup> Se olvida de las jamaicas que hacía sobre tarde por entre un nublado de balas.

El acierto y bizarría de Galeana en proporcionarse agua en la plaza lo comprueba Calleja en su parte de 4 de abril, en que se lee lo siguiente:

<sup>8</sup> Esto es falso. Se abstuvo de todo ministerio, menos el de confesar, que ejercitó en campaña aun a favor de sus enemigos. La condición sí es una herejía; Jesucristo baja a las manos de todo sacerdote, por inicuo que sea, cuando consagra; es doctrina de la Iglesia y es de fe.

Al amanecer de ayer quedó cortada el agua de Xuchitengo que entraba en Cuautla, y terraplenada sesenta varas de zanja que la conducía con orden al Sr. Llano, por hallarse próxima a su campo, de que destinase el batallón de Lobera con su comandante a sólo el objeto de impedir que el enemigo rompiese la toma; pero a pesar de todas mis prevenciones, y en el medio del día, permitió por descuido que no sólo la soltase el enemigo, sino que se construyese sobre la misma presa un caballero o torreón cuadrado y cerrado, y además un espaldón que comunica el bosque con el torreón, por cuyas obras cargó un gran número de trabajadores, sostenidos desde el bosque. A pesar de su ventajosa situación, dispuse que el mismo batallón de Lobera, ciento cincuenta patriotas de San Luis y cien granaderos, todo al cargo del señor coronel D. José Antonio Andrade, atacase el torreón y parapeto a las once de la noche, lo que verificó sin efecto, y tuvimos cuatro heridos y un muerto.

Sigue el enemigo con extraordinaria actividad reparando ruinas, construyendo nuevas baterías y atacando alternativamente todos los puestos de la línea.

No son menos las importantes expresiones de honor que Calleja usa en su parte de 23 de marzo, en que dice al virrey lo siguiente:

La conducta de este enemigo fanático y sagaz es muy dudosa. Arroja todas las noches del recinto porción de caballada y mulada; repara con mucha actividad las ruinas que le causa nuestro fuego: abre pozos para surtirse de agua, que la tiene muy escasa, y esta mañana, al amanecer, hizo una salida muy vigorosa sobre el río con más de mil infantes armados de fusil, poca caballería, algunos trabajadores, crecido número de honderos y dos cañones, con el objeto de derribar una de las presas que le corta la entrada de agua, y en efecto empezaron a verificarlo al romper el día.

El río forma una caja muy ancha y barrancosa que se divide en dos brazos que corren a bastante distancia el uno del otro, y en cada orilla en el pasaje que lo permite el terreno tengo situado un

reducto, cuyas avanzadas cubren la caja del río por una y otra margen: el enemigo fue sentido por ellas, rompió el fuego, y al mismo tiempo con todas las baterías del recinto, acudieron las tropas de los reductos y, sin embargo, continuaba sus trabajos, por lo que a pesar de mi plan de reservar las municiones para cuando llegue la artillería de batir, me vi precisado a hacer un vivo fuego de las baterías, a sacar dos cañones y a destacar las compañías de tiradores de Lobera, Asturias y batallón mixto por la margen izquierda, y doscientos granaderos con alguna caballería por la derecha; duró el fuego más de tres horas, y fueron muertos un cadete de Lobera y un cabo de lanceros de los mismos, un sargento de granaderos y un soldado del batallón mixto. El enemigo sufrió mucha pérdida, se le hicieron tres prisioneros, y se le obligó a retirar sin conseguir su objeto, llevando únicamente algunos cántaros y barriles de agua.

La estrechez del sitio de Cuautla afligía menos al mismo Morelos que a Calleja y al virrey Venegas; veían estos jefes el honor de las armas españolas comprometido, y más que éste, la seguridad personal de entrambos mandarines. La estación de aguas estaba encima, y ésta es mortífera en aquel punto; retirarse era perderse; en este conflicto multiplicó Calleja sus consultas a Venegas, y éste se vio tan apurado que en oficio de 26 de abril (a las nueve y media de la mañana) se explica de un modo que hasta entonces no había hablado: le pinta la situación dolorosa en que se hallaba en estos términos:

Son muy exactas las reflexiones de V. S. sobre la constancia de Morelos y sus mahométicas máximas... Los insurgentes hacen por todas partes el último esfuerzo: nos han tomado a Pachuca, y Olazábal, que viene con el convoy y la artillería, había sido rodeado por una gran gavilla el 23 en Nopalucan, y el 24 por la noche debían salir de Puebla todas las fuerzas posibles para sacarlo del embarazo y hacer continuar el convoy.<sup>9</sup>

9 Ya vimos en otra carta de la primera época el modo ignorantísimo con que se lo quitaron las partidas de Osorno: Venegas no le refirió todo el suceso, no

Tepeaca había sido tomado por los rebeldes y Atlixco estaba atacado. Toluca sigue cercada y sin comunicación con esta capital; tal es el estado de las cosas, y a pesar de ellas, Cuautla es el punto principal y el centro de donde ha de proceder el desembarazo de los restantes;<sup>10</sup> es cuanto tengo que decir a V. S. sobre la importancia de llevar al cabo la empresa. César dijo después de la batalla de Munda que en otras había peleado por obtener la victoria, pero en aquélla por salvar la vida... No difiere mucho nuestra situación...

A estas palabras mayores y harto significantes respondió Calleja en oficio de 30 de abril a las doce del día lo siguiente: “Excmo. Sr.: En efecto, la situación de César en Munda difería poco de la nuestra; pero yo espero que el suceso será muy semejante al suyo, si apuráremos nuestros recursos y las aguas se retardan.” Cansado Calleja de verse interpelado por el virrey para que asaltase a Cuautla, aunque conocía que éste era el único recurso que le quedaba para no perder todo el ejército con las próximas aguas, le dice así:

El 19 de febrero asalté por cuatro diferentes puntos a Cuautla, que no estaba ni de mucho fortificada como en el día: mi tropa, acostumbrada a la victoria, no dudaba obtenerla, y a la desfilada por las dos aceras de cada calle, se fue derecha a las trincheras; otras, según lo dispuse, rompieron con barras las casas intermedias y se apoderaron de algunas azoteas. La artillería, convenientemente situada, protegía los ataques con un fuego vivo certero y bien servido; pero nada bastó, y tres veces fueron rechazados y vueltos a la carga, y en la última fue necesario que yo mismo condujese a los granaderos acobardados. El fuego de fusil de las torres de las iglesias, de casas atroneradas y de las trincheras multiplicadas en cada calle, y defendidas las unas por las otras, esto es, las de las avanzadas por las

tanto por no desconsolar a Calleja cuanto por no darle un rato de gusto, pues eran enemigos y mutuamente se censuraban todas sus operaciones.

10 ¡Equivocación! Se tomó Cuautla y Morelos se hizo entonces más formidable; ya lo veremos a poco engrosado y dueño del Sur.

de retaguardia, era tal sin que pudiésemos descubrir ni un hombre, que después de haberme sacado de combate ciento setenta y tres, tuve que retirarme, lo que no hubiera sucedido si me hubiera dejado guiar de mis principios... A lo dicho podría añadir la poca confianza que me merecen la mayor parte de los jefes de infantería, que deben obrar por sí en puntos distantes... El problema se reduce a resolver si conviene arriesgar el ejército por tomar a Cuautla, sin seguridad positiva de conseguirlo, o si conviene más estrecharlo hasta donde lo permita la estación y los medios con que cuento, y salvar al ejército cuando ella nos obligue a abandonar el sitio; problema importante y reservado a los conocimientos y superiores facultades de V. E., que como jefe superior del reino, no ciñe sus miras a un solo punto, o a ventajas y conveniencias pasajeras o parciales, sino que las extiende a salvarse. (Oficio del 18 de abril de 1812.)

Están, pues, comprobados mis asertos: reservo el análisis de otros documentos originales, que sólo así pueden darse en el *Cuadro Histórico* que tan toscamente traza mi pluma. Adiós.



## CARTA TERCERA

*Cum rerum novatoribus prima causa eliciter succedunt,  
magnam inde acquirunt et famam, et celebritatem.  
Insuper augent vires. —SÉNECA.*

**A**migo mío: El imponente estado en que Morelos se hablaba en Cuautla, como dije a usted en mi anterior, me ha hecho tomar las anteriores palabras de Séneca por epígrafe de esta carta, pues en ellas se comprenden las ideas que no puedo expresar con más exactitud que este filósofo. Morelos no se hacía menos temible a sus enemigos por sus fuegos que por el tono amenazador y enérgico con que les hablaba. En 6 de abril mandó Calleja a Venegas un papel original que recibió de Morelos con cubierta de la secretaría del virreinato, que sin duda era del correo de 24 de febrero, que inserto, dice así:

Señor español: el que muere por la verdadera religión y por su patria, no muere infausta, sino gloriosamente. Usted, que quiere morir por la de Napoleón, acabará del modo que señala a otros. Usted no es el que ha de señalar el momento fatal de este ejército, sino Dios, quien ha determinado el castigo de los europeos, y que los americanos recobren sus derechos. Yo soy católico, y por lo mismo le digo a usted que tome su camino para su tierra, pues según las circunstancias de la guerra, perecerá entre nuestras manos el día que Dios decreta ese futuro posible; por lo demás, no hay que apurarse, pues aunque acabe ese ejército conmigo, y las demás divisiones que señala, queda aún toda la América que ha conocido sus derechos, y está resuelta a acabar con los pocos españoles que han quedado.

Usted sin duda está creyendo la venida del rey don Sebastián en su caballo blanco a ayudarle a vencer la guerra; pero los americanos saben lo que necesitan, y ya no podrán ustedes embobarlos con sus gacetas y papeles mentirosos.

Supongo que al Sr. Calleja le habrá venido otra generación de calzones para exterminar esta valiente división, pues la que trae de enaguas no ha podido entrar en este arrabal; y si así fuere, que vengan el día que quieran, y mientras yo trabajo en las oficinas, haga usted que me tiren unas bombitas, porque estoy triste sin ellas. Es de usted su servidor el fiel americano *Morelos*.

P. D. —El capitán Larios, después de muerto, como usted me dice, cogió la valija que contenía esta cubierta. Cuautla, sobre el campamento de Calleja, 4 de abril de 1812.

#### ATACA MORELOS LA BATERÍA DEL CALVARIO LA NOCHE DEL 5 DE ABRIL

El estrecho en que ponía cada día a este general el de los españoles, y lo sensible que le era derramar diariamente la sangre, lo resolvieron a dar un recio ataque sobre la batería situada en el Calvario al mando del brigadier Llano. Reuniéronse al efecto varios piquetes de tropa decidida que puso al mando de D. José María Aguayo, capitán de nombre, y de tanta astucia, que por su dirección se logró introducir el agua a Cuautla. Empeñóse la acción la noche del 5 de abril, dándose un ataque simultáneo por varios puntos para llamar la atención del enemigo. Efectivamente, atacado el baluarte con la mayor animosidad, lanzándose sobre él granaditas de mano, después de empeñada la tropa de Morelos, fue reforzada por el mariscal Galeana y su sobrino D. José Antonio, pues muy luego acudieron en socorro del teniente D. Gil Riaño, que defendía el punto, las tropas del campo de Calleja de Buenavista, y de Zacatepec de Llano. Lograron tomar los de Galeana la artillería y obuses colocados en aquel punto, pero se desentendieron muy luego de ella por apoderarse de la galleta y ciga-

rros que encontraron allí, en que se cebó esta tropa hambrienta y miserable, causa por que, reforzado el enemigo, recobró la artillería, que contaba por perdida, matándoles cinco hombres e hiriéndoles a siete. Este suceso consternó bastante al enemigo, pues le dio una nueva prueba del valor del ejército de Morelos, no menos que por la pérdida de un oficial de tan regular mérito cual era Riaño, y que recordaba la memoria de los infortunios llovidos sobre esta benemérita familia desde la acción de Granaditas, en que pereció su padre, y otro hermano de dicho oficial. Calleja hizo una honrosa memoria de este joven por la orden del día, circulada en los cuerpos de su ejército, y según consta de la correspondencia del virrey, éste no tuvo poca pena en que la viuda de Riaño recibiese este nuevo golpe de infortunio sobre los muchos que ya gravitaban sobre su corazón. El militar más rígido disculpará el desmán de la tropa de Morelos en esta vez si atiende a las necesidades y padecimientos que la aquejaban. Yo haré una ligera reseña de los que he averiguado y que han afligido sobremanera mi corazón. La peste hacía ya grandes estragos, pues a la salida quedaron en el hospital de San Diego trescientos hombres enfermos de fiebre: el calor era tan extraordinario como el hambre. Un día pereció un buey por Zacatepec, y fue causa de una acción con el enemigo muy reñida; triunfaron en ella los americanos, y entre ellos se vendió por muy alto precio. Acaso en aquellos días otro venido en el navío *San Pedro Alcántara*, en Veracruz, se vendió en más de doscientos cincuenta pesos. Una caja de cigarros llegó a valer veinte reales. Chupábanse las hojas de los árboles, alfalfa, rapé y polvos colorados de tabaco y lechuguilla de jarcia; entonces se conoció el imperio que tiene el vicio de fumar tabaco. Un gato valía seis pesos. Una iguana, veinte reales. Las lagartijas y ratas se vendían a precios altos. Acabáronse los cueros, pues remojados y tostados parecían más sabrosos que las pajarillas de puerco, y nuestros chicharrones que llaman de guitarra que en tanto aprecian los mexicanos. Acabados los cueros se comieron las patas viejas de toro, tomando su agua caliente como si fuera caldo de una rica gallina. Sólo abundaba el maíz, aguardiente, azúcar y mieles co-

rrompidas, alimentos que acabaron de apestar a los negros costeños. Cuautla era a la verdad en aquellos días un remedo de la infeliz Jerusalén asediada por las legiones de Tito y Vespasiano. ¡Ah! Pluguiese a Dios que le hubiera cabido a Calleja en suerte el alma pura y clemente del primero, que nació para hacer las delicias del género humano; mas este bárbaro se gozaba con nuestras desdichas, y estudiaba fríamente el modo de multiplicarlas para cantar su victoria sobre las calamidades de una nación a quien debía toda su fortuna y ser político. Sus contestaciones con Venegas y su esperanza de vencer, sólo se cifraban en el modo exquisito de aquejarnos. He aquí cómo se explicaba: “Como el sistema del enemigo es huir en el campo y esperar en la fortificación, estamos en la necesidad de hacérselo abandonar por el único camino conocido, haciendo que perezcan en un sitio cuantos tengan la temeridad de encerrarse en una fortificación.” Calleja, pues, no tenía otro tema que llevar a cabo el exterminio, la desolación y la ruina de Cuautla y sus habitantes, como lo había hecho poco antes en la hermosa villa de Zitácuaro, que redujo a pavesas, y a nido de buhos que anunciassen entre sus escombros al viajero la infeliz suerte que le había cabido. Cuando mostró tener voluntad de atraer a Morelos por la vía de la suavidad al indulto, no llevó sino la perfidia por guía; bien lo demuestra su oficio de 17 de abril, en que se explica del modo siguiente:

He recibido los treinta ejemplares del decreto de indulto... Lo publicaré inmediatamente en este ejército; desearía que V. E. se sirviese decirme si le paso a Morelos por medio de un oficial parlamentario, que es natural no reciba, se mofe, o lo asesine, y si en el caso de recibirle se quisiese prevaler del término de quince días que le señala, y solicitase la suspensión de fuego y hostilidades para dejar avanzar la terrible y destructora estación de aguas que ya tenemos encima, debo o no acordárselo.

De resultas de lo ocurrido en el asalto del Calvario, y viendo Morelos que ningún socorro le entraba a Cuautla, dispuso salir él mis-

mo para obligar a las divisiones situadas en varios puntos a que se reunieran y atacaran por fuera, mientras los de la plaza hacían lo mismo por dentro. Opusieronse, y justamente todos los jefes, comprometiéndolo a que se mantuviera en dicha plaza, y mandara a Matamoros a que pidiese auxilio al general Rayón y otros, que introducirían los víveres necesarios. De hecho, salió Matamoros la noche del 10 de abril con una fuerza de trescientos hombres; no tuvo más desgracia a su salida que la muerte del coronel Perdiz, que se extravió del camino y cayó en un apantle de agua; los realistas mandaron al día siguiente su cadáver desnudo al campo de Morelos, atravesado en un caballo flaco. Matamoros procuró combinar con D. Miguel Bravo en Ocuituco la introducción de víveres; para este mismo objeto se había retirado de Yanhuitlán, en la provincia de Oaxaca, como vimos en una de las cartas de la primera época.<sup>11</sup> ¡Ojalá hubiera permanecido allí, que habría tomado la plaza, un grande armamento, y habría evitado el espantoso sitio de Huajuapán, que en aquella misma sazón se estaba poniendo por Régules al coronel Trujano! Rayón franqueó el auxilio que pudo, pues sitiaba a Toluca para impedir que Porlier engrosase la fuerza de Calleja, como lo había hecho Llano; pero sobre ser poca la tropa que ministró, pues su división la formó de lo que le quitaba en ataques parciales a Porlier, disminuyéndole su guarnición, aquélla casi se desertó en el camino. Esta conducta de Rayón ha sido problemática para muchos que supusieron en él deseos de que Morelos pereciese en el sitio; pero yo estoy muy distante de creerlo así, pues fui compañero de armas con él cerca de un año (en el de 1814), le observé de cerca, y fui testigo presencial de sus buenos sentimientos patrióticos; creo que sus quejas personales contra Morelos (que entonces no tenía) las habría postergado por el mayor bien de la América. Matamoros se llenó de desconsuelo (según me dijo varias veces en Oaxaca) cuando vio la gente y caballada de Bravo, estropeada e incapaz de sufrir una fatiga. No obstante, con ésta, la suya, que asimismo estaba

11 Primera edición.

fatigada, y la de Larios, se decidió a meter el socorro, de que tuvo aviso Calleja por un correo que interceptó, según escribió anticipadamente a Venegas. En virtud de esto, dio orden al capitán D. Mateo Nieto para que con ciento cincuenta hombres amaneciese el 30 de abril sobre el pueblo de Tlavacaque: allí batió a los americanos que defendían el paso de la barranca que da entrada al pueblo, que estaba defendido con unas trincheras, y les quitó ciento cincuenta y siete tercios de víveres. (Oficio de 30 de abril.) Habría evitado la acción del 27 de abril si para avisar a Morelos de la llegada del convoy no hubiera cometido Matamoros la torpeza de hacer una gran luminaria de aviso en un cerro inmediato. Esto, y los antecedentes que tenía Calleja, por lo que estaba prevenido para el ataque, frustró el lance: sin embargo, saliendo tropa de Morelos al campo de Zacatepec, cargó tan brusca y denodadamente sobre la de Llano, que el batallón de Lobera estuvo envuelto por su frente y costado izquierdo por los americanos.

Llegó, pues, el momento de pensar, o en atacar al campo de Calleja o en salir de Cuautla a todo trance. Para lo primero, se construyeron doce trincheras portátiles de tres varas de largo y vara y media de ancho; formaban un cajón en medio que debía ir lleno de tierra; el frente estaba cubierto de media vara de lana, y forrado con dos cueros de toro; cada uno tenía por detrás dos palancas con el doble objeto de asegurarlas cuando estaban firmes, y de darles movimiento cuando caminaban, de suerte que con solos dos hombres bastaba para darles giro, pudiendo hacerse fácilmente con ellas, ya un cuadro, ya un medio círculo; también estaban en disposición de separarse, dando su centro capacidad para que obraran con toda libertad cincuenta hombres sin estorbarse, ni que a éstos les impidieran sus operaciones los veinticuatro que debían ir dentro para moverlas. Hízose prueba con ellas, poniendo una por espacio de tres días al enemigo en la batería más cercana a la plaza, y habiéndola llenado de balas no le hicieron más daño que romperle una rueda. Permítame el autor de esta medida que publique su nombre: fue el presbítero don Joaquín Díaz, vecino de Cuautla, eclesiástico benemérito que consu-

mió grandes sumas en socorro de Morelos, y a la entrada de Calleja en la plaza quedó arruinado con toda su familia. En Cuautla tenía una cerería que fue robada.

#### SALIDA DE CUAUTLA

Decidido Morelos a evacuar Cuautla, dio orden el día 28 de abril para que desde esa noche no corriera la palabra en su campo. El 30 hizo Calleja seña desde el suyo para que cesara el fuego: de hecho cesó y llegó al baluarte del agua D. Manuel Calapiz, alférez de granaderos del provincial de México, con indulto para Morelos, Galeana y Bravo. Al reverso contestó el primero diciendo que él por su parte otorgaba igual gracia al general español y a los suyos, ¡Valiente animosidad, pero propia de un hombre que jamás le vio la cara al miedo! Pequeños motivos suelen tener grandes resultados: de esta naturaleza fue el que motivó la salida de Morelos. La tarde del día en cuya noche se verificó, pasó por la puerta de la tesorería de su ejército un hombre a caballo muy ufano, comiendo ahincadamente una cosa larga y negra; llamólo uno de los Bravos para preguntarle de dónde había adquirido aquel pedazo de chicharrón; pero ¡cuánta fue su sorpresa luego que notó que era un pedazo de cuero tostado, que a aquel hombre le sabía tan deliciosamente como si fuera un mamón! Pasó luego enternecido a verse con Morelos, el que dispuso que en aquella noche se hiciera la salida. Pero ¿cómo ejecutarlo, si se hallaba tan indispuesto como que acababa de tomar un vomitorio y se iba a echar a sudar? Ocho noches antes debió haberse tomado esta resolución; pero se desertaron dos músicos y le avisaron a Calleja, por lo que emboscó en la cañada que había entre Santa Inés y el hospital tres cañones con que frustrar la salida. Cuatro días antes se había hecho un reconocimiento de este punto, el cual costó una acción, y se encontró muy difícil. Entonces se resolvió que la salida se verificase por el baluarte del agua, en medio del Calvario y Amelcingo. Echóse el dado, la tropa

se formó en la plaza de San Diego, y por poco lo sabe el enemigo, porque a cada rato era preciso reunir al soldado que se apartaba de su puesto para conversar con la esposa o amiga. Dieron las doce de la noche, y saliendo la luna comenzó a avanzar la columna en el modo siguiente: Galeana a la vanguardia, llevando por guía a D. José María Aguayo, ducho en el local. En el centro se colocaron los Bravos; Morelos, entre centro y vanguardia; la retaguardia la mandaba el capitán Anzures. De nadie fueron sentidos; pero al atravesar un puente que los indios formaron con vigas llevadas a prevención, se hizo ruido con los pies que, llamando la atención de un centinela, dio el ¿quién vive? Galeana le respondió con la muerte; ya entonces se hizo general la alarma, y se rompió el fuego en todos los puntos del campo; también se hizo general la grito de la división americana, que decía: ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe, viva la América! Voces que repitieron sin intermisión. Al pasar por el punto de Guadalupita, la columna se vio atacada reciamente por los costados, y cortada, se sostuvo el fuego una hora; entonces se dispersó ya por todas direcciones, y la lucha siguió entre las mismas tropas españolas, que se atacaron caminando de vuelta encontrada como las partidas de Zacatepec y el Hospital. Don Víctor y D. Leonardo Bravo salieron por el Calvario por en medio de las dos baterías, Santa Inés y Zacatepec, con trescientos infantes de su regimiento, con los que quitó éste dos cañones y tres tiendas de campaña, arrojándose a comer cuanto encontraba, pues se moría de hambre. De este fortín pasó a la hacienda de Guadalupe, donde batió un piquete de caballería que estaba allí; a la espalda le echaban de Cuauixtla bombas y granadas como llovidas. Dejémoslo por ahí, y sigamos a Morelos. Éste tuvo la desgracia de caerse con su caballo en una zanja; sacáronlo con no poco trabajo, y tanto, que se le hundieron dos costillas: pasó por Zacatepec a Ocuituco; al llegar a la cuesta de este pueblo con la poca caballería que llevaba, llegó también D. Víctor Bravo con los dragones de su escolta, a la que perseguía una partida de San Carlos, y él no los tenía por enemigos. Morelos le preguntó con calma: “¿Qué fuego es ése que trae usted a la espalda?” “No es



nada —respondió—, son unos malditos que me han venido a hacer salvas.” Entonces reflexionaron en que eran enemigos, y situándose en el borde de la barranca de Ocuituco, empezaron a hacerles fuego, mataron a algunos y se retiraron. Galeana llegó a Tecaxaque a las nueve de la mañana, es decir, que se mantuvo con cincuenta hombres en las inmediaciones de Cuautla: dábase allí por seguro teniendo quitadas las vigas de una barranca, y lo mismo algunas familias y tropa, que estaban en su compañía; pero los enemigos flanquearon la barranca y él siguió por la hacienda de Santa Clara para la de Tenango. Don Leonardo Bravo, que tan felizmente había salido, no encontrando a su esposa, marchó para la hacienda de San Gabriel, donde fue preso traidoramente con D. Mariano Piedra y don Luciano Pérez, como después diremos. Morelos perdió en Ocuituco el cañoncito *Niño*, y siempre hablaba de esta pérdida como de una cosa importante.<sup>12</sup> No tuvo tiempo para almorzar en Ocuituco, como quería el cura Valdivieso, eclesiástico benemérito que después se unió al ejército y fue fusilado en Tlapa, como quien mata a un perro, de orden de un D. Félix de Lamadrid, hombre de los más bárbaros asesinos que tuvo el Gobierno español en sus días. Quedóse, pues, sólo con D. Víctor Bravo el general Morelos, y con él hizo el itinerario siguiente. Al Potrerillo. En este lugar oyó un gran susurro que en un principio creyeron ser de enemigos, pero eran cien indios generosos que venían con víveres a obsequiarlo. ¡Ah! Siempre éstos fueron sus buenos amigos, y lo amaron en la prosperidad y en el infortunio: aquí tuvo un rebato de miserere por lo mucho que comió. Condujéronlo los naturales en un tapextli para el pueblo de Huiyapan, cuyo cura le obsequió con generosidad. Dentro del segundo día entró en Izúcar a las once de la mañana: allí encontró a D. Miguel Bravo con la tropa que había defendido la villa. Ésta fue el punto de reunión. Notóse luego que sólo faltaban de los soldados de Cuautla diecisiete hombres, y que se

12 Me aseguran que está en este parque de artillería entre otras piezas tomadas en aquella época. Yo suplico al Supremo Gobierno lo haga separar y poner en lugar donde sea visto y admirado por este pueblo libre.

hallaron treinta fusiles más de los con que salieron del sitio. Al siguiente día salió Morelos de Chautla de la Sal, donde completó la reunión, en términos de que sólo se echaron de menos tres hombres, Bravo, un F. Castellanos que lo acompañaba y otro de que no hago memoria.

Tal es, amigo mío, el célebre sitio de la villa de Cuautla, digno de escribirse por la pluma de Curcio o Jenofonte, donde campeó el valor, la astucia, la sabiduría, la prudencia y el sufrimiento de los Morelos, Galeanas y Bravos. ¡Prez eterno y honrosa nombradía a tan ilustres caudillos! Ya me parece que veo sus caras sombrías en torno de mi cabeza; pero cuando quiero elevarla para tributarles un homenaje de lágrimas (como las que ciertamente derramo al formar estas líneas) tengo que bajarla al momento, pues me contemplo indigno de mirarlas. ¿Qué has hecho?, me parece que me preguntan. ¿Qué servicios has prestado a tu nación en aquellos días en que nosotros la llenamos de gloria? ¿En qué te ocupabas cuando nosotros nos inmolábamos por comprar tu libertad? ¡Buen Dios! ¿Reconvención tan amarga no podríamos hacer a los que osan ahora disputar el relevante mérito de aquellos héroes, a los que tal vez abrevieron sus días y se constituyeron sus verdugos y asesinos, y ahora brillan y desprecian a los que partieron con aquellos caudillos sus trabajos y su gloria? Un D. Pablo Galeana,<sup>13</sup> sobrino de D. Hermenegildo, de quien tantas veces hemos hablado, y que ocupa un lugar de los más distinguidos en la Historia, apenas se ve honrado con el título de teniente coronel de infantería... ¡Bah! ¡Apenas acierta la pluma a escribir lo que ven los ojos y despedaza nuestro corazón!...Si tal fuera vuestra recompensa, ¡hombres ilustres, descansad en paz, hundios en el sepulcro, y no asoméis sobre ellos vuestras terribles cabezas sino para compadecer a tan ingrata generación!

Hasta pasadas más de dos horas de salido el general Morelos de Cuautla no lo supo Calleja. Presentósele un joven llamado

13 Aun cuando D. Pablo Galeana no hubiera hecho en toda la revolución más hazaña que sorprender una noche la guarnición de la isla Roqueta, en Acapulco, con un puñado de hombres, a la que debimos la toma del castillo de San Diego (como después veremos), por este solo hecho merecía ser brigadier con letras.

J. Jiménez, hijo de un vista de la aduana de esta capital, desfallecido de hambre, pidiéndole con qué alimentarse; dijole que se había hallado en el sitio por un accidente: la esposa de Calleja se condolió de él y le hizo dar un pocillo de chocolate; su marido no acertaba a creer lo que oía, ¡tan imposible le parecía! No obstante, este hombre fatuo, por extraordinario puso al virrey el parte siguiente:

El día en que justamente se cumplen cuatro meses de la toma de Zitácuaro ha entrado este ejército, siempre vencedor<sup>14</sup> en Cuautla, a las dos de su mañana.

El enemigo intentó una salida<sup>15</sup> por dos puntos de la línea: fue rechazado en el uno, y con mucha pérdida penetró por la caja del río, y en aquel momento destacó la infantería a que se apoderase de Cuautla, y la caballería a que siguiese el alcance, tan próximamente, que iba mezclada con él.

La primera me ha dado parte de haberse apoderado del pueblo<sup>16</sup> y de toda la artillería enemiga, y la segunda de que se le persigue con tesón...

En la tarde del mismo día 2 de mayo se recibió en México este correo: mirábase unos a otros las caras de simio y se preguntaban para dónde habría volado el pájaro. No pudo hacer otro tanto en aquellos meses el general Blake en Valencia, sitiado por los franceses; y este contraste hacía resaltar más y más la heroica acción de Morelos. A par que Calleja procuró envilecerla como una infame cobardía, la exaltó, confesando que Morelos no sólo penetró por los fuegos de los puntos laterales de su ejército, sino que además derribó, para salir, parte de los espaldones que tenía allí construidos. Ejecutar todo esto

14 Menos en 19 de febrero y en diversos reencuentros.

15 No quedó en intención, sino que pasó a ejecutarlo cuando quiso y del modo que quiso.

16 Como entra un huésped en un cuarto de un mesón porque otro lo desocupó. ¡Valiente triunfo!

de noche, peleando, y rodeado de cuadruplicada fuerza, es un heroísmo militar. No lo es menos la descripción que hace de su salida (*Gaceta* número 224, de 3 de mayo de 1812). Calleja miente con impudencia cuando dice que mató ochocientos diez y seis hombres en la retirada; no llegaba a ochocientos toda la tropa de Morelos; lo que hicieron sus dragones en el alcance fue cebarse en la matanza de mucha gente y familias inermes de la villa, que quisieron salir con Morelos para no ser víctimas cuando entrasen aquellos asesinos en sus casas, como lo fueron los infelices que se quedaron; dígalos si no la familia del padre D. Joaquín Díaz, y otros muchos. ¡He aquí el triunfo grande con que se honró el llamado conquistador de Cuautla! “Las siete leguas están (son sus palabras) sembradas de cadáveres... No se da un paso sin que se encuentren muchos.” ¡Qué gloria de tigre!

Las divisiones destinadas a ocupar a Cuautla titubearon mucho para entrar en la villa, y no lo hicieron sino después de que se convencieron de que estaba vacía, y ellos seguros de que les jugase Morelos una zalagarda. Entraron, sí, pero penetrados de espanto; entraron sedientos de entregarse al desorden y de cebar sus uñas y su saña en los infelices que habían allí quedado, y que sólo hombres del furor infernal que animó a los soldados de Tito en Jerusalén pudieran tener. Ellos no veían sino seres flacos, diáfanos y enteleridos del hambre; sobresaltados de pavor, ni estas circunstancias fueron títulos bastantes para librarlos del furor; Calleja hizo buscar los papeles de Morelos para averiguar sus conexiones y hacer pesquisas para cebarse en la matanza de los que apareciesen complicados; encontró muchos, pero no de los que él buscaba; encontró por sin duda el diario de Morelos intitulado *Selva*, escrito de su puño (como él mismo me lo dijo), en que constaban todas las hazañas de este hombre raro. En su correspondencia vio de todo lo que era capaz, y éste le obligó a decir al conde de Castro Terreño en la función de catedral de 30 de septiembre del mismo año, hecha para prestar el juramento a la Constitución de Cádiz, que si Morelos hubiera aparecido en España, habría sido el mayor general de sus días, elogio que todavía repite, y de que le hizo

algunos en Madrid el diputado a Cortes Ramos Arizpe. La tropa de su ejército se entregó en aquel día al saqueo, y empezó por las iglesias, como si fuesen culpables de sus desgracias. Yo tuve en mis manos un palabrero de plata que llegaron a vender en la tiraduría de oro de Manjarrés, en la calle de San Bernardo, y me consta que no quiso comprarlo. Como el hecho fue público, Bataller procuró procesar a los que habían hablado de él para desmentirlo; tal vez ignorará esta circunstancia el agente de aquel tiranuelo que por su orden escribió la parte judicial de nuestra revolución, y yo se lo recuerdo para que no lo eche en olvido, como también la acumulación de expedientes que se me formó en Veracruz el año de 1817, con su influjo en el despacho.

En el acto de estar robando las iglesias de Cuautla ocurrió un recio temblor de tierra; pero no bastó para contener a la bárbara soldadesca; aquella canalla necesitaba rayos que la hundiesen en el infierno, pues estaba muy resistente a las inspiraciones de la divina gracia. Ignoro por ahora el número de fusilados que hubo en Cuautla, aunque sé que Calleja hizo varias ejecuciones; él estaba en su elemento cuando las decretaba, pues creía que la revolución no podía contenerse sino con derramamiento de mucha sangre.

Ésta es la verdadera relación del ataque de Cuautla, en que se quebrantó el orgullo de Calleja por un pobre clérigo nacido para general, y que por la casualidad de la revolución desarrolló las más felices disposiciones para hacer la guerra a beneficio de la libertad de su patria. Avergonzado su enemigo, y a pesar de la desfachatez e impudicia con que contaba sus triunfos imaginarios, multiplicando el número de sus enemigos vencidos, no tuvo valor para presentar la relación de esta batalla. Regístrense si no las gacetas, y sólo se verán algunas parciales que los comandantes de secciones dieron para impedir la entrada de víveres en Cuautla, la del convoy que los americanos conducían por el Mal País, y la del coronel Perdíz, que llevaba igual objeto; la del ataque de Amelcingo y Barranca Honda, que procuró exornar con una descripción de la situación de Cuautla, en la que, sin embargo, confiesa, en fuerza de la verdad, el grande apuro en que se

vieron sus tropas envueltas alguna vez por las del señor Morelos. El parte reservado de la acción del 19 de febrero lo hube a las manos por una casualidad: lo inserté en las *Campañas de Calleja*, y por honor del Sr. Morelos no puedo dejar de reproducirlo aquí; a la letra dice:

Excmo. Sr.: Ayer 18 salí del campo de Pasulco, dos leguas de Cuautla, con el fin de atacarla, como dije a V. E.; reconocí todo su recinto, anduve más de seis leguas, y no hallé punto de ataque, por lo que acampé en la loma de Cuautlixco, a media legua de Cuautla. El enemigo intentó incomodarme por la retaguardia; pero, cargado por la caballería, huyó dejando en el campo más de doscientos cadáveres.

Al amanecer de esta mañana salí con el mismo designio, que verifiqué acaso por consideraciones que debí desatender, sin embargo de que tampoco hallé punto que no me presentase desventajas, inutilizándome mis dos armas principales, artillería y caballería, y las que da la disciplina y maniobra; le realicé por cuatro diferentes puntos, y le repetí muchas veces sin fruto. Murió en él el señor coronel conde de Casa Rul, el capitán de artillería D. Pedro Sagarra; algunos otros, de que aún no tengo noticia, han sido muy gravemente heridos, como los señores coroneles D. Juan Oviedo, comandante de patriotas, D. Bernardo Orta, y varios oficiales, de que daré noticia a V. E. luego que la reciba.

Cuautla está fortificada con inteligencia, formando un recinto de dos plazas y dos iglesias circunvaladas de cortaduras, parapetos y baterías amerlonadas; la defienden doce mil y quinientos armados de fusil,<sup>17</sup> treinta piezas de varios calibres, casi toda la restante tropa de caballería, por lo que no es posible tomarla por asalto sino con mucha pérdida, y con infantería muy acostumbrada a ellos. El bloqueo o el sitio en regla necesita más gente, singularmente de infantería,

17 Si tal hubiera sucedido en México, habría sido el teatro de la guerra. No excedían de mil hombres, pero dirigidos por Morelos, cuya sabiduría multiplicaba la fuerza. Él fue el primero que salió a batir en persona con la descubierta de Calleja; daba ejemplo de valor y serenidad, y sus segundos que lo imitaban eran unos leones.

artillería, víveres, pertrechos y tiempo. Vucencia resolverá lo que deba ejecutar; en concepto de que en el entretanto me mantendré en las inmediaciones más próximas en que halle subsistencias.

He consumido muchas municiones en un ataque que duró seis horas, y hasta que me den noticia ignoro la existencia, que debe ser bien poca, pero siempre bastante para batir al enemigo si tuviese la osadía de salir de su recinto.

Dios, etc., Campo de Cuautlixco, febrero 19 de 1812, a las cinco de la tarde. —*Félix María Calleja.*

Al siguiente día de la acción remitió el siguiente parte:

Excmo. Sr.: Acompaño a V. E. el duplicado del parte y la noticia de muertos y heridos en el ataque de Cuautla, de la que me mantengo a media legua, a pesar de la mucha dificultad que me ofrece la subsistencia, y singularmente los forrajes; pero quiero imponerme, antes de apartarme, del estado en que ha quedado por si pudiere aprovechar alguna oportunidad.

Si Cuautla no quedase demolida, como Zitácuaro, el enemigo creería haber hallado un medio seguro de sostenerse, multiplicaría sus fortificaciones en parajes convenientes, en las que reuniría el inmenso número que de temor se le separa, y desde las que interceptaría los caminos y destruiría los pueblos y haciendas; las pocas tropas con que contamos se aniquilarían, y acaso se intimidarían, y la insurrección, que se halla en su último término,<sup>18</sup> cundiría rápidamente, y tomaría un nuevo y vigoroso aspecto.

Cuautla debe ser demolida,<sup>19</sup> y si es posible, sepultados los facciosos en sus recintos, y todos los efectos serán contrarios; nadie se atreverá en adelante a encerrarse en los pueblos, ni encontrarán otro medio para libertarse de la muerte que el de dejar las armas; pero

18 Ya escampa, y llovían cantos.

19 Calleja semejava a los perros que muerden la piedra cuando no pueden destrozar al que la tira. Los lugares se la pagaban.

para esto se necesitan medios oportunos. Ella está situada, fortificada, guarnecida y defendida de un modo que no es empresa de pocas horas, de poca gente y de pocos auxilios. En un mismo día tengo necesidad de marchar del campo al ataque, conduciendo y poniendo a cubierto de la numerosa caballería del enemigo las provisiones, los equipajes, el parque, los heridos y los enfermos conducidos con in-humanidad en burros; necesito verificar el ataque, calculando, si no consigo apoderarme del puesto, que me quede tiempo para volver al campo desde el que necesitan salir inmediatamente tropas a procurarse forrajes a largas distancias, otras a leñar, y las restantes a cubrir y defender el campo de la caballería enemiga, que continuamente se deja ver a largas distancias, huyendo cuando la atacan, y acercándose cuando se retiran nuestras tropas, con lo que inevitablemente se fatigan, enferman, arruinan y desaparecen.

Cuautla exige un sitio de seis u ocho días con tropas suficientes para dirigir tres ataques y circunvalar un pueblo que aunque su recinto ocupa más de dos leguas, puede reducirse a la tercera parte. Estas tropas necesitan acopios de subsistencias, forrajes, algunos morteros, artillería de más calibre, un hospital de sangre en el mismo paraje en que lo están las provisiones y forrajes, y de quinientos a seiscientos trabajadores. Conozco que todo esto exige gastos, tiempo y mucho trabajo; pero los talentos políticos y militares de V. E. compararán las ventajas que producen con los males que de no hacerlos nos deben resultar, y me prevendrá lo que debo ejecutar; en concepto de que anoche celebré junta de todos los jefes del ejército,<sup>20</sup> y sin excepción opinaron que era necesario diferir el ataque hasta que se reuniesen medios de verificarlo con un suceso que aterrara al enemigo, como realizarle lo más pronto posible. —Dios, etc., Campo de Cuautla, febrero 20 de 1812, a las tres de la tarde.

20 Es la primera que sabemos que haya celebrado en la campaña; todo lo decidía por sí mismo. ¡Qué apurada no vería la cosa...! ¡Él decía: el gran Jove será mi consejero...!



En la misma fecha mandó Calleja al virrey el estado de los muertos, heridos, contusos y extraviados en la acción del día anterior, en los términos siguientes:

Oficiales muertos, cuatro; heridos, siete; contusos, once.

Muertos de tropa, quince.

Heridos de tropa, cincuenta y cinco.

Heridos levemente, cuarenta.

Contusos de tropa, cuarenta y tres.

Extraviados, tres.

Este parte está desmentido, sin embargo, por sí mismo, pues el pequeño estado de sus muertos y heridos no corresponde con el que a los dos días dio, y dice:

Yo me encuentro embarazado con más de doscientos heridos y enfermos mal asistidos, que dudo si los remitiré a Ozumba, desde donde por Chalco podrán con menos incomodidad dirigirse a ésa, o si me sitúo en alguna hacienda inmediata por no exponerlos a que el camino los empeore.

Tal es la verdadera idea que el mismo Calleja nos presenta de sus campañas, y que deben formar una memoria exacta de ellas a los que las refieran, tomando como bases de su historia estos apuntes sencillos.

Lo demás del sitio de Cuautla hasta la salida del general Morelos está escrito con la exactitud que me ministraron los legajos que revisé de la secretaría, en los que no se hallaron los partes que acabo de copiar a la letra, y que estimo por muy interesantes, sino en el legajo olvidado por casualidad, de que formé las que llamé *Campañas de Calleja*.

## ENTRADA DE CALLEJA EN MÉXICO

Si el día 5 de febrero de 1812 fue memorable en México por la entrada de Calleja, triunfante de Zitácuaro, no lo fue menos el 16 de mayo del mismo año, en que llegó de Cuautla. Entonces se presentó ufano sobre un soberbio caballo robado, y ahora se dejó ver en coche con achaque de enfermo. Hizo alto en la garita de San Lázaro, donde le rodearon muchos sucios enmantados de los que vagan por esta capital, como los famosos *lazaroni* de Nápoles: saludáronlo dándole el tratamiento de excelencia, que no sólo recibió, sino que además se dejó besar la mano de muchos de estos vilísimos hombres. Muy luego se conoció la pérdida grande que había sufrido su ejército, pues se veían los cuerpos muy disminuidos, y además sin oficiales, pérdida que, según se dice, se procuró ocultar haciendo vestir desde los pueblos de su tránsito a muchos carboneros y remeros. Echóse de menos la columna de granaderos, que era el cuerpo más hermoso de su ejército, a la que se le hizo que marchase para Puebla al mando de Llano; arbitrio excogitado para que en México no conociésemos su enorme baja, y se le subrogó el batallón de Lobera, que entró tocando sus cornetas, que por primera vez se oyeron en México. Sin embargo de esto, se le procuró dar un aire de triunfo a esta entrada, trayendo la artillería dejada en Cuautla; la culebrina quitada a Porlier en Tenancingo, con un pedazo menos de boca; algunas cajas de guerra, algunos paisanos presentados en clase de prisioneros, y a don Leonardo Bravo con sus dos compañeros, sorprendidos en la hacienda de Yermo, a quien procuraron los llamados gachupines cubrir de oprobio, dejándolo ver con un sombrero de petate en traje de mojíganga, con el que lo metieron en la cárcel, cerca de la una del día (yo testigo), que estaba colocado en uno de los balcones de Palacio pertenecientes al Tribunal de Minería.

Desde la garita de San Lázaro se arrimó junto a éstos cierto hombre que se dice conde de A... y a quien no miento por su nombre porque es bien conocido por sus locuras, el cual desde a caballo los

vino insultando hasta la puerta de la prisión. ¿Y éstos se llaman caballeros? ¿Y éstos traen al pecho la señal de la Cruz que les recuerda sus obligaciones, antes que de nobles, de cristianos amantes de los hombres, y compasivos para con los desgraciados? Uno de los espectadores de este ejército se tornó a mí y me dijo con mucha gracia:

“Ahora se está aquí representando la comedia en la que un truhán entra muy ufano al teatro con un turbante y dice: ‘Aquí está el turbante del moro que cautivé’. ‘Y el moro?’, le pregunta. ‘Ese se fue’”.

Todos comenzamos a reírnos de la oportuna aplicación; pero luego volteamos la cara a ver si andaba por allí el escribano Julián Roldán, Cartamí o Acuña, célebres esbirros del cadí Bataller, que por menores causas, presidiendo la Junta de Seguridad, condenaba a un padre de familia a diez años de presidio, y se le daba un camino de que se arruinasen él y su numerosa familia, y a todos se los llevase el diablo.

Calleja y Venegas acababan de irritarse con el chasco de la fuga de Morelos, y ya se sacaban los dientes con demasiada procacidad; de modo que uno de cada casa y ciento del Baratillo sabían las desazones de estos dos califas, atizadas por los cortesanos de entrambos, y Beristáin en bola. Los insurgentes, que eran el mismo diablo, interceptaron un correo en que Venegas respondía a la carta confidencial en que Calleja le ponderaba su gran triunfo de Cuautla y le decía: “Démosle gracias a ese buen clérigo de que nos ha ahorrado la vergüenza de levantar el sitio, lo que nos habría hecho perder el poco concepto que conservamos.” Ya vimos la comparación de Calleja con César en Munda; esto es consiguiente a aquello. Tomemos las cosas desde un principio. Calleja se hizo general contra la voluntad de Dios y de Venegas, pues cuando abortó la revolución, únicamente se le mandó que bajase a Querétaro con dos escuadrones de caballería de su brigada, a conservar allí el orden; mas él de oficio levantó toda la brigada, creó nuevos cuerpos, puso un campamento en la hacienda de La Pila, junto a San Luis, fundió cañones y dispuso de los caudales cuantiosos que existían entonces en aquellas cajas; si esto lo hizo por amor al rey,

que lo diga él; si por vengarse de que lo iban a prender los insurgentes, que lo diga el brigadier Armijo, de quien lo mismo que D. Pedro Meneso se dijo que le dieron aviso en tiempo para no caer en la trena, y les dispensó grandes favores; el grande amor a Armijo causa tiene; ésta es, y no otra.

Ya hemos dicho en una de las cartas del primer tomo que el Lic. Rayón, al salir de Zitácuaro, dejó sobre su mesa unos papeles que leídos por su oficialidad produjeron en ella un motín sordo; Calleja lo llegó a entender, y en secreto trabajó para que los jefes del estado mayor de su ejército representasen al virrey sobre lo interesante de su persona, recomendando sus servicios, y que sólo bajo sus órdenes querían militar. Tal es su espíritu. Esta representación está datada en Toluca a 30 de enero de 1812, y la firman: el marqués de Guadalupe Gallardo, el conde de Casa Rul, José María Jalón, Manuel de la Sota Riva, Manuel Espinosa Tello, Ramón Díaz Ortega, Joaquín del Castillo y Bustamante, José María Echegaray, Fernando Villamil, Miguel del Campo, Juan Antonio López, Juan Nepomuceno Oviedo, Agustín de la Viña y Bernardo López.

Remitióse a Venegas con separación, y como que lo ignoraba Calleja, el cual en oficio de 31 de enero (a las once de la mañana) le exhorta y conjura a que no abandone el servicio, desentendiéndose de hablillas y murmuraciones; “pero si por desgracia —son sus palabras— no se considerase V. S. capaz de tolerar las fatigas, espero que sin pérdida de tiempo me lo comunique para tomar la correspondiente providencia”.

No esperaba esto Calleja, pues se hacía del menesteroso, y creía que nadie podría reemplazarle; por tanto, respondió en los términos que usted verá, dispensándome le inserte a la letra esta contestación, porque conviene mucho a la Historia.

Excmo. Sr.: Me ha sorprendido la copia de representación de los jefes de este ejército adjunta al superior oficio de V. E. de ayer a las once de la mañana, en la que entre otros dan por origen de las enfermedades que sufro la sensación que pueden haber hecho en mi

espíritu murmuraciones y habillitas despreciables, a las que soy tan superior que miro con lástima al débil que no encontrando el camino del honor y de la gloria entra por las sendas tenebrosas de la negra calumnia.

Este ejército restaurador del reino, vencedor en cuatro acciones generales y treinta y cinco parciales, está muy a cubierto de toda murmuración racional, y yo muy tranquilo sobre este punto.<sup>21</sup>

Yo he hecho por mi patria cuantos sacrificios ella tiene derecho a exigir de mí, sin pretensión ni aun a que se conozcan: y si ahora hablo de ellos es porque la necesidad de desvanecer hasta el más leve indicio de que los economizo por resentimientos me obliga a ello.

Yo he sido el único jefe en el reino que ha levantado y conservado tropas, arrancándolas del seno mismo de la insurrección,<sup>22</sup> y este propio ejército, cuyo mando me hizo V. E. el honor de confiar, se compone de ellas en la mayor parte.<sup>23</sup> Abandoné mis intereses, que hubiera podido salvar como otros, y que fueron presa del enemigo: dejé mi familia en la ciudad de mi residencia para alejar de sus habitantes la sospecha de que temía se perdiese; la expuse al mayor riesgo, y con efecto, perseguida por los montes, cayó en sus manos, y por miras interesadas me la volvieron<sup>24</sup> escoltada por sus tropas, con

21 ¡Pobre corazón, en cuyo fondo se desoían los clamores de las víctimas, principalmente de las inmoladas en Guanajuato!

22 Pues esto se dice con moderación.

23 Es decir, se componía de insurgentes en el corazón; no es mucho elogio éste en aquellos tiempos en que era el mayor delito: eran como los cipayos de la India, mandados por los ingleses: hombres máquinas.

24 Mucho gustamos de oír esta confesión de la boca de Calleja. Su esposa, temerosa de que por haberse declarado su marido enemigo de los insurgentes la persiguiesen, se salió en fuga de San Luis, hacia la hacienda de la Ciénega de Mata. Cayó en manos de los americanos, y consultando éstos con Hidalgo sobre lo que harían con ella, mandó que se la devolviese todo cuanto se le había tomado. De hecho se la dieron dos mil pesos y unas alhajas riquísimas, un ahogador de diamantes, con que fue obsequiada; se la condujo con el mayor decoro hacia donde estaba su marido; las avanzadas de éste la recibieron de la escolta americana, a quien no sólo no la dieron ni una gratificación, sino que se la mandó retirar luego, so pena de hacerle fuego. Esto hizo Hidalgo después de la batalla de Aculco, en que, como decía Calleja, había hecho diez mil muertos; ésta es la infame y monstruosa e inmoral revolución mexicana;

la propuesta de que si yo dejaba las armas de la mano me devolverían mis intereses, me asignarían una buena hacienda, me señalarían veinte mil pesos de renta anual y me acordarían la graduación de general americano.

Soy también el único jefe que ha batido y desbaratado las grandes masas de rebeldes, y soy finalmente el único que después del ataque que padeció mi salud ocho días antes de la batalla de Calderón, se puso a la cabeza de sus tropas casi mortal, y ha continuado un año a la del ejército<sup>25</sup> en los mismos términos.

Todo es notorio, como el sincero deseo del bien público que me ha conducido; y si los miserables restos de salud que me quedan fuesen útiles a mi patria, no dude V. E. un momento que los sacrificaré; pero ella me ha reducido a término que por ahora me es absolutamente indispensable continuar con un mando que tantos obstáculos pone a su restablecimiento. Si puesto en sosiego, régimen y curación metódica (lo que no es combinable con la situación actual) restableciese mi salud, lo manifestaré a V. E. sin perder instante, a fin de que me emplee en cuanto me crea útil; por lo que ruego a V. E. nuevamente se sirva nombrarme sucesor. Dios, etc. Toluca, febrero 1o de 1812, a la una y media de la tarde.

así se portó el antropófago cura Hidalgo..., así le recompensaron sus servicios y la salvación de lo que amaba, o debía amar más; Calleja continuó haciéndole la guerra a muerte y desconceptuándolo...; ¿y qué, así obra un caballero, un jefe español, que osa llamarnos gavillas, canallas, etc.? ¿Qué se responde a esto? ¿Con qué pruebas mancillará Calleja nuestra conducta? ¿Quién es aquí el bárbaro inmoral? Califíquelo la Europa: supóngase que esta conducta fue interesada. ¿Y no se le pudo responder a Hidalgo con otro comedimiento, sin que comprometiese su honor militar? ¿Qué se deja para un esquimal o un apache feroz? Casi nada perdió de sus bienes, y si perdió, buen pago se hizo con los que se tomó. ¿De dónde, si no, vinieron esas millonadas llevadas a España, y con qué se han comprado posesiones en el reino de Valencia? Presénteseme en el cuadro de las revoluciones civiles una conducta tan generosa por parte de hombres encarnizados con una lista de agravios de tres siglos.

25 Haciendo banquetes diariamente en Guanajuato a expensas de sus vecinos.

Muchas observaciones hay que hacer acerca del sitio de Cuautla, y principalmente de la conducta de Calleja, con respecto a los gastos impendidos por este general, capaz de consumir los tesoros de Creso y Craso. Cuando dio la voz en San Luis Potosí, encontró aquellas cajas, como otra vez he dicho, llenas de caudales de que se aprovechó sin dar cuenta de ellos. Fue mucho lo que tomó en Querétaro; habilitaciones que se le hicieron de México después de la batalla de Aculco, y lo que tomó para la expedición de Guanajuato, donde hizo él, tanto como los oficiales que le acompañaban, bastante negocio.

A su marcha para la expedición de Guadalajara tomó varios capitales de corporaciones y, según entiendo, de las monjas Claras de Querétaro. No hubo fondos de que no echó mano sin reserva, pues se hallaba en el caso del famoso ermitaño que refiere Gil Blas que pedía limosna con una carabina amartillada. Calleja fue como un torrente de desolación que todo lo taló y consumió, y la América le mirará justamente como una de las grandes plagas con que el Cielo, en su cólera, quiso afligirla.

El gasto del sitio de Cuautla es espantoso; yo apenas puedo presentar de él una ligera idea tomada de las constancias que existen en el antiguo Tribunal de Cuentas, previniendo a usted y a todos mis lectores dos cosas: primera, que las cuentas no están glosadas porque ha sido imposible, a pesar de los esfuerzos que para ello se hicieron, principalmente por los glosadores Lambarri y Carrión, que se nombraron; segunda, que en esta razón no se incluyen las sumas que el intendente de ejército tomó de las administraciones foráneas, y de particulares inmediatos a dicha villa. Podría añadir una tercera, y es que no se incluyen aquí los demás gastos hechos en México en maestranzas, para fomento de municiones del sitio, de boca y guerra, y convoyes, que fueron cuantiosísimas. He aquí una nota harto singular:

*Noticia de las cantidades que ingresaron en la Tesorería del ejército llamado del Centro, al mando de su general D. Félix María Calleja, y se consideran gastadas en el sitio que puso a Cuautla de Amilpas, el cual duró desde principios de febrero hasta mediados de mayo de 1812, y se deduce por la mesa*

*de liquidaciones generales de la Contaduría Mayor de Cuentas, de orden verbal del señor contador mayor decano, y a pedimento del Sr. Lic. D. Carlos María de Bustamante.*

Resultaron de existencia por fin de año de 1811  
en la Tesorería de aquel ejército ..... 84 083. 7. 4.  
La Tesorería general de México remitió  
a aquella 183 679 ps. 2 rs. 1 gr., a que  
agregados 29 040 ps. 3 rs., que pagó  
por libranzas giradas por el intendente  
de dicho ejército, es total de ..... 212 719. 5. 1.  
Por el ramo de tabacos ingresaron ..... 217 742. 4. 9.  
Por el de alcabalas, pulques, aguardiente  
de caña y vino mezcal ..... 10 716. 5. 6.  
Por el de confiscaciones ..... 11 719. 6. 6.  
Por el de restituciones ..... 004 000. 0. 0.  
Por el de depósitos ..... 019 144. 7. 6.  
Por el de papel sellado, fondos piadosos  
y otros ramos menores ..... 007 759. 0. 1.  
567 886. 4. 9.

Dedúcense 3 460 ps. 1 rl. 2 gr., devueltos  
a la Tesorería general por la existencia  
que resultó por la cuenta presentada . . . 3 460. 1. 2.  
Gasto líquido ..... 564 426. 3. 7.

NOTA . La Dirección General del Tabaco libró con destino a dicho ejército doce cajones de cigarros y seis de puros. Cuando éste se disolvió, se devolvieron cuatro cajones de los primeros y dos de los segundos, y, por consiguiente, se consumieron por aquél ocho cajones de cigarros, y asciende a 3 612 ps. 4 rs.

NOTA 2. También se remitieron por los almacenes generales las partidas de efectos siguientes:



En 11 de febrero de 1812, cajones de galleta . .	136
En 23 del mismo, jergones .....	50
Sábanas.....	200
Cabezales .....	50
En 17 de id., cajones de galleta .....	198
En 28 de id., catres de tijera .....	24
En 7 de marzo, galleta .....	418 qs. 63 lib.
En 10 del mismo, pares de zapatos .....	4 000
En 12 de mayo, id. de id.....	6 000

NOTA 3. Los datos que se han tenido a la vista para deducirse esta razón son las cuentas del tesorero de aquel ejército, D. Rafael de la Iglesia, y las de los almacenes generales de México respectivas al año de 1812.

Mesa de liquidaciones generales en la Contaduría Mayor de Cuentas de México, 29 de diciembre de 1823. —*Miguel José Ussí*.

Estos datos son suficientes para calcular que el gasto del sitio de Cuautla llegó a dos millones de pesos. Cantidad enorme que gravitando sobre un Estado lánguido ya, no podía extraerse sino por extorsiones y violencias, y como para hacer estas exhibiciones nadie era más mortificado que el virrey Venegas, he aquí que este jefe estaba despechado. Aumentaba su desazón el gasto de la lista civil, y sobre todo los motivos particulares de quejas contra la persona de Calleja, y chismes excitados por las cortes de aduladores de entrambos jefes.

Venegas sabía que en la casa de Calleja había juntas de muchos comerciantes y personas de rango, que duraban hasta las dos de la mañana, en las que lo desollaban, y traían entre manos el proyecto de recabar de la regencia de Cádiz que lo nombrase virrey. Dábase Calleja entonces un gran tono; pero en su casa se tomaban las mayores precauciones de defensa, como pudieran en el palacio de Dionisio de Siracusa, situándose de noche su escolta en las azoteas a punto de

defensa al menor ruido. Esta reunión (no de amigos de Calleja, pues los inicuos no los tienen, sino de aspirantes para mejorar su fortuna particular) tenía grandes ramificaciones, aun en el mismo congreso de las Cortes extraordinarias de Cádiz; y tal vez la misma mano que dio tanto impulso a que se condecorase a Venegas con la Gran Cruz de Carlos III, que rehusó admitir con gloria suya, lo daba para la colocación de Calleja en el virreinato. A no haber sabido estos ápices y pormenores, Venegas habría embarcado estrepitosamente a Calleja, pues entiendo que aun la famosa amiga que le denunciaba las conspiraciones no dejó de excitarlo para esto, previendo las desgracias que sobre ella podrían llover si el Gobierno pasaba a tales manos, como se verificó. Venegas conoció estos peligros y se abstuvo de un proceder violento; no obstante, procuró humillar a Calleja; ora sea separando de su ejército los mejores cuerpos, en quienes confiaba, como los dragones de San Carlos y San Luis, que destinó a la expedición del cerro de Tenango, que puso al mando de don Joaquín del Castillo Bustamante, que salió en 18 de mayo de 1812; ora confiriéndole el gobierno militar de México para hacerlo ir diariamente a recibir sus órdenes a Palacio dándole buenos postes en su antesala. Mas de todo esto hablaremos circunstanciadamente; por ahora creo que interesa a usted y a todos mis lectores seguir los pasos de Morelos, héroe que está en la escena, y que en fuerza de sus extraordinarios sucesos arrebató la atención de todo hombre virtuoso.

Venegas procuró alucinar a los pueblos pintándoles destruido el ejército de Morelos. En la proclama de 11 de mayo que se lee en la Gaceta núm. 228, de 13 de dicho mes, dice... “que Morelos, confuso y abatido, iba buscando una caverna en que ocultar sus delitos y los remordimientos de su crueldad”; no obstante, ofrece en ella una recompensa honrosa al que lo entregase vivo o muerto. Veamos cómo se reanimó esa fiera, y observemos sus pasos y lides; pero pues esta relación ha sido demasiado triste, permítaseme alegrarla con la siguiente poesía:

*Oda*

Insólito calor mi pecho inflama;  
siento en el alma desusado brío;  
con imperiosa voz la cara patria  
cantar me manda sus heroicos hijos,  
y el divino valor, y el arte sumo  
con que a sus sanguinarios enemigos,  
en lid tan desigual vencer supieron  
legando asombro a los futuros siglos.  
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,  
madre del sueño, y del sabroso olvido,  
que la creación reparas descaecida,  
y eres a la fatiga único alivio!  
¡Cuando aun los tigres y alimañas yacen  
bajo tu cetro de ébano adormidos,  
el hombre solo, con el ojo atento,  
persigue al hombre; ni el menor resquicio  
de esperanza o de bien dejarle quieren  
su inmortal rabia y odio vengativo!  
¡Oh noche! Torna los brillantes ojos  
al desolado Anáhuac, mira el sitio  
do un puñado de bravos invencibles  
resiste del Averno el poderío,  
cansa miles de crueles, y supera  
su furor, sus ardides, y sus tiros,  
superior a la muerte que en mil formas  
le presentan el tiempo y su enemigo,  
sin dejarle momento de descanso,  
ni entre ignominia o muerte algún partido.  
¿Qué, se rindieron ya? ¿La peste acaso,

la hambre, la sed, y el número infinito  
de balas y de males que contra ellos  
setenta días, y más, le han dirigido  
la encruelecida suerte, y atroz bando  
de viles y pagados asesinos,  
hundieron la esperanza de la patria,  
su único apoyo en el sepulcro frío?  
Alto silencio en los espesos bosques;  
alto en los montes, en el valle y río;  
hasta los vientos el aliento penan,  
nada se mueve, nada, ¡oh, caos antiguo!  
El genio del pavor en negra nube,  
sobre los labios puesto el dedo frío,  
abre los ojos más y más, y en vano  
busca cuerpo en las sombras, o algún ruido,  
su atenta oreja, que otro no percibe  
que de su pecho el desigual latido.  
¡Ay de Morelos! ¡Ay de la aguerrida  
gente que en mil encuentros sostenidos  
de honor llenaron a la cara patria,  
su sien ornando del laurel divino!  
Cuatla termina sus heroicas vidas;  
Cuatla sepulta su valor invicto.  
¡Júbilo cuánto para el bando opuesto!  
¡Cuánto placer a su feroz caudillo!  
Ellos locos dirán: “No se rindieron.  
Mas de nuestro valor víctima han sido”.  
No así, no así: mil bocas infernales  
con espantable horrisono estallido,  
lanzan a un tiempo silbadoras balas,  
el valle atruenan con letales ruidos,  
y con pálidas luces sucesivas  
más horrorosas tornan los sombríos.

¡Oh loco delirar, vana soberbia,  
que el patriótico esfuerzo has combatido,  
y con inmunda boca saboreabas  
de antemano sus últimos residuos!  
Mira al héroe de Anáhuac y a sus huestes  
mayores más en el mayor peligro;  
jamás domados, y medrosos nunca,  
con orden marchan, y a Mavorte mismo  
al héroe lleva de la diestra mano,  
y guía a los suyos con potente auxilio.  
¿Do las trincheras en que tanto fiabas  
y los aprestos del porfiado sitio?  
¿Qué te valieron las espesas bandas  
de fanáticos crueles y malignos  
que una vez y otra derrotadas antes  
aun te eran compañeros en delirio,  
ni posible siquiera imaginaron  
tan heroico valor y alto designio?  
Por donde más el enemigo astuto  
había agregado estorbos exquisitos,  
al arte fatigando, y a los suyos  
y puesto de sus tropas lo escogido:  
por allí rompe el héroe valeroso  
y da a sus gentes cómodo camino,  
en vano, en vano perseguirle quieren  
o perturbar la marcha que ha emprendido,  
por buscar sólo a su querida gente  
contra la hambre y la peste, grato asilo.  
¡Ay del que osado se acercare un tanto!  
¡Ay de los más resueltos y atrevidos!  
Todos se encuentran, aunque honrosamente  
de nuestros héroes en los duros filos;  
y cual los gozques que al mastín persiguen

si a ellos torna una vez, desfavoridos  
toman la huida, y aun a gran distancia  
del can robusto temen los colmillos,  
así medrosos tras de intentos caros,  
e tornan los realistas confundidos.  
¡Salve mil veces, noche venturosa  
que al héroe disteis amigable abrigo!  
Gózate, ¡oh patria!, de los héroes cuna,  
viendo ya salvos a los más queridos:  
hoy tu sien orna su mayor hazaña.  
En su loor suenen inmortales himnos.

Recobrado mi ánimo con esta bella poesía, seguiré mi relación. Hecha la reunión de Morelos en Chautla, permaneció en aquel pueblo todo lo restante de mayo; supo que Chilapa estaba ocupada por las fuerzas de Paris, Rionda y Cerro; importábase desalojarlos de allí para mantener franca la comunicación del Veladero y costa del Sur, puntos que veía como de retirada segura en todo acontecimiento desgraciado. Mas antes es preciso tomar la relación de más atrás.

Muchas veces hemos dicho que el comandante Paris nació para no hacer cosa alguna de provecho a los españoles, ni por sí, ni por sus tenientes. Durante el sitio de Cuautla ni supo socorrer a Régules en Yanhuatlán, ni menos venir a engrosar su fuerza para que estrechase a Trujano en el sitio de Huajuapán; ni tampoco se presentó a Calleja como D. Ciríaco Llano. Quiso tomar a Tlapa; pero ni el padre Tapia ni el coronel indio Victoriano Maldonado se lo permitieron, pues le impusieron con sus fuerzas, disparándole éste en una madrugada en que lo tenía sitiado en los cerros de Metlatono unas gruesas cámaras que le hicieron creer que eran piezas de artillería, y también retirarse luego. Situóse, pues, el comandante Cerro en Ayutla a esperar a Morelos luego que supo de su salida de Cuautla. Creyó que la mayor parte la tenía hecha, pues Chilapa, a semejanza de Taxco, había proclamado al Gobierno de México en la ausencia de Morelos. Esta villa, pervertida

con las malas doctrinas de política que había recibido de su párroco D. Francisco Rodríguez Bello, enemigo jurado de la independencia de la América en la primera época, y en la de Iturbide de su libertad, había abierto las puertas a sus enemigos el 25 de abril. Reunidas las fuerzas de Añorve y Cerro, y hecha en la misma una contrarrevolución en Tixtla con arresto del subdelegado Moctezuma, y de otros leales americanos, se situaron éstos en las inmediaciones del pueblo de Citlala.

DERROTA GALEANA A AÑORVE Y CERRO  
EN CITLALA EL 4 DE JUNIO DE 1812

Morelos se había quedado muy malo en el pueblo de Nitepec; en Chautla arrojó una postema por la boca, formada por la caída que dio a la salida de Cuautla; curóse la echándose sobre la cabeza porción de aceite que le produjo náusea, y entonces en el vómito lanzó la postema, así es que Galeana y los Bravos, noticiosos de los aprestos de Paris, salieron en su demanda al camino de Chilapa. La descubierta de los americanos se batió con la enemiga en la hacienda de Xolalpa; avanzaron aquéllos dividiendo su fuerza en dos trozos, de los cuales el uno se situó en el cerro de Acatlán, que tenía tomado el enemigo, y que flanquearon, y el otro en el llano del pueblo de Citlala, camino de Chilapa; el primero estaba abandonado por el ejército del rey, y así es que los americanos se atrincheraron en él por si tuvieran alguna desgracia. Galeana atacó al enemigo con su escolta y dio orden de que el resto de su tropa, según fuese llegando, se le incorporase por una barranca inmediata. Propúsose por plan hacer a Cerro una falsa llamada, como lo consiguió, cargando éste sobre el pueblo; mas como parte de la tropa de Galeana estaba emboscada en la barranquita, cargó sobre él, y se generalizó el ataque con toda la fuerza enemiga, que se resistió tenazmente a ceder, tanto, que se vio en gran peligro D. Miguel Bravo, y debió en ese día la vida a su sobrino D. Nicolás,

y a D. Carlos Vivanco. Puesta en fuga la sección realista, se le dio alcance hasta el pueblo de Acatlán, y habría seguido más adelante a no ocurrir una fuerte lluvia que impidió el mayor estrago sobre los vencidos; sin embargo, se hicieron más de trescientos prisioneros y se tomaron más de doscientos fusiles. El enemigo jamás creyó que pudiera tener tan gran descalabro, pues presumía a Morelos en el más lastimoso estado, y tanto, que cuando se presentaron sus avanzadas, las de Cerro comenzaron a denostarlas diciéndoles que eran la resaca de los expulsos de Cuautla.

Al tercer día de esta acción entró Morelos en Chilapa, cuyo vicario o encargado del curato por la ausencia del cura (que si tenía valor para declamar contra Morelos no era capaz de sostener su presencia) salió a interceder por los vecinos de la villa. No tenía mucha voluntad Morelos de perdonar la perfidia con que se habían conducido; por tanto, diezmó a los prisioneros, y si perdonó al gigante Martín Salmerón, sólo lo hizo porque aquel hombre de corpulencia extraordinaria merecía la indulgencia y consideración que las producciones exóticas de la naturaleza; consideración que sólo tienen los hombres que como Morelos reunían el valor con el talento.

Ocupada Chilapa al tercer día de la acción, Morelos se ocupó en recobrar allí su salud, aumentar su parque y engrosar su ejército para mayores y más gloriosas empresas. El parte de esta acción no se publicó en México sino hasta el 25 de agosto, en la Gaceta de este día; ni era posible ya ocultar este suceso, pues el primero que se empeñó en publicarlo fue Calleja, declamando contra la conducta de Venegas, que no había sabido reunir un ejército que cortase la retirada a Morelos y destruyese los fragmentos de sus fuerzas. Entonces se decían los mexicanos: “Ya la fiera salió de la cueva a donde había ido a buscar asilo, mas su salida segunda ha sido más terrible que su primera aparición.” Todo lo sabía el virrey por medio de su espionaje; mas callaba a tan justas reconvenções, pues ésta es la pena que sufre el que sin miramiento osa mentir a la faz de una gran nación que le observa escrupulosamente. Participó de esta vergüenza el Cabildo eclesiásti-



co de esta iglesia metropolitana, que apechugando todas las mentiras del virrey, publicó un edicto, usó en él el lenguaje de las pastorales y constituyó a los curas del arzobispado distribuidores de indultos en sus respectivas parroquias.

#### MUERTE DE AYALA

Vuelve a presentarse según el orden de los sucesos en la escena de la Historia D. Francisco Ayala, de quien hemos ya hablado, y se presenta, no para hundirse en la noche de los tiempos y confundirse en el olvido, sino para que su nombre se recuerde con gratitud y ternura por las generaciones venideras. Ayala acompañó al general Morelos cuando rompió el sitio de Cuautla. Hecha la reunión en Chautla de la Sal de todos los dispersos, dispuso Morelos que Matamoros se situase en la hacienda de Santa Clara, y que Ayala hiciera una correría por los pueblos de la cañada, y que, concluida, se reuniera a Matamoros. Efectivamente, luego que recibió la orden salió para su destino; pero en el camino le atacaron unas fuertes calenturas, y le precisaron a hacer cama, por lo que se quedó en la hacienda de Temilpan. Súpolo Matamoros, avisóle del gran peligro en que estaba en aquel punto, y le instó eficazmente a que se le reuniera; pero fuese por lo agravado que se sentía, o porque le impusiesen poco los españoles de la hacienda de San Gabriel, en cuyas inmediateces estaba, él no quiso moverse de Temilpan. A pocos días, y cuando menos lo esperaba, le avisaron que venía un cuerpo respetable de tropa por el camino, y al parecer se dirigía a la hacienda; que era cordura ponerse en salvo y no exponerse a una contingencia. Desechó Ayala la propuesta con arrogancia, diciendo que el que quisiese, que se marchase de los que le acompañaban, y que él tenía valor para aguardar al enemigo. Efectivamente le abandonaron, y sólo quedó con cuatro personas y sus dos hijos. Cuando supo que la tropa se acercaba, se vistió brevemente, cerró las puertas de la casa y por las ventanas comenzó a resistirse con brío, hasta que

se le acabó el último cartucho. Durante la acción tuvo el dolor de ver morir allí mismo a sus dos hijos, y a otros dos de los que le acompañaban, quedando únicamente en su auxilio un huérfano llamado Cerezo y un soldado. Viendo éstos que era terrible arrojo oponerse a la fuerza que se le había cargado, desampararon también a Ayala, y se fueron por la espalda de la casa, donde hallaron un caño amplio por donde pudieron salvarse sin ser vistos. Todavía no se acobardó Ayala viéndose solo, y continuó su defensa hasta consumir el último grano de pólvora; entonces le hicieron prisionero. Armijo marchó con él para el pueblo de San Juan, en las inmediaciones de Yautepec, donde le pasó por las armas, colocando su cabeza y la de sus hijos en los árboles de dicho pueblo.

El valor de Ayala bien merecerá nuestra admiración, pero no que le imitemos; fue temerario y pródigo de su vida; la expuso inútilmente cuando podía haberla reservado para tiempos y momentos en que hubiera sido útil a la nación. ¿Qué provecho vino a ésta de la muerte de tres hombres esforzados? Ninguno; perdiólos inútilmente. Armijo, que participaba de la ferocidad de los bajaes que lo mandaban, se cubrió de ignominia quitando la vida a un hombre cuya existencia tal vez serviría hoy día de trofeo de su valor magnánimo. ¡Desgraciado de él y de todos los que conocen el mérito de estas acciones heroicas y no hallan grandeza sino en la desolación y exterminio!<sup>26</sup>

Concluida la empresa de Cuautla, el Gobierno de México trató de ocupar la fuerza de Calleja en otros puntos, pues no le convenía conservarla en esta capital. Toluca aún se mantenía en absoluta incomunicación con ella, y las partidas del general D. Ignacio Rayón, aunque en cortas cantidades, estaban diseminadas en Sultepec, Sinantepec, Tlacotepec, Metepec, Tenango, Lerma, y aun cruzaban por los llanos de Salazar y monte de las Cruces. Por tanto, Venegas determinó mandar una expedición sobre esos puntos, que confió al

26 En 1831, Armijo corrió la misma suerte en Texca; su muerte fue oprobiosa

coronel de Tres Villas D. Joaquín del Castillo y Bustamante, persona de cuyas crueldades hemos hablado ya en una de las cartas anteriores, y después sólo daremos un retoque a su cuadro cuando hablemos de las que ejecutó en el ataque de Tenango. Púsose por tanto a su disposición una fuerza de mil y quinientos hombres escogidos, que vi salir por la calle de D. Juan Manuel la mañana del 18 de mayo, llevando además siete piezas de cañón y dos obuses.

Muchos celos causó entre los jefes militares ver honrado de este modo a un comerciante de mantas de Celaya, y aun se le compusieron varias coplas, que decían que no era lo mismo presentarse en la campaña que ajustar y medir una bretaña. Vaticináronle un mal éxito, y la experiencia lo comprobó presto. El capitán D. Juan Manuel Alcántara, de la división de Rayón, hombre campesino y desprovisto de ideas militares, estaba encargado de las cortaduras que se habían hecho en la calzada de Lerma, y en defensa de ellas tenía un piquete de noventa y tres hombres con ochenta fusiles, trece esmeriles de matar patos, de los mismos que sirvieron a los españoles en la conquista de México, que han venido a progenie in progeniem hasta nuestros días, y valen cien pesos, y cuatro cañones. Castillo Bustamante, según consta en su parte, inserto en la Gaceta número 246, de 18 de junio de 1812, habiendo acampado el 19 de mayo a las tres de la tarde en las alturas de Lerma, reconoció con una partida de su división las fortificaciones de los americanos; pero no vio con exactitud todas las cortaduras que había, y si las vio fue con vista no de ingeniero, sino de comerciante, que equivale a la de lechuzo. Dice que mandó arrojar un puente de vigas que llevaba hecho; y aunque para este acto protegió a sus zapadores con el fuego de su artillería, y a merced de él logró con sus granaderos penetrar hasta el primer parapeto, no contó con que había otros dos que superar, y he aquí que colocados los insurgentes en los puntos opuestos y a mampuesto, reducida la tropa española a diez o doce varas de estrecho, jugaron impunemente sus pequeños cañones a metralla y sus mosquetes, y mataron e hicieron estragos, como es de considerar, a quien en tal posición osó atacarlos en co-

lumna cerrada. En la Gaceta número 248 se nos presenta el resumen de pérdida que Bustamante tuvo en esta acción, en la que da por muertos veinticuatro: heridos, setenta y uno: contusos, trece: total, ciento ocho. Esto es una falsedad, pues a pesar de las precauciones que el virrey tomó para ocultar el ingreso de heridos en el hospital de San Andrés, vimos entrar de noche varios tapexilis, y que no pocos murieron. Un sobrino del general de artillería Tornos perdió un brazo, y aun el mismo Bustamante sacó una contusión en la cabeza y otra en el costado. ¡Tentado estoy de suspirar como aquel hijastro que, según un poeta romano, se lamentaba de que sólo hubiese roto la cabeza a su madrastra una pedrada que por error la hirió, habiéndosela tirado a un perro! Castillo Bustamante nos hizo mucho daño, y le habría estado muy bien morir, aunque se fuese al cielo. Fácil cosa le será a usted entender la satisfacción que tendría de este acontecimiento el general Calleja, y cómo se confirmaría en el concepto de que él sólo había nacido para los insurgentes, así como Cervantes se gloriaba de que sólo a él estaba reservada la empresa de escribir las glorias del hidalgo de la Mancha. Díjose en esta ciudad que la acción la había dado el Dr. D. Francisco Velasco de la Vara, canónigo que fue de la Colegiata de Guadalupe, y de quien es justo demos ahora alguna noticia. Este joven tenía sus enemigos que le acechaban, y algunos de bolillos azules que le amasaban un bollo; aunque él había procurado amistar más de lo que debiera con el segundo de estos señorones; y para no entrar en relaciones con ellos (que siempre eran pesadas), resolvió pasarse al partido de la revolución. Dio, pues, en buen tiempo el volido: llevó consigo una gran porción de medallas de Nuestra Señora de Guadalupe de todos metales, que distribuyó a los insurgentes; ni era necesario más para que lo recibieran en las palmas de las manos. Lleno de brío, a par que de loca ambición, comenzó él a soltarle sus pitipiezas al virrey Venegas y al canónigo Beristáin, las cuales pasaron prontamente como cuerpos de delito a la Junta de Seguridad; tal vez el agente de Bataller habrá hecho uso de ellas en la historia jurídicofarisaica que ha escrito de nuestra revolución. Ni paró

en eso, sino que procuró distinguirse en la carrera de las armas. Estaba Velasco próximo al punto de la acción de Lerma con cincuenta hombres que llevó de socorro, aunque no en el sitio del ataque cuando ocurrió; pero solicitó del general Rayón que en el periódico que se publicaba en Sultepec se le pusiese como comandante de ella. Rayón le dijo que no era posible, pues la había dado Alcántara, y se ofendería de ello; no obstante, se le tentó la ropa para ver si convenía en esto, y cedió muy gustoso de su derecho, dándosele, como se le dieron, dos buenos caballos: tan sensible así era a la gloria militar y al gozo de humillar a Castillo Bustamante, pues la cedió por dos bestias briosas y de buena andadura. Heme aquí repente factus al Dr. Velasco, campeón guerrero, y trocada la almucia canonical por un machete con empuñadura de cuerno. Esto es lo que hay de cierto, y no lo es menos que le habría estado mejor que se hubiera quedado salmeando en su coro, antes que presentarse entre las filas de nuestros ejércitos; nada hizo en la revolución sino llenar de pesares a los jefes y desacreditarla; la serie de la historia ofrecerá pasajes que comprobarán esta verdad, y que quizá sus deudos o amigos atribuirán a odio a su persona, de que estoy muy distante.

Dejemos a Castillo Bustamante reforzándose con el batallón de Lobera y de otros cuerpos con más artillería y mucho parque para reponerse de la pérdida de Lerma y vengarse en la toma del cerro de Tenango, y vamos a examinar lo que pasaba en Huajuapán, sitiada por Régules contra trescientos cincuenta americanos que se habían encerrado allí al mando del coronel D. Valerio Trujano. Para dar la primera pincelada a este cuadro debería yo invocar el auxilio de alguna divinidad, como lo hacen los poetas cuando cantan la gloria de los héroes... ¡Ah! La pobreza de mi pluma me hace decir enternecido con Vargas y Ponce en elogio de Alfonso el Sabio: ¡Duélome que el desentono de mi lira no me dé lugar en tan ilustre coro! Sí, Trujano es digno de la trompa de Homero, o de la lira de Virgilio, pues sus hechos hazañosos deben ser asunto de un poema heroico.

## SITIO DE HUAJUAPAN

De resultas de la retirada de D. Miguel Bravo del pueblo de Yanhuitlán para auxiliar a Morelos en Cuautla Amilpas, se quedó el coronel D. Valerio Trujano en la Mixteca, haciendo correrías sobre Régules, que infestaba aquella provincia. Después de varios reencontros en que triunfó el valor y astucia de Trujano, reconcentró su división, y con ella se entró en Huajuapan. Habíase levantado entre muchos menguados criollos protectores de la tiranía el mayorazgo D. Manuel Guenduláin, y con los negros de su trapiche y cien hombres que sacó de Oaxaca, de orden del jefe de brigada Bonavía se propuso marchar a atacarlo a aquel punto. Súpolo en tiempo Trujano, y poniéndole una emboscada en el camino le salió al encuentro: hizo prisionera a su gente en gran parte, mató al mismo Guenduláin, y le tomó todo su armamento. Este hecho inesperado aterró a Bonavía, y resolvió sitiar a Huajuapan.

No estaba bien con el comandante Régules; y sea por humillar su orgullo, o vengarse de resentimientos personales, hizo venir al teniente coronel D. Francisco Caldelas, de Ometepec, con cuatrocientos negros y mulatos de la costa. Hallábase reunida en Yanhuitlán una división llamada eclesiástica, compuesta de clérigos, frailes y artesanos, que hizo levantar el obispo Bergosa, como otras veces hemos dicho, y con esta fuerza y mil ciento hombres de todas armas que tenía Régules, catorce cañones y mucho parque, se decidió a plantear el sitio. Antes de salir de Yanhuitlán cometió un exceso digno de los Nerones y Calígulas. Por temores, sospechas, o por lo que se quiera, mandó amarrar a veintitantos indios miserables por detrás; situólos bajo de la horca de la plaza del pueblo, y les hizo cortar las orejas; comenzaron a manar sangre espantosamente, y en esta actitud al resistidero del sol los tuvo desde la siete de la mañana hasta las seis de la tarde, que los hizo retirar; muchos de éstos murieron a poco, y los que han quedado dan testimonio de esta atrocidad, presentándose desorejados. ¡Americanos divididos!... Fijad vuestra atención en este hecho

verdadero que os presento, y sabed que esta y más infausta suerte se os aguarda si por vuestras pasiones vergonzosas fueseis algún día subyugados por los españoles o por algún tirano.

El domingo 5 de abril de 1812 se presentó Régules sobre Huajuapán; como ese día es de feria, al acercarse el ejército español, Trujano tomó las salidas de la villa y no permitió escapar a ningún indio para tener en ellos otros tantos auxiliares y zapadores; medida de previsión que le fue de grande utilidad.

Antes de formar el sitio Régules, trató de incendiar lo más de la villa, pero lo impidió Trujano, atacándolo de modo que lo obligó a desistir de la empresa, y sólo dio fuego a algunas casquillas que estaban de la parte de afuera. Trazóse el sitio de este modo: Régules colocó su cuartel general en una loma que está por el rumbo del Oriente a tiro de cañón de la villa. Caldelas campó por el del Norte, situándose en el Calvario, que es punto dominante y elevado. Su inmoral tropa profanó aquel lugar: las vestiduras sagradas se aplicaron a camisas de las rameras, y aquel pequeño templo pasó a ser el más infame lupanar. Al Poniente se situó el capitán D. Gabriel de Esperón, hacendado rico que hizo en aquellos lugares el mismo papel que en Chautla de la Sal el famoso Musitu. Al Sur se colocó el capitán D. Juan de la Vega; hízose la circunvalación con zanjas, en cuyo derredor se situaron centinelas que cruzaban de vuelta encontrada, situando la artillería en los puntos que más enfilaban al lugar. Al quinto día se rompió el fuego con todas las armas, y Trujano no podía contestar a la artillería porque carecía de ella. Con canales de azoteas fingió unos cuantos cañones que apostó en determinados puntos figurando unas baterías. Al darles fuego hacía disparar una cámara gruesa por detrás, y por el mismo lugar salían algunos tiros de fusil; así sostuvo la ilusión, hasta que tomándose unas campanas de la villa, fundió con ellas tres buenos cañones a la vista de Régules, pues situó la fundición enfrente de su campo, siendo éste testigo de ella, y sin poderla impedir a pesar de las muchas balas que le lanzaba. Trujano hizo además reunir del río inmediato a la villa muchas piedras lisas, que suplen por balas, y con

ellas disparaban sus honderos a los enemigos que se acercaban. De las mismas se valía para metralla de sus cañones, luego que los tuvo en disposición de obrar, revolviéndole a Régules cuantas balas recogía en su campo. Esta metralla nueva hacía horribles estragos porque se multiplicaba en muchas fracciones al salir del cañón, recibiendo la impresión del aire frío, que se equilibraba con el calor del fuego; así obran su terrible estrago las balas de mármol que usan los turcos en los Dardanelos de Constantinopla.

Cuando yo estuve en Huajuapán en el año de 1813 tomé informes muy exactos de los ataques que sufrió esta villa, cuya relación formé allí mismo, e inserté en la historia que entonces escribía, y que, como he dicho otra vez, entregué a los guardias marinas del bergantín *Castor*, inglés, donde fui preso en el momento de zarpar para Nueva Orleáns el 12 de agosto 1817. Allí detallo las acciones de ataques generales dadas por Régules; hago memoria de que fueron quince, pues se le reforzó de Oaxaca con doscientos infantes y dos cañones: en todos fue constante y heroicamente rechazado Regules, a pesar de que se valió de cuantos medios pudo para imponer, suponiendo que le entraban con frecuencia nuevos refuerzos. De todas estas artimañas se burló siempre Trujano, aunque se vio bien apurado, principalmente en el ataque en que logró el enemigo penetrar por el edificio de la colecturía de diezmos horadando una porción de casas para ello. En una de estas acciones murió, contra toda su voluntad, Fr. Manuel Ocaranza, fraile agustino, insurgente de corazón; no era de los mismos principios el dominico Soto (que otros llaman Rivera), español artillero, que conducía un cañón, y lo mató el indio de Noyó, excelente cazador, de quien otra vez he hablado en *La Avispa de Chilpancingo*, y de quien haré después honrosa mención.

Trujano habría tenido que romper la línea como Morelos en Cuautla, a no haberle cogido provisto de víveres. Afortunadamente estaban allí depositadas las semillas, piloncillo, carne de chivato y otros artículos pertenecientes a los diezmatorios y que los colectores no habían cuidado de remitir a los canónigos, por lo que echó mano



de ellos para mantenerse; sin embargo, ya le escaseaban cuando fue socorrido, pero ninguno conocía su necesidad. Este hombre, nacido para la economía militar, conservaba consigo las llaves de las bodegas, y por su propia mano suministraba a su división lo que necesitaba de víveres y municiones, y así es que nadie sabía si le abundaban o escaseaban, por lo que su tropa conservaba el brío necesario. Sin embargo, él había solicitado auxilios del coronel Sánchez, de Tehuacán, y del mismo Morelos, que se hallaba en Chilapa; era muy difícil penetrar por en medio de los enemigos para llegar al punto de socorro; no obstante, lo desempeñaron muy bien sus amados indios. Otra vez dije que el de Noyó, excelente tirador, aquel que cuando mató al padre dominico le respondió con donaire a Trujano, que en burla le dijo: “Ya estás excomulgado”, y le respondió: “Yo tiré el escopetazo y nuestro Señor Jesucristo mandó la bala...”, ese mismo salió por la línea envuelto en zaleas, sin acobardarse con un culatazo que le dio un centinela de noche, creyéndolo marrano, y pudo llegar hasta Chilapa.<sup>27</sup> Sánchez y Tapia se propusieron auxiliar a Trujano, pero el 17 de mayo fueron atacados por Caldelas en el pueblo de Chilapilla, quien les tomó los víveres, algunos cañones, armas y caballos, pues caminaban en desorden, y una fuerte lluvia les había inutilizado el armamento. Hualjuapan en su sitio presentaba el cuadro de un pueblo que ora, pero al mismo tiempo trabaja según aquel adagio español que dice: “A Dios rogando y con el mazo dando.” Frecuentemente se reunía aquel vecindario en la parroquia a rezar y entonar cánticos fervorosamente, implorando el auxilio del Señor de los ejércitos que es *adjutor in tribulationibus*: derramaban muchas lágrimas, y pedían sin intermisión el favor del que conocía la rectitud de sus intenciones y de la justicia de la causa que defendían. Trujano y los suyos levantaban el corazón a Dios, y al mismo tiempo vibraban la espada contra sus enemigos, llenándolos de confusión, pues Régules se mostraba atónito. Venérase

27 Al llegar a un cerro inmediato arrojó al aire dos cohetes, señal de que había salido felizmente.

en Huajuapán una imagen de Jesucristo crucificado con la advocación del Señor de los Corazones, a quien se le hizo una novena con asistencia de toda la guarnición; mas en el último día de ella, he aquí la plausible noticia de que Morelos estaba en camino con el socorro, noticia traída por el citado indio de Noyó. En un momento iluminaron toda la villa, y aun muchos árboles de ella, con candiles de sebo y lamparilla que abundaban en las bodegas de las matanzas de chivos. Régules se sorprende con aquel espectáculo, cuya causa ignora, no menos que con las salvas y repiques: sin embargo, entiende al fin la causa, y trata de levantar el sitio; convoca a una junta de guerra, y Caldelas se le opone y aun lo insulta en ella, tratándolo de cobarde: por un principio de pundonor se queda en su campo, y se decide a morir.

D. Miguel Bravo se reunió con Tapia y Sánchez en las inmediaciones de Huajuapán, separándose del camino para tomar la izquierda de la villa. Morelos tomó el frente; Galeana y D. Víctor Bravo, el costado derecho. Un día antes de la llegada del trozo grande de auxilio, salió Caldelas a atacar a D. Miguel Bravo, que lo conducía, el cual perdió en la acción dos cañones, y se retiró tomando posición militar. Al día siguiente avanzó a la villa y llegó al mismo tiempo que la división de Morelos. Serían las cuatro de la tarde del jueves 23 de julio (1812) cuando se presentó Morelos trayendo más de mil indios de honda y flecha, reunidos en Tlapa y Chautla para abultar.

Quería dar el ataque al día siguiente, pero Galeana se opuso; en esta sazón, y comenzando ya a descargar las mulas de equipaje, oyeron tiroteo, y Galeana le dijo: “Señor, están atacando a Trujano, y este hombre no tiene más parque que en su cartucheras; vamos a auxiliarlo.” Mandósele, pues, que se dirigiese sobre Caldelas, pues conoció Morelos que sus negros no podían ser vencidos sino por los de Galeana; allí se realizó el plan de ataque que Morelos anticipadamente hizo en Chila, donde distribuyó la fuerza en cuatro trozos. Galeana se entraba con confianza con su escolta sobre el pueblo; ignoraba que el enemigo se ocultaba detrás del foso de su campo; pero Trujano se le presenta y le hace ver que iba a una muerte cierta: no bien dijo esto

cuando dispararon un cañonazo sobre Galeana; entonces echó pie a tierra; Trujano voló a la plaza e hizo repicar las campanas, reunió su tropa y marchó sobre Regules al tiempo que Galeana al campo de Caldelas, a quien atacó bruscamente. Viéndose éste derrotado, salió en demanda de Regules con una pistola en la mano para matarlo, porque decía que lo había comprometido: entonces se encontró con D. Juan José Galeana, el padre capellán, D. Vicente Guerrero y diez hombres. Un lancero llamado Sabino, que después murió en Xonacatlán, lo atravesó, y murió gritando ¡viva España! sin intermisión, a pesar de que se le ofrecía la vida. Don Miguel Bravo se aprovechó por la izquierda de las ventajas de Galeana sobre Caldelas, cargó recio sobre el campo de Esperón y recobró sus cañones. Cuando la indiada de Morelos, que estaba situada a retaguardia en las alturas inmediatas, vio esto, cargó al enemigo, y se ocupó de recoger prisioneros y armas. Luego que Trujano salió del sitio atacó a sus enemigos de frente, llamándoles la atención ínterin que la tropa auxiliar lo hacía a retaguardia, y he aquí el modo más sencillo de tomarlos a dos fuegos. Cuando los vio derrotados, se empeñó en el alcance, en cuya operación duró toda la noche, pasando más allá del pueblo de Yanhuitlán, y no dio cuartel a nadie. Régules y Esperón se pusieron en fuga a todo escape, y en la fuerza de la carrera dio Régules contra la rama de un árbol, por lo que cayó a tierra y el caballo continuó corriendo; él se quedó echando sangre por la boca; librólo un soldado suyo que venía inmediato, colocándolo a las ancas de su caballo. Llegó a Yanhuitlán harto mal parado, y cedió el mando al canónigo comandante San Martín, que estaba en aquel pueblo; pero la tropa destacada allí comenzó a fugarse en términos de ser necesario que los oficiales hiciesen la guardia tomando el fusil. Celebróse una junta de guerra, obligándosele a Régules a que asistiese a ella. Acordóse en la misma conducir a Oaxaca sesenta heridos que había allí en tapextlis, y se ofreció dar libertad a cien hombres presos en aquella cárcel como los condujesen; así lo hicieron fundados en esta esperanza; pero apenas llegaron a Oaxaca cuando se opuso al cumplimiento de la promesa el

asesor ordinario, teniente letrado D. Antonio Marín Izquierdo. Esta conducta llenó de escándalo al público; pero era muy conforme con los principios de aquel magistrado español ignorante, el cual mandó pasar a cuchillo a trescientos prisioneros que había en las cárceles el día de la entrada de Morelos en Oaxaca, y por lo horrible de la acción no fue obedecido, tomando él la fuga para Guatemala. Una partida de Morelos entró a poco en Yanhuitlán y se tomó gran cantidad de parque del que se elaboraba allí ya encartuchado, más de doscientos fusiles, cantidad de ropa y semillas; aquel pueblo era el centro de las provisiones militares de la Mixteca. Asimismo se tomaron dieciséis cañones, que en lo pronto procuraron inutilizar; y se sacó de un pozo una buena culebrina.

Trujano se presentó al día siguiente de la acción y exhortó cuanto pudo al general Morelos a que sacase el fruto posible de la victoria, avanzando sobre Oaxaca, que no tenía fuerza ninguna. Morelos no quiso, pues tenía que arreglar en Tehuacán varias divisiones que estaban desordenadas en el Norte; si tal hubiera hecho, la toma sin disparar un fusil.

#### ENTRA MORELOS EN TEHUACÁN

El botín de Huajuapán fue grandísimo: pasaron de mil fusiles los tomados allí, catorce cañones, mucho parque, no poca caballada y poco dinero. Pasaron de cuatrocientos cadáveres los que se sepultaron en la plaza, y de trescientos los prisioneros que marcharon en cuerda para Zacatula; apenas llegaron a veinticinco hombres los que volvieron a Oaxaca, y no llegarían a doce los oficiales mixtecos que regresaron a sus casas; gracias a que conocían los caminos y encrucijadas. Los demás murieron en el alcance y quedaron insepultos. Morelos estuvo allí catorce días, y al cabo de ellos marchó para Tehuacán de las Granadas, donde entró el 10 de agosto (1812) con más de dos mil quinientos fusiles. Durante su estada en Huajuapán se impuso de

todo lo ocurrido en el sitio e hizo coronel a Trujano del cuerpo que mandaba, llamándole regimiento de San Lorenzo, porque había sido fogueado por todas partes. Trujano ha dejado a la posteridad un bello argumento de constancia, valor y astucia, así como de piedad cristiana. No hago memoria de algunos de sus dignos compañeros, y sólo me acuerdo del coronel D. José Herrera, llamado Chepito Herrera, que se distinguió extraordinariamente. Este famoso sitio duró ciento once días, y en ellos desarrolló el valor todos sus recursos. ¡Quiera Dios que, al mirar los viajeros las ruinas de Huajuapán, paguen como yo un tributo de lágrimas a sus héroes, y que conozcan que ellas son un vestigio del gran precio con que compramos la libertad que ya gozamos, pero que no saben apreciar dignamente los que la turban con pretensiones desmedidas!

La derrota de Régules en Huajuapán debió haber mudado la suerte de la nación si el general Morelos hubiera sabido aprovecharse de las ventajas que le proporcionaba. Hubiérase apoderado de Oaxaca sin disparar un tiro, y de consiguiente de las riquezas que contenía en su seno aquella bella y comerciante ciudad, sin necesidad de recurrir al saqueo, como lo hicieron sus tropas victoriosas en el día de su entrada. Los españoles no se habrían repuesto, y la marcha de las cosas habría sido tan rápida como conveniente a la mayor prosperidad de la nación.

Retirado Régules a Oaxaca, y conocido el peligro por aquellos mandarines, activaron sus órdenes en términos de reponer en cuatro meses dos mil hombres, contribuyendo en gran parte el obispo con sus peregrinas pastorales, no menos que con su dinero para comprar armas. Mucho habría dado en que entender a Morelos esta fuerza si se hubiera puesto al mando de otro jefe que no fuera Régules, hombre bárbaro y sanguinario, a par que cobarde, pues jamás se le vio una acción de talento y nombradía que lo acreditase de valiente. Durante el sitio de Huajuapán fusiló a sangre fría a más de sesenta personas de todas clases, de las que pilló en las inmediaciones de su campo, y que, según su criterio particular, eran insurgentes. La marcha de Morelos

a Tehuacán fue con el objeto de arreglar varias divisiones, como diré, del Norte que estaban desarregladas, y cuyo territorio estaba en la demarcación de su mando, según la distribución hecha por la Junta de Zitácuaro; esta empresa era muy difícil, pues para acabarla cumplidamente hubiera sido preciso comenzar ahorcando a los primeros jefes, hombres escandalosos, inmorales, ladrones y enemigos de todo orden y buena disciplina.

Llegado Morelos a Tehuacán, será bueno dejarlo en aquella ciudad de indios y seguirle los pasos a Castillo Bustamante, que se ocupaba entonces en hacer lo mismo con los americanos situados en el pueblo y cerro de Tenango.

El general Rayón pudo haber consumado la obra de destrucción de Castillo Bustamante, comenzada en el ataque y derrota que sufrió en la calzada de Lerma; pero temió a la disciplina de los derrotados. En semejantes casos nunca debe contarse con el soldado que obedece, sino con el jefe que lo manda. Bien había mostrado su impericia Bustamante, y así era preciso multiplicarle los golpes antes de que se rehiciese, como se verificó en ruina de Rayón, contando con la victoria segura, pues el soldado vencido no es hombre, sino una máquina desconcertada por el pavor. Así se lo hizo entender el célebre cura de Nopala D. José Manuel Correa, que se ofreció a hostilizar a Bustamante con la regular división que tenía a su mando, y con que en aquella sazón se había venido a agregar al ejército de Rayón. Mas ya que mentamos a dicho párroco, y toca principalmente a un cuadro histórico hablar de hombres de tan buen temple como éste, nos vemos en el caso de dar idea de su mérito, puesto que se adquirió una justa celebridad entre los primeros campeones de nuestra revolución, así como lo hemos hecho con D. Francisco Ayala. Nada de lo que yo diga saldrá de mi cabeza, y todo lo tomaré casi literalmente del manifiesto que he visto de este eclesiástico veraz. Harélo en la siguiente carta.

## CARTA CUARTA

### SUCESOS MILITARES DEL GENERAL D. JOSÉ MARÍA CORREA, CURA DE NOPALA

**A**preciable amigo:

En 12 de noviembre de 1810 —dice Correa— se descolgaron sobre mi pueblo los genios del mal, Cruz y Trujillo: mi adhesión al sistema no dejó de traslucirse, por lo que me vi condenado a ser pasado por las armas, sin embargo de que no me comprobaban delito alguno. Mandáronme con cartas al virrey Venegas, quien me remitió al arzobispo Lizana, y éste me privó de mi beneficio. Sucedióle el Cabildo en el gobierno por su muerte, y siguiendo sus máximas, o sea venerando sus caprichos, me obligó a poner coadjutor sin oírme, y me condenó a la miseria.

A pocos días volé a mi curato, y vi que mi coadjutor se había ausentado; me presenté al comandante don J. Antonio Andrade, que venía como fiera rabiosa a asolar a Nopala; le hice algunos obsequios, agasajándolo como a un príncipe, y le franqueé víveres; así es que entró de paz y sin estrépito; pero como este tigre<sup>28</sup> sólo se alimentaba con sangre, salió a hacer una correría por los cerros de aquel lugar, y después de confiscar los pocos bienes de los infelices indios, condujo a mi casa cural una cuerda de dieciocho inditos pastores y leñeros (entre ellos dos jovencitos españoles muy honrados). Entró lleno de triunfo y algazara, montado en ira y rebosando orgullo, gritando a grandes voces: “¡Mueran, muera estos traidores insurgentes!” Al momento salí a defenderlos en consorcio de los más dignos vecinos del pueblo; interpusé mis respetos, alegué, me anonadé, gemí..., mas

<sup>28</sup> Esta exposición es literal del manifiesto; no se crea que la ha inventado el historiador. Está llena de dignidad y fuego que caracterizaba a este excelente párroco y buen patriota.

no pude evitar aquel horrendo sacrificio. El zaguán de mi casa fue la ruenta ara en que aquellos Abeles derramaron su inocente sangre. ¡Ah, qué horror! Su candor, su modestia, sus ayes lastimosos, sus miembros destrozados, sus corazones palpitantes, su humeante sangre, ¡tantas víctimas! He aquí el instante de mi inauguración en el campo de Marte. No era yo un hombre, sino una leona a quien han robado sus cachorros. Aquella sangre vilmente derramada clamaba a mi oído con acento agudo incesante; juré por el Ser que existe antes del tiempo, vengarla... Abandoné la oliva del santuario, y empuñé la espada del cielo.

Andrade, habiendo inmolado los corderos, lió sobre el pastor, y decretó mi muerte; mas un aviso oportuno hizo que me fugase a los bosques, donde encontré a un capitán de América llamado D. Andrés del Pino, en el sitio de Nayí, quien como a las nueve de la noche recibió orden de D. Miguel Arriaga, comandante de una división de cuatrocientos hombres, en que le ordenaba pasase a recibir las mías.

Arriaga, que me conocía, mandó formar la tropa de su mando y me proclamó su comandante, haciendo que en el acto se me reconociese con esta investidura. Fueron en vano mis humildes y tenaces súplicas y excusas. Por último, acepté contra mi voluntad y mandé hacer alto ínterin ponía un oficio a Chito Villagrán, dándole parte de lo acaecido y pidiéndole me auxiliase con su división, que constaba de cien dragones y sesenta infantes. No se detuvo un instante este joven: marchó en el momento, y se puso a mis órdenes; le previne se pusiese en movimiento combinado, y resolvió atacar a Andrade, que se hallaba en mi curato desconsolado y furioso por no haber logrado la presa; pero en breve lo consolé presentándome a su vista con seis carabineros haciéndole fuego, al que contestó con el de un cañón, echándome encima toda su caballería. En este acto puse en dispersión mi nascente grupo, y a fuego vivo le impuse respeto, y saliendo en retirada hasta la Venta Hermosa, donde nos esperaba mi división. Esta, pues, se presentó tan bizarra que intimidó a Andrade, que se gloriaba de envolver cinco mil hombres o cabras (así llamaba



a sus paisanos los americanos) con quince de los suyos. Hizo, pues, formaciones, evolucionó, se me fue encima creyendo intimidarme; pero yo le recibí con firmeza y desprecio: salí al encuentro, y en el primer choque le maté un oficial y seis infantes, cuyo golpe le intimidó en términos que se vio obligado a colocarse tras de unas cercas y un arroyo, y después de un vivo fuego de más de cuatro horas observó que le cerraba por los flancos e impedía la retirada. Al instante, cobardemente corrió cubierto de ignominia a merced de la noche, dejando el campo lleno de heridos y cadáveres, y para mí enriquecido de despojos. Esta victoria fue a 26 de septiembre de 1811.

Andrade diría: ¿cómo este hipócrita párroco a quien hace diez días vi postrado y cosido en el polvo, cubierto de lágrimas y elevando sus manos hacia mí, ahora me derrota y confunde? ¿De dónde ha cambiado por la estola del santuario la banda de general, y el humo del incensario por el del cañón? ¿Cómo ha reunido esta tropa? ¿Cómo la ha equipado? Etcétera.

Voló la fama de este acontecimiento, y los plácemes y vivas que me tributaban mis compatriotas compensaban superabundantemente mis fatigas, especialmente cuando recibí el despacho de brigadier y comandante en jefe de Huichapan y Xilotepec, por la Junta de Zitácuaro.

En desempeño de mis deberes marché a la villa del Carbón, donde se hallaba el coronel D. Antonio Columna aniquilando aquellos pueblos; le presenté batalla, pero tan enérgica, que llegué, vi y vencí, estrechándolo a una violenta fuga, en que perdió el honor y después la vida (de una fiebre).

Concluida esta acción marché para el puesto de Calpulalpan, en donde atacué un convoy, no llevando más de doscientos hombres, y siendo la tropa que lo custodiaba más de mil quinientos de todas armas, fuera de arrieros y traficantes; los puse en dispersión quitando más de quinientos tercios de abarrote, azúcares, ropa, etc. Mis reclutas alanceaban a los chaquetas con más denuedo y coraje que Don Quijote las manadas de carneros.

Con el botín comencé a uniformar mi división: la aumenté hasta el número de quinientos soldados, que despaché para Cadereita a atacar a Sierra y Torrecuadra, que se hallaban arrasando aquella villa y pueblos inmediatos, deteniéndome con sólo cincuenta hombres en Nopala para combinar mis planes y poner en salvo el armamento quitado al enemigo.

En 2 de noviembre de 1811, a pesar de que Andrade, reunido con el teniente coronel Castro y Michelena, me opusieron una fuerza de mil quinientos soldados de línea, impuse respeto con aquel puñado de hombres que me acompañaban; salí en retirada para mi destino dejando burladas sus tres divisiones que penetraron hasta Huichapan, desde donde pusieron el ridículo parte al Gobierno de México de que me habían matado el caballo y quebrado una pierna, quedando muertos en el campo más de quinientos de mi división, y que el infame Correa no volvería jamás a presentarse ante sus huestes vencedoras, y que aun sería difícil sobreviviera a sus heridas e infortunio; pero el mutilado Correa el 11 del citado noviembre presentó (según el parte de Sierra y Torrecuadra) veinte mil hombres en la acción que gané ese día, y sólo eran quinientos con tres cañoncitos, aunque el parte asegura que batí con cuatro, y dos culebrinas. El miedo multiplica los objetos y hace ver prodigiosos fantasmas a los azorados.

Al regresar de Cadereita en fines de noviembre citado, atacué el convoy por segunda vez, y matando alguna tropa y oficiales que custodiaban un coche de lujo (que denotaba ser tal vez del comandante, según lo guardaban), lo avancé a lanza y bayoneta; pero estaba vacío, porque quien lo ocupaba era el señor obispo de Guadajara, Ruiz Cabanas, quien huyó por entre el monte creyéndose perdido. La noticia alborotó a mi grupo, y llenos de entusiasmo mis oficiales me pedían les permitiera seguir el alcance a aquel prelado... “¡Buena presa, buena presa! —me decían—. Son rehenes preciosos, y por su rescate nos darán muchas sumas.” Necesité de toda mi firmeza para sosegarlos e impedir que aprehendieran a dicho prelado. Si lo hubiera retenido o hecho retroceder a México, acaso habría yo hecho un gran

servicio a la causa de la revolución. Algo me valió la acción, pues logré algunos despojos y los caballos y monturas de los oficiales... Del lobo, un pelo.

La noticia llegó en breve a México, y como en el arzobispado me tenían presente, se me fulminó un anatema en todos los pulpitos de la capital y fijó excomunión vitanda en tablillas de todos los templos de la diócesis. Cuando lo supe me mantuve con la tranquilidad que no tuvo Don Quijote cuando acometió la aventura del muerto, y supo que el Br. Alonso Pérez era persona de iglesia y estaba malparado bajo su mula. El hidalgo echó la culpa a su lanzón; yo siempre tuve por inocente a mi espada.

Partí para Zitácuaro a auxiliar a la Junta a tiempo que Calleja iba a atacar aquella villa: me avisté con aquel tigre en los llanos de San Felipe del Obraje el 14 de diciembre; destaqué una partida de veinticinco dragones, y aunque se empeñó en provocarle reiteradamente, no se atrevió a disparar un tiro, pero puso un parte a Venegas, diciéndole que Correa pasaba para Zitácuatro con más de mil hombres, no llevando más de trescientos.

En 22 de diciembre llegué a Zitácuaro, y me mantuve en esta plaza hasta principios de enero de 1812, que nos atacó Calleja sin poder resistirle mucho tiempo por la gran ventaja de sus posiciones, y porque su artillería era muy superior a la nuestra. Fue precisa la retirada, que se verificó sin orden. Yo me mantuve firme en el centro, cercado de peligros, sosteniéndola en la salida de Santa María, hasta que en la plaza no quedó un soldado. Salvé más de quinientos individuos, llevándoles por delante del mismo Calleja. Este hecho es notorio, y casi existen todos los que disfrutaron de este beneficio.

Mi anhelo era proteger a la Junta, único apoyo de nuestras esperanzas. Esta corporación fijó el carácter de nuestra revolución en la Europa, que hasta entonces había tenido el de un tumulto o sedición. Seguí su retirada, haciendo alto cuatro días en Tiquicheo, donde la reuní y conduje hasta Tlalchapan, y quedando bien resguardada con escolta y municiones, regresé a mi provincia con solos die-

ciséis hombres, pues los restantes habían salido a expedicionar con D. Ramón Rayón, de orden de su hermano el general. Llegué por último a Nopala, a principios de febrero; reuní mi división, animé a los subalternos con una proclama a que se me reuniesen a sostener nuestro Congreso, logrando por este medio sofocar la disidencia, que ya comenzaba a sacar la cara. Esto era consecuencia de las desgracias, pues ni aun en los matrimonios hay paz cuando las desdichas aquejan a los consortes. Llegué, pues, sin armas ni pertrecho, porque todo fue presa del vencedor en Zitácuaro, y era de necesidad absoluta, por lo que a costa de mil afanes planté una fábrica de cañones. Esta empresa ha sido una de las más afanosas de mi vida, pues se me presentaron dificultades insuperables, pero la necesidad es la madre de todas las artes que el tiempo perfecciona.

Cuando estaba más afanado en mi fundición fui asaltado por el comandante español Ondarza, en la madrugada del 5 de marzo de 1812. Condújolo a mi posada un vil asistente mío, prisionero hecho en San Juan del Río: cercáronla completamente los enemigos a tiempo que yo me incorporaba en la cama: rompen el fuego por los cuatro costados sin dejarme retirada, y he aquí un lance bien apurado: era preciso vender cara la vida, ya que se trataba de perderla. Salto de la cama, tomo un fusil, rompo la línea y me pongo a salvo; penetran en la casa, y no hallándome en ella, lavan sus inicuas manos con la sangre de seis inocentes paisanos y prenden fuego a la casa, ¡valiente hazaña!, pero dentro de dos horas Ondarza tiene que huir de mi división a gran prisa, y que llevar el turbante del moro que se le fue. Mi tropa, entusiasmada por mi escape, dio un banquete, hubo brindis, abrazos, bombas y juramentos de vencer o morir a mi lado; esto compensaba los trabajos y peligros pasados. Llegó el deseado momento en que monté y probé dos cañones de a cuatro, y dos pedreros; fue el 20 de abril, día en que recibí un oficio del general Rayón en que ordenaba me acercase a Zinacantepec con la división de mi mando. Marché, pues, con setecientos hombres y mi artillería. No asistí al ataque que se dio en Toluca por falta de tiempo, pero sí me

hallé pronto a auxiliar en el de Lerma, y después en el de Tenango, en donde acredité valor y patriotismo. Rechazado varias veces Castillo Bustamante, lleno de rabia y desesperación por la pérdida de muchos oficiales y soldados, hasta reducirlo al último conflicto, pudo haber sido totalmente destruido cuando le seguían nuestras tropas; mas entonces se recibió orden del general Rayón para que nos retiráramos a Tenango. Esta retirada me costó un agudo y peligroso dolor espasmódico que me puso a las puertas de la eternidad, proveniente de la cólera que me agitaba, viendo perdida la acción más favorable de dar un golpe maestro al Gobierno español, y renovada la imprudencia de Aníbal cuando por no perseguir en su derrota a los romanos se enlazaron los sucesos, y fue víctima de este descuido militar. No me faltó ocasión, ni tropa, ni conocimientos; pero era necesario ser insubordinado, y primero debe perderse el mundo todo que en un ápice falte a la obediencia de sus jefes el que es soldado y ha renunciado de su voluntad.<sup>29</sup>

En 3 de junio llegamos a Tenango, y a pesar de mi quebrantada salud se me encomendó el importante punto del Veladero; mas mi división se puso bajo de mando ajeno, sin comunicárseme el motivo: sólo se me dejaron noventa granaderos y tres cañones, con los que rechacé al enemigo cuatro días consecutivos, y aunque acometido día y noche, no se me dio auxilio.

En 6 de dicho mes, a las cuatro de la mañana, asaltaron los españoles los fosos y plaza de Tenango, por un sumo descuido del comandante de ella, y pretendieron hacer otro tanto en el punto del Veladero; pero los recibí y rechacé cinco veces, saliendo la tropa dispersa bajo los fuegos de mi batería. Creyeron que había habido dolo de parte del jefe de día. Yo salí a las diez y media con mi puñado de hombres por entre más de dos mil españoles, cortando la línea y perdiendo la artillería, pero sin que me hirieran ni un solo soldado. Marché a mi departamento a esperar resultas y llorar mi desgraciada

29 Así pensaban los jefes de la insurrección en el año de 1812. Ninguno de los que obraron de este modo tuvo una suerte desgraciada.

suerte. Jamás me oprimió más la melancolía; llovían sobre mi patria las desgracias, y por ellas perdíamos en el concepto de los que confundían la milicia con el infortunio y califican las cosas por su éxito, no por su moralidad.

Después de la derrota de Tenango —dice el Sr. Correa— y dividida la Suprema Junta, pasó el Sr. Rayón a Nopala, y me mandó le acompañase a la expedición de Ixmiquilpan. Allí se acabó de realzar el valor de mis dragones, pues habiendo puesto el enemigo una emboscada en el puente a tiempo que yo tomaba posición en el punto nombrado de la Media Luna, se me cargó reciamente, y cuando creyó derrotarme, lo fue él, y puesto en fuga, con pérdida de un oficial y más de treinta dragones del marino Casasola. Al día siguiente penetré el puente: eché abajo dos parapetos y marché hasta la plaza rompiendo paredes, menos la última, por esperar el auxilio de los Villagranes y Polos que traía a retaguardia; mas a pesar del desamparo en que me vi, sostuve el fuego hasta las cuatro de la tarde, en compañía del coronel Lobato. Ordené una retirada militar, sin perder más de un cañón que se nos reventó, y desbarrancamos en el río, y llegando al punto de nuestra posición, no encontramos más que la huella de los compañeros que habían retirándose antes de tiempo abandonando los cañones en el camino. Esta conducta me hizo acreedor al grado de mariscal.

Siempre amé el orden y respeté a los que procuraron hacernos entrar en él; fue, por tanto, constante mi adhesión al general Rayón, y esto me atrajo el odio de sus colegas los vocales Verduzco y Liceaga, los cuales comisionaron a Villagrán para que me desarmara a toda costa, teniendo yo que poner en movimiento toda mi astucia para evadir un golpe que era menos funesto a mi persona que a mi nación. Fue tal la tempestad y tan violento el huracán que contra mí se levantó, que esta época fue la más difícil de mi vida. Me abandonó el valor, me faltó la presencia de ánimo, desapareció la paz de mi corazón, estuve a punto de matarme, y sólo me salvó (después de los auxilios divinos) la consideración de que todavía podía ser útil a mi patria, y de que si no lo era, podría vender muy cara mi sangre a los enemigos de ella. Tantos males suscitados por los mismos americanos excitaban vivamente mi sensibilidad, y me acarrearón una

dolencia nerviosa que me hizo buscar e implorar socorro de un párroco; pero éste se empeñó en convertirme políticamente y en que me indultase. Estos eran los grandes resortes del Gobierno español, fundado sobre la hipocresía. Recibílo como un insulto, y viendo su tenacidad, y sospechando que me jugase alguna felonía, pues estaban en aquella época rotos los vínculos sociales, me retiré de su casa a una cabana. La enfermedad se me agravó, y se me administraron los Santos Sacramentos; algo más restablecido escribí al inmortal Morelos el estado actual de las provincias del Norte y Poniente, detallándole muchos acontecimientos que deberían serle muy útiles: le hago ver la necesidad que había de que tuviéramos una entrevista, y le pido me señale sitio para ella.

El cura que jamás olvidó su proyecto de separarme de las banderas de la libertad, no perdonaba medio, aun de los más reprobados, para conseguirlo. Dio aviso a don Nicolás Gutiérrez, comandante de Toluca, quien con doscientos hombres vino a marchas dobles hasta los montes de Chiapa para sorprenderme; pero erró el tiro y se volvió avergonzado. En seguida me mandó llamar el párroco con un dependiente suyo, expresándome que tenía un negocio muy grande que comunicarme: acudí a la cita, me recibió placentero, e hizo rodar la conversación sobre lo extenuado de mi salud, el mal pago que dan los hombres, y me describió pintorescamente la vida del campo, dulce y pacífica. Pero cuánta fue mi sorpresa al oír un grande estrépito, ver correr despavoridos los criados, crecer la algazara y presentarse el comandante Revilla con más de doscientos de la tropa del rey, que gritaban: “¡Aquí está Correa, amarrémoslo!” Mi párroco sacó de la bolsa un papel, y asiendo al comandante del hombro, le dice con aire burlón: “Correa ya está indultado”.<sup>30</sup>

En efecto, este intrigante era autor de aquella tramoya; la tenía forjada de tiempo atrás e impetrado del virrey y arzobispo mi indulto.

30 Otro tanto me iba a pasar en San Salvador de los Comales con un cura que me citó confidencialmente para aquel punto; pero le olí la trampa y quedó burlado. Destacaron luego de Puebla un crecido número de dragones; Ignacio Luna los atacó en la cañada de Ixtapa, les mató treinta, y yo ya había pasado para Oaxaca. —Lic. Bustamante.

Convino su plan con Gutiérrez y Revilla, y logró ponerme en alternativa de admitirlo o morir. De comandante en comandante fui remitido en calidad de reo, sufriendo los mayores insultos del Gobierno de México, quien me entregó en manos del señor obispo Bergosa.

De pronta providencia, y sin perjuicio de la causa, me recetó una tanda de ejercicios en la Casa Profesa, con el objeto de que abjurase mis errores y curase mi conciencia; pero antes de referir lo ridículo y violento de esta escena, me creo obligado a asegurar, no sólo como hombre de honor, sino con juramento que hago, que en el silencio de las pasiones examiné la justicia de la causa que con tanto ardor había sostenido, y la hallé, no sólo honesta, sino santa y debida, y que ratifiqué en la soledad mis propósitos de seguirla hasta morir. Estos ejercicios fueron (permítaseme la comparación) como un sacramento de confirmación que me robusteció para nuevas peleas. El obispo Bergosa, como si yo fuera monja capuchina, me manda expresamente con el Dr. Tirado, ¡exceso criminal!, pero me fue preciso sucumbir... Desabroché mi conciencia con aquel inquisidor, el cual formó un melodrama, en que con asistencia de dos eclesiásticos me levantó la excomunión, exigiéndome un execratorio juramento de fidelidad a España y jamás tomar armas contra ella. El Dr. Montea-gudo me prometía, a nombre del virrey, que como mudara de conducta se me daría la comandancia que quisiese. Quedé viviendo en la Profesa, afectando una contrición que no tenía, hasta que, dispuestas mis cosas, me fugué el 6 de octubre de 1813, a costa de los mayores riesgos e inmensos sacrificios, y me reuní en Chilpancingo con el señor Morelos. Parece que todos los males se me reunieron entonces en un foco, y que se vació la fatal caja de Pandora sobre la América.

El ejército de Morelos, el más brillante y florido, perdió la acción en Valladolid el 24 de diciembre; yo me mantuve firme, aunque cercado de peligros, hasta las siete del día 25, recogiendo cadáveres y salvando heridos, encaminando extraviados, y puesto en retirada, me uní al Sr. Matamoros, quien no admitió mis consejos de retirarse a las costas a reponerse para poder seguir la empresa. Probamos for-



tuna, la que nos fue demasiado adversa en Puruarán, Chichihualco y Tlacotepec, de que resultó la total destrucción del ejército. Fue ya preciso mudar de aires, y emprendí una difícil marcha hasta llegar a las playas de Veracruz.

Unido al Lic. Rosains, que me nombró su segundo, pacifcamos el levantamiento de aquellos negros que estaban en absoluta insubordinación. Lo más glorioso que tuve en esta jornada fue que en Acasónica (jurisdicción de Huatusco) se le dio el título de coronel al modesto joven D. Félix Fernández, quien, lleno de entusiasmo, tomó el sobrenombre de Guadalupe Victoria, teniendo yo el honor de apadrinarlo en la posesión de su empleo.

Partí de aquella costa deseando encontrar un sitio resguardado y defendido para plantear un fuerte donde nuestro supremo Gobierno pudiese sin agitación ni sobresalto atender a las obligaciones de su instituto. Descubrí el Cerro Colorado, junto a Tehuacán, el cual, a juicio del atrevido coronel Hevia, con muchos miles de hombres no podía sitiarse ni rendirse. No describo su situación topográficomilitar por no extraviar mi plan, y sólo diré que fui el ingeniero y el peón que diariamente andaba más de cuatro leguas, subiéndolo y bajándolo, cargando desde su falda hasta su cúspide grandes piedras, arena y utensilios, derramando sangre de pies y manos a la fuerza y continuación de este duro pero loable ejercicio.

El año de 1815 pasé a Puruarán, y se me dio la comandancia de Uruapan, renovándoseme la graduación de mariscal. Permanecí en ella poco tiempo por causa de las revueltas que suscitó el doctor Cos. En este estado sufrió la patria el fatal golpe de la prisión del Sr. Morelos y destrucción de la Junta subalterna de Uruapan. Volé a favorecerla en compañía de Torres Rosales, Hermosillo, Yarza, Vargas y otros sub-alternos, poniendo en fuga al genio díscolo que había dividido aquella corporación.

Aquí recibí la infausta nueva de que otro perverso había disuelto el Soberano Congreso creado en Chilpancingo, el 14 de di-

ciembre de 1815. Me hallaba en Uruapan, y sin perder momento marché a proteger y sostener mi Cerro Colorado, que miraba como el paladín de nuestra libertad. Me faltaron los auxilios, y a medio camino me hallé cortado por todas partes, y en medio de miles de satélites del Gobierno español, y de cobardes indultados que ya abrazaban la más injusta de las causas. Era preciso tomar un partido; deje, pues, mis vestidos; me ajusto un algodón y calzoneras de jerga y barba larga; tomo un pasaporte con el nombre de Juan Vargas en el pueblo de Ozumba, y me acomodo de mozo de un arriero que hacía viaje a Tehuacán, unas veces a pie, descalzo otras: caminé sesenta leguas cuidando de la recua y desempeñando a satisfacción de mi amo las obligaciones respectivas de mi cargo; pero ¡cuál fue su sorpresa cuando un poco antes de Tepejí de las Sedas encuentro a D. Juan Terán y otros conocidos que corriendo a mis brazos me saludan su general! ¡Quién me besa la mano! ¡Quién le da el parabién al señor cura! Mi amo estaba más confuso que Don Quijote cuando Dulcinea se transformó en aldeana. Pidióme mil perdones, y de allí en adelante no se atrevía ni a levantar sus ojos de avergonzado. ¡Noble sencillez que envidio siempre que la recuerdo!

Mi llegada a Tehuacán en tan ridícula figura causó recelos a su comandante, quien me conocía como a sus manos, y veía el aplauso que se me tributaba; inspiróle desconfianza contra mí, llegando a tal descaro, que cuando entregó aquella fortaleza en 21 de enero de 1817, cuyo descubrimiento fue fruto de mi ingenio y multiplicadas tareas, me colocó en la clase de un carabinero raso, poniéndome a las manos de las tropas españolas, y empleándome en comisiones más arriesgadas que en las que el salmista destinó a Urías... Tales crímenes, maldades tales..., ¡ah!, cubrámoslas con el velo del silencio...

Caí prisionero en poder del toreador Bracho, coronel de Zamora, quien después de vomitar sobre mí las injurias más atroces y verter las desvergüenzas y andaluzadas más soeces, me mandó encapillar, poniéndome bajo la dirección de su padre capellán en 19

de enero de 1817, desde cuyo día hasta el 22 no se me ministró una migaja de pan ni un trago de agua, ¡vive Dios que es verdad!, suspendiendo la ejecución de orden del comandante D. Ciríaco Llano.

Puesto a disposición del Gobierno español se me tuvo en Puebla catorce meses con la ciudad por cárcel, aislado, sin recursos y reducido a una accesoria por casa, un petate y una frazada por ajuar, y por asistente mi misma persona, abrumado por los sarcasmos e insultos que recibía por sus calles; saliendo sólo de noche a la fuente por agua, y a los figones por un mísero alimento. Imploré repetidas veces la compasión del señor obispo Pérez; mas apenas me socorrió en diversas ocasiones con veintidós pesos; pero no me ultrajó, y su dulzura suavizó mi suerte en algún modo. El único corazón sensible que encontré en época tan desgraciada fue el del Illmo. Sr. Fonte, arzobispo de México, que me asignó una mesada de quince pesos, me escribía con frecuencia y se interesaba por mi felicidad... ¡Eterna sea su memoria, como lo es mi gratitud a su beneficencia!

Ya sano me habilitó para ejercer mi ministerio; logré el interinato del Real del Monte, pues no he logrado la restitución de mi beneficio, sin embargo de la ley expresa del Soberano Congreso, en donde estaba sirviendo cuando la época de la Independencia. No creí entonces necesaria mi asistencia personal, pues se me informó que estaba generalizada la opinión, y vi conseguidas mis ideas; pero en el púlpito exhortaba, y en el confesonario convencía. Instruí por cartas a los pueblos en el santo dogma de la libertad e independencia, y les ponía en claro sus derechos. Auxilié al Sr. Guerrero con reales y víveres, di noticias de interés y del momento al jefe de las garantías e hice cuanto estaba en mi posibilidad y alcance.

Tal es el manifiesto del recomendable párroco D. José Manuel Correa, de honrosa memoria,<sup>31</sup> en el que se refieren hechos dignos de llenar las páginas de este cuadro.

31 Soy testigo de una buena parte de los hechos que refiere. Era la probidad personificada.

ATAQUE DESGRACIADO DE TOLUCA  
POR EL GENERAL DON IGNACIO RAYÓN

Ya que vamos a hablar de uno de los sucesos más infaustos que pudieran ocurrir a la nación, con el asalto y toma de la plaza de Tenango y cerro del mismo nombre, ocupado por la división del general D. Ignacio Rayón, está en el orden que digamos cómo se puso en estado de formar este jefe un cuerpo respetable de tropas después de la derrota y dispersión que padeció en la villa de Zitácuaro. Salido de Tlalchapa con el resto de su tropa, y no contando con la de tierra caliente, que en la mayor parte se le desertó, a pesar de que la mantuvo con todo esmero en la hacienda de los Laureles; arreglada alguna infantería, y fundidos algunos cañones por el coronel D. Manuel de Mier y Terán en Tlalchapa, pasó la Junta a Sultepec, donde quedaron gobernando Verduzco y Liceaga: Rayón pasó a Toluca a entretener a Porlier para que no engrosase con su división la fuerza de Calleja y fuese sobre Cuautla. Consiguió efectivamente su objeto, batiendo con gloria diferentes partidas que salieron de la ciudad, de cuyas armas se aprovechó; y aunque situó su cuartel general en la hacienda de la Huerta, fijó sus destacamentos en las garitas mismas de Toluca, y se preparó para atacar lo interior de la ciudad, como lo verificó la mañana del 18 de abril de 1812. Comenzó el ataque desde bien temprano, y se concluyó en la tarde del mismo día. La tropa de Rayón redujo a la de Porlier al cementerio e iglesia de San Francisco, local fuerte, y para aquél inexpugnable, pues no tenía artillería de batir, ¡qué digo!, ni aun el preciso parque para continuar la acción, pues D. José María Liceaga, encargado de remitir el que se le pidió de Sultepec, retardó dos días la remesa. Supo en tiempo Rayón que sólo le quedaban dos cajones de cartuchos, y así mandó tocar retirada, que verificaron sus soldados con bastante repugnancia, pues hallándose casi vencedores, les era muy sensible ver frustrado su empeño de aquel día. Ocultóseles la causa de la retirada, pues no convenía que la supiesen. Rayón mandó que tomasen un rancho en la garita, y los hizo municionar

para lo que pudiera acontecer, esto es, que el enemigo hiciese sobre él una salida ya al entrar la noche, y esto le causase una dispersión; de hecho, al caer la tarde he aquí una partida de caballería que sale de la plaza; Rayón situó su infantería en la espalda de una cerca, y apostó la caballería inmediata; comenzó la escaramuza enemiga; pero se le recibió a quemarropa, y en tan buena sazón que, dada muerte a algunos dragones, los demás se pusieron en fuga para la plaza, donde creían tan seguro el triunfo como que comenzaron a echar repiques de campanas. Algunos cañones colocados ventajosamente sobre Toluca asestaron sus tiros a una torre, y causaron algún estrago, por lo que luego cesó el repique. Por tal medida, impidió el que se le persiguiese y causase un gran destrozo. Por lo dicho se ve que el parte de Porlier, inserto en la *Gaceta* extraordinaria de 25 de mayo de 1812, número 233, es una impostura y tejido de falsedades; pues ni hubo tal pérdida de cañones, trincheras portátiles, escalas de asalto, palos largos con mixtos incendiarios, cajones de municiones de todos calibres, etc., que dice le tomó a Rayón; todos son dislates que importan tanto como la reseña de caballeros, escudos, armas y naciones que reseñó Don Quijote cuando se preparó a atacar las manadas de carneros. El único cañón que perdió Rayón fue uno pequeño que, situado en la azotea de una casa de Toluca, se hundió con el techo, que no pudo sufrir el peso. Sin embargo de su salida, sus destacamentos quedaron en las garitas de Toluca, y Rayón permaneció hostilizando a sus enemigos con partidas de caballería; por lo mismo se situó en Amatepec, entre Toluca y Lerma, para ocurrir donde la necesidad lo exigiese. La tarde en que se retiró de Toluca pasó al pueblo de Tlacotepec para colocar allí sus heridos, iluminándole el camino las llamas de la hacienda de la Garcesa, propia de D. Nicolás Gutiérrez, uno de los más encarnizados enemigos de los americanos. Como los víveres escaseaban en Toluca, apenas se retiró de aquella ciudad cuando en el momento hizo salir Porlier trescientos hombres para que se proveyesen de ellos en el tianguis de Metepec. Súpose con tiempo de esta expedición, que tuvo un éxito desgraciado para Porlier, pues Camacho, oficial de

caballería de Rayón, y en quien tenía mayor confianza por su valor y prendas, puesto de acuerdo con otra partida de caballería del mando de los Polos, cargaron a los de Porlier tan reciamente, que bien le mataron cerca de cien hombres, pues regresaron al campo americano, presentando al general Rayón setenta carabinas, y cincuenta y seis caballos con sus monturas: entonces cayó prisionero el capellán de dicha tropa, franciscano, llamado el padre Tabaquero, a quien dieron bastante taba otros frailes de la misma orden que se hallaban con los americanos y servían a éstos con el gusto que aquél a los españoles.

Túvose noticia de la aproximación de Castillo Bustamante, y esto hizo que Rayón reconcentrase sus fuerzas. Apenas se supo por Porlier que avanzaba sobre Toluca, reforzado de México con más de mil hombres, cuando trató de salir a recibirlo; pero la tropa de Rayón, a media legua de su campo, lo hizo retroceder. No pudiendo cubrir con su poca fuerza todos los puntos por donde podría aproximarse el enemigo, se replegó al pueblo de Tenango y cerro del mismo nombre. Bustamante marchó en demanda de él, y hubo de variar su campamento, porque la artillería de Rayón era de más alcance que la suya, y le causó bastante estrago en el momento de campar. Situóse en la hacienda de San Agustín, dejándole el rancho y utensilios de la tropa, pues la rociada de metralla y bala rasa no le dio tiempo a recogerlos.

Aunque estos pequeños triunfos pudieran haber engendrado alguna confianza en el general Rayón, situado éste en el cerro, en la parte que mira al Sur, y el comandante padre Correa en el punto llamado el Veladero, desde donde hizo una gran resistencia a los enemigos (como hemos visto en su manifiesto), Rayón mandó que las partidas de caballería de Atilano García y Eпитacio Sánchez cruzasen entre su campo y el enemigo para impedir un asalto; mas ellos desobedecieron la orden y se fueron a dormir a un pueblecillo inmediato; por tanto, el enemigo se apoderó de una batería que tenía sobre su campo, y con ella misma rompió el fuego la mañana del 5 de junio de 1812 por diferentes puntos simultáneamente, así sobre el cerro como sobre el pueblo de Tenango. Fue ésta una sorpresa tal, que los

americanos supieron la llegada de sus enemigos cuando oyeron sus cornetas, y con ellas las descargas de fusilería, pues aun los puntos ocupados por algunas cuadrillas de indios que podrían haber dado aviso se abandonaron por éstos desde el día anterior: sólo quedó la línea y guarnición frente del cerro y pueblo. El cura Correa se mantuvo firme en su batería, protegiendo la retirada de toda la tropa que pudo salvarse. Lo espeso de la niebla libró a los fugitivos. Rayón descendió por un voladero con muchos de los suyos, bajo el cual estaban situados como sesenta dragones enemigos, quienes se arredraron y no le hicieron nada, pues temieron ser cortados por los americanos que salían en dispersión por la espalda de aquéllos: no corrieron esta suerte favorable los licenciados Reyes, Jiménez, Dr. Carballo, Cuéllar, D. F. Jirón, excelente carpintero, y D. Juan Puente, quien fue sorprendido en el acto mismo de dar fuego al parque de los americanos: todos fueron despiadadamente fusilados por Castillo Bustamante, que no perdonó a persona alguna, imitándole sus dignos satélites. Entre las víctimas que inmolaron estos bárbaros fue una de las más preciosas el padre vicario del pueblo, D. José Tirado. Este joven se ocupaba en cazar con su escopeta en aquel pueblo, y no había tomado cartas en la revolución; entró el comandante Rafael Calvillo en su casa, y como viese aquel arma allí, sin el menor examen, creyéndole reo, le mandó fusilar. Tirado acababa de decir misa, y así es que no se quiso confesar, recibió la muerte con la calma de la inculpabilidad, y entregó una ardillita pequeña que le acompañaba y traía en el seno a uno de los que le rodeaban. ¡Válgame Dios, y cuántas imposturas le levantó el tal Calvillo por este hecho inocente y de cuántas maneras lo glosó! Véase lo que escribe en la *Gaceta* número 248, del sábado 20 de junio de 1812. ¡Así se disponía en aquella época de la vida y muerte de toda clase de ciudadanos, sin excepción de personas! El general Rayón reunió sus dispersos en el plan de una laguna situada al pie del volcán de Toluca, a donde le llevaron el cadáver del comandante Camacho, circunstancia que aumentó sus desdichas por su mérito militar. Pasó luego a Cuauhtepec de las Harinas, donde le hizo dar sepultura acom-

pañada de honores militares. Su derrotero fue entonces a los Lubianos, a Pungarancho, a Tiripitío y a Tlalpujahua.

En la laguna que hemos mentado mandó a Atilano García y a Epitacio Sánchez a Monte Alto, y a Polo a Aculco, campo de Nodó, y al coronel Cruz a Tenancingo, ordenándoles que engrosasen sus divisiones y estuviesen a punto de obrar cuando se les mandase. Previno a sus colegas Liceaga y Verduzco que entregasen cuanto había útil en el Real de Sultepec, y se le viniesen a reunir, como lo verificaron; llegados al punto de Tiripitío, los hizo partir: a Verduzco, para Pátzcuaro, encomendándole la provincia de Valladolid, y a Liceaga la de Guanajuato, con orden de levantar en cada una de ellas un ejército respetable. Esta separación fue precedida de un acuerdo y de un acta solemne que al efecto se dictó y corre impresa en *El Ilustrador Americano*. Al general Morelos se le asignó el Sur y el departamento del Norte; Rayón se situó en el de México para ocurrir desde éste a donde lo demandasen las circunstancias.

#### MUERTE DE LOS PRISIONEROS DE PACHUCA

Cuando llegó este jefe a Sultepec determinó mandar a los españoles prisioneros de Pachuca a la confinación de Zacatula; bien hubiera querido ponerlos en libertad, aunque le había salido a la cara la ingratitud con que se portaron los prisioneros de Emparan, cerca de Zitácuaro; pero no estaba en la política que resistiese al torrente de odio que cargaba entonces sobre ellos, y que multiplicaba el Gobierno de México, no queriendo ceder en un ápice de su dureza, e introduciendo cada día mayor número de tropas expedicionarias venidas de Cádiz. Al efecto había dispuesto Rayón que los condujese con una escolta el comandante Vargas. Cuando salió de Sultepec los dejó atrás, y habiendo avanzado más allá de Ixtapan de la Sal, oyó tiroteo que lo obligó a retroceder, creyendo que lo causaba algún choque con partidas enemigas, que tal vez habrían salido al encuentro a la infantería



que traía a retaguardia; mas quedó sorprendido cuando vio que eran sus soldados, que estaban fusilando a los prisioneros, porque no sólo intentaron escaparse, sino que además se apoderaron de las armas de algunos soldados para hacerles frente; hecho que acabó de irritar a la tropa, y por el que no sólo continuaron fusilando a los que quedaban vivos, sino que también ejecutaron a los que prendieron después y que habían logrado salvarse; el total de ellos llegó a veintiocho.

Este suceso es desagradable en la Historia. Hubiera sido de desear que los americanos fuesen entonces más generosos, y que no confundiesen a las personas puestas bajo la salvaguardia de la fe prometida, que religiosísimamente debe cumplirse, aunque perezcamos con el Gobierno; pero también habríamos querido más docilidad en éste para no ponernos en el estrecho caso de hacer uso del legítimo aunque odioso derecho de la represalia. Este negociado se erró desde un principio, como ya vimos en una de las cartas de la primera edición; el encadenamiento de los sucesos lo puso en términos de comprometer al general Rayón, quien por otra parte se mostró generoso con el conde de Casa Alta, que fue uno de los prisioneros, a quien no sólo dispensó toda clase de atenciones, sino que lo hizo confidente de su casa y familia, y él correspondió a estas finezas portándose como un caballero, dirigiendo varias cartas al virrey Venegas en defensa de la causa de los americanos.

Después de la pérdida de Tenango, el general Rayón se situó en el Real de Minas de Tlalpujahuá, lugar de su nacimiento, y allí plantó su cuartel general conocido en la Historia con el nombre de Campo del Gallo, local ventajoso, y de donde no habría sido desalojado si hubiese tenido el agua que le faltaba, y que iba a proporcionarle cuando le atacó Castillo Bustamante, como después veremos.

Allí instaló en breves días fundiciones de cañones y obuses, toda clase de municiones y una fábrica de fusiles; vistió a la tropa; la aumentó y disciplinó, y levantó como por arte mágico la decaída revolución. Rayón tenía un genio creador, amigo del orden, y descansaba en los conatos de su hermano don Ramón, hombre infatigable y digno de otra suerte. Establecida allí además la imprenta, se circula-

ban dos periódicos semanalmente, concurriendo a éstos con sus luces varios escritores de la capital y de los sujetos que le rodeaban; este gran resorte daba un impulso extraordinario a la revolución; pero de tal tamaño, que el virrey Venegas llegó a confesar que no podía contrariarlo, y tuvo que humillarse y buscar modo de transigir con Rayón. Esta anécdota peregrina será desarrollada en otra carta. Muchos la tendrán por fabulosa; no lo es ciertamente.

Creo muy a propósito insertar aquí un trozo del oficio que el conde de Castro Terreño dirige al virrey Venegas en 26 de agosto de 1812, en que le dice lo siguiente:

Vucencia no crea que la mitad de cuanto le dicen en punto a hazañas es cierto: yo estoy mirándolo más inmediato que V. E., y como hago por imponerme de todo, lo sé en crisol.

Si fuera a pintar a V. E. todo lo que sé y cuanto ocurre, que omito porque no trato más que de lo substancial y muy del caso, se sorprendería V. E. de lo que son los partes que le dan y se ponen en las gacetas.

En otro de 25 del mismo mes le dice:

Cumplo con hacer lo que V. E. me previene; pero no cumpliría si no manifestase mi modo de sentir en la providencia, y al mismo tiempo significarle que los más de los oficiales que obran sueltos con destacamentos de tropas dan partes abultados conforme a su desmedido deseo de ascender, y no con la reflexión moderada.

El orden cronológico que he procurado observar en mis relaciones (aunque sólo las estimo por memorias para la Historia) me hace retroceder a los acontecimientos ocurridos en Tehuacán de las Granadas y Orizaba, lugares que deben llamar mucho la atención de usted, principalmente el primero, por haber figurado demasiado en la revolución.

SUCESOS DE TEHUACÁN DE LAS GRANADAS  
QUE PRECEDIERON A LA ENTRADA DEL SEÑOR MORELOS

Encargado el coronel Trujano de levantar los pueblos de la Mixteca y de llevar la conquista todo lo posible, destacó varias partidas para que tomasen algunos ganados de las haciendas de su demarcación, pertenecientes a europeos. Así es que en 10 de diciembre de 1811 se aproximaron catorce hombres, al mando de un F. Figueroa, a la hacienda de Cipiapa, propia de D. Francisco Gutiérrez de Lama-drid, y de hecho se llevaron gran porción de ganado menor. Creyóse que este piquete de hombres era un ejército numeroso, y aunque sólo se presentó un corto número de americanos al mando de Figueroa, su capitán, bastó para que los españoles se retirasen de Tehuacán, y con ellos la guarnición de aquel lugar, que marchó para la villa de Orizaba. Figueroa se salió pronto, pues el desaseo de su gente, su cortedad en número y lo mal armado de ella, tal vez le hizo temer que volviendo del susto aquel vecindario corrieran una suerte desgraciada.

Cuando se supo en Orizaba que Tehuacán quedaba evacuado, vinieron de aquella villa doscientos hombres, compuestos de lanceros de Veracruz y milicias de Tlaxcala, al mando de un tal Durán, quien encontró reunidos cien patriotas, levantados en la misma ciudad. Dedicóse menos este jefe a la custodia y guarnición de Tehuacán que a hacer una correría en las inmediaciones, y así es que recogió ganados indistintamente de toda clase de gentes, y procuró aprovecharse de las ventajas que le proporcionaba su mando despótico, como lo hacían los comandantes españoles por lo común, calificando por buena toda presa con decir que era de insurgentes. Equipado de este modo, se retiró Durán, dejando de comandante del lugar a D. Santiago Fernández, teniente del hijo de Veracruz, con la fuerza de ochenta hombres. Era éste un joven lleno de fogosidad impetuosa, el cual arregló tres compañías con ciento treinta plazas y con ellas también hizo sus correrías por las inmediaciones, sin ejecutar en éstas cosa de provecho, antes por el contrario, perdió en una escaramuza al valiente D. Pascual Lara, y a un andaluz blasfemo, llamado Agustín Pérez, a quien mató un indio de un garrotazo.

Por el mes de abril de 1812 relevó a Fernández don Francisco Rojano, capitán de Tlaxcala, época en que ya los insurgentes comenzaron a burlarse de la guarnición de Tehuacán, pues todas las noches venían a provocarla con tiroteo, hasta que el 30 de dicho mes se manifestó una partida de ciento cincuenta caballos, a las órdenes de Julián Gómez y Julián Cortés, presentándose en la hacienda de San Lorenzo, inmediata a Tehuacán por el rumbo del Poniente; hecho que produjo en el lugar la mayor confusión y movimiento, sin saber los jefes qué hacerse. En medio de ella, recibió el comandante español un oficio de intimación para que se entregase la ciudad; pero celebrada una junta de guerra, se acordó que en respuesta saliesen cincuenta hombres a castigar tamaño atrevimiento. Efectivamente, se aprestaron; pero muy luego se vieron a punto de ser envueltos por dos trozos de americanos a derecha e izquierda. Rojano, comandante de estos guapos realistas, puso pies en polvorosa, se entró en las cortaduras de la plaza y se resolvió a la defensa de ella. Amagábanla con gruesas partidas el padre D. José María Sánchez de la Vega, vicario de Tlacotepec, Arroyo, Machorro y otros guerrilleros más célebres por sus crueldades que por su valor militar. Al siguiente día (31 de abril) se disparó un cañonazo a la hora de la diana, al que siguieron los fuegos de una y otra parte sin el más leve perjuicio de la guarnición. Continuaron reuniéndose tropas americanas, y cuando pasaban de tres mil hombres de todas clases, y casi igual número de indios, emprendieron el 3 de mayo una acción decisiva. Después de un fuego de seis horas, lograron los asaltantes vencer los atrincheramientos de la casa del Mesón, calle del Refugio y Carmen, por lo que los sitiados se replegaron a la plaza y conventos de Tehuacán. En estos puntos siguió el fuego hasta las oraciones de la noche, hora en que los americanos se retiraron al local ventajoso del Calvario y haciendas inmediatas para tornar a la carga al siguiente día. De hecho, continuó el fuego con mayor obstinación. En la noche, Arroyo quemó la puerta falsa del Carmen, por donde entró, y se apoderó del cuarto o bodega de las provisiones. Quitadas éstas, y sin agua los sitiados, resolvieron salir, mas precediendo un convenio con los sitiadores, que se ofreció a celebrar el padre fray

Ignacio Velázquez, franciscano, asociado de otro para que fuese razonable y beneficioso a los españoles, y por el que conservasen siquiera las vidas. Nada pudo conseguir el padre Velázquez a pesar de sus esfuerzos, pues el padre Sánchez se mantuvo inexorable; pero después de grandes esfuerzos el padre Ibarguen, también franciscano, recabó de él que los prisioneros fuesen enviados al general Matamoros, y entonces cesaron las hostilidades: desarmaron a los españoles, y fueron llevados a la cárcel, en el concepto y fe de que no se les quitaría la vida. Al tercer día se sacaron de la prisión y condujeron por mano del guerrillero Arroyo para el pueblo de Tecamachalco, y allí fueron pasados por las armas el teniente Arriaga, el subdelegado de Tehuacán Sánchez, y un alguacil llamado Méndez; los restantes prisioneros, en número de cuarenta y cuatro, se condujeron al puente de los Chichimecos, y en la oscuridad de la noche fueron indignamente asesinados (véase la *Gaceta* de 25 de julio de 1812, número 264).

La memoria de este suceso, que a mi estada en Tehuacán se refería con lágrimas, recuerda la de las atrocidades de sus autores. Hombres bárbaros, inmorales, perjuros, oprobio de la nación, cuya causa afectaban defender. Tal ha sido el éxito que han tenido, pesando sobre ellos la mano del Eterno, y haciendo que sus odiosos nombres jamás se tomen en boca sino para execrarlos y maldecirlos. Oí decir a personas veraces que entre los cadáveres de los asesinados se encontró el de un francés llamado Maza, puesto de rodillas y con cilicios, que conmovió a sus verdugos, que lo llevaron a Tecamachalco para darle una distinguida sepultura, y que fue un tributo de estupor y admiración que les arrancó su virtud. A la entrada de las tropas americanas en Tehuacán siguió el saqueo de las casas y tiendas de comercio, donde encontraron acopios de muchas preciosidades. Situada aquella ciudad en el mejor punto para el comercio con México, Puebla, Veracruz, Oaxaca y Orizaba, se tenía entonces como un lugar de depósito, principalmente para abastecer las mixtecas: todo desapareció en momentos, y fue presa de los vencedores, de modo que los mismos que habían presenciado esta catástrofe dudaban de lo que veían.

Como ciudad abierta y de tránsito para las tropas, sus desdichas se multiplicaron hasta un punto indecible. Ahora comienza a renacer, y no dudo que afirmada la paz por el saludable desengaño que han dado aquellas lecciones terribles, Tehuacán será uno de los pueblos más felices de la América Septentrional: sus aguas prodigiosas para la curación del cálculo, sus harinas, su bello clima, todo lo llama a un grado de prosperidad y porvenir halagüeño. ¡Hágalo Dios!

HORRIBLES CRUELDADES DEL  
GUERRILLERO JOSÉ ANTONIO ARROYO

No sólo Tehuacán fue teatro de las desgracias referidas; lo fueron también otros lugares, principalmente aquellos en que puso su ominosa planta el guerrillero José Antonio Arroyo. Conocí a este monstruo, ignominia de la especie humana, y me espanto cuando me acuerdo de su horrible catadura. Era un campesino chaparro, cargado de espaldas, cara blanca y colorada, barroso, ojos negros y feroces; su mirar era torvo y amenazante; jamás se ponía el sombrero sino bajándose mucho, en términos de que costaba dificultad verle su aspecto sombrío y de mal agüero: su voz ronca, sus razonamientos precisos, su lenguaje rústico. Era un complejo de ferocidad y superstición la más grosera; afectaba mucha piedad y respeto a todo padrecito, a quien besaba acatadamente la mano; pero no titubeaba en darle a un hombre un mazazo con un martillo de herrero en la mollera, dejándolo allí muerto, como lo hizo en su campamento de Alzayanga. Azotaba a los que tenía por espías, y lo hacía por su mano, teniendo el bárbaro placer de verlos correr un chorro de sangre al primer latigazo; echábala además de justiciero; su pujanza era mucha, y a par de ella su denuedo para entrar en una acción. Atacó la hacienda de Teoloyuca, junto a San Juan de los Llanos; su dueño, que era un español sostenido con cien fusiles de Perote y mucho parque, se resistió más de dos días; pero cargado extraordinariamente por las partidas americanas, hubo de entregarse luego que Arroyo se hizo desprender sobre la casa

por una reata, y entró con el cintare (así llamaba al sable) haciendo una cruel matanza, que llenó de cadáveres la casa, y dejó inhabitable el edificio por mucho tiempo, registrándose en sus paredes estampadas las manos de sangre. Hacíase llamar de padre por sus soldados, y los trataba con la dureza de esclavos. Su mujer era de color quebrado, valiente, y digna consorte de tal marido. El nombre de Arroyo, cómitre antes de la revolución de la Tlapixquera de la hacienda de Ocotepéc (según hago memoria), ha dejado una nombradía de espanto en aquellas comarcas; la idea de semejante genio, repito, me hace estremecer. Su compañero Antonio Bocardo, de origen herrero y alguacil en San Juan de los Llanos, fue menos horrible para la nación. Era un cobarde tan menguado y tonto, que se hacía llamar coronel de coroneles, o sea tonto de tontos; ocupábase en avanzar (es decir, robar) antes que en matar hombres; el Sr. Morelos se divertía con la relación de sus anécdotas, y pudo reducirlo al orden en lo posible, de lo que no era capaz Arroyo. ¡Desgraciada América mexicana que hubo por defensores de su causa a tales verdugos! Si no hubiera tenido muchos de éstos, sus triunfos habrían sido más prontos y más gloriosos; pero aquéllos despechaban a los pueblos, quienes, aunque conocían la justicia de la revolución, no se atrevían a entrar en el partido, por no ser dominados de semejantes bandidos. El hombre de principios (como yo) que se vio entre éstos, vivía en un continuo martirio, y estaba en gran riesgo si trataba de reducirlos al orden. ¡Cuántas veces mi vida estuvo a riesgo por semejante motivo! No había diferencia entre estos jefes y los del rey, pues usted no encontrará ninguna entre Arroyo y Régules: era lo mismo en su misma mesmedad (según la expresión del autor del gerundio.) Por este sólo rasgo conocerá usted y todo el mundo cuánto se habrá padecido en la revolución: echará la culpa, y justamente, a los que se llamaban nobles y patriotas que abandonaron la suerte de su nación a tales manos, y maldecirá con igual justicia a los que después de haber apurado hasta las heces de este amargo cáliz, y conseguido la paz y libertad, y con ella la suspirada independencia, todavía quieren precipitar a este buen pueblo a nuevas revoluciones y que se renueven aquellas escenas de horror.

SORPRESA DE D. FELIPE LAILSON,  
MAESTRO DE EQUITACIÓN

Corresponde a esta época recordar a los americanos la memoria de la sorpresa dada por una partida de lanceros del teniente coronel D. Pedro Meneso en el monte de las Cruces a D. Felipe Lailson, maestro de equitación, y el primero que planteó un circo de este ejercicio en México en octubre de 1808. Quitósele en ella una pequeña valija de correspondencia que llevaban los mexicanos con los insurgentes; hecho que produjo muy tristes resultados, pues el Gobierno hizo arrestar a varias personas de viso, como lo fue la señorita doña Margarita Peimbert, hoy viuda del Sr. D. José Ignacio Espinosa, que fue presidente del Soberano Congreso, que estaba entonces comprometida de casar con el Lic. Jiménez, fusilado en Tenango, y al Lic. Falcón. Este último quedó perdido desde entonces, pues el oidor Berazuela le halló como cuerpo de delito la correspondencia de su hijo, que estaba con Rayón, y además, copia de una carta que un sujeto de México había mandado al general Morelos luego que salió de Cuautla, exhortándolo a que marchase a Oaxaca, donde muy pronto se repondría de sus pasadas pérdidas.

OCUPACIÓN DE OREABA POR LOS AMERICANOS

Asimismo debe colocarse entre los principales acontecimientos de aquella época la entrada de los americanos en dicha villa. Tengo a la vista una relación de persona veraz, y testigo presencial de este hecho, que en sustancia dice así:

En principios de marzo de 1812 comenzó a formarse una partida de insurgentes en el pueblo de Maltrata, de donde era cura el presbítero don Mariano de las Fuentes Alarcón, patriota de buen ánimo, pero verdaderamente ignorante aun de los más obvios principios de la milicia. Pronto se decidió a abrazar la causa, y lo hizo con tanto



fervor, que no perdonó a la campana mayor de su iglesia, pues la hizo bajar y que se construyese con ella un enorme cañón de artillería, como si fuese a batir una plaza, y este arma no necesitase, para usarse, de otros auxiliares de que él carecía. Comandaba por entonces dicha partida Miguel Moreno, dependiente de la hacienda de San Antonio, y se aumentó en fines de abril, en términos de que con gente de ella se pusieron avanzadas en la cañada que viene de dicho pueblo para esta villa, y en la de Acultzingo, con las que impedían la entrada de víveres. Aunque esta guarnición se componía de más de quinientos hombres, jamás salieron a atacarlos, y sí mantenían un destacamento en una estacada que se hizo en el puente de Santa Catalina, distante más de media legua de Orizaba. En 22 de mayo comenzaron los americanos a atacar aquel punto, y se le reforzó con cien infantes y un cañón violento. El 28, a las seis de la mañana, fue atacado este mismo punto, su espalda, por el cerro del carrizal, y su frente por el ingenio; el comandante D. José Manuel Panes mandó otro cañón de auxilio con doscientos hombres, los cuales se aproximaron cuando ya estaba tomada la estacada, y así es que regresaron sin haber disparado un tiro; al tomar dicho punto fortificado hubo algunos muertos y heridos.

A las dos de la tarde ya andaban por la villa pequeñas partidas de americanos. Temeroso Panes de ser atacado en su cuartel, dispuso retirarse a Córdoba, tomando antes por punto de reunión la plazuela y edificio del Carmen. Los conventos de este orden siempre fueron en la revolución pasada asilo de españoles. En lo general lo son de nacimiento sus monjes, que tal vez creían entonces que aquellas comunidades no podían existir sino a la sombra de un monarca, y monarca absoluto; ya estarán desengañados a la hora: no es, pues, de extrañar que en el Carmen de Orizaba, y en el estanque de su huerta, se arrojase el pertrecho, que Panes no pudo conducir en su retirada para villa de Córdoba, que verificó con acuerdo de una junta de guerra. Ejecutóla llevando tres cañones de campaña a la sombra de la noche; fue atacado por una partida de Zongolica, venida al mando de su coronel D. Juan Moctezuma y Cortés, quien se retiró por los

fuegos de los españoles al trapiche de Tuxpango. Si se hubiera hecho firme en la cuesta del Cacalote o Villegas, Panes no habría penetrado por aquellos desfiladeros, ni llegado, como llegó, a Córdoba a las seis y media de la mañana con cuanta guarnición sacó, compuesta de un batallón del regimiento provincial de Tlaxcala. El cura Moctezuma (imagen viva del emperador de este nombre, y por el que poseía un cacicazgo en Tepejí de las Sedas) no nació para general, sino para recitar un buen sermón; tenía un bello decir, y sabía entusiasmar al soldado con el doble prestigio de sacerdote y de descendiente del emperador de los aztecas.

El desorden de los comandantes americanos dio aliento a los cordobeses para defenderse. Aquella villa es un punto militar, y así es que el local y sus cortaduras abiertas instantáneamente los pusieron, no sólo en estado de hacerse impenetrables, sino de hacer algunas salidas fructuosas sobre los americanos, en una de las cuales les tomaron un cañón de a seis, de la fábrica del rey.

A las cinco de la tarde del citado día 28 entró en Orizaba la partida de Maltrata con sus comandantes Alarcón y Moreno, gente toda muy mal armada, y tanto, que traían hasta agujas de ensartar tabaco en las puntas de los palos, arma excelente para una montería de conejos; traían poco pertrecho y éste lo gastaron aquella noche en hacer salvas a Nuestra Señora de Guadalupe. Al siguiente día, como a las once, se dejaron ver los referidos curas, quienes trataron de organizar el gobierno de la villa. También entró una partida de La Perla al mando de D. Francisco Leiva, y en el siguiente las del padre Sánchez y de Arroyo, reuniones que ascenderían a más de mil quinientos hombres. A pesar de su impotencia resolvieron atacar a Córdoba, intimidando la rendición, pero ella se negó a todo convenio. Retiróse el primero para Zongolica (Moctezuma) y después las demás partidas, pues les amenazaba un ejército veterano. Orizaba y Córdoba contenían dentro de sus muros cincuenta y dos mil tercios de tabaco, único recurso con que contaba por entonces el virrey Venegas, así es que mandó salir de Puebla a Llano con una fuerza de dos mil doscientos sesenta y cinco

hombres<sup>32</sup> y emprendió su marcha llevando orden de atacar a los insurgentes fortificados en Tecamachalco y Tepeaca, como después veremos. La mañana del 30 de mayo pretendieron asaltarlo los americanos en el pueblo de Amozoque, pero fueron rechazados y avanzó hasta Tepeaca. Tornaron a presentársele sobre las lomas de Acatlán y Santiago, de donde fueron desalojados, mas se hicieron firmes en el camino. Destacadas entonces columnas a derecha e izquierda, impidieron éstas que pudieran reunirse para sostener los parapetos de Tepeaca, y aunque se hicieron fuertes en una capilla, también se les desalojó de este punto, y se les tomaron seis cañones de mala construcción.

Estos mismos lugares, teatro entonces de estas derrotas, lo fueron después de la gloria de los americanos cuando militaron el 23 de abril de 1821, al mando del brigadier D. José Joaquín de Herrera, contra las huestes siempre vencedoras del coronel Hevia, a quien mataron ciento once soldados. Los hombres son iguales en todas las épocas, y los hace diferentes la mano del que los maneja y dirige. César venció las cohortes de Lavieno, aunque éstas siempre habían sido vencedoras cuando las mandaba César. El presbítero D. José Rafael Tarelo, uno de los más aprovechados en el convoy quitado a Olazábal en Nopalucan, y que impidió muchos gastos para equipar la división de Arroyo, en esta vez se lamentó conmigo por muchas horas del mal porte que tuvieron las divisiones de Arroyo y de otros en Tepeaca. Aquel punto tiene un castillo en el convento de San Francisco, hecho por Hernán Cortés, y muy bien pudo servir de obstáculo a los españoles si lo hubieran sabido defender los americanos, y habrían impedido las irrupciones de aquéllos sobre las villas. Llano avanzó rápidamente sobre la de Orizaba, dejando atrás el convoy que llevaba al mando del coronel Andrade, que fue atacado por su centro en las cumbres de Acultzingo; los americanos se retiraron por el socorro que contra ellos se envió, bien que hicieron algún daño a Andrade.

32 He visto en la antigua secretaría del virreinato el estado de la fuerza que llevó, y era de este número.

En 10 de junio atacó Llano las baterías que el cura Alarcón había situado en los cerros de Huilapa, las cuales habrían causado bastante estrago a los realistas si aquel comandante americano hubiera tenido una poca espera para romper sus fuegos; pero obrando imprudente e inútilmente, fue atacado por la espalda y desalojado de aquel lugar ventajoso. Lo mismo sucedió al día siguiente en la entrada de la Angostura, cuyas cimas dominantes fueron tomadas por los españoles.

Llano quiso entrar a degüello en Orizaba y aun dio orden a la caballería de que avanzase (gustan mucho los lobos de desmandarse sobre las tímidas ovejas); pero se le presentaron los frailes de San José de Gracia de aquel lugar, y por su mediación revocó la orden. No dijera más Tito, ¡te perdono!...

Sin pérdida de momentos avanzó parte de su tropa para villa de Córdoba, y su comandante Panes vino a Orizaba. No le quiso dejar allí como debiera, porque estaba tachado de insurgente, y le subrogó al coronel Andrade, cuya memoria no recuerdan los orizabeños con grato ánimo.

No puedo omitir un hecho demasiado escandaloso ocurrido en Córdoba en aquellos días. Vivía allí el licenciado D. Francisco Antonio de la Llave, persona recomendabilísima por sus prendas y padre de una honrada familia. Este sujeto, que podía gloriarse de no haber jamás hecho el menor daño a persona alguna, fue muerto traidoramente y sin causa por un español montañés conocido por Francisco Río seco, con un tiro de bala. Formósele inmediatamente proceso por el alcalde ordinario, D. Diego Lemayo, español de acreditada probidad, y le condenó a ser pasado por las armas; no se habría ejecutado la sentencia a no haber estado allí la columna de granaderos, cuyo jefe, D. Ignacio García Illueca, hizo valer los derechos de la justicia. Excitada la Sala del Crimen por algunos europeos, pidió la causa, y no dijo palabra por un procedimiento tan justo. Las personas de los españoles estaban en posesión de ser tenidas por inviolables en la América; la sangre goda poquísimas veces manchó nuestros cadalsos.

El 26 de junio salió Llano de Orizaba conduciendo cuatro mil noventa y ocho tercios de tabaco: atacáronlo los americanos en las cumbres de Acultzingo y en Cuesta Blanca; no dice si tuvo o no pérdida en estos encuentros; pero yo lo que aseguro es que en el año de 1813 que pasé por la carretera de su tránsito, vi muchas osamentas de soldados, faldones de casacas, cabelleras y esqueletos de caballos; vestigios que probablemente no fueron de soldados americanos, sino de españoles. Llano llegó a Puebla el 28 de junio.

Debo asegurar en honor del cura Alarcón que aunque la invasión de Orizaba no se lo hace en lo militar, porque no era ésta su profesión, sí le resulta, y mucho, por el carácter y firmeza de principios políticos con que después se mantuvo; pues cuando cesó enteramente la revolución en aquellos países, él se metió en lo interior de las ásperas montañas de Quimistlán, a hacer carbón: ocupación dura y penosa en que se mantuvo por no rendir su cerviz al yugo español. Este modesto párroco no se jactará, como muchos independientes de pan tierno, de haber hecho servicios importantes a la patria; pero sí abrigará en el fondo de su alma la dulce satisfacción de haber obrado bien, única recompensa y consuelo del hombre bueno. Yo me honro con su amistad, y de haberle acompañado en algunos trabajillos en Huatusco, de donde lo hizo marchar preso para Tehuacán el doctor D. José Ignacio Couto e Ibea, atribuyéndole ideas siniestras de partido a favor del general Rayón, de que estuvo muy distante aquel párroco y bajo cuyo concepto lo consignó a voluntad del Lic. Rosains, que dominaba entonces en Tehuacán con absolutismo insufrible, es decir, en noviembre de 1814.

PRISIÓN DE ALBINO GARCÍA Y PRIMERA ACCIÓN MEMORABLE  
DEL CAPITÁN D. AGUSTÍN DE ITURBIDE

Era muy triste el estado del Bajío para el Gobierno español en la época de que vamos hablando. Campeaba el famoso García, a quien estaba empeñado en perseguir García Conde, el cual dice en su

exposición que me ha franqueado que durante el espacio de diecisiete días no cesó de perseguirlo, alternando con D. Agustín de Iturbide en esta ocupación; ni podía dejar de hacerlo, pues tenía que conducir un convoy riquísimo de platas a México, con el que llegó a Salamanca e hizo salir a Iturbide con una sección de tropa, fingiendo que se dirigía para los Amoles; con ella logró caer al valle de Santiago a las tres de la mañana, y no sólo arrestó a Albino García, sino también a su hermano Francisco, tomándose Iturbide (son sus palabras) la libertad de fusilar allí mismo más de ciento cincuenta hombres, aunque tal vez lo haría (añade) para que no saliesen a molestarlo al camino con la presa tan importante que había hecho y que condujo a Celaya el mismo día.<sup>33</sup>

Este suceso no lo niega el mismo que lo ejecutó, como ni tampoco niega García Conde que recibió en Celaya a Albino en tono de burla, haciendo que disparasen la artillería, sonasen las campanas y se le formase la tropa como a un generalísimo ladrón. Véase la *Gaceta* número 247, de 18 de junio de 1812. Albino García fue pasado por las armas en Celaya la mañana del día 8 de junio en compañía de su hermano, y descuartizado. La saña española no perdonaba a los cadáveres. ¡Estéril venganza!

Esta relación, que indignó a los que la leyeron en Londres en la historia que allí publicó el Dr. Mier, y se ve en el tomo II, página 539, no merece repetirse ahora con las reflexiones del mismo autor que recomiendo.

Yo quiero que tanto el general Iturbide como sus amigos entiendan que no me complazco en deturparlo; él con su propia mano trazó el cuadro que pudiera bosquejar su mayor enemigo para hacerlo pasar en el juicio de la posteridad por uno de los americanos

33 “No puedo formar un cálculo seguro —dice el señor Iturbide— de los que murieron, porque como estaban en diversas calles, casas y plazas, es muy difícil; pero creo llegarán, y tal vez excederán de trescientos... , con inclusión de más de ciento cincuenta que mandé pasar por las armas.” ¡Qué hombre tan clemente! (*Gaceta* núm. 247, de 18 de junio de 1812.)

más despiadados que deshonrarán la especie humana. Un mal poeta formó un epigrama relativo a la muerte cristiana y edificante que tuvo Albino García, cuyo pueril concepto es decir que fue un ladrón tan famoso que por no dejar de robar se había robado igualmente el cielo... ¡Qué gusto, que no está en manos de los hombres defraudarnos de un bien que concede el Señor Dios a quien se lo pide con un suspiro sincero! Por esta acción se concedió a Iturbide el grado de teniente coronel, y desde entonces tuvo abierta la carrera de los empleos y ascensos mayores entre los españoles, de quienes se mostró afectísimo, y en cuyo obsequio inmoló a sus hermanos.<sup>34</sup>

Por estos mismos días el padre Sánchez, de Tehuacán, hostilizó en gran manera a las tropas del mando de Conti, es decir, a los del batallón de América expedicionario. Situóse en las inmediaciones de Atlixco, en el valle de Carreón, y se vio a punto de ser hecho prisionero; pero debió su salvación a la aventurada salida que hizo con un cañón de una hacienda donde lo tenía sitiado, y cuya posición dominaban sus enemigos, en términos de que les volvía las mismas balas que le arrojaban, pues ya se le había acabado el parque.

La siguiente relación es del Sr. García Conde, y esta circunstancia la hace recomendable.

México se hallaba —dice en su manuscrito— en la mayor necesidad, tanto de carnes y víveres como de plata. Salió estrechado de las órdenes del virrey para México, partiendo de Querétaro con sola su división, y con ella tuvo que contrarrestar las fuerzas de Villagrán, que en Huichapan se disponía para atacar el convoy, y aun tenía preparadas carretas para llevarse las platas. Presentóse en el

34 ¿Y nos escandalizamos de la desgraciada suerte que le cupo en Padilla cuando Jesucristo había dicho que el que matara a espada moriría a espada? ¿Son granos de anís y cosa insignificante más de ciento cincuenta hombres mandados fusilar a sangre fría?... ¿Qué habría hecho de emperador? ¿Cuántos de estos infelices habrían sido cogidos a lazo y violentados a tomar las armas por García?... y lo que más estremece, ¿cuántos bajarían a los infiernos sin las disposiciones necesarias para morir? ¿Sobre quién pesa esta sangre?

puesto de Calpulalpan; allí batió la partida de su descubierta, que hizo reforzar con guerrillas de caballería a derecha e izquierda, mientras llegaba el grueso de la división de vanguardia, que rechazó en la cumbre, y obligó a que abandonase la extensión del camino; así es que se replegó Villagrán, y formó en batalla en un llano como a dos mil varas de la izquierda del camino. Tomadas las precauciones para que el convoy no fuese atacado, se decidió a atacar a Villagrán; su infantería era lucida y bien disciplinada, compuesta con la mayor parte de desertores del ejército realista, con la que había conseguido varios triunfos; pero la artillería y caballería no correspondían. Situado en la cumbre del puesto mandó a D. Agustín Iturbide con trescientos caballos para que diese un pronto y repentino ataque, ofreciéndole enviar los refuerzos necesarios como que lo tenía a la vista. El resultado fue tan feliz por defecto de la caballería de Villagrán, que abandonó la infantería y caballería; ambas armas cayeron en poder de Iturbide, quien se le incorporó en la misma mañana. Yo vi entrar en esta ciudad dos cañones calibre de a cuatro, y noté que el uno se llamaba *San Pedro* y el otro *San Pablo*, tales eran sus rótulos, y advertí que estaban regularmente contruidos. García Conde envió a Iturbide desde la hacienda de San Antonio con el parte de lo ocurrido al virrey, y dos días después entró aquél con el convoy.

En esta ciudad había otro de regreso para tierra adentro muy rico, que se confió al mismo jefe; componíase de doce mil mulas y ciento treinta y cinco coches; jamás se había visto convoy de mayor magnitud. Reforzóse la guarnición de García Conde con doscientos caballos, al mando del coronel Monsalve, quien tuvo orden de acompañarle hasta Querétaro, el que salió de México en días tan lluviosos como que en sólo el paso del puerto de Calpulalpan se gastaron tres días; hasta las mulas de los carboneros se cargaron excesivamente, de que resultó quedar muchas de ellas tiradas en el camino; la tropa se mantuvo apostada día y noche, en tanto que llegando las primeras recuas a Arroyozarco, descargaban, y volvían a salir para recoger los innumerables tercios que estaban tirados en el camino; este daño se remedió, porque de San Juan del Río salieron dos mil mulas para



llegar hasta Querétaro, donde debía hacer nuevo ajuste de fletes para seguir adelante.

Este pequeño bosquejo da muy buena idea, principalmente al que ha andado en estas revueltas, del estado de fermento en que se hallaba la revolución en aquella época. Si Villagrán hubiera aguardado a esta sazón para atacar el convoy, su triunfo habría sido seguro, pues llegando apenas la división militar que lo conducía a poco más de mil trescientos a mil quinientos hombres y los que lo acompañaban, incluso los paisanos, y estando demasiado avanzado el temporal de aguas, la tropa no habría podido cubrir sus puestos, y en medio del embarazo en que se hallaba, habría tomado muchos efectos y dinero acuñado, que se llevaba para tierra adentro; mas aquel caudillo nada combinaba acertadamente. Llámanos ahora la atención el otro convoy que Llano condujo para Veracruz, a quien será bueno seguir los pasos, ínterin García Conde se queda en Querétaro descansando un tanto de la fatiga de este penoso viaje.

Don Juan Bautista Lobo, comerciante bien conocido en la extensión del antiguo virreinato y especulador atrevido, ofreció al Gobierno conducir quinientas mulas cargadas de papel para las fábricas de cigarros, siempre que le diese una competente escolta, introduciendo en Veracruz las harinas y otros artículos de que entonces carecía. El virrey mandó que Llano le auxiliase en la empresa, llevando como objeto principal abrir la comunicación de Veracruz a Jalapa, cerrada de todo punto en aquellos días; con decir que, a pesar de las grandes ofertas de los comerciantes, no pudieron pasar de correos frailes, mendigos ni ninguna de esta genticilla la más propia para esta clase de alcahuetería, y que tanto daño nos hizo en la guerra pasada. Algunos que probaron ventura fueron fusilados, y el que mejor escapó tuvo que bizmarse las costillas de los sendos palos que recibió en pago de su demasía.

Partió, pues, de Puebla el general Llano el 3 de julio (1812), y si hemos de estar a los partes que he visto originales, fue atacado en

las inmediaciones del pueblo de Tepeyahualco por los americanos, a quienes su mayor general D. José María Morán, con los escuadrones de México y Puebla, un batallón de la columna apoyado con una compañía de cazadores de Asturias, de tal suerte los destrozó, que a más de quitarles cinco cañones les mató doscientos diez hombres, que dizque quedaron tendidos, y dizque se pudieron contar. Yo entiendo que los azotes del desencanto de Dulcinea pudieron contarse mejor con la camándula de Don Quijote que estos cadáveres, y creo que el Sr. Morán creará lo mismo. Llano, a su llegada a Jalapa, que parece fue el 11 de julio, la halló bastante conmovida. Su juventud, llena de entusiasmo, había procurado sacudir el yugo opresor; al efecto se habían celebrado varias juntas, pero no tan secretas que no las entendiera aquel gobierno, que acechando a sus autores los obligó a marcharse para Naolinco, donde crearon una Junta que tomó este nombre; mas como buenos hijos de españoles y amantes de honores y distinciones, emplearon el tiempo precioso que debieran en organizar la fuerza en determinar qué tratamiento deberían tener sus vocales; y he aquí representada de veras la fábula de los conejos y los galgos, que temo se repita muy aína entre nosotros. Llano, pues, se aprestó para atacar a esta naciente corporación. Antes que este general, el teniente coronel D. Antonio Fajardo, comandante de la villa de Jalapa, había reunido quinientos hombres de varios cuerpos que existían en aquel lugar; con esta fuerza atacó al americano Bello, que se había situado en el punto llamado de las Alturas de la Orduña, y el ingenio grande, donde a viva fuerza logró ocupar dicho puesto; en esta acción, una compañía de urbanos, y cuya mayor parte era de europeos, cometió las mayores crueldades, degollando a muchos de los rendidos. El mismo Fajardo tomó en Coatepec cinco cañones, incluso uno de madera muy largo que llamaban *El Toro Pinto*.

Cuando Llano emprendió su expedición para Naolinco, mandó que Fajardo, con la división referida, saliese por Jilotepec, mientras él tomó por la llanura de los Garcías; mas apenas disparó el primer cañonazo cuando la Junta acaudillada por el coronel D. Mariano Rincón marchó para Misantla; en la persecución de éste halló Llano siete

cañones que tenía escondidos. Antes de que se hiciese esta expedición había salido otra de Jalapa para Perote a fin de traer víveres y municiones al mando del capitán Ramiro; atacóla en el punto de La Joya el guerrillero Arroyo, y aunque no logró detenerla en su curso, le hizo algunos muertos y heridos; entre los primeros se contó a un don N. Campillo, y entre los segundos a un D. Manuel Carazo. El mismo Arroyo hizo varias tentativas sobre la villa por el rumbo del Norte: en una de ellas sorprendió a los vigías del cerro de Macuiltepec, y después de asesinarlos, se ejecutaron en ellos mutilaciones de miembros tan crueles como indecentes, y que sólo prueban el furor y barbarie de sus ejecutores.

Nada da idea más completa de la situación de Jalapa en aquellos oscuros días como una pequeña cartita que he hallado en la correspondencia del conde de Castro Terreño con el virrey Venegas; súponese copia de una escrita en Jalapa y dirigida al general de Veracruz don José Dávila; dice así:

Aprovecho el regreso del correo que despachó Lobo a Veracruz, el cual tuvo que volverse de San Miguel del Soldado, porque es imposible rebalse nadie ni de aquí, ni de allá, si no baja una división fuerte.

Hace dos meses que no sabemos de Veracruz, y estando Jalapa cercada con cuatro reuniones numerosas, sufre continuos ataques. De aquí la auxiliamos con cerca de cuatrocientos hombres del disperso convoy, con un cañón de a seis y bastantes municiones. El ingeniero Camargo se halla de comandante de armas en Jalapa.<sup>35</sup> Los enemigos están en posesión de toda la sierra, situados en Jalacingo y Teziutlán, y aun creo que de toda la costa. Lo mismo sucede de Jalapa a Veracruz, y en Naolinco está el cuartel general del cabecilla Rincón. Todo está interceptado sin que pueda transitarse a parte alguna. Los insurgentes dan vista a este castillo, el cual sufre un estrecho bloqueo, sin que entren víveres de ninguna parte, va para dos meses.

35 Lo estaba; pero Fajardo hacía las salidas; Camargo era incapaz de ello.

El día 8 de junio (1812) se descubrió en el fuerte una conspiración fraguada por un sargento del fijo de Veracruz, para entregarlo a los rebeldes, y asesinarlos antes a todos; sorprendieron a los cómplices; en el instante se creó un Consejo de guerra permanente, y a los ocho días fueron los reos pasados por las armas en los fosos del castillo, en número de trece, quedando establecido el Consejo para despachar, como sucede con frecuencia a todo pícaro que cae iniciado o es reo de infidencia.<sup>36</sup> También se estableció una junta de generales para las operaciones militares y arbitrar recursos con que pagar la guarnición, pues hace cuatro meses que no vienen caudales de esa ciudad ni de otra parte.

Hay pocos que sepan el pormenor de la indicada conspiración, en la que sabemos que pereció un D. Vicente Acuña. En Veracruz también se había formado otro Consejo de guerra permanente que inmoló varias víctimas: el de Perote era presidido por Olazábal, y éste por Moreno Daois. ¡Qué analogías no se encuentran entre uno y otro jefe! Ambos deturpados con las notas de cobardes e ineptos, como se ha mostrado en la serie de esta historia.

En 24 de julio salió el general Llano de Jalapa para Veracruz; no permitió que su tropa entrase en la plaza por la enfermedad, y la dejó en Santa Fe; sólo él entró y se mantuvo allí veinticuatro horas hasta habilitarse, recogiendo el cargamento que salió en más de dos mil mulas. Encontróse con la novedad de que habiendo llegado de España el batallón de Castilla con mil trescientas plazas, y otro del mismo nombre y número, de Campeche, el comandante del primero, D. Francisco Hevia, pretendió salir fuera de los muros de la plaza a expedicionar, y apenas pudo caminar dos leguas, rodeado de insurgentes, que le menudearon muchas balas, y asaz fatigado de calor, mosquitos y mucha lluvia, tuvo que volver a la plaza. Entonces el vómito atacó a aquella tropa, de modo que en brevísimos días pe-

36 Esta conducta enérgica salvó a los españoles entonces, y nos salvaría a nosotros si la usásemos. México es un bosque de ladrones, y la paz pública se ve alterada impunemente. ¡Quién lo creyera!

reció una cuarta parte de ella. De este modo el Cielo, clemente, nos disminuyó el número de aquellos hombres feroces que llenaron después este suelo de luto, y que presididos de su jefe, el más audaz que hemos conocido, dejó por donde pasó, a semejanza de una pantera, la huella ominosa de la desolación. La serie de la historia nos presentará hechos que comprueben esta dolorosa verdad. Dios no quiso llevarse a Hevia en aquella desgraciada situación para su tropa, sino que lo conservó hasta el 16 de mayo de 1821, que murió en Córdoba atacando aquella plaza. Llano engrosó su división con ochocientos de estos soldados, hasta Jalapa. En su tránsito tuvo pequeñas escaramuzas con los americanos, a quienes rechazó, no con las tropas expedicionarias, sino con las criollas, acostumbradas a este género de táctica de árabes, o sea de medos, más terribles en su fuga que cuando presentan los cuerpos en formación. Llano también marcó su crueldad colgando cuatro cadáveres en los extremos del Puente del Rey, donde tuvo una pequeña acción y quitó un parapeto y un cañón a los americanos.

Como me he propuesto dar a usted una idea de los principales ataques que tuvo Jalapa, para presentar lo esencial de su historia en un solo punto de vista, me será permitido que refiera aquí algunas acciones de guerra, ocurridas con posterioridad a la salida de Llano para Puebla; de éste hablaremos después, y le acompañaremos en su regreso, así como lo hicimos a su venida.

#### ATAQUES A JALAPA Y SALIDAS DE SU GUARNICIÓN

El coronel D. Mariano Rincón, que reunía el voto de la juventud de Jalapa, aunque censurado por otra parte por sus disipaciones, recibía grandes socorros con que en breve repuso sus pérdidas, vistió y equipó su tropa, y se puso en disposición de imponer a la guarnición de la villa. Reuniósele el general D. Nicolás Bravo, enviado por el Sr. Morelos, y el crédito personal de dicho jefe bastó para que en breve se le reuniese la mayor parte de la tierra caliente. Rincón salió de Misantla, donde había reparado sus quebras, y se situó en Coatepec, a

donde fue Hevia con su batallón a atacarlo, llevando otros cuerpos de la guarnición de Jalapa; pero fue derrotado, y herido en la acción el Adonis de la oficialidad, es decir, D. Pedro Landero, joven bien apuesto y flamante.

En 11 de noviembre ya obraron los americanos ofensivamente sobre Jalapa: Bravo y Rincón asaltaron el lugar guardando el orden siguiente:

En la garita de Veracruz se situó la caballería, en su mayor parte con un cañón de a doce.

El capitán Martínez se colocó en Techacapa, camino de Veracruz a México, con otra pieza, calibre de a dos, que situó en la altura del puente de Lagos. Lázaro Utrera, con otro cañón del mismo calibre, se colocó en la altura del Calvario con parte de la infantería.

Por el potrero y valle de Santiago se situó la tropa de Coatepec con su comandante Bello, y por los cerros una porción de infantería y caballería al mando del valiente Francisco Susunaga, mulato de Veracruz. Por este punto se presentó la valiente tropa de Hevia en número de trescientos hombres, la cual sufrió el fuego de todas las lomas, y se vio a punto de perderse. Sobre el mismo Hevia se lanzó un negro que lo iba a hacer pedazos; pero tuvo la fortuna de meterle el bastón por la boca, a cuya sazón un soldado le dio muerte.<sup>37</sup> Utrera,

37 Era indecible el valor de Hevia, y más la facilidad con que se irritaba, por lo que jamás traía espada, y aun en los ataques entraba con un ligero bastoncillo. En medio de esto tenía virtudes que reconozco y aplaudo; no amaba el dinero; para él, el mayor crimen era el de la insurrección; por lo demás, amaba la justicia con entusiasmo, siempre se pronunciaba por el pobre contra el poderoso y aun parece que tenía complacencia en humillar a los de alta clase. Su amor a la disciplina era extremado: a ningún batallón expedicionario se le conoció tanta como al suyo. No perdonaba la menor falta. Hevia fue mi enemigo personal, y estuve a punto de ser fusilado por él en Veracruz cuando fui preso, y leyó las minutas de los oficios que dirigí al conde del Venadito desde Tehuacán contra él, en que lo pinto como un tigre ferocísimo. Sin embargo, yo respeto sus buenas partes y me honro de publicarlas. (*Laudo in hoc, in hoc non laudo*, decía San Pablo.) Hevia conoció, poco antes de morir, la justicia de nuestra independencia; sosteniendo la integridad de las Españas, obró contra los sentimientos de su corazón, de modo que en Orizaba dijo, cuando caminaba para Córdoba, a un amigo suyo (que tenía pocos): “Heme aquí como un suizo, precisado a morir por el que me paga.”

por el rumbo de la carnicería, logró asaltar los parapetos. Por buena dicha de los sitiados lograron desmontar el cañón de a doce de los americanos, circunstancia que los obligó a tratar de retirarse, pues los jalapeños se defendían con mucho vigor, teniendo dentro de sus cortaduras más de mil hombres de línea, y todo el paisanaje armado, con mucha vigilancia de los españoles sobre la conducta de cada miliciano. Hallábase en aquella sazón D. Rosendo Porlier en la villa, ya de retirada para España, con parte de su batallón de Marina, formado de las tripulaciones de *Atocha* y de otros buques; y aunque le cedía el mando de la acción el teniente coronel Fajardo, y lo mismo a Hevia, no lo quisieron aceptar, contentándose con ser auxiliares en defensa de la plaza. El ataque comenzó a las dos de la mañana, y se concluyó a las diez del día. Los americanos se retiraron a varios puntos, y después de este suceso, Bravo se colocó en San Juan Coscomatepec, donde después fue atacado inútilmente por Conti, y también sitiado con más de tres mil hombres por éste y el coronel D. Luis del Águila; salió con la misma gloria cuando quiso, y del modo que quiso, emulando la heroica conducta de su digno maestro en el arte de la guerra, el general Morelos, en la memorable retirada de Cautla.

#### PERSECUCIÓN DEL CLERO DE MÉXICO POR EL GOBIERNO

El convoy de Llano llegó a Puebla, y después el tabaco a México sin novedad particular; hecho que aumentó los recursos del Gobierno, a par que su insolencia, pues en aquellos días se había publicado el famoso bando del virrey Venegas, previo voto consultivo del acuerdo de oidores, siendo su principal objeto castigar de muerte a los eclesiásticos, luego que fuesen cogidos con las armas en la mano, lo mismo que a los seculares, sin necesidad de precedente degradación: tal era la letra y espíritu del artículo décimo de dicho bando. Yo no alcanzo cómo en la astucia de Venegas pudo haber dado un paso tan impolítico como éste, que le acabó de conciliar el odio de toda la nación, y de dar

el último impulso a la revolución comenzada. Esta providencia contraria a la inmunidad, ya ejecutoriada desde el año de 1811, se dió en 22 de febrero, y reencargó su ejecución a Calleja... “Principalmente — le dice— si fueren clérigos o frailes, por lo más escandalosa que es en esta clase de gentes aquella especie de delitos.”<sup>38</sup> Véase lo que sobre esto dije en una de las cartas de la primera época, primera edición. No es fácil explicar el disgusto que produjo el bando, y los efectos contrarios a la voluntad del Gobierno. Muchos eclesiásticos que amaban la revolución, pero que no habían dado un paso para entrar en ella, volaron a unirse a los cuerpos insurgentes, diciendo que ya no peleaban por los derechos de la nación, sino por la inmunidad de la Iglesia, vilipendiada en sus ministros. El general Matamoros, que a la sazón estaba en Izúcar levantando su división, comenzó luego a reclutar la gente más robusta del campo, con la que por entonces levantó un escuadrón de dragones que llamó de San Pedro, y que obraron como fieras cuando atacó con ellos al batallón de Asturias en Agua de Quichula, o sea San Agustín del Palmar.<sup>39</sup> Dio a su tropa por insignia una gran bandera negra con su cruz roja, semejante a la que usan los canónigos en la seña del Miércoles Santo, con las armas de la Iglesia, y un letrero que decía: “Morir por la inmunidad eclesiástica.” He aquí el resultado de esta medida acordada en el tenebroso consejo de Venegas.

En el próximo mes de julio, una porción de eclesiásticos hicieron una exposición al Gobierno reclamando sus fueros y privilegios, y remontándose hasta el origen de la inmunidad eclesiástica: si se hubieran limitado a pedir el amparo en el goce de ellos por el interdicto legal, tal vez no se habría reputado por insidiosa, pues el recurso era llano y de justicia incuestionable; pero se le dio vista al Cabildo sede vacante, y éste al promotor fiscal; esto fue lo mismo que caer en brasas, pues un canónigo español (el Sr. Fonte) extendió secretamente el pedimento que echó a rodar la solicitud, y apoyó el Cabildo, regentado por el Dr. Beristáin. Muy luego éste formó una

38 ¿Qué otra cosa se hizo en Tenango?

39 El 14 de octubre de 1813.



circular en que se remonta igualmente al origen de los privilegios eclesiásticos, y por ellos quiere confutar la pretensión. Estos escritores olvidaron torpe y groseramente que pugnaban con las leyes antiguas de Indias, con el real decreto de 19 de noviembre de 1799, con la ley 71 del código Carolino, que habla de la jurisdicción asociada; con la ley 11, tít. 23, lib. 12 de la novísima Recopilación de Castilla; con el hábito de respetar a los eclesiásticos, cuyo origen se debió al mismo Hernán Cortés, y con el que ya tenían estos pueblos siglos atrás de venerar hasta los caprichos de los Temacastles.

Por tanto, esta lucha fue tan escandalosa como desigual. Aumentó el disgusto general el golpe de energía que quiso dar el Gobierno por medio de la Junta de Seguridad, a la que fueron llevados los eclesiásticos que firmaron la representación, dando margen a esto la debilidad con que algunos retractaron sus firmas. Esta comparecencia fue un sínodo donde Bataller examinó las opiniones de muchos, entró en disputa académica con algunos, se burló de todos con su sonrisa maligna, y a algunos los hizo retractar. El oidor D. Pedro de la Puente también dio a luz una traducción del célebre Daguesseau como si fuese obra suya para justificar el decreto del virrey, y un eclesiástico autor del sueño mefítico que tanto escandalizó en junio de 1810, no dejó de apoyarlo con más animosidad que solidez, acompañándole otro excesivamente declamador y anatematizador de la insurrección en los pulpitos. ¡Qué días, buen Dios, aquéllos para México! El Gobierno persiguió de muerte a los que tuvieron parte o influjo en la exposición dicha, siendo el primero el licenciado D. Bernardo González Angulo, que tuvo que ponerse en cobro y que abandonar su familia, época en que data la serie de infortunios que lo han abrumado, padeciendo hasta tres duros arrestos. En los días de la libertad de imprenta en que se renovó esta cuestión, los defensores de la inmunidad pusieron de peor condición esta causa.

Paréceme que la posteridad dudará creer que los españoles, siempre acuciosos en alejar los males de sí, esta vez hayan sido tan descuidados en evitar los que infaliblemente debieran venirles, según

la naturaleza de su Gobierno, no menos que por las preocupaciones de sus pueblos.

Entre los escritores de estos días amargos apareció un D. Florencio Pérez Comoto, venido de España con el destino de segundo cirujano de la fragata *Brígida*, tenido después por médico, encargado del hospital de San Carlos, de Veracruz, y erigido en consultor y oráculo del gobernador de aquella plaza, D. José Dávila. Este mismo doctor médico tuvo gana de hacer del político, porque nadie está contento con su suerte, y he aquí que en vez de escribir de pulsos, orinas, diarreas e incordios, se le antojó escribir un tratadito intitulado *Impugnación de algunos errores políticos que fomentan la insurrección de Nueva España*; aprobóle con altos elogios el canónigo Beristáin, y ciertamente que el escritor sacó no poca utilidad de ello, pues pasó a ser amigo de Venegas, y a entrar en su camarilla privada. Este es el primer papel que suscitó la tempestad del clero, y aumentó después la sociedad de personas encargadas de escribir el periódico medio ministerial intitulado *El Amigo de la Patria*; pudo cambiársele en el de *Enemigo*. Dióle sus varapalos muy buenos el editor del *Jugueteillo* en el tercero y cuarto números, y causó mucho sobresalto a la audiencia de México, como lo muestra en las quejas que dio a las Cortes de Madrid en su informe reservadísimo de 12 de noviembre de 1813, constante de doscientos setenta párrafos, oponiéndose al establecimiento de la Constitución española en esta América, y clamando por el antiguo bárbaro y opresor. Quéjase este cuerpo amargamente del autor del *Jugueteillo* en varios párrafos; pero principalmente en los 87, 81 y 82. ¡Qué distante estaría entonces esta corporación de que viéramos algún día sus opiniones estampadas en aquel papel de un modo tan escandaloso y bajo! Adiós.

## CARTA QUINTA

Querido amigo: Yo quisiera tener aquí la lista de todos los sacerdotes muertos en virtud del bando de Venegas, y con mucho gusto la remitiría a usted; operación de esta naturaleza sólo pudiera lograrse si de consuno se formara por todas las secretarías de gobierno de las mitras de la República mexicana. El mundo se escandalizaría del copioso número de preciosas víctimas que se inmolaron por nuestra libertad, por este bien que ahora poseemos y no apreciamos dignamente; haré memoria de una u otra, pues las circunstancias de atrocidad con que fueron sacrificadas la han grabado profundamente en mi corazón.

Debe ocupar el primer lugar en este martirologio el presbítero D. José María Guadalupe Salto, vicario de Teremendo, en el obispado de Valladolid de Michoacán, a quien se dio garrote inútilmente, martirizándolo, y después se fusiló en aquella ciudad, la mañana del 9 de mayo de 1812, según consta en la *Gaceta* número 243, de 11 de junio del mismo, tomo tercero.

Salto había estado preso en la cárcel de Valladolid, no porque hubiese sido insurgente ni dañado a nadie, sino porque lo era su hermano, que obtenía grado de coronel en las tropas americanas. Dióle libertad Trujillo cuando Valladolid se libró de caer en poder de los insurgentes en junio de 1811, y en esto no le hizo favor, como ni tampoco a otros trescientos hombres que tenía prisioneros en aquella cárcel. Salto ocurrió a su prelado Abad y Queipo con un memorial, en que le muestra su inocencia y le suplica le conceda licencias de celebrar y administrar; esta exposición pone de manifiesto la inmaculada conducta de este eclesiástico, y es su apología más cumplida; poséolo original, extraído de los papeles de aquel obispo electo, por uno de los que los revisaron cuando marchó llamado para España, y lo puedo presentar autógrafa, es decir, de puño y letra del padre Salto; dice así:

Illmo. Sr.: Yo el Br. D. José Guadalupe Salto, clérigo presbítero y domiciliario de este obispado, con el mayor rendimiento y respeto que puedo y debo, ante V. S. I. parezco y digo: Que siendo V. S. I. mi superior, no puedo menos que quejarme de la cruel e injusta persecución de mis enemigos, pues no contentos con haberme cautivado la primera vez, todavía me buscan. Yo por tal de que no me persigan no me he querido reunir con las tropas americanas, ni aun andar con mi hermano, y por eso más bien ando huyendo, durmiendo en los montes, en las cuevas, en los campos, y quedándome muchas veces sin comer, o sin cenar, o sin desayunarme; y sin embargo de no juntarme con los que llaman insurgentes, me buscan y persiguen los europeos, considerándome como abandonado de mis prelados, y con este género de vida me inutilizo para el ministerio, y aun muchas veces no puedo rezar el oficio divino. Yo me había recogido unos días en las casas curales de Teremendo, donde antes administraba, cansado de andar de aquí para allí, y con el fin de rezar el rosario con el pueblo; y sabido esto por los europeos, fueron a cogerme, aunque no me hallaron; pero me robaron muchas cosillas de lo poco que en la primera vez me dejaron, y querían quemar el templo y las casas curales, y como no me hallaron, dejaron orden en el pueblo para que me prendan y me entreguen<sup>40</sup> y que no me consientan en sus casas; lo que hacen por temor mis infelices feligreses, habiendo sido por mí hartados de sana doctrina y sacramentos, con tanta franqueza en todo el tiempo que allí estuve administrando, trastornándose así la caridad y la religión, por falta de administración. Y así suplico humildemente a V. S. I. que mire y hable por mí para que no me incomoden,<sup>41</sup> porque si no, me veré obligado a meterme de soldado para defenderme y tener con qué mantenerme.

Pero espero de la benignidad de V. S. I. que me amparará, me refrendará mis licencias de celebrar, confesar y predicar, y socorrer

40 En el texto dice *entrieguen*.

41 A buen santo se encomienda el padre Salto; ya veremos cómo correspondió el Sr. Queipo a esta humilde súplica.

espiritualmente a mi pueblo de Teremendo, que ahora se halla sin doctrina, sin orden, sin misa y sin confesión cerca de cinco meses. Por lo cual, estando yo ausente, han muerto cerca de veinte sin confesión.

Esta es la gracia que pido para gloria de Dios y bien de mis prójimos, y por no malestar a V. S. I. no le escribo otras cosas que yo quisiera. —Teremendo, octubre 30 de 1811. B. LL. PP. de V. S. I. —*José Guadalupe Salto*.

Tal es el memorial que tenía el Sr. Queipo en su poder cuando decretó la consignación lisa y llana del padre Salto a la potestad de las tinieblas, para que derramase la sangre de este justo, mejor diré, para que la bebiesen y se saciasen aquellas fieras devoradas de la rabiosa sed de la vida de un sacerdote respetable por su persona y virtudes; pero virtudes tan públicas, como que todo Michoacán sabía que por escrúpulos de conciencia estuvo mucho tiempo el padre Salto sin ordenarse de presbítero, hasta que se le mandó por el señor obispo Fr. Antonio de San Miguel. Ese memorial, que en todos tiempos será su aureola y su más justa vindicta, a par que un terrible acusador delante de Dios y del Sr. Queipo, muestra un hombre sincero, justo, deseoso del bien espiritual de los hombres; un corazón bien intencionado, al mismo tiempo que perseguido y robado indignamente por las tropas españolas; pero cuando nada de eso hubiera ocurrido, ¿quién autorizó al Sr. Queipo para que por una simple insinuación de Trujillo hubiese entregádole a este sacerdote, sin habersele formado el menor proceso, ni justificado sombra de crimen? ¿Para que sin audiencia ni aun de proceso verbal lo declarase irregular y excomulgado? ¿No es éste aquel mismo *número* hombre que en el año de 1799 formó, como él mismo asegura,<sup>42</sup> la representación sobre la inmunidad personal del clero, en que hace tantos fieros, y muestra tanta repugnancia a la asociación de las dos jurisdicciones para juzgar a los eclesiásticos en las

<sup>42</sup> Corre impresa con otras varias obras suyas en la oficina de Ontiveros. Año de 1813.

causas criminales y atroces?... ¡Qué cambio de ideas es éste! ¡Qué trastorno de cerebro! *Si non conderanas eurn, non es amicus Cesaris*. Este es un prevaricato muy escandaloso. El Sr. Queipo entregó esta víctima por ganar el aprecio de Trujillo y Venegas. Salto no era criminal, ni había motivo para perseguirlo como a una fiera cuando no hacía daño ninguno, metido en una cueva, de donde lo hizo sacar el oficial Juan Pesquera, cuando lo prendió. Este es un cúmulo de iniquidades que apenas osaría cometerlas un hombre falto de sentido común, educado entre leopardos, y que se hacen muy más reparables en un prelado dotado de ingenio y sabiduría, y de cuya bondad se había implorado una gracia, encaminada al bienestar de un desdichado que vagaba errante por los montes, y que aun en medio de aquel desamparo quería ser beneficioso al pueblo de Teremendo, cuyos hijos morían abandonados sin confesión ni auxilios espirituales.

No se leerá con menor indignación por nuestros pósteros la desgraciada historia y triste suerte que cupo al presbítero D. Manuel Sabino Crespo, cura de Ríoondo, en el obispado de Oaxaca, y electo segundo diputado por aquella provincia para el Congreso de Chilpancingo. Acordada la traslación de este cuerpo a Oaxaca por la pérdida de la batalla de Puruarán, marchó Crespo para aquella ciudad; mas ocupada ésta por las tropas del Gobierno español, consecuente a sus principios, no quiso Crespo someterse a su yugo, y se efugió al ejército del general Rayón. Fue sorprendido la mañana del 25 de septiembre de 1814 en Zacatlán, y hecho prisionero con Crespo el célebre artista D. Luis Alconedo: ambos fueron conducidos a Apam con el ejército vencedor: Calleja decretó su muerte por tener el placer de hacer morir a un vocal de una Junta de tanta nombradía y que más le había dado que sentir. Animado de iguales principios el obispo Bergosa, apoyó su decapitación, no obstante que había sido testigo en Oaxaca de las virtudes de dicho eclesiástico. Respetólas más el comandante Águila, y no quiso efectuar la ejecución militar decretada. Para que se llevase adelante, se confirió el mando de la división de Águila al brigadier D. José María Jalón, quien asimismo mostró un

gran sentimiento; pero urgido por las órdenes del virrey, dispuso que se efectuase la sentencia, y que fuesen sus ejecutores los soldados del batallón de Guanajuato: sensibles éstos, como testigos de la ejemplar conducta de Crespo, hicieron una exposición al comandante para que los librase de tan duro precepto: mandóse entonces que lo cumpliera el piquete de Marina que existía en Apam y había entrado en Zacatlán: sus soldados no rehusaron este encargo. De hecho, Crespo fue ejecutado, y murió sellando su amor a la libertad con su sangre. Sus lecciones fueron muy enérgicas, y sus últimas palabras muy eficaces; jamás cesó de repetir que la causa porque moría era justa, y la revolución santa y necesaria. El día de su muerte fue para Apam un día de duelo. Lloróse sobre su cadáver: el suelo manchado con sangre tan preciosa no se pisó ni aun por los malos sino con respeto; nadie se acercaba a la silla en que se le sentó para sufrir el golpe sino temblando, y como si el Cielo fuese ya a descargar un rayo de indignación para vengar la sangre de aquel ungido... Encendiéronse velas por muchos días y noches; dijéronse misas allí mismo, y el instrumento del suplicio fue bañado con lágrimas de los hombres sensibles. En derredor de él se hicieron votos por la paz y descanso del que murió implorando la misericordia y el desengaño de los mismos que le inmolaban. ¡Dios justo! ¡Yo venero tus arcanos, y mucho más bendigo aquella misericordia que usaste conmigo!... Yo debí morir con Crespo: yo le avisé en tiempo del peligro que le amenazaba; mas él confió en la bondad de la causa y en la inocencia de su corazón y no tomó como yo las medidas de seguridad oportunamente para ponerse en cobro.<sup>43</sup>

43 Debí mi salvación a la buena diligencia de mi esposa, que con sus propias manos ensilló mi caballo. A la salida de Zacatlán se zurró el estopín de una culebrina nuestra, pasando junto a ella, y esto la libró de perecer. A poco andar un dragón de Águila avanzó sobre ella, y al agarrarla por el cuello del ridículo, su caballo dio una cejada y la libró de caer en sus manos. Al entrar en la barranca de Cuautlapa, cerca de Orizaba, nos salieron a robar creyéndonos gachupines contrabandistas; le tiraron un balazo a quemarropa con una pistola, y le pasó la bala bajo el arco del brazo. Tuvo tanta serenidad, que distinguió con la luz del fogonazo el color de la chaqueta del agresor; después éste se presentó a pedirnos perdón; mi mujer tomó la luz de una vela en un rancho inmediato, y me comprobó que el vestido era de indiana con motas azules, como me había dicho, y yo no quería creer... Todo esto lo recuerda como si no hubiese pasado por ella. Huye de los aplausos.

Dentro de pocos días ocurrió un suceso que demostró al pueblo y guarnición de Apam la injusticia de esta muerte. Una partida de insurgentes se acercó a tirotear y provocar a los realistas; mandaron éstos otra que los ahuyentase; iba en ésta un tal Juan García; que fue uno de los marinos que fusilaron a Crespo, el cual recibió un balazo, pero tan cerca que comenzó a arderle la ropa; temió que los americanos se le cargasen al machete: echó a huir y se ocultó en un almiar de paja que estaba inmediato, cubriéndose con ella cuanto más pudo, para sustraerse de la vista de sus enemigos; él ignoraba que ardía su ropa, tal vez sobrecogido del miedo, cuando he aquí que de repente se incendia aquella enorme masa combustible, y en ella es abrasado. También sucedió que pocos días después de muerto Crespo, pasaba un soldado montado en una mula de su silla, que le robaron en Zacatlán, por el mismo lugar de la ejecución, manchado aún con su sangre; recatábase la bestia, y no había modo de dar un paso adelante por más que la espoleaba el jinete; mas de repente da un horrendo bramido, y cae muerta en el mismo lugar.

Usted estimará estas anécdotas como hechos verdaderos o como consejas; pasó el tiempo de las grandes creederas en milagros, pero aun estamos en el de conocer la verdad e injusticia con que se ejecutó este asesinato, en un eclesiástico de los más virtuosos y sabios de la provincia de Oaxaca: en un hombre que la edificó con su ejemplo, y cuya memoria no se recuerda allí sino al paso que se relatan sus ejemplares virtudes... “Dejad —dijo Jesucristo— que me aplaudan los niños, porque cuando ellos callaran, hablarían las piedras.” ¿A qué corazón, por corrompido e insensible que sea, no conmoverá la relación de los hechos referidos? ¿Quién no se consternará de que los pastores, en vez de librar a sus ovejas, hayan sido los primeros que las han puesto en las fauces de los lobos para que las despedazasen? ¿Y por qué? Por miras terrenas y de política: pocos comandantes militares dejaron de teñir sus manos en sangre de sacerdotes... Dióseles potestad de obrar el mal, y rodearan la tierra como Satanás (según el autor del libro de Job), para plagarnos de desdichas; lo sensible es



que en este catálogo tiene un distinguido lugar el famoso Iturbide, tanto por lo que hizo con su condiscípulo el padre Luna, a sangre fría (como refiere el autor del Bosquejo de sus atrocidades), como por lo que él mismo informa al conde del Venadito en la *Gaceta* núm. 682, de 12 de enero de 1815. Dice en esta parte que fusiló al padre D. Francisco Sáenz, hecho prisionero en la acción de Puerto Colorado de la presa de Curámbaro. Yo escribo estas líneas por los que preocupados lloran aún su ausencia, y creen que la América mexicana perdió con ella un protector magnánimo de las inmunidades eclesiásticas, y un segundo Constantino. Juzguémoslo, no por conjeturas, sino por lo que él mismo escribió de sí, y digámosle: *De ore tuo judico te*. Es razón oportuna.

Queda reservado a una pluma mejor cortada que la mía analizar una multitud de asesinatos atroces, ejecutados en virtud del bando de Venegas contra los eclesiásticos; creo haber cumplido con la que corresponde al que sólo escribe un *Cuadro*; seré censurado de muchos, porque en el día todo hombre que respeta al sacerdocio y sus ministros pasa por un iluso mentecato. ¡Ah! No me falte el último de ellos que bendiga mi último suspiro, y los beneméritos de esta clase privilegiada reciban en estos periodos un claro testimonio del aprecio que me merecen.

#### ATAQUE DE TULANCINGO

Juzgo deber hacer mención aquí del famoso ataque que los americanos del Norte, reunidos en Zacatlán, bajo la dirección de D. José Osorno, y de su segundo D. Vicente Beristáin, dieron al pueblo de Tulancingo, desde los días 24 al 27 de junio de 1812. Como estuve en Zacatlán pocos meses después de haber ocurrido este hecho, pude averiguar que la reunión pasaba de dos mil hombres, los cuales, situados por diversos puntos del lugar, dieron diferentes combates bruscos, en los que perdieron un cañón grueso, compañero de otro

que vi llamado el *Nopal*, y que sería del calibre de a doce. En los principios los ataques fueron recios y sostenidos; pero como los invasores hallaron una resistencia que no esperaban, y que supo oponerles el comandante D. Francisco de las Piedras, fueron aflojando, en términos de que fue necesario tratar de hacer la retirada, ora porque Beristáin se vio herido de una pierna, ora porque temieron el auxilio que venía a la plaza del Real de Pachuca al mando de D. Domingo Claverino y D. Rafael Casasola. En estos ataques se distinguió por los americanos el citado Beristáin, y por la parte de los españoles D. Carlos María Llorente, quien desde esta época comenzó a figurar y después fue comandante de una división. Si hubieran tenido los de Osorno la constancia y disciplina indispensables para atacar, habrían ocupado la plaza, pues ya les escaseaban las municiones a los sitiados, y tenían además dentro de ella, de los mismos jefes, varios partidarios secretos, y aun oficiales, como D. Diego Manilla, el cual poco después se pasó a Montañó y no dejó muy buen nombre en el departamento, como veremos en la serie de la historia.

#### ACCIÓN DE JERÉCUARO POR D. RAMÓN RAYÓN

Nadie ha dudado hasta ahora que el estado de guerra civil es una de las mayores plagas con que el Cielo puede afligir a los pueblos; rómpense por él todos los más dulces lazos que unen a la sociedad; el padre sacrifica al hijo por una opinión, y el hermano inmola a su hermano tranquilamente, y lo tiene por el acto más heroico de civismo. ¿Quién de los que han leído las cartas de la primera época podrá saber ahora sin conmoverse que D. Mariano Ferrer, hermano del licenciado don Antonio, decapitado en un patíbulo por los españoles, sería uno de sus mayores amigos, y que en defensa de su tiranía, él por su parte derramase sin tasa la sangre de sus hermanos en el pueblo de Jerécuaro, que se le tenía confiado? Pues así se verificó, y de ello da testimonio la proclama inserta en la *Gaceta* núm. 257, de 27 de junio de 1812, y la 251 del mismo año, circulada por Ferrer.

La sorpresa que dio a un destacamento de americanos en Maravatío en 2 de dicho mes, las ejecuciones militares que allí hizo, principalmente en los que iban a traer azufre del cerro Agustino, cerca de Celaya, obligaron al general Rayón a que mandase a su hermano don Ramón que lo atacase. Hízolo así el día 2 de septiembre, llevando ciento sesenta infantes y sesenta caballos, con cuatro cañones, dos de a dos, y otros tantos de a cuatro, y al efecto caminó de noche e hizo marchas forzadas por veredas desconocidas. En el punto del Salitre logró prender a Ferrer hiriéndole, y llegando al pueblo de Jerécuaro, atacó primero el cementerio, muy tenazmente defendido, y después la iglesia, donde la guarnición se había hecho fuerte; allí hizo prisioneros doscientos nueve hombres, y tomó doscientos fusiles y dos piezas de a cuatro. Los rancheros de las inmediaciones pidieron la muerte de Ferrer, pues en tres meses que había existido allí había pasado por las armas a ciento treinta infelices, y aun el día en que se le prendió tenía dispuesto fusilar a seis. En el acto de arrestársele caminaba para el pueblo de Tarandacuau a sorprender a un diezmero llamado el *Tinajero*. Como en el acto de prender a Ferrer fue lastimado y estaba harto fatigado, una pobre negra le impartió los auxilios que permitía su triste situación; mas ¿quién era esta mujer, preguntará usted?; era una infeliz a quien pocos días antes Ferrer había dado más de cien azotes tan sólo porque había sido cocinera del insurgente Luna, coronel de las tropas americanas... ¡Qué contraste! Muchos de esta naturaleza se presentan en nuestra historia, en cuyo cuadro desconocemos a los hombres, notando que son de más ruines procedimientos aquellos que por su cuna y obligaciones debieran tenerlos más regulares que no heroicos.

Muerto Ferrer, en cuya faltriquera se encontró el bando de Venegas de 24 de junio, de que hemos hablado, desapareció de aquella comarca un monstruo que caminaba al exterminio y desolación de los de su especie.

Entiendo que para usted y otros de su modo de pensar no habrá sido indiferente la relación de otra carta de esta segunda época, relativa a la suerte que corrió don Leonardo Bravo. Dije a usted que

salió de Cuautla en demanda de su esposa, y que tomó el rumbo de la hacienda de D. Gabriel Yermo, donde un tal Tenorio, indio chino, le sorprendió y mandó a Calleja, el cual lo trajo entre los prisioneros. Puesto en la cárcel de corte con sus compañeros, se ocupó el oidor Bataller de tomarle declaración e instruirle la causa para condenarlo a muerte. En las comparencias judiciales procuraba mostrarle el mayor cariño, no porque se lo tuviese, sino por arrancarle secretos que le convenía saber. Bravo padecía una disentería cruel que no le daba punto de reposo, de modo que estaba en continua agitación; en uno de los vértigos que tuvo, Bataller hizo que le trajesen una taza de caldo de su casa y un poco de vino que él mismo le sirvió, no de otro modo que los judíos trajeron a un aldeano de Sirene para que ayudase a llevar la cruz a nuestro Redentor y pudiese caminar al Calvario a sufrir la muerte, temiendo no se les muriese en el camino con el grande peso de ella. Toda aquella mónica festiva y comedimiento de Bataller desapareció cuando preguntó a Bravo cuántas acciones había perdido y respondió con dignidad: “Ninguna.” Los circustantes conocieron el efecto que obró en Bataller esta respuesta, efecto que más es para concebido, revistiéndose usted de sus afectos, que para explicado por mi pluma. Concluida la causa, se trató de llevar a efecto la sentencia de muerte que recayó sobre ella; temióse al pueblo y así es que el Gobierno dispuso que Bravo y sus socios se trasladasen a la cárcel de la Acordada en el silencio de la noche. El batallón de América expedicionario y otros varios piquetes se formaron en toda la carrera y se municionaron, como si fuesen a entrar en campaña. Encargóse de extraerlo de la cárcel el llamado conde de Colombini, ayudante de plaza, y seguramente ejecutó esta operación con la complacencia que desempeñaba los más odiosos encargos de los esbirros; Bravo marchó con la misma dignidad y entereza con que avanzaba en campaña sobre sus enemigos, y con la misma se condujo en los días de la capilla. Notóse en el público cierta agitación de sorpresa que llegó a entender el virrey, y así es que la víspera de la ejecución titubeó sobre si la llevaría o no a cabo; llamó a los auditores de guerra Bataller

y Foncerrada para consultarles, y se notó mejor disposición para la clemencia en el primero que en el segundo, a pesar de ser americano, pues exhortó al virrey a que se mostrase firme e inexorable. De hecho, la sentencia se ejecutó la mañana del lunes 14 de septiembre de 1812. Dijéronse en muchas iglesias de México misas por la buena muerte de este caudillo, y seguramente que en el acto mismo de expirar se estaba ofreciendo en la Merced, Sagrario y Enseñanza la sangre de la víctima más inocente que lavó las manchas de los hombres y lavaría (como lo espero de su clemencia) las de nuestro héroe. La piedad de los mexicanos se contrapuso a los temores de la tiranía y todo esto se hizo públicamente en los altares de ánima. Asimismo murieron en ese día D. Luciano Pérez y José Mateo Piedra. En la noche de este mismo infausto día salió de México la señora esposa de Bravo, a quien hizo trasladar en coche para Tehuacán D. Francisco de Arce, que formaba sociedad con los llamados Guadalupe, hombres benéficos a quienes debió mucho la patria en aquellos angustiados días. Caminó por la vía de Apam con escolta de D. Eugenio María Montañón, comandante de este rumbo, y a no haberse tomado tan prontamente esta medida, el virrey la hace arrestar, como lo pretendió con mi esposa.

Hasta aquí sólo hemos hablado del modo cruel e incivil con que el Gobierno de México hizo la guerra a los americanos desde el grito de Dolores, desoyendo toda reclamación justa de éstos; veamos ya cómo en un brevísimo espacio de tiempo se procuró hacer la guerra con la pluma, suspendiendo por unos instantes la espada, no porque el virrey tuviese la menor docilidad para escuchar la voz de la razón, sino para adormecer en algún modo al general Morelos, engrosar sus fuerzas y caer sobre él con toda la prepotencia y brío de que era capaz. Este que llamaremos, no con impropiedad, un episodio del poema que escribimos en el año de 1811, es propio de la época que describimos y pertenece a un año después. No creo que será ésta una licencia tan criminal en un historiador como lo es en un poeta cuando a pretexto de ella mezcla en un mismo lugar y confunde lo áspero con lo suave:

con la serpiente el ave,  
o con tigre feroz manso cordero...

según el lenguaje de Horacio a los Pisones.

Yo no creo que el señor obispo Campillo solicitase por sí mismo la mediación entre el Gobierno y los insurgentes; a mi juicio, lo hizo excitado secretamente por el virrey, a consecuencia de la batalla de Tixtla, que acabó con las fuerzas del Sur en agosto de 1811, y me confirma en este concepto ver que después el mismo Venegas solicitó un acomodamiento con el general Rayón, para que cesando las hostilidades entrasen grandes convoyes de víveres en México, y cacao por la vía de Acapulco, como después veremos. Pero sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que el Sr. Campillo planteó este parlamento valiéndose de dos curas, Palafox y Llave:<sup>44</sup> el primero marchó a la Junta de Zitácuaro, y el segundo en demanda de Morelos, que se hallaba entonces en Tlapa.

El Sr. Campillo seguramente jamás había dirigido ningún negocio de esta naturaleza, negocio en que era necesario reunir los conocimientos profundos de la política con la sagacidad y el bello estilo; calidades que este prelado no tenía, aunque muy versado en el manejo de las decretales y gobierno económico de la mitra de Puebla, durante los pontificados de los Sres. López Gonzalo y Biempica. Faltábale además al señor obispo Campillo el carácter de irrecusable, pues pasaba por el prelado más enemigo de los españoles, de cuyo concepto había muchos testimonios en los archivos públicos, y lo acababa de comprobar últimamente el expediente ruidoso que había seguido contra el europeo D. Marcos Pérez de Vargas, cura de Medellín, a quien mandó arrestar hallándose depositado en el colegio de San Fernando de esta capital, y bajo la protección de la Real Audiencia, después de interpuesto el recurso de fuerza (yo testigo, como que fui su abogado). ¿Cómo, pues, quería el Sr. Campillo ser creído en semejante asunto, cambiando en un momento, y como por arte mágico, de opinión en la causa grande de la libertad de su patria, que no podía serle indiferente, ni tampoco mostrársele contrario? Agré-

44 Llave no llegó a verse con Morelos porque se lo impidieron unas calenturas.

gase a esto que este prelado padeció los más groseros equívocos en el manifiesto que remitió a la Junta de Zitácuaro, y en la carta que dirigió a Morelos usó de una acrimonia y tono de reprehensión, cual apenas habría estado bien en la boca del inquisidor Prado en el autillo de fe de Morelos; ¡bello modo por cierto de reducir a un general victorioso al partido que emprendía! Estos fueron resabios del hábito de mandar a los clérigos con el despotismo que sabemos lo hacían los obispos, echándoles por lo común el tú por tú, como pudieran hacerlo con sus lacayos. No quiero ser creído sobre mi palabra, ni pasar por un impostor; he aquí la carta del Sr. Campillo, inserta en el manifiesto que corre impreso en la oficina de Arizpe, año de 1812, página 37:

Muy Sr. mío: Aunque mi cura, el Lic. D. José María de la Llave, ha recibido la carta de usted de 20 de octubre, en que le concede libre pasaporte y salvoconducto para pasar a Chilapa, a entregarle el manifiesto que he extendido con el objeto de que usted desista de una empresa tan ruinosa a la religión y a la patria, he tenido por conveniente dirigirlo a usted inmediatamente por este personero, tanto porque dicho cura continúa enfermo como por no exponerlo a la suerte que han tenido los otros curas.<sup>45</sup>

Dice usted en su referida carta, para asegurar a Llave su libertad y la conservación de sus derechos, que bastaba el sacerdocio para que no se le perjudicara. Sacerdote es el cura de Ayutla, y lo tiene usted ya hace diez meses separado de su grey, y confinado, no sé en qué pueblo, lleno de miseria.<sup>46</sup> Sacerdote es el cura de Texmalaca, a quien violenta y sacrilegamente sorprendieron los soldados de usted en el pueblo de su tránsito para su curato, a donde se restituía de mi orden, y lo tiene usted prisionero en Chilapa. Sacerdote es, y

45 He aquí un exordio captatorio, un insulto, pues caminaba Llave bajo la buena fe que jamás violó Morelos, a quien la prometió.

46 No saber donde existe un individuo y saber que está lleno de miseria no es muy buena ilación.

muy venerable, el cura de Tlapa, y lo tiene usted preso con centine la de vista, sin permitirle las funciones de su sagrado ministerio.<sup>47</sup>

¿Es creíble que un sacerdote trate de ese modo a los ministros del santuario? Pues ello es que no son voces de los mal instruidos, sino hechos constantes a mí y a todo el mundo.<sup>48</sup> Usted no puede ignorar el privilegio de inmunidad de que gozan los clérigos, ni las gravísimas censuras fulminadas por la Iglesia contra los que la violan, aprehendiéndolos o aprisionándolos.<sup>49</sup> A usted no se pueden ocultar los gravísimos daños espirituales que causa en mis amadas ovejas esta conducta ajena, no digo de un sacerdote y cura como usted, sino de cualquier cristiano. Los niños se están muriendo sin bautismo, y los adultos sin el sacramento de la penitencia, eucaristía y extremaunción. Lloro, como es justo, estas desgracias irreparables de mis diocesanos; y en medio de la amargura<sup>50</sup>

47 Y las juntas de seguridad realista ¿no hicieron otro tanto con los que manifestaban amor a la independencía? ¿Y por qué lo que es lícito a mi enemigo para ofenderme no me será a mí igualmente para defenderme? Yo extraño que afectándose en este manifiesto mucha instrucción en Grocio y Puffendorf, se desconozca por su autor la justicia de estos principios.

48 Y Felipe II ¿cómo trató al Pontífice en sus días? ¿No lo tuvo preso en Roma, al mismo tiempo que hacía plegarias públicas por su libertad? ¿Y qué respondió a la consulta que en razón de esto hizo el rey al teólogo Melchor Cano? Mejor lo sabe el autor del manifiesto; y si no, que lo lea en el expediente del obispo de Cuenca, donde lo hallará impreso. ¿Y acaso por esta conducta perdió algo Felipe en su concepto religioso? Cotéjese la causa de uno y otro procedimiento, y hallaremos la justicia más clara en el de Morelos que en el monarca español.

49 Estos fueros no impiden el que se les pueda contener cuando con sus procedimientos impiden la libertad de la nación a que pertenecen los clérigos. Antes de serlo, son ciudadanos y tienen obligaciones con la sociedad en que viven, y de cuyas ventajas disfrutaban. El que no estuviese gustoso con la Constitución del Estado, que se vaya a otro que le guste, y no altere la paz del en que vive.

50 También lloraba estos males el general Morelos; procuró evitarlos; trató de nombrar un vicario castrense de su ejército; consultó a los teólogos en el seminario de Oaxaca; los señores Crespo y Baños, que opinaron por el nombramiento, fueron anatematizados. Morelos sabía que la Iglesia se formaba de una congregación de fieles en el nombre de Jesucristo, y por este principio trató de darles párrocos contando con la voluntad presunta del Papa, hasta el reconocimiento de nuestra independencía. Su conducta fue cristiana.



que causa en mi espíritu la consideración de que tantas almas se están precipitando al abismo del infierno; no me consuela otra cosa sino que no tengo la menor culpa de que se pierda en tantos cristianos el inestimable precio de la sangre redentora de Jesús nuestra vida.

¿Y usted puede dormir tranquilamente, siendo la causa de unos daños que jamás podrá resarcir? Entre usted por un momento dentro de sí mismo, y reflexione que siendo un ministro de paz por su sagrado ministerio, ha encendido por el Sur la guerra más desastrosa,<sup>51</sup> que debiendo ser por su carácter el reconciliador de los hombres con Dios y consigo mismo, los ha puesto en discordia entre sí, y para con el supremo Señor; y debiendo ser el dispensador de los sacramentos para conducir a los cristianos al cielo, haciendo en la tierra fructuosa la redención de Jesucristo, la inutiliza usted con su ejemplo y exhortaciones contrarias al Evangelio, y con su conducta, que no es ciertamente de un sacerdote del Nuevo Testamento: usted no conduce las almas al cielo, sino que a millares las envía al infierno.

No será extraño que al leer usted esta carta se burle de mí,<sup>52</sup> como se burla de la respetable disciplina de la Iglesia, obra de los concilios, de los papas y de los venerables obispos, casando a mis feligreses, celebrando sin mi licencia en esta diócesis,<sup>53</sup> residiendo en ella contra mi voluntad y la de su prelado; dando curas a las pa-

51 No fue extraña, sino arreglada a las leyes, la conducta que observó Morelos tomando la espada en defensa de la libertad de América. Consta en la *Gaceta* núm. 126, de 30 de octubre de 1810, que el señor Campillo reunió a su clero en el coro de catedral de Puebla en 20 de octubre del mismo año, donde le hizo una exhortación que terminó (dice el acta del hecho) exponiendo la ley 3, tít. 19, partida segunda, en que se comprenden las obligaciones de todas las clases del Estado en caso de sedición y levantamiento. En dicha ley vería su ilustrísima que ninguna persona estaba exenta de tomar las armas en tal conflicto, ni podía excusarse de dar orden y arreglo a las masas del pueblo levantadas, caso en que se vio Morelos en el Sur. ¿En qué faltó, pues, a las obligaciones que le impuso la ley? ¿Por qué se le echa en cara su cumplimiento?

52 Yo no me burlo; pero sí me compadezco de ver tanta dureza para ganar un afecto como ceguedad para conocer los principios luminosísimos de nuestra revolución.

53 Los curas pueden hacerlo *ubique terrarum*, y más por necesidad.

roquias y cometiendo otros excesos, que a los católicos parecerán increíbles. Lo cierto es que usted los está cometiendo con escándalo de todos, sin exclusión ni aun de los ignorantes.

¿En virtud de qué puede usted estar haciendo lo que hace, acaso por sacerdote? Debe usted saber hasta dónde llegan las facultades de éste, que en todo son escasas, y en usted por las muchas y gravísimas censuras, que incuestionablemente tiene sobre sí, son menores. ¿Acaso por general del Sur, como se titula? ¡Qué delirio!<sup>54</sup>

Yo entiendo que con la misma facultad con que ha empuñado la espada para quitar la vida temporal a sus hermanos, ha querido también empuñar el báculo para herir espiritualmente a mis ovejas;<sup>55</sup> con la diferencia de que en aquello comete una injusticia enormísima, y un horrendo sacrilegio, y en esto, sobre la injusticia y el sacrilegio, hace un insulto a la religión.

¡Ah, señor Morelos! ¡Usted rodeado de sus cañones y de sus soldados, se burla de todo lo que es digno del mayor respeto! La justicia, las leyes, la humanidad, la patria y la religión, no merecen a usted las consideraciones debidas; pero Dios se está burlando de usted. Llegará el día de su justicia, como llegó a aquel otro desgraciado sacerdote de quien se constituyó usted general, como anunció en sus primeras proclamas, y entonces conocerá usted su impotencia, y la injusticia de los proyectos que se ha propuesto y de los medios de que se vale para realizarlos.

Ya encerrado en una cárcel, próximo a subir a un afrentoso patíbulo como Hidalgo; ya rendido en una cama, pocos momentos

54 Permítaseme decir con dolor que no sé quién delire... General del Sur era Morelos por voluntad de la nación mexicana; no de otro modo que lo fueron los macabeos por la de la Hebra oprimida; he aquí el título más legítimo por donde podría venirle. El pueblo es la fuente de donde emanan las legítimas autoridades. El Dr. Roscio, en su *Triunfo de la Libertad*, ha deslindado muy bien el textito *deper me reges regnant*, y otros que han servido de bases a la antigua teología feudal.

55 Yo entiendo que si un lobo fuera capaz de conducir una manada de ovejas por buenas dehesas, no se diría que las devoraba, sino que las apacentaba, y que en esto hacía una obra loable; principalmente si su pastor las había abandonado. Yo creo que esto hizo el Sr. Morelos, y si no... traslado a lo que pasó con el cura de Chilapa.

antes de exhalar el último aliento, verá usted todo el horror de las acciones que está cometiendo, que ahora no conoce por la ceguedad que ha causado en su entendimiento la exaltación de sus pasiones. Entonces verá usted disiparse como humo esos proyectos, que ahora le recrean y encantan; y usted mismo se confundirá y avergonzará de haber podido hacer tantos sacrificios a la deidad fabulosa que está adorando.<sup>56</sup> Entonces conocerá usted que la verdadera política no ha debido ser más que la justicia; esta regla inalterable que ha grabado Dios en los corazones de los hombres para que gobiernen y nivelen sus acciones. Entonces, por último, conocerá usted que ni las venganzas, por más justas que parezcan, ni los más grandes intereses, ni las mayores felicidades deben anteponerse a los preceptos de Jesucristo. La exacta obediencia a este divino legislador es la que únicamente nos da una felicidad verdadera e indefectible.

No quiero que fije usted por ahora su consideración en los infinitos y enormes males que está causando a su patria y de que hablo con extensión en el manifiesto; ni tampoco en los defectos y vicios políticos y físicos de su proyecto: sólo quiero que reduzca usted la luz de la razón a este punto de vista.<sup>57</sup>

Permito a usted que logre todos sus intentos, que establezca la independencia de la América, que acabe con los europeos y haga

56 Esa deidad fue la libertad de la América mexicana: no ha sido fabulosa, ni los sacrificios hechos en su obsequio inútiles; desecharla no fue un crimen, por el contrario, una virtud que, según dijo Cicerón en el sueño de Escipión, remunerarían los dioses en el cielo, donde tenían preparado un lugar de delicias perdurables para los que (como Morelos) hiciesen grandes acciones por ella. Por tal causa santificó Dios la guerra, y dio triunfos a los caudillos de los pueblos, comenzando por Moisés y acabando por los Macabeos en el Antiguo Testamento. Cumplir con estos deberes es obedecer a Dios, que no nos mandó al mundo sin imponernos obligaciones que llenar como ésta; esto no es anteponerse a los preceptos de Jesucristo: es obedecer sus leyes.

57 Son males inevitables, así como lo es rasgar una vena a un apoplético para dar a su sangre el verdadero curso entorpecido. Hacer la guerra sin derramar sangre y causar estragos es una quimera que no cabe en cerebro humano. ¿Cómo he de vencer a mis enemigos (decía Morelos al Congreso de Apatzingán) sin matarlos? Enséñeme este arte prodigioso que yo no alcanzo.

de este reino el imperio más floreciente del mundo. Estas proezas, esta gloria, ¿de qué servirán a usted en la otra vida?<sup>58</sup> Allá no pasan razones políticas ni de conveniencia temporal; no pasan venganzas, ni estas acciones, que aunque a los miserables ojos de los mortales parecen gloriosas, a los purísimos de Dios no son más que crímenes y abominaciones.

Comparecerá usted en el tribunal de Dios con las manos manchadas en la sangre de sus prójimos, y con una conciencia abrumada con el enorme peso de los delitos que se han cometido para llevar adelante la insurrección. Cuando yo me pongo a calcularlos se pierde mi imaginación, y no veo sino un océano de culpas y pecados, y a usted sumergido en él. ¿Quién podrá contar los robos, muertes, odios, venganzas, profanaciones, y todas las otras innumerables transgresiones que son consiguientes a un desorden como el que ha producido la insurrección? ¿Y que un sacerdote, un párroco, es decir, un maestro de la ley, una luz puesta por Dios para alumbrar, sea el primer transgresor, el que derrame las tinieblas y el autor de tantos males? ¡Qué dolor! ¡Qué deshonra para el sacerdocio! ¡Qué oprobio para el ministerio! Desde que Zuinglio de cura se hizo hereje, no se ha visto un ejemplar, ni tan pernicioso para los fieles, ni tan sensible para la Iglesia<sup>59</sup> como el que usted y su compañero Hidalgo han dado en el siglo XIX; siglo desgraciado para la América<sup>60</sup> y el que nuestra posteridad no podrá recordar sin lágrimas.

Últimamente, usted es sacerdote, y los libros y la experiencia me han enseñado que el sacerdote extraviado no vuelve al camino de la salud sino entrando dentro de sí mismo y examinando en silencio y tranquilidad sus altas obligaciones. Hágalo usted así, por las entrañas de nuestro Redentor, y verá entonces el horror de su actual conducta; advertirá la repugnancia que hay entre su presente ocupación y su

58 De lo que sirven las obras buenas para ganar el cielo. ¿Y será poco haber dado libertad a una nación esclavizada? ¿Negará Dios el cielo a quien tal haga, cuando ofrece darlo al que siquiera desee practicar una buena obra?

59 ¿Qué dice Capmany cuando con la figura Ethopeya describe el carácter del cardenal Richelieu? No hay que ahogarse en el agua de Ixtacalco: levantemos la cabeza; tendamos la vista más allá de los mares.

60 Acaso el más venturoso.

alto ministerio. Este es de orar, de postrarse entre el vestíbulo y el altar, a llorar por los pecados del pueblo y levantar unas manos puras e inocentes para implorar las bendiciones del Cielo; aquélla es exhortar a la rebelión, erigirse en cabeza de bandidos, empuñar una espada destructora y causar a los pueblos unas calamidades horribles.

Lea usted con reflexión el manifiesto, que todo lo que contiene son verdades,<sup>61</sup> y aunque amargas, son siempre saludables<sup>62</sup>. No pierda usted la ocasión que se le presenta, que será la última. Algún día ocurrirá usted a mí, como otros de los que han seguido la mala causa ocurrieron a los obispos, y nada pudieron hacer a su favor, como yo tampoco podré aliviar a usted cuando Dios le detenga sus pasos, lo que espero no tardará mucho.

Dios tenga piedad de usted y lo guarde convertido a Su Majestad los años que le pido. Puebla, noviembre 14 de 1811. —*Manuel Ignacio*, obispo de Puebla. —Señor D. José María Morelos.

Tal es la famosa carta que acabó de despechar al Sr. Morelos, y de confirmarlo en sus principios, pues en el manifiesto que la acompaña nada se dijo de fundamento. Querer ganar los corazones con verdades que, cuando lo fueran, perderían mucho por el modo acre con que se dicen, es lo mismo que querer atraer las moscas con vinagre despreciando la miel. Morelos respondió con la franqueza de un hombre de bien. La rectitud de sus intenciones está de manifiesto en la siguiente

#### *Respuesta de Morelos*

Excmo. e Illmo. Sr.: He leído el manifiesto, y su compendio, que V. E. I. se ha dignado dirigirme por un efecto de su bondad, y

61 Dígase mejor un tejido de errores y absurdos: en él se da por tierra a los cánones y primeras verdades de toda sociedad civil, y como argumento principal se intenta demostrar la injusticia de la revolución por los estragos que produce una guerra desoladora.

62 A la vez, es mejor callar que hablar, principalmente cuando lo que se habla infructuosamente hiere y ofende a la persona a quien se dirige.

lo he recibido con el aprecio que merece la obra de un prelado de dignidad. Su contenido se reduce a cortar la efusión de sangre, y a la penitencia de los que se regulan culpados.

En él dice V. E. I. que la independencia es todavía un problema político, y yo añadiría que los indispensables medios de la presente guerra para su consecución, también se podrán defender *problemáticamente*. ¡Ojalá que V. E. I. tenga lugar de tomar la pluma para defenderla a favor de los americanos! Encontraría sin duda mayores motivos que el angloamericano y el pueblo de Israel.<sup>63</sup>

Illmo. Sr.: La justicia de nuestra causa es *per se nota*, y era necesario suponer a los americanos no sólo sordos a las mudas pero elocuentes voces de la naturaleza y de la religión, sino también sus almas sin potencias para que ni se acordaran, pensaran ni amaran sus derechos. Por pública no necesita de prueba; pero acompaño algunos documentos que sólo tengo a la mano.

A la verdad, Illmo. Sr., que V. E. I. nos ha hecho poco favor en sus manifiestos, porque en ellos no ha hecho más que denigrar nuestra conducta, ocultar nuestros derechos y elogiar a los europeos, lo cual es gran deshonor a la nación y a sus armas.

V. E. I. con los teólogos, me enseña que es lícito matar en tres casos, y por lo que a mí toca me será más fácil ocurrir por dispensa a Roma después de la guerra que sobrevivir a la guillotina y conservar la religión con más pureza entre mis paisanos que entre los franceses e iguales extranjeros.

Cuando indebidamente se predica de nosotros, tanto y mucho más se debe predicar de los europeos. No nos cansemos; la España se perdió, y las Américas se perderían sin remedio en manos de

63 Los que rodearon al señor obispo y lo tuvieron preso en su mismo palacio, de modo que con nadie de los que pudieran tratarle acerca de esto le dejaban hablar, no le permitieron ni aun pensar sobre la justicia de la revolución. ¡Pobres gobernantes! Cuando llegan a ser dominados de favoritos, son unos esclavos de éstos. Cuando el señor Campillo llegó a saber lo que pasaba por el mundo fue cuando se hospedó el señor Bergosa en su palacio, y le dijo el estado de las cosas. Entonces le sobrecogió un *pathéma* fuerte de ánimo que le aceleró por instantes la muerte, de cálculo en la orina.

europesos, si no hubiéramos tomado las armas, porque han sido y son el objeto de la ambición y codicia de las naciones extranjeras. De los males, el menor.

En cuanto a la causa particular de algunos curas o presbíteros mal entendidos, o mal intencionados, como que no propenderá a la común del reino, ha sido necesario dejarlos atrás seguros de las balas, y tratados conforme a su carácter; no se llevan en cuerda, ni se degüellan como en México; porque somos más religiosos que los europeos.

Es falso lo que a V. E. I. han informado acerca de la administración de los santos sacramentos. Sólo se han administrado los que se pueden en los casos de necesidad: hay matrimonios pendientes hasta alcanzar la dispensa de su obispo. El de Michoacán (nuestro acérrimo enemigo) se ha dignado conceder dispensas a los insurgentes de Atoyac.

Yo suplico y espero que V. E. I., en uso de su pastoral ministerio, comunique tantas facultades apostólicas a algún foráneo de su confianza cuantas diere de sí la gracia para remedio de estas almas, porque la nación no larga las armas hasta concluir la obra.<sup>64</sup> Es cuanto puedo decir a V. E. I. por ahora; lo demás se entenderá con la Suprema Junta Nacional Americana Gubernativa.

Dios guarde a V. E. I. muchos años. Cuartel general en Tlapa, noviembre 24 de 1811. *José María Morelos*. —Excmo. e Illmo. Sr. Obispo de Puebla, D. Manuel Ignacio del Campillo.

Yo creo que todo hombre imparcial conocerá la modestia con que el Sr. Morelos se condujo en esta respuesta, y también advertirá que el mayor agravio que el Sr. Campillo le pudo hacer fue compararlo con el heresiarca Zuinglo o Zuinglio, habiendo sido éste tal y tan perverso como nos lo describe el abate Ducreux en la *Historia eclesiástica*, tomo V, página 386, art. 8; ¿pero qué no hemos oído y con cuántas notas no se nos ha apodado por escrito y de palabra en los

64 Así se verificó. Guerrero tiene la dicha de haber mantenido la lámpara sagrada del fuego patrio hasta enero de 1821. Iturbide no pudo sojuzgarlo, y así entró en composición o transacción con él.

púlpitos y confesonarios, tan sólo porque procuramos dar libertad a esta nación? ¿Qué no vomitan aun los que se llaman buenos patriotas contra los que traen en sus cuerpos y caras las marcas más claras, y cicatrices honrosas, recibidas por salvar la nación, únicamente porque no coincidimos con ideas monstruosas y alarmantes, trastornadoras del orden público, y de esta libertad que tan grandes sacrificios nos ha costado? ¿Con qué sarcasmos no nos ha burlado ese que se dice Pensador, en la carta en que forma la befa más completa del *Diario de México*, papel publicado en estos días? Mas producciones de tal naturaleza, ni dan honor, ni quitan honor; aplaude la chusma, mas las desprecian los sensatos.

Más comedimiento y circunspección se nota en la carta que el Sr. Campillo dirigió al general Rayón, presidente de la Junta Suprema de Zitácuaro, concebida en estos términos:

Puebla de los Ángeles, septiembre 15 de 1811.—Muy señor mío: Mi continua y profunda meditación sobre los males que afligen a este reino, que con pasos precipitados camina a su última ruina, y mis ardientes deseos de hacer todo lo que penda de mí para que no continúen, me han decidido a formar un manifiesto que pondrá en manos de usted el Br. D. Antonio Palafox, cura de esta diócesis, sujeto de toda mi confianza por sus letras y virtud. Él va a ser para con usted el órgano de los sentimientos de mi corazón, y a comunicarle a mi nombre noticias que pueden importarle<sup>65</sup> para que conozca lo que más le conviene a su propia conservación, al bien de sus paisanos y a la felicidad del reino.

Yo espero que usted se sirva dirigir a dicho mi comisionado el correspondiente pasaporte y salvoconducto, así para que no se le

65 Paréceme que estoy viendo a los españoles cuando intentaron tenazmente penetrar hasta México. Cortés no cesaba de repetirle a Moctezuma que deseaba verle para comunicarle noticias que le importaban mucho saber de D. Carlos de Austria, emperador de donde nace el sol, cuando el mensaje no era sino para esclavizarlo y ocupar su trono. Siempre son iguales los vestidos de la mentira.



ponga embarazo como para que se respete su persona, conforme al derecho de gentes.

El es un eclesiástico virtuoso, cuya misión es de amistad, que va a nombre de un obispo, aunque indigno, que penetrado de la aflicción que le causan los males de su amada patria, quiere tomar este medio de conciliación con el designio de ahorrar la efusión de sangre, que va a ser muy abundante, si usted tiene la desgracia de continuar más en este sistema.

Protesto a usted con toda la sinceridad que debo a mi dignidad y carácter que en este paso no llevo otro interés que el servicio de Dios, bien de las almas y utilidad de mi patria.

Dios guarde a usted los años que desea su atento servidor y capellán. *Manuel Ignacio*, obispo de Puebla. —Sr. D. Ignacio Rayón.

Este general respondió en los términos siguientes:

Excmo. e Illmo. Sr.: Lleno de confianza y de las más lisonjeras esperanzas por la carta de V. E. I., fecha 15 del próximo pasado septiembre, aguardaba ansioso las conferencias con el Br. D. Antonio Palafox, y las luces que me prometía en los papeles que me anunciaba. Aquéllas me han sido tanto más gratas cuanto que he advertido en su persona un hombre de maduro juicio, probidad, prudencia y literatura, cual se requiere para imponerme en el objeto de su misión; éstos, por el contrario, me inclinan a opinar que V. E. I. disimula sus conceptos<sup>66</sup> o como muchos conducidos de su buena fe, dan entero ascenso a cuanto se refiere, sujetando toda crítica que ofenda el orgulloso concepto de un Gobierno embustero, déspota y tirano.

El manifiesto toca puntos que desempeña el autor; pero puntos que laboran sobre los más falsos supuestos. Vucencia ilustrísima

66 Aquí fue donde el señor Campillo no pudo menos de resollar por la herida, protestando todo lo contrario. Estaba muy bien zanjada la opinión de este prelado contra el españolismo, y por ella no menos que por su literatura era conocido y apreciado. ¿Pues, qué, sólo porque ornó su pecho la cruz de Carlos III pudo haber tal cambio? De ninguna manera... *Nemo repente fit summus*. Sólo la gracia de Dios obra tales prodigios.

ignora la realidad y estado de la nación: discurre muy diverso de lo que pensara ligeramente instruido por el mismo comisionado.

Estamos precisamente en tiempo, Sr. Excmo., que no se remedie el trastorno y fermento de la nación si no es adoptando el sistema de gobierno que se pretende establecer. Este se reduce en lo esencial a que el europeo, separándose del gobierno que ha poseído por tantos años, lo resigne en manos de un Congreso o Junta Nacional, que deberá componerse de representantes de las provincias, permaneciendo aquél en el seno de su familia, posesión de sus bienes y en clase de ciudadano.<sup>67</sup>

Que este Congreso, independiente de la España, cuide de la defensa del reino, conservación de nuestra religión santa en todo su ser, observancia de las leyes justas, establecimiento de las convenientes y tutela de los derechos correspondientes a nuestro reconocido monarca el Sr. D. Fernando VII.<sup>68</sup> La solicitud es la más justa a todas luces, la más conveniente en las presentes circunstancias y la más útil a todo habitante de América, sin distinción de criollo ni europeo. Florecerán la industria, comercio y demás ramos que felicitan la sociedad del hombre.

La estrechez del tiempo y angustiado de las circunstancias no me permiten exponer lo conducente, y sí sólo decir a V. E. I. que no hay medio entre admitir esta clase de gobierno o sufrir los estragos de la más sangrienta guerra. La nación ha conocido sus derechos vulnerados, está comprometida y no puede desentenderse de ellos, y mucho menos de los clamores de la religión y humanidad.

67 He aquí la tercera garantía de Iturbide, que se supuso obra suya, y cuya falta nos echaron en cara sus aduladores, suponiéndonos antropófagos, enemigos de los europeos, y que desde el grito de Dolores les dijimos *anatema*, absurdo de que estuvimos muy distantes.

68 Ya vimos que el general Rayón se opuso a la explícita y absoluta independencia de España, porque aún no era tiempo, pues se proporcionaba al pueblo y a sus preocupaciones groseras. Esto escribía en el año de 1811 cuando Fernando aún no regresaba a España de su cautiverio, cuando aún no había manifestado de todo lo que era capaz su alma ferocísima. Conviene hacer distinción de épocas para no censurar la conducta de este benemérito caudillo de la Independencia.

V. E. I., interesado en la pacificación del reino, debe estarlo principalmente en evitar la efusión de sangre, que ya amenaza a su provincia, y en el concepto asentado de ser justificada nuestra solicitud, no hay más que proponerla al Gobierno de México: si lo resiste, como en otras ocasiones lo ha hecho, abandonarlo y declararse por la causa; persuadido en que la Junta Nacional de que tengo el honor de ser miembro garantizará la indemnización de propiedades y personas de esta demarcación, y la pondrá a cubierto de los insultos del enemigo con la principal fuerza de sus armas.

Últimamente, el bachiller representante informará a V. E. sobre si ha sido tratado con la hospitalidad, agasajo y atención que permite el país, así como de lo relativo al asunto de su encargo, de que lleva las necesarias instrucciones.

Dios guarde a V. E. I. muchos años. Zitácuaro, octubre 10 de 1811. —Excmo. e Illmo. Sr. —B. L. M. a V. E. I. —*Ignacio López Rayón*. —Excmo. e Illmo. señor D. Manuel Ignacio del Campillo.

No creo podría responderse con más belleza, dignidad y precisión, cual convenía al presidente de la Soberana Junta de Zitácuaro, que lo hizo el general Rayón; veamos ya las glosas e interpretaciones que dio la malignidad y superchería a esta loable conducta, pues debe entrar en la historia de este acontecimiento.

El cura extendió un informe de todo lo ocurrido en su comisión, que se supone ser el que corre de fojas 109 a 120; digo se supone porque lo tengo por adulterado. En él manifiesta que llegó a conocer el general Rayón la injusticia de la causa: que se mostró arrepentido, etcétera; pero como los insurgentes, por ignorancia o malicia, insertasen en sus periódicos una carta escrita a Rayón por Palafox de su regreso a México, en que éste se muestra adicto a la revolución y conforme con los principios de ella, Palafox apenas la leyó, cuando se creyó comprometido con el Gobierno de México y con su obispo. Me dicen que a la sazón en que supo de esta ocurrencia estaba tomando un vomitorio por cierta indisposición de estómago que tenía, pero

que se le aumentó tanto con esta novedad, que muy en breve murió. ¡Tal fue el compromiso en que se vio este benemérito párroco!

He visto el manifiesto que remitió al Sr. Campillo el general D. Miguel Bravo, contestándole al papel de 26 de octubre. Su ilustrísima dice que Bravo lo circuló por el Sur y las Mixtecas, pero que no llegó a leerlo; lo extraño ciertamente, salvo que los aduladores se lo ocultasen. Noté en él bastante juicio (el que caracterizaba a aquel jefe, y parece que es el patrimonio de esta honrada familia) y creo que su ilustrísima no lo habría rebatido con solidez si lo hubiera intentado, aunque reuniera a todo su capítulo, pues la verdad no admite fundadas impugnaciones.

#### EXPEDICION DE LABAQUI, SU DERROTA Y MUERTE EN EL PALMAR

Cuando en el año 1808 se levantaron en la plaza de Veracruz los batallones de patriotas voluntarios se echó mano de todos los españoles que había en las casas de comercio, y se cuidó de confiar a éstos el mando de las compañías. Hallábase entonces en la plaza D. Juan Labaqui, el cual había servido en el ejército español en la guerra de Francia del año de 1793, y tenía regulares conocimientos de milicia; esto bastó para que en Veracruz se le confiase una compañía de tiradores. Excitado del deseo de hacer fortuna en la guerra, propuso hacer un paseo militar por las villas, reconocer el estado de la revolución, conducir un correo, y a su regreso un convoy de harinas; al efecto se le confió el mando de una buena división de trescientos campechanos del batallón de Castilla, tres cañones y sesenta caballos. En su tránsito para las villas tuvo algunos pequeños reencuentros de que salió victorioso, y esto le engendró no poco orgullo.

Llevaba pocos días de estar en Tehuacán el general Morelos cuando supo de esta expedición. El intendente de su ejército, D. Antonio Sesma, le manifestó lo indecoroso que sería al honor militar de la nación que así se burlasen los enemigos, paseándose impunemente

por las inmediateces del cuartel general. Morelos le oyó con calma esta reconvencción, que le hizo con la vehemencia que le caracterizaba: hizo entrar al que traía la noticia de la llegada de Labaqui al Palmar, y hallándolo hombre de buena razón, le dio una pluma y un pliego de papel para que le trazase un diseño o croquis del modo con que estaba situado Labaqui en las casas del pueblo. El enviado cumplió con lo que se le mandaba, y penetrando Morelos el modo de atacarlo, trazó su plan y confió su ejecución a D. Nicolás Bravo, militar a quien todavía no se le había señalado división. Morelos mandó que el guerrillero Arroyo observase por la cañada de Ixtapa los movimientos de Labaqui. Diéronse, por tanto, a Bravo y a D. Pablo Galeana doscientos infantes, a que se agregaron las partidas de D. Ramón Sesma y del capitán Bendito, y cien caballos, a que deberían reunirse los de Arroyo. Salió esta expedición con secreto a las nueve de la noche, y caminó sin intermisión toda ella; llegaron los americanos a San Agustín del Palmar a las once del día siguiente, hallando fortificado a Labaqui en tres casas; quiso entonces hacerlo en el cerrito del Calvario del pueblo, pero ya no se lo permitieron los americanos. Se dice que procuró conocer al jefe que comandaba aquella tropa, y como le enseñasen a Bravo, que era muy joven, dio una risotada de desprecio. Bloqueadas las casas, comenzó a poco la acción, que duró todo el día: a las tres de la tarde fue desalojado de dos casas, y se redujo a una. Continuó la acción en el siguiente día; mas en la tarde se encontraron los de Morelos sin parque; temieron entonces que Labaqui hiciese una salida o que se le aproximase el socorro que esperaba de Puebla por Acatzingo, y entonces resolvieron atacar al sable cuerpo a cuerpo. Entraron, pues, por la puerta de la casa, a pesar del vivísimo fuego que hacía en ella un cañón violento, siendo el primero el capitán Palma (negro), el cual, viendo venir sobre sí al capitán Labaqui calándole bayoneta, de un machetazo le trozó la cabeza en dos partes, y lo mismo hizo con el segundo de este jefe. Entonces los oficiales de la división enemiga pusieron en la punta de una bayoneta un lienzo blanco en señal de parlamento; cesó el fuego, amarraron a los prisioneros, entre los que

se encontraron cuarenta y ocho cadáveres, algunos heridos, ningún parque, porque dos cajones que les quedaban los arrojaron a un pozo, tres cañones violentos, trescientos fusiles, sesenta caballos y una gran valija de correspondencia de España para el virrey y particulares; el demás despojo y dinero se dio a la tropa. La espada de Labaqui se destinó para Morelos, que la apreció en mucho por ser de un valiente. Durante la acción, la caballería enemiga hizo sus tentativas para atacar a la americana; pero fueron inútiles, y de ella sólo escaparon el capellán y asistente de Labaqui, por la ligereza de sus caballos. Bravo tuvo de pérdida tres hombres muertos y veintiún heridos; Galeana y Arroyo, once. Castro Terreño mandó auxilio de Puebla, que llegó como siempre llega el de España... tarde, pues se presentó la noche del día en que se habían retirado los americanos; también éstos encontraron en San Pedro Chapulco el que les mandaba el general Morelos, de doscientos infantes y dos cañones, con víveres y parque.

Al siguiente día entraron en Tehuacán Bravo y Galeana; Morelos aplaudió mucho la conducta de ambos jefes, y los excitó a mayores empresas; pero no quiso salir a ver la entrada de los prisioneros, ni a gozarse con un triunfo adquirido sobre esclavos; se reservó para por la noche reconocer las piezas y fusiles tomados, y ejecutó esta operación con un ayudante que le llevó una linterna. De los prisioneros fueron fusilados diecinueve; los demás tomaron partido en la revolución, quedando los campechanos puestos en el concepto de valientes, y muy apreciados del general Morelos.

Cuando Bravo obtuvo esta victoria, sabía la próxima condenación a muerte de su buen padre; pudo haberse mostrado cruel con los vencidos, mas fue al contrario; sintió las ejecuciones practicadas en Tehuacán, y en lo sucesivo fue el mejor amigo que tuvieron los españoles desgraciados; así es que había muchos de ellos en la división que después formó en San Juan Coscomatepec, que lo amaron como padre.

¡Sí, joven heroico y muy amable, así obraste con tus enemigos!... ¡Tu alma, fundida en el molde de las de los Títos y Antoninos,

gozó del dulce placer de perdonar los agravios! Yo te saludo como al ornamento más precioso de la nación, como al sostén más robusto de sus libertades, como al enemigo más inexorable de la tiranía, y te suplico tomes el timón de la nave del Estado y la conduzcas con tu firmeza, prudencia y moderación al puerto suspirado de su verdadera libertad. ¡Ah! Poco necesita la elocuencia para tejer tu elogio. ¡Fórmalo, y muy cumplido, la sencilla relación de tus hechos! ¡En la campaña, en las prisiones más duras y en el gobierno, siempre te has mostrado digno de nuestros votos!

No he podido averiguar a punto fijo el día de la derrota de Labaqui; pero presumo que fue el 18 y 19 al 20 de agosto de 1812, pues las gacetas no hablan ni una palabra de este suceso, así como omiten todos los que fueron gloriosos a la nación mexicana; omisión maliciosa que he notado aun en la correspondencia de los virreyes, que existe en cortísima parte en la antigua secretaría del virreinato, de donde Roca y D. Antonio Morán extrajeron muchos papeles, principalmente este último, que aun en el gobierno de Iturbide tuvo la osadía de quemar montañas de ellos en el patio de su casa de la calle de Montealegre, así como el llamado emperador tuvo la indolencia de permitirle tamaña demasía. El conde de Castro Terreño dirigió al virrey Venegas un oficio del tenor siguiente, oficio que recibió del comandante García, de Acatzingo:

Excmo. Sr.: Como a las cinco de esta mañana, un paisano de mi satisfacción que mandé a que se cerciorase de lo acaecido en San Agustín del Palmar me ha manifestado ser verdad la derrota del comandante de aquellas armas, con pérdida de mucha gente, y haberse llevado para Tehuacán trescientos hombres en cuerda, con los seis cañones que éstos traían.<sup>69</sup>

El comandante de los insurgentes es Arroyo, el mismo que levemente salió herido en la cabeza.

He sabido de positivo que viene otra división de caballería sin individuo alguno de a pie, mandada por tres cabecillas, a interceptar

<sup>69</sup> Eran tres violentos, ni podían traer más siendo la dotación de ordenanza dos cañones por batallón.

todas estas poblaciones y ponerlas a disposición de Morelos; todo esto pongo en noticia de V. E. para que determine lo que hallase por conveniente, y responderme con la prontitud posible, que exige el estrecho en que estoy, por estar tan débil la división de mi mando. Dios, etc. Acatzingo, 21 de agosto de 1812. —Excmo. *Sr. Manuel García*. —Excelentísimo señor gobernador de la Puebla.

MUERTE DEL CORONEL TRUJANO  
EN EL RANCHO DE LA VIRGEN

El general Morelos supo que el enemigo iba a recoger todos los ganados de las haciendas inmediatas a Tehuacán, y por su parte procuró hacer otro tanto. Al efecto, el coronel Trujano recibió esta comisión, el cual, para desempeñarla cumplidamente, quiso llevar su tropa, pero se opuso a ello el Lic. Rosainz, secretario de Morelos, diciendo que llevase de otros cuerpos para que se enseñasen a obedecer; por tanto, se le dio tropa del regimiento de Santiago de Galicia, del mando del coronel Sánchez, que no tenía el mejor concepto de valiente, y menos de treinta hombres de la escolta del mismo Trujano. Previó éste la desgracia que le iba a ocurrir, y aunque hombre esforzado, como lo tenía acreditado en Huajuapán, lloró con sus amigos, pues conoció que aquella tropa lo iba a abandonar en el mayor peligro; pero como buen soldado, y esencialmente obediente, salió de Tehuacán con poco más de ciento cincuenta hombres, y llegó hasta las inmediaciones de Puebla; supo que iba a salir una expedición sobre él, y se situó en el rancho llamado de la Virgen, ubicado en una gran llanura a dos y media leguas de Tepeaca, camino de Tlacotepec para Tehuacán. Residía en dicha ciudad de Tepeaca la que llamaba el virrey Venegas vanguardia del ejército de Puebla, confiada al mando de don Saturnino Samaniego, que a fuerza de chismes y de deponer contra el conde de Castro Terreño había logrado el favor del virrey,



removiendo a dicho jefe de Puebla, y colocando en su lugar a D. Ciriaco del Llano.<sup>70</sup>

El 4 de octubre de 1812 salió Samaniego con cuatuplicada fuerza que la que tenía Trujano, y a las cinco de la mañana del siguiente día comenzó el ataque, que duró todo él hasta el martes en la tarde; en todo este espacio de tiempo se resistió y defendió con el mayor denuedo. Prendieron fuego los enemigos a la casa, en cuya tienda había muchos combustibles, y comenzó a arder voracísimamente, circunstancia que le obligó a salir entre dos fuegos, sin que le acompañase su tropa, que quedó dentro de la casa. En la salida le mataron catorce hombres que le acompañaron. Estaba ya fuera del peligro cuando le dijeron que en el incendio perecía su hijo; el amor de padre le hizo retroceder a salvarlo: efectivamente, salían ya ambos juntos cuando le lastimaron el caballo, y se echó pie a tierra, defendiéndose mucho, pero al fin quedó muerto a balazos; a su lado murió el capitán Gil, que era íntimo amigo suyo, y otro oficial, cuyo cadáver se enterró en Tlacotepec. A pesar de esto, el enemigo echó a huir, tal vez porque sabía que estaba en camino el socorro para Trujano, que constaba de mil hombres de Galeana. El parte de Samaniego, inserto en la *Gaceta* núm. 301, del martes 13 de octubre, es un tejido de mentiras: ofreció dar el detalle de la acción, y jamás lo hizo: dice que salió herido, lo que me parece falso; lo cierto es que tuvo mucha pérdida, pues Trujano supo defenderse con calma, y estaba atrincherado. Llano confiesa que tuvo veintiocho soldados heridos, y dos oficiales; usted conocerá lo que importa esta expresión en la pluma de aquellos hombres reñidos con la verdad.

Los cadáveres de Trujano y Gil se llevaron a Tehuacán, donde Morelos hizo que se sepultasen con toda la pompa militar posible, y

70 Así consta de la correspondencia que he visto. Castro Terreño fue desobedecido de Llano y tratado con desprecio, y ciertamente que merecía otro tratamiento. Explicase al virrey con la sencillez y candor de un labrador: ésta, que es una virtud digna de un caballero, era una mengua para los oficiales acostumbrados a la dureza militar y despótica, y por eso no cesaban de invectivar contra él.

además mandó que los ganados recogidos se devolviesen a sus dueños, pues su objeto fue que no los poseyera el enemigo.

En las bolsas del cadáver de Trujano se encontraron varias órdenes del Sr. Morelos, que a pesar de estar teñidas de sangre se remitieron al virrey Venegas, y corren originales en la correspondencia de D. Ciríaco del Llano, gobernador de Puebla, rotulada “mes de octubre”. En ellas se lee una que dice así:

Las continuas quejas que he tenido de los soldados de este rumbo no me permiten ya dilatar más tiempo el castigo para contener sus desbarros, que tanto entorpecen nuestra conquista. En esta atención procederá usted contra el que se deslizare en perjudicar al prójimo, especialmente en materia de robo o saqueo; y sea quien fuere, aunque resulte ser mi padre, lo mandará usted encapillar y disponer con los sacramentos, despachándolo arcabuceado dentro de tres horas si el robo pasare de un peso, y si no llegare al valor de un peso, me lo remitirá para despacharlo a presidio; y si resultaren ser muchos los contraventores, los diezmará usted, remitiéndome los novenos en cuerda para el mismo fin de presidio.

Hará usted saber este superior decreto a todos los capitanes de las compañías de esa división que actualmente manda para que celen, y no sean ellos los primeros que incurran en el delito, y también se les publicará por bando a todos los soldados que componen esa división, sean del regimiento que fueren; y de haberlo así cumplido, me dará el correspondiente aviso. Dios guarde a usted muchos años. Palacio Nacional en Tehuacán, septiembre 30 de 1812. *José María Morelos*. —Señor coronel D. Valerio Trujano.<sup>71</sup>

71 ¡Quién tuviera los calzones del general Morelos! Yo los apreciara en más escudos que se estimaron los del beato Esteban, de París, que refiere Montengon, y seguramente harían más milagros que los de aquel bendito. He aquí cómo obraba el que se llamaba por Venegas y Calleja jefe de bandidos. Yo estoy cierto de que ninguno de estos virreyes presenta una orden igual, dictada para el arreglo de sus ejércitos.

## ELOGIO DE TRUJANO

La muerte de Trujano privó al ejército de Morelos de uno de los mejores oficiales que pudieran merecer su confianza, y que contribuyó principalmente a su gloria. La antigua Roma jamás recordaba la memoria de Escipión sin que correlativamente recordase la de las grandes acciones de este general en África, ni entre nosotros se hablará alguna vez de Trujano sin que nos acordemos en el acto de sus triunfos en la Mixteca y de sus laureles cortados en Huajuapán. Llamárasele por excelencia el héroe de esta villa, y si sus moradores fueren sensibles, justos y agradecidos, erigirán en la plaza mayor una columna<sup>72</sup> donde lean estas palabras:

A la gloria de  
Valerio Trujano

Que en defensa de esta villa sostuvo acciones generales  
de guerra durante el asedio de ciento y once días.

Hujuapán, libre y agradecida, erigió este monumento.  
Año de 1824. III y IV.

Este hombre, nacido general, era de un cuerpo pequeño y de un espíritu fogoso, pero al mismo tiempo reflexivo y prudente; valeroso hasta el último grado, combinador exacto y astuto; poseía el sigilo y era impenetrable aun a los que le rodaban muy de cerca; esencialmente sumiso a sus jefes, dulce y compasivo; ganaba el corazón del soldado sin dar lugar a que le faltase en la obediencia; amó a su patria con el más exaltado entusiasmo. Me dicen que dejó una niña en tierra caliente, y yo suplico al Gobierno que nos rige cuide de saber de su existencia y remunerar en ella las virtudes de su heroico padre.

<sup>72</sup> El general D. Antonio León, actual comandante y gobernador del departamento de Oaxaca, me ha ofrecido erigirla, y espero que por ser originario de Huajuapán cumplirá la oferta.

Jamás perdonaré al general Morelos el que mandase a esta correría a un hombre que debiera haber tenido a su derecha mano, reservándolo para empresas más grandiosas. La pérdida de un buen jefe nunca se reemplaza; bien conoció después su falta en la batalla de Ozumba, dada el día 19 del mismo mes de octubre, y de la que voy a hablar porque así lo exige el orden cronológico de los sucesos.

#### ACCIÓN DE OZUMBA

Dije a usted en una carta de la primera época que de las cien barras de plata que tomó el coronel D. Miguel Serrano en el real de Pachuca se destinaron algunas para el ejército del general Morelos, quien mandó por ellas para acuñarlas en Oaxaca, cuya expedición proyectaba; pero temiendo que se las interceptasen en el camino los enemigos, o las partidas de bandoleros, que ya abundaban, se propuso salir a recibirlas y a hacer un paseo militar; esto fue a la sazón que salía de Puebla para Veracruz un convoy en el que se trasladaba a España el brigadier Porlier. Efectivamente, al llegar el 18 de octubre a la hacienda de Ozumba supo que el enemigo estaba inmediato, es decir, en Nopalucan. Morelos mandó que Galeana ocupase el punto de Ojo de Agua, mas al llegar a efectuarlo se le dio orden de retroceder, porque se dijo que el coronel español Águila había hecho alto enfrente de Ozumba. Entonces este jefe se aprovechó de esta posición ventajosa. Morelos previno a D. Hermenegildo Galeana que tomase a Águila la retaguardia con una partida de caballería, y se dio la vanguardia a D. Pablo y D. José Antonio Galeana, el flanco derecho al coronel Tapia y el izquierdo al coronel Sánchez; Morelos quedó en la reserva con su escolta. Avistados ambos ejércitos, luego que comenzó el fuego de cañón y de fusilería que rompió la compañía de jóvenes emulantes, murió en la primera descarga el padre Tapia, y por esta causa la caballería de la derecha se puso en fuga. Observada ésta por el enemigo, cargó sobre ella reciamente, pero fue rechazada dos veces; lo mismo

hizo el flanco izquierdo. En esta situación Morelos avanzó con su reserva de caballería a sostener la infantería que se hallaba situada en medio de dos zanjas en el camino real, a causa de que aquel terreno es demasiado poroso, lleno de agujeros de tuzas, y sólo podía pelearse en el camino sólido. Aquí, y por esta circunstancia, los americanos tuvieron que abandonar dos cañones, aun más que por el avance que sobre ellos dio una guerrilla enemiga.

Retirado el general Morelos a distancia como de dos cuabras, se hizo firme en un almiar de paja con la infantería, y éste sirvió de punto de reunión para los dispersos; entonces Águila se replegó a su campo, y al siguiente día emprendió su marcha. Durante el ataque puso a salvo su convoy, situándolo en un mal país y guarneciéndolo con un corto batallón. A la hora misma en que se daba esta batalla pasaba no muy lejos del campo de ella el convoy de Morelos; tal vez la confusión de esta pelotera le fue muy favorable a su libre tránsito.

Morelos durmió en la noche de este día en Ozumba, y al siguiente fueron degradados de su orden dos oficiales de su ejército. Al entrar en San Salvador el Seco recibió dos cañones de refuerzo de Tehuacán y parque. El ejército americano tuvo de pérdida trece hombres entre muertos y heridos;<sup>73</sup> mayor fue la de Águila. En la acción se distinguió por nuestra parte un joven llamado José María Pineda, del regimiento de Guadalupe, de Galeana, el cual mató por su mano seis dragones enemigos, y murió al día siguiente. En dicho pueblo de San Salvador se presentaron a los americanos cuatro soldados del regimiento de Zamora, que salieron excelentes en valor y fidelidad. El cadáver del padre Tapia fue sepultado militarmente en Ozumba. En este eclesiástico tuvo Morelos un soldado, un jefe digno de memoria por su amor a la libertad, en cuyo obsequio murió. Si Morelos no hubiera cambiado de planes cuando ya no era tiempo sino de ejecutar, es decir, si hubiera atacado con sus cuatro columnas, según pensó en un principio, envuelve a Águila y le toma el convoy:

73 D. Pablo Galeana, testigo ocular y jefe en la acción, dice que veinte.

así lo confiesan sus mismos oficiales. En esta vez mostró el general Morelos no sólo su pericia militar innegable, sino el ascendiente que tenía sobre sus soldados, pues los hizo volver a la carga, reuniéndose con un trozo de infantería cuando ya habían sido rechazados con pérdida de catorce hombres. El objeto que Venegas se propuso principalmente cuando mandó este convoy fue que Águila regresase de Perote con cañones de batir, para formalizar el sitio que pensaba poner a Morelos en Tehuacán, y que bajasen de Jalapa los batallones de Zamora y Castilla. El ejército de Morelos se había puesto en estado de necesitar oficiales facultativos, pues era ya verdadero ejército, y no partidas de guerrilleros, propias para dar combates bruscos y a pequeños cuerpos. ¡Qué difícil es organizar buenos cuerpos!

#### JURA DE LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA EN MÉXICO, Y NUEVO ASPECTO QUE DIO A LA REVOLUCIÓN

El martes 29 de septiembre (1812), a pesar de una fuerte lluvia, se procedió en esta capital a la publicación y juramento de la Constitución de Cádiz. Hízose un paseo militar; las tropas se formaron en la plaza, y aunque los cuerpos de la guarnición hicieron sus salvas de fuego graneado, el Gobierno, siempre suspicaz y cobarde, no permitió que lo hiciese el batallón expedicionario de América, sino que cargase con bala, y se mantuvo formado por lo que pudiera ocurrir. A la mañana siguiente se hizo el juramento en la iglesia catedral, e *inter misarum solemnia*, se dijo una plática al pueblo por el canónigo Beristáin. Comenzaron los juramentos de todas las corporaciones y comunidades religiosas de uno y otro sexo: se comían, cenaban y merendaban elogios a la Constitución... Quién la llamaba código sagrado, carta magna, mejor que la bula de oro de Alemania; áncora de salvación..., obra inmortal de siglos, etcétera. Sin embargo, los oidores murmuraban entre dientes, y veían que su despotismo debía terminar por ella. Los buenos americanos hallaban en sus páginas la injusticia

de haber excluido del derecho de ciudadanía a las castas traídas de España, a pesar de haberse proclamado la igualdad de derechos, para que la España siempre fuera la principal, y las Américas, lo accesorio, que de otra manera, habría sido al revés. Sin embargo, todos se prometían un porvenir más lisonjero; ya porque derramaba luces de liberalidad, ya porque, por el artículo 247, deberían cesar los tribunales privilegiados, y desaparecer las juntas de seguridad erigidas para oprimirnos.

En 5 de octubre se publicó el bando de libertad de imprenta. En secreto había corrido anticipadamente la voz de que éste era un lazo tendido por la astucia española para que cayeran en él los americanos incautos y mostrando sus opiniones pudiera marcarlos el Gobierno, y echarles el guante cuando le conviniese; así lo había escrito un diputado americano desde Cádiz (el Sr. Couto). Efectivamente, era necesario mudar las esencias de las cosas y que los tigres se convirtiesen en corderos para concebir metafísicamente que los déspotas de México pudieran sufrir a los escritores liberales ni por un solo instante.

Era, a la verdad, incompatible su existencia con esta medida de libertad, así como la luz con las tinieblas. Por tanto, los pocos escritores que osaron dar la cara y comenzaron a atacar el despotismo, lo hicieron con ciencia cierta de que iban a poblar los calabozos más oscuros. ¡Resolución loable, pero que no apreciaron dignamente sus compatriotas! Una proclama (decían aquéllos) bastó en Boston para uniformar el espíritu de aquellos pueblos, y que de consuno conspirasen contra la tiranía; imitemos, pues, aquel ejemplo. De hecho, apareció el primer *Jugueteillo*, y heme aquí puesto en ridículo al fatuo de Calleja, a ese héroe de papelón, pintadas sus acciones con el colorido que merecían y corrido el velo a cuanto ocultaba sus crímenes. Su autor bien conoció lo que podría pasarle, pues entra preguntando en las primeras líneas como Doña Rodríguez a Don Quijote: “¿Estamos seguros?... Pues a ello, y Dios me guíe...” Prueba inequívoca de que era ducho en el terreno que pisaba. Seis mil y más ejemplares se consumieron muy pronto de este papel; Venegas costeó una edición de su bolsillo, que mandó a España por lo mucho que odiaba a Calleja; todo

el mundo celebró el arte con que dio a tierra con la reputación de este fantasma; mas él se enfurece como víbora pisada; su mujer no cesa de molestarlo día y noche, porque penetraba el espíritu y resultado de aquel impreso; jura ahorcar luego que se pueda al autor del *Juguete*, y así lo dijo en una concurrencia; busca escritores que lo impugnen; muy luego sale el *Juguete* contra el *Juguete*. Latigazo al censor de Antequera y otros por este tenor; sin embargo, el escritor continúa con paso firme y nada le arredra, ni Beristáin, ni el padre Carrasco, insuflador del dominico Aguilar, confesor *ad honorem* de Venegas, ni el Lic. D. Juan Francisco Estrada; quitóse por este medio la venda de los ojos de los mexicanos; mostróse la justicia de la revolución por la memoria justificativa del Lic. Verdad, que sirvió de base a la historia de la revolución del padre Mier escrita en Londres. Desde entonces se le habla con energía a Venegas, dirigiéndole la palabra el Lic. Bustamante; se ataca a la Junta de Seguridad con el texto de la Constitución para que sea extinguida; se bate al *amigo de la patria*; se alienta a los mexicanos para las elecciones de diputados de parroquia; en suma, se multiplican golpes sobre el despotismo, desacreditándolo, y se le estrecha a dar el fatal de suspensión de libertad de imprenta, golpe digno del criminal y cobarde que lo proyectó.

Sesenta y seis días duró la libertad de la prensa en México: salieron muchos papeluchos en este corto espacio de tiempo; pero ciertamente indecentes en la mayor parte, y daban muy mal cobro en la Europa de la literatura mexicana; así es que reducidos a un examen riguroso, apenas llegarían a seis los que pudieran comparecer en el mundo culto. Descolló entre los escritores El Pensador Mexicano, y justamente: él posee facilidad, claridad y belleza para explicarse; tan bien escribe en prosa como en verso; he visto sus borradores de este género, y he admirado su fluidez y cierto aticismo encantador para la sátira y el ridículo; pero es la misma ligereza personificada, de modo que ha incurrido en mil aberraciones, y por ellas no es el ídolo de los mexicanos, como debiera.<sup>74</sup> El carácter de todo revolucionario es la

<sup>74</sup> *El Periquillo Sarniento*, obra del Pensador, de la que se ha hecho tercera edición, es ingeniosa; pero enseña prácticamente a ser a los jóvenes pícaros. Es cierto



firmeza, así como en el orador el gesto, en segundo lugar el gesto, en tercero el gesto; ésta era la opinión de Bonaparte, y de que quisiera estuviera penetrado. Ya hemos visto que en aquellos días era materia de los escritores la inmunidad eclesiástica, por lo que lo fue del Pensador, quien desde luego se propuso dar los días de cumpleaños al virrey Venegas, exhortándolo a que la respetase. Habíase puesto en el mejor punto de vista la deformidad del bando de 25 de junio, y así es que este jefe se irritaba cuando se le daba en cara con su injusticia: sea por sí mismo, o azuzado por sus áulicos, él montó en cólera, reunió el acuerdo de oidores, y con dictamen de éstos dio por tierra con el artículo constitucional, y suspendió la libertad de imprenta el 5 de diciembre (1812). Ya usted conocerá la sensación que produciría esta desaforada providencia: echósele en cara por los insurgentes en *El Ilustrador*, que se publicaba entonces en Tlalpujahua, bajo los auspicios del general Rayón: pasó a más, pues la mañana del 8 de dicho mes fue arrestado el Pensador de orden de la Junta de Seguridad: prometiéndose correr la misma suerte el autor del *Jugueteillo*, y el 13 de dicho mes marchó a Zacatlán a reunirse con don José Osorno, desde donde hizo cuantas hostilidades pudo al despotismo para derrocarlo, con su pluma, con su espada, con sus consejos e influjo, y después dirigió la imprenta del *Sur* en Oaxaca, obrando constantemente del mismo modo.

En España se mostraron insensibles a esta bárbara providencia. No faltó quien declamase contra ella en las Cortes; pero pues era medida para subyugar a los rebeldes de América, era justa, y su autor debía quedar, como quedó, impune. Antes de esta desaforada determinación, ya América había visto condenar por la Junta de Censura (a cuya cabeza estaba Beristáin) un epigrama de D. Mariano Barazábal. Figuraba en él que un leproso se quejaba de que un hombre le

que la virtud triunfa en ella del vicio; pero éste se pinta con tales atractivos que aficiona a los jóvenes malvados a seguirlos, no estando en estado de volver sobre sus pasos, cosa que no se consigue sino por la experiencia de los años, y más que todo por la divina gracia, cuyos auxilios eficaces no se dan a todos.

hubiese espantado las moscas que lo devoraban. ¿Y por qué? Porque las que vendrían después de ellas, como hambrientas, le devorarían más que las que anteriormente le habían picado y ya estaban muy ahitas. Hacía alusión a los mexicanos, que no debieran desear nuevos mandarines ladrones, sino conformarse con los que ya tenían y conocían, pues estaban menos hambrientos que los que pudieran reemplazarlos; concepto bello, oportuno y exacto, felizmente explicado en verso con la belleza que acostumbra este poeta aplicado. Tal es en breves palabras la historia del primer período de libertad de imprenta, que repuesta en 1820 por la Constitución, fue suprimida por el conde del Venadito en 2 de junio de 1821, cuando ya el edificio del despotismo se desplomaba y el cetro férreo se le caía de las manos.

La América debe a la libertad de las prensas en gran parte su felicidad, y la deberá en todo tiempo siempre que sus hijos hagan buen uso de ella y no conviertan la triaca saludable en veneno mortífero.

MARCHA MORELOS PARA ÜRIZABA  
Y TOMA ESTA VILLA POR FUERZA DE ARMAS

El general Morelos se dirigió al pueblo de San Andrés Chalchicomula, y tomó instrucciones de su situación y grandes ventajas que podrían proporcionarse a la subsistencia de su ejército en Tehuacán, como que está rodeado de excelentes haciendas de labor; por tanto, estableció allí una tesorería que confió al gobierno de un N. Martínez, quien viendo después de caído el partido de la revolución, se entró en Puebla con lo que pudo recoger; aquél era lugar de asilo de esta genticita *non sancta*. En breve salió Morelos de dicho pueblo, y campó en el punto de las Piletas. A nadie dijo palabra del rumbo que debería tomar, y hallándose en el camino de Orizaba, el comandante de la descubierta le preguntó: “¿Para dónde hemos de dirigirnos?” Morelos le respondió con flemma: “Para donde quiera el caballo de usted.” “Se-

ñor, me parece que gusta de ir para Orizaba.” “Pues déjelo usted —le respondió— que por ahora haga su voluntad.”

Llegó la tarde de aquel día a la hacienda del Ingenio, donde acampó. En el elogio histórico de Morelos se detalla esta campaña de una manera oratoria, es decir, bella y muy precisa; por tanto, me veo en el caso de tomar parte de ella y suplirla con las relaciones de Galeana y de otros oficiales beneméritos que se hallaron en el ejército.

Morelos —dice— sorprendió la hacienda del Ingenio cuando la ocupó. Destacó al instante una partida de caballería sobre otra de cincuenta hombres, que salió de Orizaba a reconocerlo; sorpréndela, destrózala completamente y tiene la fortuna de que no le hieran ni un soldado; se apodera de sus armas, caballos y de cuatro cañones situados en el foso. En la noche sitúa Morelos un cañón sobre el cerro de Tlachichilco que enfila la garita. Galeana refuerza el destacamento que lo custodia con una compañía al mando del padre Barrera. A las tres de la mañana forma el ejército para atacar la villa, comienza la acción por la garita de la Angostura, cuya tropa se resiste valerosamente, pero atacada y flanqueada con el cañón de Tlachichilco a dos fuegos, se ve en el mayor aprieto; los americanos avanzan al arma blanca sobre las trincheras de la garita, las asaltan, y en un instante las deshacen. Proporcionóles este triunfo el que primero consiguieron destrozando una partida de caballería que salió para contenerlos. Entonces los españoles no tuvieron tiempo para levantar el puente del foso, y en él se mezclaron y envolvieron americanos y realistas, llegando así hasta la plaza donde estaba atrincherado el grueso de la guarnición; su artillería granea el fuego, tanto como la fusilaría que la sostiene; Morelos divide entonces su fuerza en tres columnas; manda la del centro Galeana (D. José Antonio); la de la izquierda, don Hermenegildo, y la de la derecha, don Pablo. El ataque se sostiene con un denuedo igual entre ambas partes; mas desalojados de allí los realistas y reunidos con dos cañones violentos, marchan a situarse por la calle Real, hasta la trinchera del puente de la Borda; en el acto hace un movimiento la caballería enemiga, y Morelos le toma los

puntos indispensables para flanquearla. Con el pertrecho tomado en la garita, los americanos atacan al coronel Andrade, comandante de la villa, situado en la calle Real, al abrigo de una trinchera colocada en el puente de la Borda, y otra en la Iglesia de Dolores. Entonces escapa Andrade con su división; pero ésta se ve cortada y tiene que rendirse en el llano de Escamela, en tanto que las partidas de americanos diseminadas por las calles para horadar las casas y flanquear al enemigo se reunieron también en dicho punto fuera de la garita. En esta sazón, Galeana, con una partida de caballería, marcha a situarse en el cerro del Cacalote para cortar a Andrade; pero éste, que se le anticipó oportunamente, se aprovecha de las alturas que dominan el ejército americano, y abandona paulatinamente su artillería: encumbra el Cacalote, y encontrándose allí con Galeana, vuela a escape con un piquete de sus dragones sobre Córdoba, en cuya persecución fueron Galeana y Guerrero hasta los parapetos de la villa, de cuyo punto los mandó retroceder Morelos. A su regreso se encontraron con este jefe, trayendo como cuatrocientos prisioneros, que le entregaron en el puente de Escamela, donde le hallaron: allí abraza a estos oficiales beneméritos por lo bien que se habían conducido, y se entra en la villa de Orizaba para tomar un rancho.

Acción tan brillante puso en manos de Morelos nueve cañones de todos calibres, más de cuarenta cajones de pertrecho, el armamento de la guarnición, que llegaba a mil hombres; el valor de más de trescientos mil pesos en vales, alhajas, dinero, plata labrada y efectos que se extrajeron por Zongolica. Permitió a sus soldados el saqueo de los almacenes de tabaco, que al fin mandó quemar. Con razón, pues, ha sido tan celebrado este ataque brillante en el que lució el valor para acometer, la unión y disciplina para resistir, la previsión para tomar oportunamente todos los puntos del enemigo y consumir con gloria el combate. No es inferior la que le resultó al general D. José Antonio Andrade, pues obró como un jefe de valor y disciplina; llenó sus deberes aun estando su hijo don Martín prisionero de Morelos, tomado en la acción de Labaqui; vióse en el conflicto de obrar como padre y

como comandante; salió herido, y aunque las cicatrices que conserva en su cuerpo por esta acción no le honran como americano, empero le ennoblecen como a valiente y fiel soldado. Por medio de este triunfo, el ejército de Morelos borró la mancha con que hasta cierto punto se deturpó en la acción de Ozumba.

Al siguiente día de la entrada en Orizaba (que fue el martes 26 de octubre de 1812) se recogieron los cadáveres de los realistas, que pasaron de trescientos. Morelos tuvo cinco muertos y veintiún heridos.

En breve se tuvo noticia de este acontecimiento ruidoso en Puebla. El señor obispo González del Campillo manifestó un profundo sentimiento por la desgracia de las armas reales, y lo comprobó para que no se creyese afectado, franqueando cuantas cantidades se necesitaron a facilitar la salida en horas de una fuerte expedición que recobrase la villa de Orizaba. ¡Pobre patrimonio de los pobres! ¡Pobres rentas eclesiásticas destinadas para su alivio y consuelo en las miserias! Yo os veo emplear para multiplicarlas, para afirmar más y más las argollas de una larga esclavitud de tres siglos. ¡Adiós, fondos de capellanías y obras pías! Con vosotros se va a hacer una bancarrota que jamás se prometieron vuestros fundadores. Ellos quisieron que su dinero sirviese para dar pan a los vivos y descanso a los muertos; mas ahora se les va a quitar con estos capitales; se va, no a sacar ánimas del purgatorio, sino a echar con ellos muchas a los infiernos. ¡De este modo se ha interpretado vuestra voluntad, piadosos tentadores! ¡Así se han cumplido vuestros votos! Hundíos en lo más profundo de la fosa, porque el chasco no es para menos.

ATACA EL EJÉRCITO REALISTA AL GENERAL MORELOS,  
Y SE DISPERSA LA CORTA DIVISIÓN DE ESTE

Con la misma rapidez que se supo en Puebla la toma de Orizaba se supo por Morelos la venida de Águila a recobrarla. Era muy sen-

sible hacer infructuoso el triunfo que allí acababa de conseguir, por lo que entró en consulta con sus confidentes sobre lo que debería hacer. Galeana opinó que viniese Matamoros de Izúcar, D. Miguel Bravo de Tehuacán y D. Nicolás de Coscomatepec, con cuyas fuerzas el general español quedaba, si no contrasitiado, a lo menos cortado. La teoría era bellísima, pero para realizarse era necesario algún tiempo, y no lo daba Águila, según la rapidez con que se movía y aproximaba; así lo expuso D. Antonio Zambrano, confidente de Morelos, cuya opinión prevaleció en la junta, a pesar de Galeana, que sostuvo la contraria.

Luego que Morelos entendió la aproximación de Águila trató de salir de Orizaba, pero haciéndole el daño posible al Gobierno español. Dispuso que se quemase, si no el todo, a lo menos parte del tabaco que allí había; de hecho se dieron al fuego cinco mil tercios; asimismo mandó que la tropa y los vecinos de aquel lugar tomaran cuanto quisiesen, abriéndose al efecto los almacenes. Dióse la orden de marcha a las doce del día 31 de octubre, y a las tres de la tarde comenzó a salir la infantería; pero en tanto desorden, que los soldados cargaban el tabaco que podían, y las mujeres les llevaban a muchos los fusiles. Llegó una pequeña parte de la tropa a Acultzingo a las once de la noche y la demás quedó tendida en el camino. Al día siguiente, a las cinco, después de misa (pues era día de Todos los Santos) salieron Morelos y Galeana (don Hermenegildo) con sus escoltas a ocupar las cumbres, y se dio orden de que D. José Antonio Galeana los siguiese con cien infantes y tres cañones violentos. Cuando Morelos llegó, ya Águila tenía las cumbres; entonces ocupó un cerro próximo al camino, y mandó que el capitán Larios tomase otro cerro inmediato. Los tres cañones referidos se colocaron en el mismo camino. Águila acometió de frente, pero fue rechazado hasta tres veces. Había destacado una partida sobre Arroyo, situado en la falda del cerro que ocupaba el general Morelos; mas dicha partida, que hacía como de vanguardia, fue batida y se replegó hasta donde estaba el general. Entonces Águila atacó a Larios por el costado derecho y frente, y aunque fue rechazado el enemigo cuerpo a cuerpo, como le mataron el caballo a

Galeana, ya sólo se trató de efectuar la retirada, que apoyaron el mismo Morelos y D. José Antonio Galeana, con dos pequeños cañones que hizo bajar a la falda del cerro. Águila quiso seguir el alcance hasta el mismo punto donde se hallaba Morelos; pero encontró resistencia, porque se hizo firme esperando a Galeana, que había desaparecido. El resto del ejército americano, luego que oyó el tiroteo, pues estaba tendido en el camino, se desbandó por los montes inmediatos, teniendo orden de hacer el punto de reunión en San Pedro Chapulco. Morelos llegó a este pueblo a las tres de la tarde con el gran dolor de haber perdido a su amado Galeana: ni se habría movido de aquel punto, a no ser porque fue a contener e impedir que alguno pasase a Tehuacán y noticiase esta pérdida. Mandó traer de allí dos cañones, y dispuso volver a la carga en demanda de Galeana. Efectivamente, salió a las siete de la noche, y habría andado un cuarto de legua cuando se le avisó que Galeana vivía y se había salvado. Encontráronlo las partidas que se destacaron al efecto. Salvóse en el hueco de un árbol (que he visto) después de haber dado muerte con su mano a tres dragones que le perseguían. Morelos entró en Tehuacán el día 3 de noviembre, guardando el ejército formación. Salvóse el parque, porque la tropa que lo conducía tomó por la cañada, y sólo se perdieron los cañones de Orizaba. Morelos tuvo trece muertos. Cerca de cien hombres de los que se presentaron en Orizaba afectando amor a la independencia se pasaron al enemigo, y la pérdida de éste fue grande, pues levantaron cuatro carros de muertos y heridos, que se llevaron a Orizaba.

Escribiéronse en las gacetas de México varias mentiras en razón de estos sucesos, pero tan garrafales como que en *El Juguetillo* cuarto se le sacan a la cara al gobierno de Venegas. Morelos pudo evitar este encuentro marchando por Zongolica, pues aunque el camino era áspero y de difícil tránsito para la artillería, había gente sobrada que pudiera conducirla a brazo, posiciones ventajosísimas de defensa para rechazar con un puñado de hombres seis tantos de enemigos de los que se presentaron en Acultzingo, mas ignoraba el terreno.

Como ni usted ni yo somos de aquellos hombres que califican las cosas por su éxito, sino por su esencia, no podremos dejar de confesar que esta expedición de Orizaba fue desatinada: fue un *rectum ab errore*. Morelos no se puso de acuerdo con las partidas que obraban sobre las inmediaciones de la villa, como la de Leiva y de aquí es que ellas no auxiliaron como debieran, o a lo menos se hubieran situado en disposición de cortar la retirada a Andrade para Córdoba, haciéndolo prisionero. Lo más gracioso es que, al mismo tiempo que Morelos atacaba a Orizaba, una partida de cuatrocientos hombres tiroteaba a Córdoba infructuosamente, y aun ignoraba los términos en que Orizaba era atacada. Morelos debió marchar muy luego sobre Córdoba, cuyo vecindario y guarnición no se ocupaban ya de otra cosa que de recibirlo, y habría conseguido mucho. Antes de bajar las cumbres de Acultzingo debió dejar un grueso destacamento que le protegiese la retirada en un evento desgraciado, fortificándose allí, y no que lo aventuró todo a un albur. Estoy seguro de que avanzando Águila de Puebla habría tenido que hacer allí alto, y en el entretanto las tropas de Matamoros, venidas de Izúcar, y las de D. Miguel Bravo, de Tehuacán, o lo habrían contenido para no ser atacado por retaguardia, o tal vez lo habrían derrotado tomándolo a dos fuegos. Con la guarnición de Córdoba que habría engrosado el ejército de Morelos, debió avanzar hasta la misma plaza de Veracruz, cuyo vecindario estaba despechado con la absoluta falta de víveres, y no había más guarnición que la de los voluntarios; poca entonces por disminuida, y descontenta por el orgullo de los españoles, que les cargaban con todas las fatigas militares. Las tropas de Rincón, situadas en las inmediaciones de Jalapa, se habrían reunido gustosísimas con las de Veracruz, que no bajaban de dos mil hombres o más. Habríase estrechado el sitio, y sin duda la plaza se habría entregado. Allí se aguardaba a Morelos por instantes, como lo tengo bien averiguado. Con los tabacos de las dos villas habría bastado para los gastos que esta expedición demandaba, sin aquejar a los pueblos. Hasta el tiempo mismo brindaba para ello, pues en noviembre comienzan los nortes y se aleja el peligro de las epidemias. Entonces, tomada la garganta por donde aun entraban los



recursos de España, ¿cuál habría sido la suerte de la nación? Fácil es inferirlo... ¡Ah! Que hay ciertos momentos en la guerra que, si se pierden, se pierde con ellos la felicidad de un imperio. Yo, cuando supe la entrada victoriosa de Morelos en Orizaba, di todo esto por hecho, y pude preguntar como Carlos V cuando supo que Felipe II había ganado la batalla de San Quintín: “¿Y qué, Felipe no ha penetrado hasta París? Pues Felipe no ha sabido vencer a los franceses.”

Estas reflexiones son demasiado atormentadoras, principalmente para el que ha visto los tristes resultados de estos descuidos... Millares no habría venido con la expedición de cuatro órdenes y Navarra, ni se nos habrían seguido todas las calamidades consiguientes al ingreso de tal jefe y de unas tropas tan inmorales. Yo no puedo dejar de hablar este lenguaje porque no se diga que cambio el carácter de historiador por el de panegirista de Morelos.

## CARTA SEXTA

**A**preciable amigo: Lo que movió al Sr. Morelos para emprender el ataque de Orizaba fue haber interceptado una carta de Andrade en que decía al Gobierno que absolutamente carecía de dinero para pagar sus tropas y que se le habían agotado sus arbitrios; carta que se reservó y a nadie mostró para aprovecharse de su situación. Algunos han creído que por falta de municiones; pero ¡quién no ve que éstas jamás faltaban a los españoles! El repuesto grande tomado por Morelos así lo comprueba.

El estrago causado por esta guerra fue beneficioso a Orizaba por varias razones. Primera, porque se vulgarizó el comercio del tabaco en términos de que éste se vendía en Zacatlán y en todos los puntos insurreccionados como los huevos, es decir, en los mercados al corto precio de dos y medio y dos reales libra; en segundo lugar, porque el comandante Andrade ya mudó de tono en el modo de tratar a los prisioneros, pues no volvió a fusilar a ninguno de los que hacía: tenía a su hijo don Martín en rehenes de Morelos, y era ésta la mano fuerte que lo contenía.

Es necesario espaciar ya la vista por otros puntos, y apartarla por ahora de los hermosos campos de Orizaba y Tehuacán; tendámosla sobre el campamento del Gallo, situado en las inmediaciones de Tlalpujahua; punto célebre en la historia, y para mí tan venerable como el templo de la Vesta de Roma, porque si allí se conservaba el fuego sagrado del cielo, aquí ardía con luz hermosa la antorcha de nuestra libertad, que estaba a punto de apagarse.

Acosado D. Ramón Rayón por la fuerza del brigadier D. Joaquín del Castillo y Bustamante, situado en Ixtlahuaca y Toluca, después de la acción de Tenango (de que hemos hablado) urgía la necesidad de fortificarse en algún punto que contuviese sus repentinas incursiones. Escogióse al efecto el cerro llamado del Gallo, distante

media legua de Tlalpujahuá, hacia el rumbo del Poniente, posición verdaderamente militar. Rayón no tenía el menor conocimiento en el arte de fortificación, ni menos había leído a Le Blond, que trata de los elementos de esta ciencia, y entonces andaba en manos de todos; pero tenía ingenio natural, y guiado por él, trazó como pudo cinco pequeños fortines por diferentes direcciones, en los que situó once cañones desde calibre de a dos hasta el de a ocho; tres obuses, dos de a cinco pulgadas, y uno de a siete. Allí planteó una máquina que llamó la *chuza de cañones*, invento suyo peculiar, que consistía en una fuerte cureña, sobre ella un perno de hierro, en el cual descansaba una cruz, y en cada brazo de ésta un cañón; pero tan equilibrados, que cualesquier artillero los manejaba con violencia, y al menor impulso giraban circularmente con facilidad; sólo se empleaban en ellos ocho hombres, es decir, cuatro para cada cañón, aunque, según ordenanza, debería tener cada uno ocho de dotación: el artillero de la derecha refrescaba, el de la retaguardia de la cureña cargaba, el de la izquierda aplicaba el estopín, y el que estaba a vanguardia sólo hacía puntería y daba fuego, de modo que las operaciones todas eran simultáneas, y el fuego se hacía sin intermisión. El calibre de estos cañones era de a tres; pero estaban hechos con todas sus dimensiones e iguales, y también lo eran en el peso; mas en lugar de tornillo de puntería o cureña les puso una escala para subir o bajar sus punterías y que no fuesen fijantes, sino que pudieran subirlas o bajarlas a media línea de diferencia. Paréceme que veo al general Washington ocupado en plantear una nueva clase de carabinas que se cargaban por la culata y facilitaban con su ligereza los movimientos evolucionarios de sus cazadores: el ingenio es hijo de la necesidad. Además planteó allí una máquina de fusiles, reuniendo al efecto porción de artífices de aquellas inmediaciones, a que se agregaron los que secretamente logró extraer de esta maestranza de México la señorita María Leona Vicario de Quintana, gastando no pocas sumas de su patrimonio, y a excusas no sólo del Gobierno, sino de su tutor, en cuya casa vivía y que era opuesto al sistema en aquella época. ¡Ah! Jamás se recordará el nombre de esta

joven sin emoción, y sin dejar de colocarla en el ilustre catálogo de las heroínas americanas que contribuyeron con cuanto estuvo en la esfera de su posibilidad a proporcionar la libertad a su nación; ya veremos a cuánto llevó sus sacrificios y padecimientos. Los fusiles se formaron por el modelo de los que en diversos combates habían quitado a los españoles expedicionarios venidos de España, y llamados de la Torre de Londres, seguramente los más perfectos; no de otro modo que los antiguos romanos formaron las primeras galeras de sus escuadras por el diseño de una de los cartagineses que una tempestad o naufragio dejó esparcida por las costas de Italia, con la diferencia de que estas armas fueron premio de unos combates bruscos, desiguales, y de consiguiente gloriosísimos para la América. Los artífices igualaron los fusiles, y sólo se notó en ellos el ser más pesados que los de Europa, acaso por la diferencia de las cajas de madera más sólida. ¿Pero qué no costó el adquirir el hierro necesario para la forja y taladro de los cañones? ¿Qué los instrumentos indispensables? Esto no es para pensado, porque no se puede formar idea precisa de ello; sólo la tenemos los que nos vimos en iguales conflictos,<sup>75</sup> día y noche, pues trabajaba la máquina ocho cañones de fusil, calibre más que de ordenanza, ya que se les dio el de dieciocho adarmes con el preciso objeto de que si por alguna contingencia el parque fuera tomado por el enemigo, éste no

75 No puedo acordarme sin reírme de cuando recogíamos en Zacatlán profesionalmente los orines de los soldados para echarlos en la pila salitrera. Era necesario intervenir en todo, en la paja, en la sastrería, en curtir los cueros, en todo, en todo, y lo que es más, en buscar el dinero para pagarlo, y estudiar el modo de defenderse u ofender al enemigo... Vengan cien mil pesos, dos o tres mil hombres, cuatrocientos quintales de galleta; cien mil cartuchos embalados; ocho cañones, etc., así pedía Calleja, todo se le daba y con ello hacía la guerra. ¿Quién no es general de este modo? ¿Quién no vence a masas inermes? Esto pasó por los primeros insurgentes, que cuando se regalaban, comían mula, y alguna vez zacate, como en la división del señor Guerrero... ¿Y ésta es la conducta y padecimientos de los insurgentes de pan tierno? Apenas se les retrasa la paga cuando blasfeman del Gobierno, lo censuran, lo hacen sospechoso y aun maquinan su ruina... Aquéllos callaban y sufrían... Aquéllos pasaban, sin embargo, por pícaros ladrones; no obstante, tuvieron ejércitos brillantes. ¡Qué gloria!

pudiese hacer uso de él prontamente por la diferencia que había del calibre común. ¡Prudente precaución!

Colocóse en aquel punto fortificado la imprenta, y guardándose toda la posible disciplina militar de un campamento, se ejercitaba allí la tropa y formaban su aprendizaje los reclutas con que se engrosaba.

#### ACCIÓN DEL ZAPOTE, CAMINO DE JERÁCUARO PARA ACÁMBARO

Un mes después de la acción de Jerécuaro supo el general Rayón que habían salido cincuenta mil pesos escoltados para Valladolid, y determinó que su hermano don Ramón los interceptase. Llegó tarde la noticia; sin embargo, salió a probar fortuna con setenta infantes, setenta caballos y dos cañones de a tres. Apostóse ventajosamente en el punto llamado el Zapote, situando en trozos esta corta fuerza por vanguardia y retaguardia. Cargó al ser de día hallando al enemigo en desorden, y lo persiguió hasta ponerlo entre un monte y una presa, donde lo acorraló y le intimó rendición; de hecho, se entregaron los realistas, quedando de ellos más de doscientos prisioneros, después de haber muerto su comandante Quevedo (español), y se tomaron ciento ochenta fusiles y treinta y una carabinas.

#### INTRIGA DE VENEGAS CON LOS AMERICANOS

A la verdad que era muy difícil esta situación para los españoles, pues los triunfos de Morelos por el Sur, la fortificación de Rayón en el cerro del Gallo, la repetida circulación de los periódicos publicados desde aquel punto, el prestigio de la Junta, cuya moneda ya circulaba en plata y oro con aprecio, ciertas formas legales con que se caracterizaban sus providencias, y la tenacidad con que se sostenían

las partidas en lo interior sin ceder a los repetidos reencuentros que diariamente daban o recibían, todo esto hizo al Gobierno desesperar del buen éxito de su empresa de subyugación. Por tanto, el virrey solicitó eficaz y secretamente saber qué persona o personas tenían más íntima relación con los americanos para proporcionar por su medio una entrevista y parlamentar, ofreciendo bajo palabra de honor no inquirir jamás los conductos, ni menos inferirles perjuicio alguno. Los agentes pudieron averiguar que el Lic. D. Juan Bautista Guzmán y Raz era el mejor resorte, y bajo aquella garantía, que se cumplió con el mayor honor y religiosidad, entró en esta negociación proporcionando correos diarios, haciendo algunos obsequios al general Rayón y remitiéndole instrucciones circunstanciadas para evitar una cautela o sorpresa, y que de todos modos se lograra un acomodamiento útil a la nación. No extrañemos esta precaución indispensable en asunto de esta naturaleza, pues vemos que con menos odio y motivos de desconfianza los últimos triunviros de Roma, al entreverse en una isla del Reno para disponer de la suerte del mundo conocido, se miran, remiran y aun registran mutuamente sus vestidos para evitar el que alguno de ellos, prevalido de la ocasión, meta un puñal en el pecho de su colega. Ya me figuro que al oír usted este preámbulo creará en el virrey la mejor voluntad para suavizar los males de la guerra; así se lo figuró Rayón, pero fue chasqueado como un chino. Paralizado el comercio, por su parte ofreció que los convoyes de Acapulco hasta Cuernavaca vendrían no sólo seguros, sino escoltados con tropas de la nación hasta cierto punto, y lo mismo los de tierra adentro, a cuyo efecto dio sus órdenes a Morelos, que ofreció cumplirlas; anunciósele que en cierto día sería la entrevista de los enviados de México, entre los cuales iría D. Juan Bautista Lobo y el enunciado general. Fijó por punto la hacienda de Tultenango; encargó que por medio del canónigo Velasco se remitiesen de México vinos exquisitos y buena repostería para tratarlos con esplendidez; llegó el día, y nadie se presentó. Reclamó una falta tan incivil, y se le dijo que había pendido del Gobierno, pues éste había entendido que Chito Villagrán se había

separado de su obediencia por cuanto en la expedición que hizo a Ixmiquilpan (de que después hablaremos) menos para humillar la guar­nición española, que allí había al mando de D. Rafael Casasola, que para corregir las demasías y raptos de Villagrán, había éste dado la voz de alarma e introducido la sedición. Este acto fue para Venegas un motivo de confianza, pues creyó que sería imitado por muchos; resul­taría de aquí la anarquía, y entonces él conseguiría muy naturalmente lo que antes imploraba por favor: en parte no se engañó. Los agentes de México y solicitadores de la entrevista quisieron hacer de conseje­ros; afearon a Rayón varias de sus providencias; diéronse por sentidos de la burla, y mucho más de que Rayón no hubiese querido adoptar un plan de guerra y devastación, que le propusieron en venganza del ultraje referido; algo más, retiraron toda correspondencia con él y se dirigieron a Morelos, hombre sincero, que desconocía los amaños de la política, y sobre cuyo corazón pesaron no poco los informes que dieron contra Rayón, suponiéndolo, si no sospechoso, a lo menos inepto por llevar adelante la empresa; glosaron hacia la peor parte la falta de auxilios que decían debió darle en Cuautla sin detenerse en Toluca, y de aquí resultó que desde entonces las órdenes de Rayón, como presidente de la Junta, o se desobedecían abiertamente, o se cumplían a medias; tal suerte corrió la en que se le prohibió la acu­ñación del cobre como medida destructora del comercio. ¡Ojalá que en esto sólo hubiese terminado este desorden! Llevóse adelante, pues se introdujo muy más de cerca entre los mismos vocales Verduzco y Liceaga, de que fue consecuencia inmediata la pérdida de la acción, casi ganada por Verduzco, sobre Valladolid, y de cuyas puertas salió derrotado; la sangrientísima del puente de Salvatierra, la pérdida del campo del Gallo y la ruina de la primera Junta que se reemplazó con la instalación del Congreso de Chilpancingo por Morelos, constituido mediador entre los mismos vocales disidentes.

Éste es el hilo de oro que deberá guiar a usted en el laberinto de esta historia: duélome de presentarlo, pero no puedo faltar a la ley de historiador. Tal vez podía servir de lección práctica, aunque

terrible, a nuestros compatriotas, para que sepan conducirse en lo sucesivo en el cúmulo de intrigas con que los hombres de bien tendrán que luchar. Confesamos asimismo que creemos hayan contribuido sin saberlo y con la mejor intención del mundo a dar a nuestros enemigos un día de gloria, cuando llegó el momento en que vieran subyugada por estos medios casi toda la América mexicana y hechos infructuosos los sacrificios de tantos hombres beneméritos.

También debe usted saber que la casa de San Miguel de Aguayo solicitó del general Rayón licencia para que pasase un convoy de carneros. Ofreció que contribuiría con veinte mil pesos, de los que sólo exhibió cinco mil y más, en paños, fierro, acero y otros útiles para la maestranza de Tlalpujahuá. Rayón cumplió religiosamente por su parte el convenio, y era muy justo, pues el marqués era hombre apreciable, aunque su hijo el conde de San Pedro del Alamo, a las órdenes de Trujillo, hacía a la independencia mucho mal; algo más: proporcionó a las pastorías dehesas donde mantenerlas al abrigo de sus tropas, y de donde se sacaron paulatinamente para venderlas en México. Digan lo que quieran los enemigos de Rayón, éste se condujo en el modo de hacer la guerra con cordura, y amó a sus mismos enemigos, sin confundirlos jamás con la multitud inocente. Éstos fueron favores de gran tamaño, pues el precio corriente de cada carnero entonces era de diez pesos.

#### INTERCEPTA D. RAMÓN RAYÓN UN CONVOY DE MÁS DE VEINTE MIL CARNEROS CERCA DE SAN JUAN DEL RÍO

Muy caro costó a Venegas el modo pérfido con que se condujo en el convenio proyectado con el general Rayón. Supo este jefe que de tierra adentro venía un rico convoy, y que para asegurar su ingreso en México había salido y se hallaba en Cuautitlán una gruesa división que debería unirse con la que lo escoltaba, que serían seiscientos hombres. Marchó, pues, del campo del Gallo D. Ramón Rayón con ciento trein-



ta infantes, cuatro cañones chicos, y el resto de caballería al mando de los Polos y Epitacio Sánchez. Emprendió su marcha forzada por Aculco y Nodó, caminando secretamente de noche, y acampando de día. En las inmediaciones de San Juan del Río sorprendió un corto destacamento de realistas, a quienes engañaron sus dragones, porque iban vestidos con capas amarillas de las tomadas a las tropas del Gobierno. Avanzó más adelante y una partida de dragones de San Carlos, de treinta hombres, se batió con su guerrilla; pero fue envuelta muy luego por otra que tenía oculta en una emboscada, y así es que toda pereció a lanza. Entonces avanzó sobre los ganados que pastaban en las inmediaciones. Dióse tan buena maña, que a la salida del pueblo logró cortar una gruesa punta de carneros en número de veintiún mil quinientos, y los echó a andar por delante, protegiéndolos con su tropa. Al ruido salió la enemiga; Rayón fingió retirarse; siguiéronle, pero tenía situada su artillería en la embocadura del pueblo, donde la columna cerrada de realistas se encarriló, y sufrió el estrago de su metralla. Continuó retirándose hacia el llano del Cazadero,<sup>76</sup> perdiendo terreno por escalones; tuvo la fortuna de desmontar una culebrina del enemigo, que hizo callar sus fuegos. Cuatro leguas caminó en esta forma, hasta que en una pequeña eminencia de dicho llano hizo alto; formó completamente un cuadro que apoyó con su artillería y caballería, y en esta actitud, viendo que el enemigo sólo se limitaba a observarlo de lejos, dio un rancho a su tropa, que comió a su vista. Al ser ya las tres de la tarde observó que el enemigo se retiraba, e instruido por sus guerrillas de que no era falsa su retirada, a pesar de que se había engrosado con los realistas del pueblo y tropa venida de la hacienda de la Estancia, emprendió su marcha en rigurosa formación militar, que semejaba a una cruz hasta Aculco. Esta serenidad y bello

76 Este llano fue teatro de una excelente montería que hizo el primer virrey de México, D. Antonio de Mendoza, cuando fue a la guerra del Mixtén, en Jalisco, con más de veinte mil indios que ojearon las cimas de los cerros inmediatos, y allí se hizo una gran batida; de ahí trae el nombre de Cazadero; por lo demás, es estéril en extremo.

orden impuso al enemigo. Los carneros llegaron a Nodó en aquella tarde, y al fin entraron en Tlalpujahua con la misma felicidad que la tropa que los escoltaba. Causó no poca admiración a su hermano el ver que estas mismas pastorías de ganado y sus conductores fueron las que condujo hasta Zacatecas en el año de 1811 cuando se retiró del Saltillo, y con otras muchas más que venían a sus órdenes, cuando le ocurrió la desgracia de la jornada del Maguey, en que fue derrotado por Emparan. Tales son las vicisitudes de la guerra.

Esta presa se distribuyó entre varios oficiales en parte; se vendió otra a regular precio, que sirvió de fomento para la división, y además se consumió en ranchos de sus soldados.

Tengo averiguado que la fuerza principal que escoltaba el convoy venía al mando de Torres del Campo, y que la conducción del convoy se encargó al de otro llamado D. Vicente Lara, en cuya compañía militó después Rayón en el año de 1818 en la provincia de Valladolid.

Tal es el cuadro lisonjero que presenta la revolución en aquella época con respecto a las divisiones que estaban bajo el inmediato mando del general Rayón y de su hermano. En breve veremos cambiada esta faz lisonjera en otra funestísima, merced al genio de la discordia introducida entre sus colegas Verduzco y Liceaga.

#### EXPEDICIÓN DE MORELOS SOBRE OAXACA

Varios correos interceptados, no menos que avisos oportunamente dados de Puebla, México y otros puntos, hicieron entender al general Morelos que se trataba de atacarlo en Tehuacán. Habíanse traído al efecto dos cañones de batir de hierro, de Perote, y se habían tomado otras medidas que el Gobierno de México creyó muy propias para el caso. Tehuacán, lugar abierto, no era capaz de resistir un sitio: el agua que surte a la ciudad es de tal naturaleza, según las sales de que está impregnada, que fácilmente se corrompe, y no puede con-

servarse potable en aljibes; tampoco se encuentra en pozos, y además, puede cortarse fácilmente, como lo hizo el padre Sánchez cuando tomó aquella ciudad. El Cerro Colorado aún no era conocido por sus ventajas de defensa; pesadas estas dificultades por Morelos, resolvió internarse a la provincia de Oaxaca. Su fuerza efectiva en Tehuacán llegaría a seis mil hombres a lo más, gente toda de valor, pero de muy poca o ninguna disciplina militar, y tal vez resistente a recibirla.

Era, pues, necesario comenzar por dársela y acostumbrarla a los usos de la milicia, so pena de no contar con ejército al menor descalabro. Son demasiado peligrosas las reformas en los ejércitos, principalmente cuando están en momentos de obrar, y cuando el soldado, por no hacer un pequeño sacrificio contrario a las hábitos y caprichos a que está acostumbrado, o deserta, o se pasa al enemigo. Ya se lo había mostrado la experiencia a Morelos a costa de la pérdida de Trujano: por hacer obedecer a su tropa no se le permitió que llevase la que le conocía; diósele otra, repugnándolo él, pues no tenía confianza en ella, y esto en parte motivó su ruina; sin embargo, Morelos comenzó en Tehuacán a crear varios empleos desconocidos en su hueste, como el de intendente del ejército, que confirió al Sr. D. Antonio Sesma, anciano benemérito que lo condujo a la expedición de Orizaba, hombre honradísimo, de una actividad prodigiosa, de un carácter popular, y seguramente el más propio para el desempeño de este destino, como lo acreditó la experiencia. No era posible hacer acopios en lo pronto de víveres para la expedición; ora por la premura del tiempo, ora porque esta medida daba un carácter de publicidad a la expedición proyectada; sin embargo, a Sesma se le reveló por Morelos, y de su propio bolsillo hizo algunos acopios de víveres con que el ejército pudo emprender su marcha; sin duda habría perecido si este buen intendente no hubiera portádose con esta bizarría digna de su desinterés y de los nobles sentimientos de su corazón.

Cuando el Sr. Morelos sufrió el descalabro en Acultzingo, mandó venir rápidamente la división de D. Mariano Matamoros, que estaba creándose en Izúcar. Este jefe creyó que era para sostener a

Tehuacán. Marchó, pues, tomando el rumbo de Molcaxaque a salir a Tlacotepec y Tehuacán; y aunque pasó muy cerca de Tepeaca, donde estaba el coronel Bracho de Zamora, éste no se atrevió a atacarlo. Presentóse, pues, Matamoros sobre Tehuacán con un fuerza de poco más de dos mil hombres perfectamente equipados, entre los que se distinguía el regimiento de infantería del Carmen, con la fuerza de ochocientos hombres, al mando del coronel D. Mariano Ramírez, ocho cañones y un obús de a siete pulgadas. Incluirse entre estas piezas el cañón de a ocho quitado a Llano cuando se retiró de Izúcar para el sitio de Cuautla. Morelos no pudo dejar de admirar el buen orden y disciplina de esta tropa; principalmente en el arma de artillería, cuyo parque abundante y cañones estaban arreglados por el teniente coronel D. Manuel de Mier y Terán, joven en quien sus mismos enemigos han reconocido desde una edad tierna los tamaños de un excelente general. El día 10 de noviembre salió Morelos de Tehuacán; pero antes de seguirlo en su marcha, examinemos las disposiciones en que se hallaba Oaxaca para recibirlo, pues esto facilitará la relación de su entrada en aquella ciudad.

#### SITUACIÓN POLÍTICA Y MILITAR DE OAXACA

Desde que París fue sorprendido en su campo de Tonaltepec en 5 de enero de 1811 temieron los españoles por la suerte de aquella ciudad, y procuraron ponerla en estado de defensa. Formaron su plan, y como se hubiese aprobado por el Gobierno de México, se mandó poner en ejecución; operación que costó ochenta y tres mil pesos, a pesar de ser allí baratos los materiales y útiles de albañilería. Un catalán fundió treinta y seis cañones, calibres de cuatro a ocho, y de dos a doce, con granadas de mano; el parque se construyó en gran cantidad, y no vino poco de Guatemala, en términos de que llegaron a ofrecer al Gobierno el que necesitase. Contábase cuarenta y dos parapetos, cuatro puertas principales con puentes levadizos, sin otros

puentes chicos de mano para la comunicación de la ciudad. Después de la derrota de Régules en Huajuapán, la reacción de tropas pasó de dos mil hombres. Tales eran las disposiciones de defensa. Hallábase en aquella ciudad el teniente general D. Antonio González Saravia, que concluida su presidencia de Guatemala, y retirado de aquel gobierno, fue nombrado por el Supremo de Cádiz comandante general de las armas del virreinato, y Venegas jefe político; semejante disposición, aunque conforme con el espíritu constitucional, hirió mucho el orgullo de este jefe, por lo que con varios achaques detuvo en Oaxaca a González Saravia para que no tomase posesión de su empleo y mandóle que tomara el mando militar de aquella ciudad. Esto ocurrió quince días antes de la entrada de Morelos.

Creíanse, por tanto, en Oaxaca en buen estado para resistir la agresión de éste, y de consiguiente se habían desentendido de ocupar los locales ventajosos del camino, donde con muy corta fuerza pudieron resistirlo; así es que abandonaron el punto de Río Blanco, cuesta de Cuicatlán, cumbres de San Juan del Rey y otras, reduciéndose a sola la ciudad y fortín de la Soledad, situado sobre el camino de México por la villa del Marquesado. Admiróse, por tanto, Morelos, cuando pasó por estos puntos sin el menor obstáculo, de su abandono, lo que le presagió el buen éxito, pues trataba con militares tan ineptos. Su marcha fue lenta, ora sea porque aun los ríos Salado, de Tecomavaca, Quiotepec, Cuicatlán y la Vueltas estaban crecidos, ora por la fragosidad de camino, y ora, en fin, por lo peligroso de la empresa en que la artillería casi caminaba a brazo. En Cuicatlán se comenzó a sentir el hambre, y apuró tanto en las cumbres de San Juan del Rey, que allí murieron de necesidad algunos soldados; pero todo quedó remediado al divisar el hermoso valle de Etlá, poblado de haciendas, alquerías, pueblos y molinos, que visto desde una altura forma la vista más pintoresca, que produjo una extraordinaria conmoción en sus soldados al modo que entre los de Napoleón la de Moscú, pues repitieron largo rato esta palabra entre el gozo y la sorpresa ¡Moscú! ¡Moscú!

Confieso que al recordar la dulce memoria de estos lugares donde vi la primera luz, mi corazón da fuertes latidos, y que cuando

la melancolía abrumba mi espíritu, para disiparla comienzo a recorrer, como bastidores de un teatro, las perspectivas halagüeñas de aquellos lugares y campos de placer puro. Pero, ¡ah!, que vamos a verlos inundados de un ejército decidido a morir o vencer; las aguas cristalinas que serpean por los boquetes de chirimoyos de la villa de Etlá, y las del apacible Atoyac, van a mezclarse con la sangre de nuestros hermanos... Los antiguos sabinos del Marquesado, plantados allí (según cree el pueblo) por la mano de Quetzalcóatl,<sup>77</sup> ennoblecidos con el heno blanco, como lo es un octogenario con su nevada cabellera, van a ver morir a los hijos de la hermosa Antequera por la más injusta de las causas...

#### ENTRADA DE MORELOS EN OAXACA

Superados los obstáculos que pudieran oponerse a Morelos en su marcha para Oaxaca, tomó la vanguardia él mismo con su escolta sobre las cumbres de San Juan del Rey, dejando atrás el ejército, que venía muy fatigado, donde acampó y se detuvo, así para darle descanso como para esperar a que se reuniese todo, se limpiasen las armas y tomasen las medidas necesarias a rechazar a Régules, que se sabía haber salido con un grueso de caballería a explorarlo. Al siguiente día avanzó el ejército a la villa de Etlá, y reforzó las descubiertas puestas al mando de D. Eugenio Montaña, coronel de Ozumba, y del famoso capitán Larios. No tardaron en encontrarse con doscientos caballos mandados por Régules en persona, que salió hasta la hacienda que llaman de Viguera, donde se batió con Montaña, quien le cargó de recio, le mató dos hombres e hizo entrar en Oaxaca muy de trote y asaz triste. Sobrevino una circunstancia capaz de acobardar a la tropa de ambos bandos, y fue un recio temblor de tierra, entre tres y cuatro de la tarde, que tiró los pabellones de fusiles del campo. Con menos motivo se acobardaban en otras épocas los ejércitos, y éstos eran anuncios que servían a sus cabos para augurarles la victoria o la ruina.

Es muy melancólica la relación de lo ocurrido en Oaxaca en aquella noche. Los españoles se mantuvieron en vela y ocuparon la plaza: sus gentes corrían despavoridas de un extremo a otro de la ciudad; nadie se tenía por seguro en su casa, y sólo se tenía alguna confianza en la ajena, aunque estuviese situada en la misma acera. Abriéronse los conventos de religiosas para servir de asilo a las doncellas y personas honestas, ora viudas o casadas; en medio de esta turbación, el furor dictaba sus medidas impotentes de una venganza estéril. El teniente letrado D. Antonio María Izquierdo dio orden, como presidente de la Junta de Seguridad, de que se fusilasen los prisioneros que poblaban la cárcel en número de más de trescientos: orden bárbara que por su atrocidad misma no fue ejecutada: los prisioneros esperaban por momentos la muerte, y al que le ocurría la esperanza de vivir, la fundaba en la generosidad del vencedor. ¡Triste situación por cierto, y cuya memoria apenas se recuerda en Oaxaca sin que el corazón de sus hijos dé latidos y haga asomar lágrimas a los ojos! Faltaba a aquel pueblo el consuelo que en tales momentos da la vista de su pastor. El obispo Bergosa, aquel prelado que tanto había invectivado contra Morelos en sus pastorales, pintándolo como a un cetáceo, y gastado no pocas sumas en levantar tropas de eclesiásticos para que lo batiesen, apenas supo de su llegada a Cuicatlán cuando al disimulo se pasó a Santo Domingo, y en la noche tomó la fuga por el camino de Guatemala; dejó allí confidentes a los canónigos Vasconcelos y Moreno, que desempeñaron cumplidamente sus encargos durante su ausencia; marchó por el rumbo de Tehuantepec para Tabasco, Villa Hermosa y Veracruz. Aunque afectaba peregrinar como un apóstol, e imitar a los primeros pastores de la Iglesia, en realidad él no caminaba con sólo báculo y alforjas; acompañábanle algunas sumas de dinero por modo de viático apostólico, cuyo peso procuró aligerar ocultándolas en Tonalá; pero, según he oído asegurar, parece que no las sepultó tan en secreto que no viese el entierro algún curioso y cuidase de exhumarlo, pegándole este buen chasco cuando procuró recobrarlo. ¡Válgame Dios, y cuán extrañas son las persecuciones de los señores obispos de

estos tiempos, y qué diversas de los de la primitiva Iglesia! Hasta los lobos de que han huido han sido de diferente especie de aquellos que perseguían los apriscos de antaño, y que no les era permitido abandonar... porque *Pastor bonus ponit animam suam pro ovibus suis*.

Morelos trazó su plan de ataque en la villa de Etlá, dio la orden del día concebida en estos términos: ¡A acuartelarse a Oaxaca!... Y remitió la intimación de rendición de la plaza al teniente general González Saravia, señalándole el término de dos horas, orden que no recibió sino en los momentos precisos en que se desparramaba el ejército americano como un torrente por las calles de la ciudad. Montañó marchó sobre la falda del cerro de la Soledad y Jochimilco, así para cortar el agua que abastece a Oaxaca por aquel rumbo como para cortar la retirada de los españoles por el camino de Guatemala. El gobernador de Oaxaca confió el punto principal de defensa, es decir, la puerta de la Soledad, al coronel D. Bernardino Bonavía, jefe de la brigada de aquella provincia. Morelos dio la vanguardia a D. Hermenegildo Galeana, el centro a D. Miguel Bravo y la retaguardia a Matamoros: él se quedó con la reserva, e hizo que detrás del ejército formaran las mujeres que lo seguían. Era indispensable colocarse al paso para Oaxaca bajo los fuegos del fortín de la Soledad, que enfilaba el camino con cuatro buenos cañones y defendía Regules; por tanto, mandó Morelos que lo atacase el regimiento de San Lorenzo, al mando del coronel D. Ramón Sesma: D. Manuel Terán dirigió la artillería para esta empresa, y casi a brazo hizo llevar sobre una loma el cañón de a ocho, que las tropas de Izúcar quitaron al general Llano cuando se retiró rechazado para Cuautla; las punterías fueron tan certeras, que al segundo tiro se echó abajo el tinglado de dicho fuerte. Estaba éste tan mal trazado, que la zanja que tenía en derredor y le servía de foso lo utilizó Sesma de parapeto para hacer un fuego a cubierto sobre sus defensores. Por tanto, éstos se vieron en el caso de abandonar dicho punto y de tomar la fuga para la ciudad. Un sargento llamado Axotla, situado en el puente de la Soledad, fue el que tomó el mando porque lo abandonó cobardemente su comandante Bonavía



cuando se aproximaba el enemigo; condolido de que los realistas que venían del fortín fugitivos se quedasen entre los americanos y fuesen prisioneros, bajó el puente levadizo de la Soledad para que pasasen; Terán, que estaba enfrente mandando una batería de vanguardia, se aprovechó de este momento feliz, avanzó rápidamente, situó en él un cañón e impidió que los realistas pudieran levantarlo; de este modo pasó por encima, haciendo fuego a metralla. Pocos momentos antes de esta operación, Morelos se vio a punto de perecer; situóse bajo los fuegos del fortín de la Soledad; comenzó allí a dar sus órdenes tranquilamente y a comer pan y queso; el hambre, como otras veces he dicho, era el síntoma de su valor y enojo al entrar en un ataque; una bala de cañón dirigida inmediatamente a él, le arrebató a un soldado de su escolta e hizo pedazos; sin embargo, continuó comiendo con calma, apenas levantó blandamente la cabeza y dijo (oyólo Terán): “Para tu abuela”, y mandó recoger la carabina. Concluido el almuerzo, avanzó unas cuantas varas más adelante, situándose junto al foso de la garita del Marquesado, y he aquí toda la precaución que tomó para defenderse, sirviendo de punto en blanco.

Cuando avanzaba el ejército sobre la ciudad, el general Victoria, entonces teniente coronel, se echó al foso cercano al juego de pelota, de cuyas casas inmediatas se habían apoderado los americanos, y desde allí hacían fuego: arrojóse a nado, les tiró la espada a los españoles, y este rasgo de valentía romancesca les impuso a abandonar el punto. Terán avanzó en derechura hasta la plaza donde se habían replegado gruesas partidas, y detrás de los pilares de los portales hacían fuego graneado, no menos que por las azoteas. Galeana tomó sobre la izquierda hacia el rumbo de Santo Domingo y el Carmen. Los frailes de esta orden ocuparon las bóvedas de su convento y azotea de la casa llamada del Chantre, o Huerta de D. Juan Felipe, desde donde hacían mucho fuego, principalmente un fray Félix, de amarga recordación. Usted podrá entender cuán vigorosa sería la resistencia en este punto cuando sepa que el parapeto del Carmen estaba defendido por el mismo Regules, que con sus manos dirigía un cañón. Cuando vio que

tenía necesidad de ceder a la fuerza que le atacaba, salió sobre ella con una pistola y un sable, mató a un americano, penetrando por el grueso de la partida, y se entró en el convento, de donde después lo sacaron, como ya diremos. En Santo Domingo, punto tan fuerte como puede serlo San Juan de Ulúa, y donde debieron situarse principalmente los realistas si hubieran tenido ideas militares, colocaron tres cañones, y allí hizo prisioneros Galeana a más de trescientos que no supieron defenderse. El capitán Larios desplegó por la calle de la Merced, pero allí no encontró ciertamente oposición. Cuando las partidas vagaban por diferentes puntos de la ciudad, ignorándolo González Saravia, avanzó con la caballería de europeos hasta la esquina de San Felipe y casas que llaman del Capuchino, pero ésta echó a huir y lo dejó enteramente solo; marchó a su casa, y sobrecogido enteramente, en vez de tomar unas onzas de oro, se echó en la bolsa una colección de medallas curiosas que tenía y emprendió su fuga para el reino de Guatemala, ocultándose por entonces en una casa cerca del convento de Belén. Dejémosle en ella corriendo su suerte, y tornémonos al general Morelos. Entró éste a la una de la tarde en la ciudad, habiendo roto el fuego a las nueve de la mañana. Su tropa desbandada, desnuda y nadando, digámoslo así, en el seno de la abundancia, comenzó a saquear todo lo que pudo. Representóse aquí con ella la escena que con la de Napoleón en Moscú, donde sus soldados se dejaban ver vestidos, unos a lo turco, otros a lo persa, y con trajes tan diversos y extravagantes, que aquello era una mojiganga o máscara de carnaval. Viera usted a un negro en cueros con un uniforme galoneado de regidor u oficial real; a un payo con su jerga por manga, ornada la cabeza con un sombrero al tres; a una negra cubierta de trapos sucios, mas con un hilo de ricas perlas en la garganta; muchos ebrios y entregados a una alegría frívola e indecente. Contrastaba este cuadro el general Victoria sentado en una puerta de la catedral, llorando amargamente aquellos desórdenes de la tropa, y vaticinándola su ruina por tales desmanes, contrarios a la disciplina que debiera guardar. En vano quiso Morelos evitarlos; tal vez los mismos cabos a quienes mandaba que

custodiasen las casas para asegurarlas, eran los primeros en robarlas; por tanto, se extrajeron muchas sumas, se robó impunemente, y estos excesos continuaron hasta después de algunos días. Conozco hombre que disfruta una opulenta fortuna de estos ladrones, y también conozco a la familia con cuya sustancia se engrosó inicuaamente, que vive en pobreza. Mayores fueron los estragos si los conventos de uno y otro sexo no hubiesen servido de asilo a muchas personas que juntamente llevaron a ellos sus caudales. Tengo por causa de estas desgracias la adulación del provisor D. Antonio Ibáñez de Corvera. Su sobrino, el cura del Marquesado, le mandó la intimación de rendición que hizo Morelos al general González Saravia; pero por no disgustarlo, y porque no se le tuviese por insurgente, no se la entregó prontamente; hízolo ya que era corrido el término de la intimación, y cuando la tropa americana ocupaba la ciudad; así es que el general tenía el oficio sin abrir dentro de la bolsa del frac; pues a haberlo recibido en oportuno tiempo habría entrado en un convenio, porque como hombre prudente y como militar viejo, conocía su impotencia para resistir un golpe como el que le amagaba.

Morelos no podía ver con indiferencia la fuga de los españoles para el reino de Guatemala; ora sea porque entendiase que allí podía formarse una reacción con hombres acaudalados, y prontos a consumir el resto de sus fortunas para recobrar sus bienes raíces que dejaban en Oaxaca, ora por vengarse de aquel ignominioso lanzamiento; por tanto, además de la división de Montañón que destacó para cortarlos, mandó otra a las órdenes del padre García Cano, que llevaba por objeto revolver al obispo, y por poco lo alcanza en Tehuantepec. Quería tratarlo con dignidad y decoro el Sr. Morelos, y hacerle ver que no era un cetáceo, como lo había anunciado en sus pastorales; lo mismo hizo el cura de Chilapa, por lo que cuando Morelos tomó aquella villa, mandó llamar a doña Isabel Castrejón, señora de aquel lugar que creía en estas patrañas; se hizo dar delante de ella un baño de pies, y al concluir el lavatorio le dijo: “Suplico a usted me los vea bien, y note que son como los pies de todo hombre; que no tengo ga-

rras ni cosa que lo parezca, como le ha hecho creer su cura párroco.” No pocas viejas de Oaxaca salían a ver a los insurgentes por las ventanas, y a cerciorarse de lo que les había anunciado su obispo... ¡Así se han burlado algunos de una inocencia y credulidad dignas de otra dirección y confianza! ¿Podrá llegar a mayor extremo de bajeza esta superchería? Horas de diferencia libraron al obispo. Logróse revolver a algunos españoles, y entre ellos vino el teniente general González Saravia. En la noche del 25 de noviembre, en que entró el ejército americano en Oaxaca, se salió de la casa donde estaba oculto, llamó a las puertas del convento de Belemitas; pero no le quisieron abrir los legos; desesperado de no encontrar allí asilo, emprendió su viaje a pie, tomando a ojeo el rumbo de Guatemala; aun no habría andado tres leguas cuando tuvo que recurrir a unos indios que encontró en el camino para que lo subiesen en un burro, pues no podía dar un paso de fatigado; en breve dio con una de las partidas de observación, que lo conocieron por su uniforme y otros caracteres que mostraban muy bien que aquélla era una persona principal. Conducido a la cárcel pública, solicitó hablar con Morelos; mandóle decir que era un general como él; pero no quiso prestarle audiencia. En vano ofreció dar hasta cuarenta mil pesos por su vida, pidiendo que se le pusiese en un puerto para ir a acabar sus días en España; Morelos se mantuvo inflexible. González Saravia mostró indignarse cuando se le fue a tomar declaración por el auditor de guerra, a quien respondió con bastante altanería; dijo que indultaría a Morelos y a los suyos, de quienes habló como de unos bandidos e inmorales; éstos eran resabios de español, de viejo, de hombre despechado, que debieran verse menos como insultos que como quejas de un afligido; mas, por el contrario, se tuvieron como ultrajes dignos de expiarse con la muerte. Condenósele por fin a sufrirla, y la oyó con el desprecio de un hombre satisfecho de su buena conciencia. Hizo su testamento, y merece una mención particular el legado que hizo de su rosario... “Déselo usted —dijo a su confesor— a mi hijo Miguel, y dígame que era de su abuelo, y esta caja a Ignacia la Iturribarria.” Púsosele un tablado enlutado en el mismo

lugar donde fueron fusilados López y Armenta, primeros mártires de la libertad en Oaxaca, de quienes ya hemos hablado otra vez. Marchó al suplicio con denuedo; no quería que le vendaran los ojos, y cuando conoció que era llegado el instante de sufrir la descarga, dijo intrépidamente descubriéndose el pecho: “Echen balas, que estoy acostumbrado a recibirlas.”

Tal suerte cupo a un general, hombre de bien, humano, religioso, de un corazón recto, digno de mejor fortuna y víctima de la intriga de Venegas. Morelos conoció al fin, mejor informado, que había obrado muy mal en este hecho, y a lo que entiendo, le acompañó al sepulcro el pesar de esta ejecución. No nos hallábamos en el caso de obrar como Leiva y Lannoy cuando hicieron prisionero a Francisco I en Pavía, pero sí en el de oír a un hombre que trataba de sincerarse; a un jefe cuya historia era bien sabida en Oaxaca; a un general, en fin, que había sido violentado para tomar el mando... El hombre se reputa inocente, hasta el momento mismo de su condenación, principalmente cuando a Saravia no podía deturpársele con hechos notorios de atrocidad indisculpables del modo que a Régules, cuya historia es ciertamente tragicómica, como va usted a ver en la siguiente exposición.

Metióse éste, como he dicho, en el Carmen, y con él otros varios españoles. El general Matamoros se encargó de registrar el convento: entróse en la celda de fray Félix, arriba enunciado, y allí encontró al europeo don José Fuentes, hombre de pequeña estatura, y a quien le venía muy largo el hábito de dicho fraile; por esta circunstancia, y la de haberse dejado de fuera el olán de la pechera de la camisa, conoció Matamoros el engaño, sin necesidad de mandarle poner el rezo del santo del día, como lo hizo con otros para descubrir su superchería: encontróle además el uniforme. Fuentes, que se ve perdido, se le hinca, le pide la gracia de la vida: se la concede a condición de que le descubra a Régules; de hecho, marcha por delante; lo lleva a la sala *de profundis*, y cerca de ella halla dos ataúdes, uno sobre otro, tapados con petates viejos, y de este lugar es sacado Régules para venir dentro de breve a ocuparlo, y no de burlillas, sino hasta el

día de la resurrección; lo presentan a Morelos, se le humilla, y hasta le ofrece servir de soldado raso; ¡ay!, las víctimas de la Mixteca pedían en expiación su sangre, y era preciso acallar sus quejas con la vida de este sanguinario. Se asienta una declaración de aquellas atrocidades, que sirve de proceso, y por ellas es condenado a morir, y la sentencia se ejecuta al pie del patíbulo de Saravía; pero no muere con la serenidad que éste, sino lleno de temores. ¡Qué diferencia había de uno a otro!

La misma suerte corrió D. Bernardino Bonavía, jefe de la brigada, a quien tomó la partida de Montarlo en el pueblo de Tlaco-chahuaya. Entráronlo en Oaxaca herido de la cabeza y de una pierna: nadie sintió su muerte, pues no fue útil ni agradable a ninguno de los dos partidos, sino muy cobarde. Fue también ejecutado el capitán D. Nicolás Aristi, que había ido a Villa Alta a contener un tumulto: prendiéronlo los indios, y ciertamente que merecía vivir: era un vizcaíno honrado, que en la Mixteca había procurado sofrenar en sus excesos a Régules; mas como en Villa Alta había sido años antes subdelegado, y había repartido a los indios, he aquí que tenía enemigos, y éstos procuraron vengarse de él.

Si la humanidad se resiente de estas ejecuciones, también se alegra cuando recuerda los grandes bienes que por otra parte trajo a la misma la entrada del ejército de Morelos en Oaxaca. Las cárceles de aquella ciudad estaban rehenchidas de hombres inocentes, y lo estaban también los conventos. En el de Santo Domingo se hallaba preso el padre Talavera, que, como dijimos ya, fue hecho prisionero por Paris en las márgenes del Quetzala. Cuando se rompieron las cerraduras de su prisión, se le encontró bajo una ventana chica de ella, zampada toda de balas que le tiraron los españoles en los últimos momentos de rendirse desde la parte de afuera, para tener la satisfacción de que muriera. Matamoros lo dio en espectáculo, haciéndolo subir y pasear a caballo por las calles de Oaxaca en el traje horrible en que estaba, es decir, muy sucio, en camisa y calzón blanco, y con la barba a la cintura... Casi en igual traje estaba D. Carlos Enrique del Castillo, subdelegado de Zimatlán, quien se dejó ver por las calles de la ciudad con

un breviario en la mano, causando pavor a los que le observaban. Al tiempo de abrazar a su mujer dio éstos horribles gritos, porque creyó que era algún fantasma o vestigio el que se le presentaba salido de la región del duelo; asimismo apareció en no muy agradable catadura el subdiácono Ordoño, hombre que ha sufrido muchas prisiones, pero que ha hecho inútiles sus sacrificios. ¡Oh, qué fieros e inexorables son los españoles en sus venganzas! Por tanto, la humanidad y la inocencia vieron enjugarse sus lágrimas por la beneficencia de Morelos; su mano victoriosa tajó de un golpe con su espada las cadenas que oprimieron a los buenos y aun a los culpables; mandó demoler los socuchos y bartolinas en que gimieron; hizo destruir la horrible cárcel de Santo Domingo, por medio de Matamoros, y proveyó a la subsistencia diaria de los presos de la ciudad, proporcionándoles carnes y alimentos de que antes carecían.

Quedaron en Oaxaca más de trescientos españoles, de los que algunos fueron indultados, y otros conducidos a la colonia de Zacatula; no tocó a los bienes que administraban y eran propiedad de sus esposas americanas; mi familia participó de este beneficio, pues mi hermana doña María Bárbara nada perdió de lo que era herencia de sus hijos habidos en su primer matrimonio; sin embargo, estos hombres ingratos, con el caudal que salvaron, proporcionaron en el año de 1814 una gruesa expedición al mando de D. Melchor Álvarez, que redujo a aquella ciudad a servidumbre mucho más cruel y sistemada que la anterior. De éstos sólo murieron once en los ataques y revueltas, y los oaxaqueños sellaron con su sangre, tonta e inútilmente, el cariño que no debieran tenerles.

No es fácil fijar la cantidad de pesos a que ascendería el valor de lo tomado en Oaxaca en moneda, granas, ropas y alhajas preciosas. Si en Guanajuato los soldados de Hidalgo vendían las barras de plata por cien pesos, en Oaxaca vendieron los de Morelos los zurroneos de cochinilla por seis; compró muchos de ellos un D. José María Gris, el que a pesar de la ganancia que hizo en este comercio, no contribuyó poco con su dinero al fomento de la expedición de Álvarez. Muchos

oficiales de Morelos quedaron ricos, y fuera de lo que ellos tomaron por sí, el general les distribuyó parte del botín. A más de lo repartido cuando entró Álvarez en el año de 1814, todavía se encontraron en tesorería más de ciento treinta arrobas de plata vajilla. Entiendo que entre zurrone grandes de grana y sobornales chicos, pasaron los que se depositaron en tesorería de ochocientos. Si esta riqueza se hubiera recibido por manos económicas, y sobre todo, por hombres leales a su nación, se habría comprado un grueso armamento y equipo de ejército por Coatzacoalcos de los Estados Unidos; se habrían formado cuadros de ejército con extranjeros, y se habría hecho una guerra terrible al enemigo, sin mayor gravamen de los pueblos; pero Morelos tenía pocos buenos políticos consejeros que lo dirigiesen, y él ciertamente no conocía el suelo que pisaba, ni supo aprovecharse de sus ventajas. Sin embargo, es muy plausible la conducta que guardó para el arreglo provisional de su ejército: sus medidas fueron del momento, pero acertadas. Instaló un gobierno a satisfacción del público de un modo popular y democrático: se colocó en la clase de último ciudadano; entendió que D. José María Murguía era reputado por el más apto, y le sufragó con su voto para intendente. Celebró una solemne parentación a las primeras víctimas de la libertad de Oaxaca (López, Armenta y Tinoco), cuyos huesos hizo exhumar, y que se sepultasen en la catedral por el Cabildo, convidando él mismo de primer doliente; respetó religiosamente las alhajas de las imágenes y templos, y ni aun osó quitarle a la de la Soledad el bastón y banda de generala que los españoles le habían puesto de una manera ridícula, para que les diese la victoria sobre los insurgentes.

Hasta que no supo de cierto que el obispo había pasado a Tabasco, no le ocupó su palacio. Mandó que se pagasen diezmos de la grana, suponiéndola fruto natural y no industrial, por cuya causa estaba indultada por el Gobierno español. Esta providencia, harto lisonjera para los canónigos, pues los hacía riquísimos, no bastó para aquietarlos y ganarlos a su partido, pues en la correspondencia secreta que durante la entrada de Morelos llevaron con el virrey Calleja,



obraron como los más encarnizados enemigos, principalmente el magistral D. Pedro Jacinto Moreno y Bazo. Debía éste grandes servicios a Morelos, y éste le consideraba, porque había sido su maestro de gramática en Valladolid; temblaba cuando se le presentaba, pues siempre iba a recabar algún gran favor, así como después temblaban los clérigos que en el año de 14 eran juzgados por este canónigo, elevado al empleo de provisor por no haber seguido el partido de Morelos.

Los canónigos se despacharon de su mano todo el dinero que había en clavería de plata a la entrada de Morelos, creyendo que era llegado el último día de los tiempos. En cuanto a milicia, estableció Morelos una gran maestranza en el que fue convento de la Concepción; allí reunió las armas que pudo, y dirigida ésta por D. Manuel Terán, se puso en un regular pie; vistió la tropa, y en esta parte dobló sus esfuerzos el general Matamoros con su brigada, pues era repulido y hábil para estas mecánicas. Cuidó de alegrar al pueblo con corridas de toros para celebrar no sólo su entrada en Oaxaca, sino la jura a la soberana Junta Nacional, que a la sazón residía en Tlalpujahuá. Celebráronse dos fiestas muy solemnes, una de Nuestra Señora de Guadalupe, en la iglesia de Belemitas que tiene esta advocación, con asistencia de Morelos y de todo el ejército, y otra de gracias en la catedral, con tedéum, en que predicó el Dr. D. José Manuel de Herrera, el mismo que nos oprimió durante el imperio de Iturbide, y para quien era muy fácil cosa cambiar de carácter y pasar de republicano exaltado a realista despótico y absoluto. Éste fue el primer director de *El Correo del Sur*, que se publicaba allí; yo le sucedí en este destino cuando pasó a Chilpancingo antes que yo.

Asimismo levantó el general Morelos dos regimientos provinciales, uno de infantería y otro de caballería, o sea el antiguo batallón y la caballería de los Valles. El primer cuerpo se puso a las órdenes de D. Jacinto Varela, el segundo estuvo a las mías cuando tomé posesión de la Inspección General de Caballería que me confirió, hallándome en Zacatlán con grado de brigadier. Había yo puesto a este cuerpo bajo un pie regular de arreglo; pero precisado a abandonarlo porque se me hizo marchar al Congreso de Chilpancingo con la representa-

ción de México, casi fue disuelto por la impericia del coronel D. Juan Moctezuma Cortés, que quedó de gobernador interino de Oaxaca, que no era bueno ni para arrear una manada de guajolotes, como después veremos.

Como escribo para sabios y necios, serios y festivos, principalmente para curiosos, no creo que desagradará a éstos copie aquí algunas de las poesías que se pusieron en dos arcos triunfales en Oaxaca cuando se hizo el juramento de obediencia a la Junta Suprema instalada en Zitácuaro. No tienen mérito sobresaliente, pero expresan la voluntad de un pueblo regocijado con su libertad. Veíase en un lienzo un águila volando entre rayos y tempestades, con esta inscripción:

*Non pavet ad strepitus*

OCTAVA

Esa ave que festiva y majestuosa,  
a quien ni el mismo fuego atemoriza,  
corta el aire ligera y ambiciosa  
sin poder renacer de su ceniza,  
soberana se juzga, y no reposa  
hasta tanto su intento no le avisa  
que está cerca del sol, y allí resuelve  
que al sol verá el semblante, o que no vuelve.

Un cazador tirando a un águila amarrada con unos cordeles  
en un nopal:

*Pro morte libertas*

OCTAVA

Detén, ¡oh cazador inadvertido!,  
el dardo de la flecha disparada,

que has de quedar sin duda muy corrido  
como tu presa quede libertada.  
No rompas el cordel, porque a su nido  
el ave ha de volar precipitada,  
y allí repetirá, viendo su suerte:  
Me diste libertad por darme muerte.

Un águila enseñando a volar a sus polluelos:

QUINTILLA

Te remontas con anhelo  
y aun dudamos lo que vemos:  
es ay rápido tu vuelo,  
pero de ti aprenderemos  
para volar hasta el cielo.

Un águila con una culebra en los pies apretándole el cuello:

OTRA

No te aprieto porque quiero,  
sino por reflexionar  
que en un apuro tan fiero,  
o he de morir o apretar.  
¿Quieres que haga lo primero?

Un águila defendiéndose de un dragón:

DÉCIMA

Hacerte entender quisiera  
lo inútil de tu desvelo,

que eres fiera, mas del suelo,  
y yo lo soy de otra esfera.  
Ya verás cómo ligera  
de ti me voy alejando;  
tú te quedarás llorando,  
y entre tus ayes prolijos  
se reirán de ti mis hijos,  
su libertad celebrando.

Un águila picándose el pecho y dando a sus hijos de su sangre  
para alimentarlos, y un dragón en ademán de querer devorarlos:

#### DÉCIMA

Tan tirana pretensión  
no podrán lograr tus iras,  
pues los polluelos que miras  
tienen alta protección.  
Aun conserva el corazón  
raudales de sangre activos,  
que aunque fueran fugitivos  
sería su sed bien saciada,  
pues si quedo inanimada  
mis hijos volarán vivos.

Para no faltar a la exactitud de la historia, no debo omitir que Morelos hizo fusilar a par que a Bonavía, Régules, Aristi y González Saravia, a un huérfano criado de éste. Ofendido de lo que se había ejecutado con su amo, incendió un bando fijado en una esquina de orden de Morelos. Confesó de liso en llano su exceso. Se alegó por su parte el sentimiento que le ocupaba a favor de su señor, su menor edad e incapacidad de causar una sedición. Morelos se mantuvo inflexible, e hizo realizar la ejecución.

Habríale honrado más que lo hubiese perdonado, y que hubiese prudenciado un hecho que, aunque en su esencia criminal, era disculpable, pues lo producía el amor a un amo que había hecho las veces de padre. ¡Ay! El monstruo de la guerra civil rompe todos los lazos y huella las más sacrosantas virtudes.

El partido español no se dio por vencido con la toma de Oaxaca: suscitáronse murmuraciones y alarmas entre los mismos jefes americanos, que supo sofocar con prudencia Morelos: notóse cierta rivalidad por parte de Matamoros; pero lo que llenó de escándalo fue la trama urdida por un fraile de cierta orden religiosa, que aun vive y no menciono porque sería preciso denunciarlo y que muriera en un patíbulo.

Dirigía este hombre de pecado abominable las conciencias de unas mujeres y de dos léperos, a quienes había hecho creer que los americanos perseguían a la religión, y podía matárseles sin cometer en esto crimen, y antes por el contrario, se hacía en su concepto una obra loable y meritoria delante de Dios. Para ganar, pues, el retiro del cielo se propusieron estos dirigidos hipócritas matar cuantos americanos pudiesen; atraíanlos uno a uno con halagos ofreciéndoles de comer o almorzar, y cuando el incauto entraba en la accesoria donde vivían, lo remataban a puñaladas y enterraban secretamente. Llegóse a conocer este crimen, y como se averiguó que el fraile dirigía estas matanzas a honra y gloria de Dios, el Dr. Herrera, como juez de la causa en clase de vicario general castrense, y después el señor D. José de San Martín, actual diputado del Congreso general de la Federación, averiguaron que se habían cometido hasta once asesinatos del modo proditorio indicado. Este suceso nos hace inferir los muchos que de igual naturaleza y atrocidad se habrán cometido en España en estos últimos tiempos. ¡Infelices pueblos ignorantes, conducidos por tales asesinos! ¡Qué trabajos nos ha costado rasgar el velo con que se han ocultado vuestros derechos!

Mientras Morelos se dirigía para Oaxaca, sus enemigos presumían que se encaminaba para el rumbo del Sur, o que retrocedería

sobre Orizaba; jamás creyeron que emprendiese la conquista de Oaxaca. Tal era la confianza que se tenía en Regules. El teniente general Saravia dirigió a Llano un pequeño papelito, que original tengo a la vista escrito de su puño, en que le decía: “El dador de ésta va a saber de la salud del hermano Frasquito, pues Micaela se halla apurada y necesita de sus auxilios. —González.” El comandante español D. Mariano Rivas le respondió: “Frasquito está bueno, y Micaela será bien auxiliada, pues va un buen facultativo. —Rivas.” Ya veremos cómo Micaela murió en el parto, y el médico no pudo llegar a tiempo porque se le encojó una pata a su mula. Estas alegorías no conocieron nuestros retóricos. Morelos contribuyó a adormecerlos escribiendo al cura de Tehuacán una carta desde Cuicatlán en la que se queja del mal temperamento y le asegura que regresaba a Tehuacán. Esta carta presentó aquel cura al comandante Olazábal, y aun se insertó en la *Gaceta de México* como un gran descubrimiento. Águila salió para Tehuacán de Puebla en 20 de noviembre con el batallón de Asturias y de Marina, trescientos cincuenta caballos, un obús y dos cañones; pidió a Llano, de Puebla, seiscientas mulas, diciendo que en ellas remitiría los inmensos despojos que había encontrado, los cuales se redujeron a unas cargas de tabaco, treinta y siete machetes viejos, un poco de cobre y dos cañones chicos inservibles con sus cureñas quebradas, y otras maritatas que no merecían la pena de exportarse; ofició a Regules, y le dijo que le iba a atacar a Morelos con las mejores tropas de Europa. El padre Sánchez, a la noticia de su aproximación, se retiró a Zongolica, y aunque el grande objeto de Águila eran las barras de plata, y destacó un piquete de sus dragones para que tomasen un corto número de ellas que se confiaron a D. Juan José del Corral para que las condujese a Oaxaca, nada pudo conseguir, pues dichos dragones fueron derrotados en la cuesta de la Pala. Venegas nombró en estos días comandante del Sur al brigadier Olazábal, y le encomendó la conducción de un convoy de platas para Veracruz, que salió de México el día 15. En él se le hizo marchar al señor don Jacobo de Villaurrutia, alcalde del Crimen de esta Audiencia, sin haber dado más

motivo que haber sido nombrado elector de la parroquia del Sagrario de México para la instalación del primer Ayuntamiento constitucional que tuvimos. La noche del día de la elección, los léperos de México se empeñaron en repicar a vuelo las esquilas de la catedral, y en recabar del virrey que les permitiera hacer salvas con la artillería: resistióse constantemente a otorgarles esta gracia, aunque de su bolsillo les dio dinero para que hiciesen un vítor por las calles. Fueron, pues, con gran frasca a las casas de los electores, a quienes hicieron mil expresiones de cariño. A la mañana siguiente se celebró una misa de gracias en la parroquia del Sagrario, a la que asistieron los electores (menos yo, que fui nombrado por San Miguel, pues previ el resultado de esta concurrencia por las zambras que observé cuando las revueltas del virrey Iturrigaray). Al día siguiente se acordó entre todos los electores que fuese una diputación a Palacio a felicitar a Venegas su cumpleaños; fue uno de los nombrados el padre D. José Manuel Sartorio, que tomó la palabra, nos recibió el jefe en pie, nos trató peor que a cocheros, y no nos dijo más palabra que ésta, torciendo con desdén la boca: “¡Gracias!” Se nos citó para la tarde a la diputación, a fin de que todo el cuerpo de electores fuésemos de allí a Palacio a dar los días al virrey, como si no se hubiese hecho lo bastante por la mañana; apenas nos recibió el intendente Mazo cuando sobresaltado nos dijo: “Retírense vuestras señorías, porque su excelencia no puede recibirlos.” Las bocacalles estaban tomadas por cajerillos del parían armados y a punto de romper; hasta ahora ignoro por qué causa, y menos entiendo por qué el virrey rehusó nuestra visita; supongo que sería por cobardía, y muchos creyeron lo mismo, fundados en que en aquella misma tarde aparecieron carteles prohibiendo la reunión de varias personas en la calle, so pena de que se les haría fuego.

Al día inmediato se puso preso a un don N. Martínez, elector por la parroquia de Santa Catarina, con achaque de que era pariente de D. Julián Villagrán, y se correspondía con él. Tomóse empeño por el Gobierno y acuerdo de oidores en anular la elección pasada; pero no era fácil, aunque sus vicios eran conocidos; mas temiendo

dar este golpe que les habría puesto en más cuidado que las ocurrencias anteriores, ya el Gobierno procuró escamondar a los electores, comenzando por Villaurrutia, a quien sin formalidad de proceso se le hizo salir para Puebla. Venegas estaba a la sazón muy mal guisado con él, porque independiente de que no coincidía con sus ideas, supo por boca de su hijo don Eulogio que condujo un correo de Puebla bien escoltado, y a quien preguntó por las novedades que corrían que Oaxaca estaba tomada por Morelos. Andábanme muy cerca de los alcances para prenderme; pero a vista de lo ocurrido con el Pensador y Villaurrutia, pian pianito tomé un coche la tarde del día 13 de diciembre, y me marché para Zacatlán, ocultándome en las inmediaciones de esta capital. No dejé de causar algún sobresalto a Venegas, quien puso en movimiento sus recursos para hacerme volver por medio del obispo de Puebla, y éste por el del cura de Zacatlán. He corrido la suerte de ciertos gallos, que siendo chicos los hacen grandes en las peleas y les dan nombradía; no obstante, hice cuanto pude en obsequio de la libertad de mi nación, y aumenté los desvelos del virrey y de su sucesor Calleja. De todo lo ocurrido di cuenta al general Morelos, a quien complació tanto mi carta, que luego la mandó imprimir e insertar en *El Correo del Sur*, que se publicaba en Oaxaca, y además la remitió original al Ayuntamiento de aquella ciudad con orden de que la archivase para honor de aquel pueblo. Siempre lo recibí de aquel hombre extraordinario, y mi mayor y más honorífico blasón será en todos tiempos haberme distinguido con su amistad. ¡Vive Dios que no pasa día sin que tribute a su memoria los más tiernos recuerdos, y pida por su alma el descanso que deseo para la mía! El día que vi efectuada la independencia recibió mi corazón un gran gozo: pero gozo a medias, porque no lo pasé en compañía de quien era uno de los más dignos de disfrutar de tan dulce fruición. En aquellos amargos días (diciembre de 1812) tenía empeño el Gobierno español en hacer que eligiésemos regidores de aquella nación. Puso por tanto en movimiento todos sus resortes: alégrome de decir que en vano, para con la mayor parte de los electores, al mismo tiempo que siento decir que un eclesiástico



reputado hasta entonces por los más virtuosos de ellos cedió a las sugerencias del obispo Bergosa, y se vendió por obtener un beneficio curado cerca de Toluca.

He leído la correspondencia del Sur con Venegas en dicho mes de diciembre, y noto en aquel jefe un trastorno de ideas tal, que le veo obrar sin plan; tales eran las atenciones que le rodeaban; dará muy bien idea el parte reservado que en 21 de diciembre dio el gobernador del castillo de Perote, D. Juan Valdés, al gobernador de Puebla.

He de merecer a V. S. —le dice— se sirva dirigir a toda *priesa* al Excmo. Sr. Virrey el adjunto oficio en que le pido pronto socorro de gente que baje a auxiliar la villa de Jalapa, cercada por todas partes de reuniones de rebeldes, y será perdida con su guarnición si no se refuerza y baten las gavillas; pues habiendo hecho una salida sobre Coatepec, fue desgraciada, sucediendo lo mismo a otra división de cerca de trescientos hombres de este castillo que hice salir para Ixhuacán de los Reyes y tuvo que retirarse con alguna pérdida. Las reuniones son crecidas por Coatepec, Naolinco, las Ánimas, la Joya y San Miguel del Soldado, y sólo una fuerte división podrá batirlas y dispersarlas.

Para la mejor inteligencia de esto, recuerdo a usted lo que tengo ya escrito en una de las cartas anteriores.

Después de que Olazábal había acreditado que no era capaz de hacer ninguna proeza, le vemos nombrar general del Sur, y ocupársele en que persiga a Morelos, que era una de las empresas más difíciles.

Jamás llegó a verificarlo, y solamente se dejó ver (no sé por qué combinación) en el pueblo de San Andrés Chalchicomula, de cuyos habitantes extrajo una crecida suma de dinero por contribución, y se llevó como he dicho la plata de D. Nicolás Aguilar, que lo hospedó en su casa, como gajes de la memoria que haría de él cuando comiese. Águila salió de Tehuacán para Oaxaca el mismo día 25 de noviembre en que Morelos tomó esta ciudad; iba orgulloso, mas presto se le bajó

la presunción. Llegó a Teutitlán del Camino abandonado por el padre coronel Sánchez, y allí encontró unas barras de plomo que hizo sacar del estanque de la casa en que aquél habitaba: he aquí el galardón de sus fatigas. Siguió adelante hasta el pueblo de Quiotepec; mas las fragorosas del camino, de que no tenía idea, y unos cuantos tiros que le dispararon los americanos desde un pequeño atrincheramiento que enfilaba al camino, le hicieron cantar con un poeta español:

Este pozo está muy hondo  
y yo no me quiero ahogar,  
y así me iré a contestar  
con los del pico redondo.

Volvióse por donde había venido, y ya no pensó en tan ardua empresa. No dudemos que si avanza hasta Río Blanco es batido y en el punto de San Pedro Chicozapotes, pues Morelos cuidó de fortificarlo con regularidad.

El Gobierno de México formó mucha algazara con la evacuación de la villa de Izúcar (hecha sin orden de Morelos). Creyó Llano que aquella plaza aún estaba muy fortificada; trató de enviar una expedición sobre ella al mando del coronel de dragones de España, Ayala, oficial estúpido, muy servil e incapaz de hacer cosa; después se pensó en Armijo, el cual recogió cuantas mentiras pudo forjar una cabeza delirante, suponiendo que en la plaza había fosos, contrafosos, rebellines, puentes levadizos, etc., y formó su plan de ataque; pero la experiencia le hizo ver que no había nada. Pudieron estos oficiales haberse avergonzado de su credulidad y vano temor como Don Quijote cuando se vio chasqueado al reconocer el batán con la luz del día, y que tan mala noche le había dado; pero seamos ingenuos: aquellos militares no se picaban de esto; por tanto, se aplaudió en la *Gaceta* la ocupación *pro derelicto* como si se hubiera ganado en batalla campal. Fue pérdida harto considerable para los americanos, pues era un gran punto de apoyo para sorberse la guarnición de Puebla; lloróla mucho

Matamoros, principalmente viendo que la fidelidad de aquellos indios era tal, que hasta a Oaxaca iban a exhibir mensualmente la contribución que se les había señalado (yo testigo). Tratóse después en agosto y septiembre de 1813 de recobrarla; pero ya se dificultó mucho por lo bien que fortificaron la villa los realistas y se hacía necesaria una batalla, que al fin se habría dado si el sitio de Coscomatepec (de que después hablaremos) no hubiese empeñado a Matamoros en retirarse para dar la memorable acción de agua en Quichula, o sea San Agustín del Palmar, en que acabó con el hermoso batallón de Asturias.

EXPEDICIÓN MANDADA POR D. VÍCTOR Y D. MIGUEL BRAVO  
SOBRE LA COSTA DE XAMILTEPEC, CONTRA LOS COMANDANTES  
ESPAÑÓLES RIONDA, ANORVE, REGUERA Y ARMENGOL

En fines de diciembre de 1812 salieron de Oaxaca los Bravos, jefes de la cuarta brigada del Sur, e hicieron alto en el pueblo de Juquila, donde encontraron tres trozos de la quinta y sexta brigadas del Sur del Gobierno español, al mando de D. José María Añorve, D. Marcos Pérez y D. Juan Agustín Armengol. Don Miguel Bravo se situó en el cerro llamado de Tlachichilco con la mitad de la fuerza hacia el rumbo del Sur, y don Víctor en otro cerro inmediato al pueblo por el Norte. A la mañana siguiente los realistas intentaron sorprender a don Víctor, quien después de cuatro horas de vivo fuego fue auxiliado por don Miguel, y lograron ambos poner en fuga al enemigo, a quien tomaron un cañón y poco pertrecho, e hicieron algunos muertos y heridos, teniendo de su parte los Bravos tres de los primeros y catorce de los segundos. Armengol se retiró a la cumbre llamada del Mapache, donde se situó por algún tiempo; marcharon los Bravos sobre él, y a la mitad de la jornada se les presentó un grueso de enemigos en el punto del portezuelo; a la mañana siguiente conocieron los americanos la dificultad que presentaba el ataque de aquella posición: parte de su infantería y caballería se destacó a cortar la retirada a Rionda, que

mandaba en persona aquel cuerpo, y el resto marchó de frente hasta el pie de la cuesta, donde se mantuvo hasta que acabó de encumbrar la caballería; pero divisada ésta por Rionda, y penetrando el objeto de aquella evolución, no esperó a que acabasen de subir los de abajo, ni a que llegaran al camino los de arriba; sino que abandonó el punto en dispersión por unas lomas pendientes hasta abrigarse en un bosque; con esta operación precipitada abandonó todo el pertrecho de fusil, víveres y algunas cobijas. Los Bravos continuaron la marcha hasta el punto de Zacatepec, donde Rionda tenía una emboscada en una loma zacatosa: chocaron muy luego los enemigos con la descubierta americana, hasta que llegó el grueso de la división y se empeñó un ataque que duró desde las diez hasta las cinco de la tarde, manteniéndose en sus puestos americanos y realistas, hasta que entró la noche y se retiraron los Bravos, acampando en una altura donde esperaron el pertrecho que les venía de Oaxaca. Los Bravos tuvieron en esta acción cinco muertos y diecisiete heridos. Pasados tres días, los americanos movieron su campo hasta llegar a Río Verde, y paso llamado de la Reina, que presentaba muchos obstáculos, y además era mucha el agua y la hondura.

La artillería enemiga estaba abocada y dirigida al paso indispensable; sus parapetos tenían más de cien varas de largo, y seguramente pasaban de mil infantes los que los cubrían, formados de dos, tres y cuatro en fondo. Por tanto, los Bravos dejaron en aquel punto una compañía de caballería para llamar la atención del enemigo, y que el grueso de su división caminase toda la noche, como se verificó para poder llegar en la mañana del día siguiente, y pasar el mismo río por el paso llamado de la Teja, suponiéndolo más practicable; pero no fue así, pues lo encontraron muy bien parapetado, cubierto de infantería, y ésta protegida con un cañón de a cuatro. Estaba comprometido el honor de los Bravos, y resolvieron emprender el ataque, que duró el largo espacio de ocho horas (el día 10 de febrero de 1813). Ya desesperaban los Bravos del triunfo, porque la defensa era obstinada, y puede decirse que se debió a una casualidad de la guerra. El mejor ar-

tillero americano fue herido de un brazo que se lo echó abajo una bala enemiga; mandósele retirar, y no quiso, antes por el contrario suplicó que en aquel estado miserable se le dejase continuar dirigiendo la puntería de un cañón; hízolo de una manera muy certera, y desmontó la pieza enemiga. En este momento se aseguró en el campo de Rionda que por el paso de Minillacua se acercaba una partida americana a cortarle la retirada, lo que le acobardó e hizo fugar de aquel punto, quedando la acción por los Bravos; entonces pasaron el río y siguieron el alcance.

Para sacar todo el fruto de esta victoria, los americanos caminaron toda la noche con una hermosa luna, y llegaron a las cinco de la mañana a Xamitepec, donde descansaron ocho días; a su llegada encontraron decapitados en el pueblo a tres americanos que Rionda había tenido en la cárcel prisioneros. Si las órdenes de Rionda se hubieran cumplido, tal vez los Bravos habrían sido derrotados antes de llegar a las márgenes de Río Verde; el comandante español dejó un destacamento en el cerro de Santa Cruz, a las órdenes del alférez D. Mariano González, en el río del Limón, previniéndole que atacase a los americanos a retaguardia cuando le llamase la atención por el camino de Tepenixtlahuaca una partida ligera que mandaba D. Manuel Pérez; pero como estaba ausente de aquel punto el capitán González, y por esto hubiera recibido las órdenes su segundo D. José Sopena, no obró conforme a ellas.

En aquel punto se reunió la división del padre Talavera, que vino desde Tlaxiaco después de haber dispersado y hecho retirar de la cumbre de Santa Rosa una considerable fuerza de realistas de las divisiones de la costa, que mandaban los oficiales D. José Alemán, D. Juan Diego Bejarano, D. Antonio Reguera, D. Bernardo Collantes y otros, que después dieron no poco que hacer a los comandantes americanos.

Reunida la tropa de Rionda con la de París en Ometepec, y acobardados ambos comandantes, sólo trataron de retirarse hasta Acapulco, quedando el segundo en el castillo de San Diego con los

que quisieron seguirle, y marchando el otro por Chilapa para México. En su tránsito por Espantarruines, derrotó Rionda un destacamento americano, puesto por el coronel Vázquez débilmente, cuando debió tener allí reunida la fuerza para aprovecharse de las ventajas de aquel local donde habría sido prisionero, o rendídose a discreción. El *confirmatur* de todo lo relacionado lo presenta al general Armijo en un oficio que dirige al virrey Calleja desde Izúcar, de 14 de marzo de 1813, que tengo a la vista, y pertenece a su correspondencia secreta; dice lo siguiente:

Excmo. Sr.: Acabo de recibir en este día una carta del capitán D. Manuel del Cerro, escrita desde Ayutla en 9 del corriente, y es como sigue: “Muy Sr. mío: el 22 del pasado escribí a usted incluyéndole un pliego para S. E., y ahora lo hago con otro, suplicándole tenga la bondad de dirigirlo desde ahí esperando el portador su respuesta por ser muy interesante. En mi citada digo cómo nos hallamos acometidos de los insurgentes por cinco puntos, y derrotados completamente los de uno, siguen los cuatro a la vista fortificándose; nuestras avanzadas se han batido posteriormente con las enemigas, matándoles algunos, y causándoles otras extorsiones de poca consideración; las ocupaciones del día no le han dado lugar a extenderse a su más afectísimo amigo. —*Manuel del Cerro.*” —En tal concepto he tenido a bien mandar este pliego escoltado a cargo del teniente D. Félix de Lamadrid, que lo pondrá en manos de V. E.

Los Bravos continuaron su expedición hasta llegar al pueblo de Asoyú, después de haber dado el indulto a cuantos lo pidieron y devuelto las armas a los que juraron seguir fielmente la causa de la nación; juramento que muy pronto quebrantaron. De Asoyú se dirigieron a Chilapa el Grande, y custodiaron aquella jurisdicción, no menos que los puntos del río de las Balsas, hasta que se tomó el castillo de Acapulco.

Tal es la aventurada expedición de Xamiltepec, que merecerá el aprecio debido a todos los que hayan visto aquellos lugares; pero que descrita por la modesta pluma de los Bravos, ha pasado por una pequeña correría. Morelos quedó sin enemigos por la costa del Sur, y los pocos que quedaron tuvieron que reconcentrarse hacia Acapulco. Este punto no le podía ser indiferente a este general; ya, porque hubiese sido el teatro donde se cometió contra él una perfidia que lo expuso a perecer, ya porque allí comenzó su carrera gloriosa de las armas, por lo que sin duda se decidió a ocuparlo formalizando una expedición que creyó deber mandar en persona; expedición gloriosa, pero inútil.

ÍNDICE

Mensaje

Diputado Silvano Aureoles Conejo

Presidente de la Junta de Coordinación Política

LXII Legislatura

H. Cámara de Diputados del Congreso de la Unión.....ix

Prólogo

Diputado Silvano Aureoles Conejo.....xiii

Introducción

Rubén Jiménez Ricárdez.....xvii

Carta primera .....3

Carta segunda... .....41

Carta tercera.....67

Carta cuarta.....113

Carta quinta.....157

Carta sexta.....205



La Colección **Congreso de Chilpancingo (1813). Constitución de Apatzingán (1814)**, la integran 5 volúmenes: 1. *El Congreso de Anáhuac. Antología documental*; 2. *Morelos*; 3. *El Congreso de Chilpancingo. Testimonio de un participante*; 4. *La Constitución de Apatzingán. Testimonio de un legislador*; 5. *Decreto Constitucional para la libertad de la América Mexicana sancionado en Apatzingán a 22 de octubre de 1814. Hasta la disolución del Congreso*. El 1 y el 5 son compilaciones de documentos, de Rubén Jiménez Ricárdez. Los tres intermedios son fragmentos escogidos del *Cuadro Histórico...* de Carlos María de Bustamante. El Volumen 1 contiene los documentos de la etapa preparatoria, la instalación y el desarrollo de las deliberaciones del Congreso, hasta las vísperas de la promulgación del *Decreto Constitucional*. El Volumen 5 integra una nueva edición de la Constitución de Apatzingán, documentos y testimonios, hasta la disolución del Congreso. Los volúmenes 2, 3 y 4 son testimonios fiables de un actor y testigo directo de los acontecimientos y circunstancias que relata. Proporcionan un vívido contexto que permitirá entender a mayor profundidad los compendios documentales.

Cada uno de estos libros, además, contiene un Prólogo que ubica el tema y un Mensaje del Presidente de la Junta de Coordinación Política de la Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, Diputado Silvano Aureoles Conejo.

ISBN: 978-607-96478-3-4



LXII LEGISLATURA  
CÁMARA DE DIPUTADOS